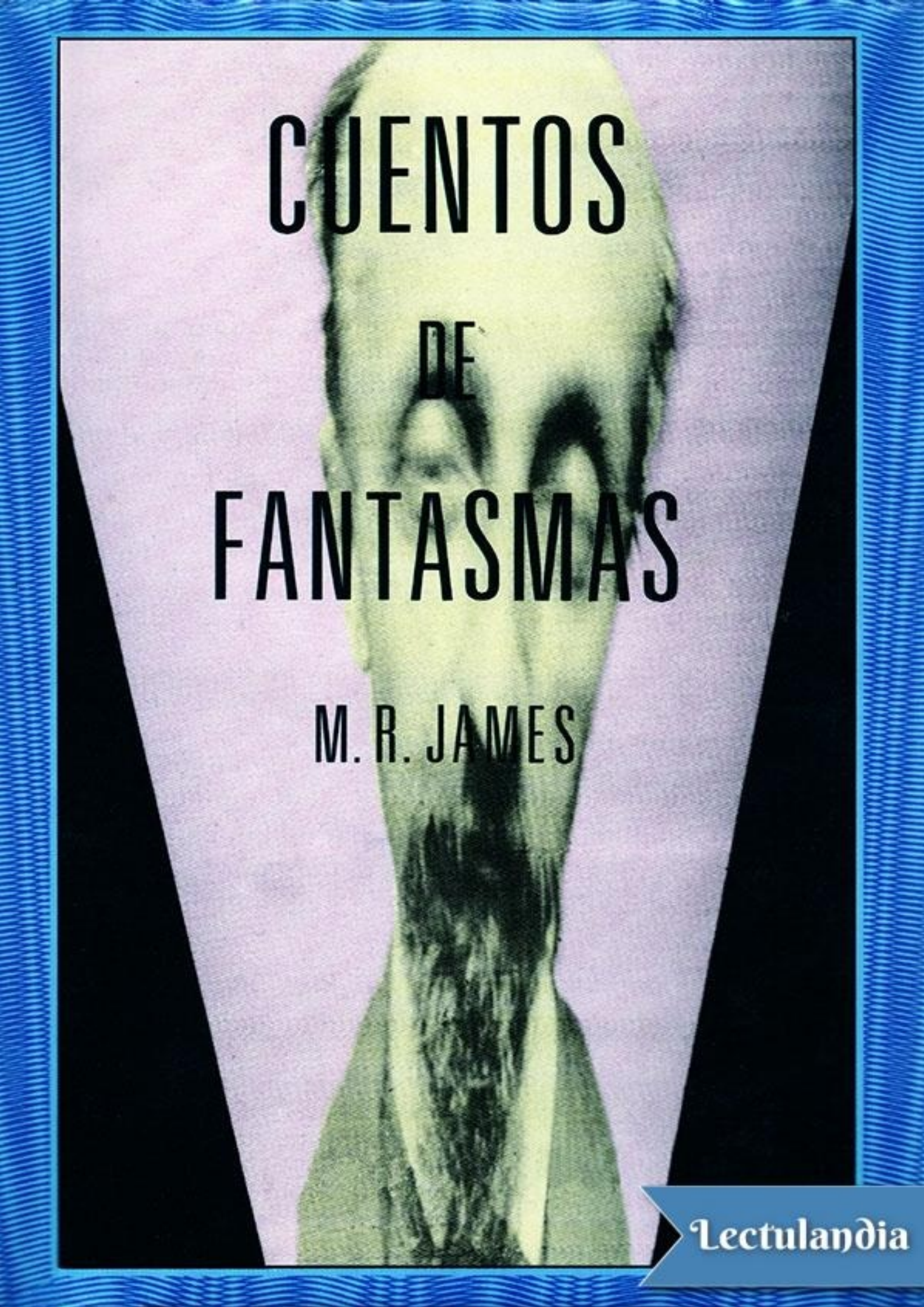




CUENTOS DE FANTASMAS

M. R. JAMES

Lectulandia

«En el polo opuesto al genio de Lord Dunsany, y dotado de una fuerza casi diabólica para invocar suavemente el horror, partiendo del centro mismo de la prosaica vida diaria, se sitúa el erudito Montague Rhodes James, preboste del Eton College, arqueólogo de renombre, y reconocida autoridad en manuscritos medievales e historia de las catedrales. (...)

El arte de M. R. James no es en absoluto casual, y en el prefacio de una de sus colecciones formula tres reglas muy acertadas de la composición macabra. El relato de fantasmas, según él, debe tener un marco familiar a la época moderna, a fin de acercarse lo más posible al ámbito de la experiencia del lector. Sus fenómenos espectrales, además, deben ser malévolos más que beneficiosos, ya que la emoción que hay que suscitar ante todo es el miedo. Por último, debe evitarse escrupulosamente la jerga técnica del “ocultismo” o pseudociencia, con objeto de que la verosimilitud casual no se vea ahogada por una pedantería nada convincente.

El Dr. James, practicando lo que predica, aborda sus temas de una manera ligera y frecuentemente coloquial. Crea una ilusión de acontecimientos cotidianos e introduce sus fenómenos anormales cauta y gradualmente, realzándolos a cada paso con detalles sencillos y prosaicos, y sazónándolos a veces con una pizca o dos de erudición arqueológica. Consciente de la estrecha relación entre la espectralidad actual y el acervo tradicional, aporta remotos antecedentes históricos para sus incidentes, lo que le permite utilizar con toda propiedad sus conocimientos exhaustivos del pasado y su dominio convincente del lenguaje y el colorido arcaicos.»

H. P. LOVECRAFT

Lectulandia

M. R. James

Cuentos de fantasmas

El ojo sin párpado - 10

ePub r1.0

orhi 06.12.14

Títulos originales: *The Treasure of Abbot Thomas*. Traducción de Mirta Meyer y Carlos Gardini
The Diary of Mr. Poynter. Traducción de Mirta Meyer y Carlos Gardini
The Ash-Tree. Traducción de Mirta Meyer y Carlos Gardini
A Warning to the Curious. Traducción de Mirta Meyer y Carlos Gardini
The Mezzotint. Traducción de José Luis López Muñoz
Two Doctors. Traducción de Mirta Meyer y Carlos Gardini
The Tractate Middoth. Traducción de Mirta Meyer y Carlos Gardini
Number 13. Traducción de Mirta Meyer y Carlos Gardini
The Haunted Dolls' House. Traducción de Mirta Meyer y Carlos Gardini
Casting the Runes. Traducción de Mirta Meyer y Carlos Gardini
Martin's Close. Traducción de Ana Poljac
Lost Hearts. Traducción de Mirta Meyer y Carlos Gardini
An Evening Entertainment. Traducción de Ana Poljac
A Neighbours Landmark. Traducción de Ana Poljac
M. R. James, 1904
Traducción: Mirta Meyer & Carlos Gardini & Ana Poljac & José Luis López Muñoz

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

SE ha dicho con razón que el cuento de fantasmas, si no el más excelso, es seguramente el más exigente género literario, y posiblemente el único en el que apenas cabe un término medio entre el éxito y el fracaso. O sale bien o es un chasco. Todo depende del uso que se haga de sus bazas fundamentales: la concisión estilística y la habilidad para crear la atmósfera adecuada. Algunos autores introducen además un humorismo socarrón que, a la, par que ahuyenta las posibles renuencias del lector, prepara el camino a la aparición fantasmal, punto crucial de la narración en donde ésta se juega su credibilidad y, por tanto, su acierto. Tal es el caso del Dr. M. R. James, escritor inglés que representa sin duda el culmen de este apacible género sin pretensiones, de tanta raigambre en la literatura anglosajona del siglo pasado.

La figura de Montague Rhodes James (1862-1936) se aparta por completo de lo que parecería lógico esperar en un típico cultivador del género terrorífico. Lejos del mundo alucinado y tortuoso que caracterizó a Poe o Le Fanu, sus más ilustres antecesores, James fue en realidad un típico erudito Victoriano que se divertía escribiendo, medio en broma, apasionantes ghost stories. Educado en el elitista colegio de Eton (del que más tarde sería director) y en la Universidad de Cambridge (donde llegó a ser decano del King's College), se interesó sucesivamente por la arqueología (excavó en Chipre y dirigió el Eitzwilliam Museum), la paleografía (catalogó innumerables manuscritos antiguos y medievales, y editó en facsímil y prologó el Romance of Alexander conservado en la Biblioteca Bodleiana de Oxford), la filología, el arte eclesiástico (descubrió un mural del siglo XV en la capilla de Eton y restauró los vitrales de la capilla del King's College), las antigüedades (fue miembro de la Society of Antiquaries), los estudios históricos y bibliográficos, e incluso la traducción (vertió al inglés los cuentos de Andersen y los Evangelios Apócrifos), el ensayo y la disertación académica.

Reducido el alcance de su vasta y meritoria obra erudita a unos cuantos círculos minoritarios, el nombre de M. R. James ha logrado la celebridad pública curiosamente gracias a sus cuentos de fantasmas, recogidos en cinco volúmenes: Ghost Stories of an Antiquary (1904), More Ghost Stories (1911), A Thin Ghost and Others (1919), A Warning to the Curious (1925) y The Collected Ghost Stories (1931) que agrupa los anteriores y añade otros nuevos hasta completar la cifra definitiva de treinta y uno, de los cuales se han seleccionado dieciséis para la presente antología.

Sin apartarse del todo de las convenciones que rigen el relato fantasmal Victoriano, matizadas por él mismo en el prólogo a la antología de diversos autores titulada Ghosts and Marvels (1924), James creó un tipo completamente nuevo de fantasma. Su desdén por los procedimientos góticos tradicionales es evidente: en

lugar de patéticos y lívidos espectros, sus fantasmas son extravagantes (y a veces ridículas) abominaciones infernales, en tanto que a la plúmbea seriedad de la novela negra con sus torpes explicaciones racionalistas contraponen un sano humor que anima todo el relato y una lacónica ambigüedad expositiva que, arrojando una sombra de incertidumbre sobre los acontecimientos narrados, deja un resquicio a la aclaración natural, aunque en su opinión «este resquicio debe ser tan estrecho que apenas sea practicable».

No siendo su fuerte la creación de una atmósfera envolvente y opresiva, al estilo de Machen, su técnica se basa más bien en la acertada dosificación de efectos que configura un suspense in crescendo en el que cada indicio del peligro latente que amenaza al protagonista es anticipado al lector, manteniéndose así la tensión hasta el final.

Otro «toque» característico suyo es la introducción de cierto grado de realismo, lo que él llama el «marco familiar». La mayoría de sus personajes actúan, hablan y se mueven en un ámbito cercano a las experiencias cotidianas del potencial lector, aunque en un sutil juego distanciador; los fenómenos espectrales acaecidos suelen tener un antecedente histórico más o menos remoto que permite a su autor hacer gala de sus vastos y doctos conocimientos. En efecto, sus personajes favoritos son trasuntos del propio James, plácidos, recatados, ecuanímes y libres de toda sospecha en relación con lo ominoso: arqueólogos (Aviso a los curiosos), anticuarios (El diario de Mr. Poynter), expertos en paleografía (El maleficio de las runas), latinistas (El tesoro del abad Thomas), estudiosos de la Biblia (El tratado Middoth), historiadores (El número 13), bibliotecarios, etc. Y sus escenarios naturales reflejan el ambiente erudito en él habitual: bibliotecas, archivos, capillas, camposantos, olvidadas posadas rurales, etc., haciéndonos compartir su gusto por los libros viejos, los manuscritos de otras épocas, los diarios personales, los registros parroquiales, las citas bíblicas o latinas, las mansiones con historia, los antepasados enigmáticos y siniestros, etc.

A falta de una mayor profundidad psicológica, sus cuentos seducen por su minuciosa riqueza documental (de dudosa verosimilitud, pero de perdurable impacto, recurso popularizado más tarde por Lovecraft al inventarse el celeberrimo Necronomicon) y sus sabrosos comentarios sobre las prácticas y costumbres de la sociedad inglesa de los tres últimos siglos, en medio de los cuales surge un maleficio procedente del pasado que inadvertidamente despierta de su sueño secular para hechizar determinado lugar (El número 13), generar un peligro oculto ligado a algún talismán (El grabado) o conjurar los espíritus de los difuntos (La casa de muñecas).

Relatados en tercera persona por un narrador impersonal que utiliza profusamente ciertas figuras retóricas como la alusión o la atenuación, estos inimitables y originales cuentos poseen, sin duda, un encanto especial que, como ha señalado Louis Vax, «no deriva tanto de la índole angustiosa del tema tratado cuanto del arte del cuentista». Arte que aúna a la perfección el humor y el horror en una

estructura engañosamente simple y concisa pero de una rotunda eficacia en cuanto a su objetivo principal: sembrar la inquietud y despertar el miedo del escéptico y reacio lector moderno.

J. A. Molina Foix

Cuentos de fantasmas

RATAS

—Y si ahora tuvieses que atravesar los dormitorios, verías las sábanas, rasgadas y mohosas, ondulando una y otra vez como si fueran mares.

—Pero... ¿a causa de qué? —dijo.

—Bueno, a causa de las ratas que hay debajo.

PERO ¿se debía ese movimiento a las ratas? Lo pregunto porque en otra ocasión no fue así. No puedo establecer la fecha de mi historia, pero yo era joven cuando la escuché, y quien me la contó era un anciano. No lo puedo culpar por la escasa armonía de su relato; por el contrario, yo asumo toda la responsabilidad.

Sucedió en Suffolk, cerca de la costa. En ese lugar el camino presenta un repentino declive y luego, también repentinamente, se eleva; si uno se dirige hacia el norte, sobre esa cuesta y a la izquierda del camino, se yergue una casa. Es un edificio alto, estrecho en proporción, de ladrillo rojo; lo construyeron, tal vez, hacia 1770. Corona el frente un tímpano triangular, con una ventana circular en el centro. En la parte trasera se encuentran los establos y las dependencias del servicio; detrás de ellos, el jardín. Descarnados abetos escoceses crecen cerca de la casa y la circundan extensos campos de aulagas. A lo lejos, desde las ventanas frontales más altas, puede distinguirse el mar. Frente a la puerta cuelga un cartel; o colgaba, pues aunque esta casa fue en otro tiempo una famosa posada, creo que ha dejado ya de serlo.

Fue a esta posada a donde llegó, un hermoso día de primavera, mi amigo Mr. Thomson. Era entonces un joven que venía de la Universidad de Cambridge, deseoso de pasar algunos días en un alojamiento aceptable, a solas, y con tiempo para leer. Por cierto, encontró lo que buscaba, pues el posadero y su mujer tenían la suficiente experiencia en su oficio como para hacer sentir cómodo a un huésped y, además, no había ningún otro visitante en el lugar. Le asignaron una amplia habitación en el primer piso, desde la que podía verse el camino y el paisaje; estaba, lamentablemente, orientada hacia el este, pero, en fin, nada es perfecto. La casa, por lo demás, era cálida y de buena construcción.

Mi amigo pasó allí días tranquilos y apacibles: trabajaba toda la mañana; por la tarde solía pasear por los alrededores, al anochecer conversaba un poco con los campesinos o la gente de la posada, frente a un estimulante vaso de aguardiente con agua; luego leía y escribía un poco antes de retirarse a dormir; le habría gustado continuar esta rutina durante todo el mes que tenía a su disposición, tanto progresaba su trabajo y tan hermoso era abril ese año, el cual tengo motivos para sospechar que fue aquel que Orlando Whistlecraft registra en sus anotaciones meteorológicas como el «Año de las Delicias».

Uno de sus paseos lo condujo por el camino del norte que, elevándose, atraviesa una amplia extensión desierta, convertida en brezal. Gracias a la nitidez de la tarde pudo vislumbrar, a varios cientos de yardas a la izquierda del camino, un objeto

blanco, e inmediatamente creyó necesario averiguar de qué se trataba. Al cabo de pocos minutos, se halló frente a un bloque de piedra —algo así como la base de un pilar— con un agujero cuadrado en su cara superior. Era similar al que hoy puede apreciarse en Thetford Heath. Lo observó con detenimiento y contempló el paisaje unos instantes: una o dos torres de iglesia, los techos rojos de algunas casitas cuyas ventanas relumbraban al sol, y la superficie del mar, también sembrada de ocasionales destellos; después prosiguió su camino.

La multiplicidad de temas inconexos que solían tratarse en las charlas vespertinas le permitió esa tarde preguntar en el bar de la posada el porqué de esa piedra blanca en el brezal.

—Es muy antigua esa piedra —dijo el posadero, Mr. Betts—. Ninguno de nosotros había nacido cuando la colocaron.

—Es cierto —afirmó otro.

—Está en un lugar bastante alto —observó Mr. Thomson—. Tal vez en otro tiempo sirvió de sustento a una baliza.

—Oh, sí —asintió Mr. Betts—. Escuché decir que podía verse desde los barcos; bueno, fuera lo que fuese, lo cierto es que se hizo pedazos hace mucho tiempo.

—Mejor —dijo un tercero—. Traía mala suerte, eso decían los viejos; mala suerte para la pesca, quiero decir.

—¿Y por qué? —preguntó Thomson.

—Bueno, yo nunca supe por qué —fue la respuesta— pero ellos, esos tipos de antes, tenían algunas ideas raras, quiero decir extravagantes; no me asombraría que ellos mismos la hubiesen destruido.

A Mr. Thomson le fue imposible obtener información más precisa al respecto; el grupo —que nunca se había distinguido por su locuacidad— adoptó una actitud taciturna y cuando alguien se atrevió a hablar fue para referirse a cuestiones locales y a las cosechas. Ese alguien fue Mr. Betts.

Mr. Thomson no tenía tantas consideraciones a su salud como para resignarse a una caminata diaria. Así, las tres de la tarde de un hermoso día lo sorprendieron escribiendo activamente en su habitación. Entonces, desperezándose, se levantó y salió al pasillo. Había, frente al suyo, otro cuarto; luego, el rellano de la escalera y otras dos habitaciones; una miraba hacia la parte trasera, la otra hacia el sur. En el extremo sur del pasillo había una ventana, y a ella se dirigió mientras pensaba que realmente era una pena estar encerrado una tarde tan hermosa. Sin embargo, su trabajo era lo principal en ese momento; así que decidió robarle río más de cinco minutos y luego retomarlo; pensó en emplear esos cinco minutos —acaso los Betts no tuvieran nada que objetar— en recorrer las otras habitaciones del pasillo, en las que, por lo demás, nunca había estado. Nadie, al parecer, las ocupaba en ese momento; probablemente, por ser día de mercado, todos habían ido a la ciudad, con la única excepción, tal vez, de la criada que atendía el bar. Una absoluta quietud reinaba en toda la casa, sobre la que se abatía pesadamente el calor del sol; las moscas

zumbaban contra los vidrios de los ventanales. Mr. Thomson inició su exploración. Nada de especial había en el cuarto que enfrentaba al suyo, salvo un viejo grabado que representaba Bury St. Edmunds; los dos restantes, que estaban a su lado en el pasillo, eran limpios y alegres; lo único que los distinguía de su propio cuarto, que tenía dos ventanas, era poseer sólo una. Quedaba por ver la habitación del sudoeste, frente a la última a la que había entrado. Estaba cerrada, pero Thomson sentía una curiosidad tan irresistible que, seguro de que no sorprendería ningún secreto prohibido en un sitio de tan fácil acceso, fue a buscar las llaves de su propio cuarto, y como éstas no le sirvieron, recogió luego las de los otros tres. Con una de ellas pudo abrir la puerta.

La habitación tenía dos ventanas —una hacia el sur, otra hacia el oeste— y, por lo tanto, el persistente sol provocaba un calor sofocante. No había alfombras, sólo el piso desnudo; tampoco cuadros, ni lavabo; veíase, en el rincón más alejado, una cama. Era una cama de hierro, con colchón y almohadas, cubierta por una colcha azul, hecha jirones. Era la habitación más anodina que pueda imaginarse; sin embargo, había allí algo que obligó a Thomson a cerrar la puerta con suma rapidez y cuidado, y a apoyarse, trémulo, contra la ventana del pasillo.

Alguien yacía bajo la colcha y además se agitaba. No cabía duda de que se trataba de *alguien*, no de *algo*, pues sobre la almohada se destacaba la forma inconfundible de una cabeza. Sin embargo, la colcha la tapaba por completo, y sólo un muerto yace con la cabeza cubierta; pero ese alguien no estaba muerto, no realmente muerto, porque jadeaba y se estremecía. Si Thomson hubiese contemplado tal escena en el crepúsculo, o a la incierta luz de una vela, nada le habría costado convencerse de que se trataba de una fantasía. En esa tarde resplandeciente ello era imposible. ¿Qué debía hacer? Primero, cerrar la puerta con llave, costara lo que costase. Se aproximó con cautela y se inclinó para escuchar. Contuvo el aliento; acaso oyera el sonido de una pesada respiración, a la que podía atribuirle una explicación prosaica. El silencio era total. Cuando, con mano vacilante, introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar, ésta rechinó y en el acto escucháronse pasos tambaleantes y penosos, que avanzaban hacia la puerta. Thomson huyó como un conejo hacia su habitación, donde se encerró con llave; sabía que era en vano —¿de qué podían servir puertas y cerrojos ante lo que sospechaba?—, pero era todo cuanto se le ocurrió en ese momento y, de hecho, nada sucedió. Sólo lo asaltaron el terror de la espera y las atroces dudas sobre la decisión a adoptar. Su primer impulso fue, por supuesto, abandonar lo antes posible una casa que albergaba huésped tan nefasto. Pero precisamente el día anterior había asegurado que se quedaría por lo menos una semana más y, en caso de cambiar sus planes, de ningún modo podría evitar que sospecharan su participación en asuntos que por cierto no le concernían. Además, o bien los Betts conocían la existencia del extraño huésped (y sin embargo no abandonaban la casa), o bien la ignoraban (lo cual también evidenciaba que no había nada que temer), o bien sabían sólo lo suficiente como para cerrar la habitación, pero demasiado poco como para alarmarse; en

cualquiera de esos casos, parecía obvio que no existía nada digno de temor; su propia experiencia, por lo demás, no había sido tan terrible. Quedarse, en todo caso, implicaba menos esfuerzo.

En fin, permaneció allí la semana prevista. Nada advirtió al pasar junto a esa puerta; deteníase con frecuencia, a una hora tranquila del día o de la noche, en el pasillo, para escuchar, pero por más atención que prestara no percibía sonido alguno. Habría sido lógico, tal vez, que Thomson intentara averiguar historias relacionadas con la posada, no interrogando a Betts sino al párroco o a la gente más vieja de la aldea; pero no lo hizo: era presa de esa reserva que suele dominar a la gente que padeció experiencias extrañas y cree en ellas. Sin embargo, al acercarse el fin de su estancia, la necesidad de una explicación se tornó más perentoria. Durante sus paseos solitarios se dedicó a forjar un plan que le permitiera, del modo más discreto posible, indagar una vez más ese cuarto a la luz del día. Concibió, finalmente, este ardid: debía marcharse por la tarde, en el tren de las cuatro; cuando el cabriolé lo aguardara con el equipaje, haría una última incursión al piso alto para examinar su propio dormitorio y verificar si no olvidaba nada; luego, con esa misma llave, previamente aceiteada —¡como si eso valiera de algo!— abriría una vez más, sólo por un instante, la puerta de la otra habitación, y la volvería a cerrar.

Así lo hizo. Pagó la cuenta. Toleró una charla breve y convencional mientras trasladaban su equipaje al cabriolé.

—Un hermoso lugar, por cierto... estuve muy cómodo, gracias a usted y a Mrs. Betts... espero volver en otra oportunidad.

—Encantados de que esté satisfecho, señor. Hicimos todo lo posible... encantados de recibir sus elogios... El tiempo, en realidad, nos ayudó mucho.

Y luego:

—Iré arriba a ver si olvidé un libro o alguna otra cosa; no, no se moleste, vuelvo en un minuto.

Y tan silenciosamente como pudo, se deslizó hasta la puerta y la abrió. ¡La ruptura de una ilusión! Casi estalló en carcajadas. Apoyado, casi podría decirse que sentado, sobre el borde de la cama, había... ¡pues nada más que un espantapájaros! Un espantapájaros que habían sacado del jardín, por supuesto, y arrinconado en esa habitación en desuso... Sí, pero de pronto toda la comicidad de su hallazgo se desvaneció. ¿Acaso los espantapájaros tienen pies calzados que, en su desnudez, muestran los huesos? ¿Acaso sus cabezas cuelgan sobre los hombros? ¿Acaso tienen grillos de hierro y trozos de cadenas alrededor del cuello? ¿Acaso pueden incorporarse y avanzar, aunque sea con tanta rigidez, a través de una habitación, meneando la cabeza, con los brazos caídos junto al cuerpo? ¿Y pueden, acaso, temblar?

Dio un portazo, se precipitó hacia las escaleras, las bajó de un salto y, finalmente, perdió el sentido. Al despertar, Thomson vio a Mr. Betts, que se inclinaba sobre él con una botella de aguardiente y le dirigía una mirada de reconvención.

—No debería haberlo hecho, señor, de veras que no. No es ése el modo de tratar a gente que hizo por usted todo lo que pudo.

Thomson escuchó otras frases similares, pero jamás pudo recordar qué respondió. A Mr. Betts, y tal vez aún más a Mrs. Betts, le resultaba difícil aceptar sus disculpas, por más que él alegaba que nada diría que pudiese perjudicar el buen nombre de la casa. Debieron sin embargo aceptarlas. Como Thomson ya no podía alcanzar el tren, se hicieron los arreglos necesarios para que esa noche durmiera en la ciudad. Antes de que se fuera, los Betts le contaron lo poco que sabían.

—Dicen que era, hace mucho tiempo, el dueño de esta propiedad y que protegía a los bandoleros que acechaban en el brezal. Al fin recibió su merecido: lo colgaron con cadenas, según dicen; levantaron el cadalso allí donde está la piedra blanca. Los pescadores se lo llevaron porque, según creo, lo veían desde el mar y les impedía tener buena pesca, o por lo menos eso pensaban. A nosotros nos lo contaron los anteriores propietarios. «Mantengan cerrado ese cuarto», nos dijeron, «pero no saquen la cama; entonces no tendrán ningún problema». Y nunca lo tuvimos; ni una vez salió de la habitación, aunque ahora no sé qué pasará. De todos modos, usted es el primero que lo ha visto desde que estamos aquí; yo mismo no lo miré nunca, ni quiero hacerlo. Como hicimos las habitaciones de los sirvientes junto al establo, no tuvimos ningún problema con ellos. Lo único que espero, señor, es que mantenga la boca cerrada. ¿Usted sabe lo perjudiciales que podrían ser ciertas habladurías...? —y siguieron otros ruegos del mismo tenor.

Mr. Thomson mantuvo su promesa durante muchos años. Yo conocí esta historia gracias a un incidente peculiar: cuando Mr. Thomson vino a visitar a mi padre, se me encomendó que le indicara su habitación, pero él, en lugar de permitir que le abriera la puerta, se me adelantó y la abrió por sí mismo; luego permaneció varios minutos en el umbral y escudriñó con insistencia, a la luz de la vela, el interior del cuarto. Al fin pareció recobrarse y se disculpó:

—Lo siento. Sé que es absurdo, pero jamás puedo evitar hacerlo, por un motivo muy particular.

Días más tarde, conocí ese motivo tan particular, y ustedes acaban de conocerlo.

LA FUENTE DE LOS LAMENTOS

EN el año 19., un distinguido colegio contaba en su Cuerpo de Exploradores con dos miembros, cuyos nombres eran Arthur Wilcox y Stanley Judkins respectivamente. Tenían la misma edad, se alojaban en el mismo pabellón, estaban en la misma división y, como es natural, eran miembros de la misma patrulla. Eran tan parecidos, que causaban ansiedad e inquietud, y hasta irritación en los profesores que entraban en contacto con ellos. ¡Pero cuántas diferencias entre el hombre, o el muchacho, que llevaban dentro!

A Arthur Wilcox se dirigía el Jefe Principal, mirándole con una sonrisa cuando el muchacho entraba por el portal: «Vaya, Wilcox, ¡habrá déficit en nuestros fondos para premios, si se queda por aquí mucho tiempo! Tenga, tome este ejemplar bellamente encuadernado de *Vida y obras del Obispo Ken*, junto con mi sincera enhorabuena para usted y para sus excelentes padres». También a Wilcox se refería el director cuando atravesaba los campos de deportes y, deteniéndose un momento, observaba al vicedirector: «¡Ese chico tiene un aspecto notable!» «Sí que lo tiene», respondía el vicedirector. «Denota que es un genio o que padece de hidrocefalia».

Como explorador, Wilcox ganaba todas las fajas y distinciones por las que compitiese. La Faja al mejor cocinero, al mejor realizador de mapas, al mejor salvavidas, a la mejor colección de recortes de periódico, al que no diera portazos al salir del salón de estudio, y muchas otras. De la Faja de salvavidas tal vez tenga yo algo que decir cuando comience a hablar de Stanley Judkins.

No se sorprenderán ustedes al oír que Mr. Hope Jones había añadido un verso especial a cada una de sus canciones, para encomiar a Arthur Wilcox, o que el Instructor de primer curso dejó caer unas lágrimas al entregarle la Medalla a la Buena Conducta, en su bonito estuche color clarete: la medalla que le había sido concedida por el voto unánime de la Tercera Clase. ¿Unánime he dicho? He dicho mal. Hubo una voz disonante, la de Judkins el pequeño, que adujo que tenía excelentes razones para actuar como lo había hecho. Al parecer, compartía la habitación con su hermano mayor. Tampoco se sorprenderán ustedes de que al cabo de los años Arthur Wilcox fuese el primer alumno, y hasta aquel momento el único, que se había convertido en Capitán de Internos y Externos del Colegio, ni de que el esfuerzo de cumplir con los deberes de ambos cargos, unido al trabajo habitual de los cursos, fuese tan arduo que el médico de la familia le hubiese prescrito, como una necesidad absoluta, un reposo total de seis meses, seguido de un viaje alrededor del mundo.

Sería una labor agradable la de seguir los pasos por los que llegó a ocupar la situación brillante que ahora detenta; pero, de momento, basta de Arthur Wilcox. El tiempo apremia y debemos atender otro asunto bien distinto: la carrera de Stanley Judkins, el mayor de los Judkins.

Como Arthur Wilcox, Stanley Judkins atraía la atención de las autoridades, pero

muy de otra forma. A él se dirigía el Instructor de primer curso sin sonrisa de ninguna clase, al decir; «¿Otra vez, Judkins? A poco que insista en esa conducta, muchacho, tendrá buenos motivos para lamentar el haber entrado en esta academia. ¡Ahora haga esto y lo otro, y dése por satisfecho de que no le caiga eso y lo de más allá!». También en Judkins reparaba el Director al pasar a través de los campos de deporte, cuando una pelota de críquet se estrellaba con fuerza considerable contra su tobillo, y una voz cercana le gritaba: «¡Gracias, tronco!». El Director, mientras se detenía para masajearse el tobillo comentó: «¡Creo que ese muchacho tendría que guardarse la pelota de críquet en el bolsillo!». «Claro que sí», dijo el vicedirector, «si cae bajo mi mano, yo procuraré que se guarde algo más que eso».

Como explorador, Stanley Judkins no obtuvo ninguna faja, como no fuesen las que robaba a los miembros de otras patrullas. En el certamen culinario, fue sorprendido intentando meter cohetes en el horno de los competidores vecinos. En el de costura tuvo éxito al coser, muy firmemente y juntos, a dos chicos, con un efecto desastroso cuando intentaron levantarse. Para la Faja de Pulcritud fue descalificado porque, en la escuela de verano, en la que hacía mucho calor, no se le pudo disuadir de estar sentado con los dedos metidos en la tinta: era para gozar del fresco, según dijo. Por un trozo de papel que recogía, debía de haber tirado por lo menos seis cáscaras de plátano u otras tantas peladuras de naranja. Las ancianas, al verle acercarse, le suplicaban con lágrimas en los ojos que no les llevara los cubos de agua al otro lado de la calle. Aunque sabían muy bien cuál sería el inevitable resultado. Pero en la competencia de salvamento era donde la conducta de Stanley Judkins resultaba más digna de vituperio, y tenía los efectos de mayor alcance. Como ustedes saben, consistía en arrojar a un alumno de primero, escogido, de talla adecuada, completamente vestido y atado de pies y manos, en la parte más profunda de la Presa del Cuco, y controlar el tiempo que el explorador al que le correspondiese hacerlo demoraba en rescatarle. En cada una de las oportunidades en que fue admitido a competición, Stanley Judkins, en el momento crítico, se había visto atacado por un calambre tremendo, que le había obligado a rodar por tierra, gritando como un marrano. Naturalmente, eso había motivado que la atención de los presentes se apartara del chico que estaba en el agua y, de no haber mediado la presencia de Arthur Wilcox, la lista de bajas habría sido muy extensa. En tal estado de cosas, el Instructor de primero consideró necesario adoptar una actitud firme y decidir que no se siguiera celebrando la competencia. En vano fue que Mr. Beasley Robinson le demostrara que en cinco ediciones del certamen sólo habían muerto cuatro muchachos. El Instructor dijo que él sería el último en interferir, de cualquier modo que fuese, en la labor de los exploradores; pero que tres de aquellos alumnos habían sido miembros destacados de su coro, y que tanto él mismo como el Dr. Ley consideraban que las molestias ocasionadas por esas pérdidas superaban las ventajas de los certámenes. Además, la correspondencia con los padres de esos chicos se había vuelto pesada, y hasta desagradable; ya no quedaban satisfechos con el formulario

impreso que tenía por costumbre enviarles, y más de uno de ellos había pasado por Eton y le había quitado buena parte de su valioso tiempo con quejas. De modo que la competición de salvamento ya era cosa del pasado.

En resumen, Stanley Judkins no era motivo de orgullo para los exploradores, y en más de una ocasión se habló de comunicarle que sus servicios ya no eran requeridos. Esa posibilidad fue enérgicamente apoyada por Mr. Lambart; pero al fin prevalecieron las opiniones menos duras y se decidió brindarle otra oportunidad.

O sea que al comienzo de las vacaciones de verano de 19.., le encontramos en el campamento de exploradores del bonito distrito de V (o X), en el condado de D (o Y).

Era una espléndida mañana, y Stanley Judkins y uno o dos de sus amigos — porque todavía tenía amigos— estaban tomando el sol en la cima de una duna. Stanley estaba boca abajo, con el mentón apoyado en las manos, mirando a la distancia.

—Me pregunto qué lugar es ése —dijo.

—¿Cuál? —preguntó uno de sus compañeros.

—Esa especie de bosquecillo en medio de ese prado, allí abajo.

—¡Oh, ése! ¡Y yo qué sé!

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó el otro.

—No lo sé: me gusta el aspecto que tiene. ¿Cómo se llama? ¿Nadie tiene un mapa? —preguntó Stanley—. ¡Y decís que sois exploradores!

—Aquí tienes un mapa —respondió Wilfred Pipsqueak, joven de muchos recursos—, y aquí está marcado ese punto, pero dentro del círculo rojo. No podemos ir allí.

—¿Qué importa el círculo rojo? —dijo Stanley—. Pero el lugar no tiene nombre en tu estúpido mapa.

—Ah, le puedes preguntar cómo se llama a ese viejo si tanto te interesa saberlo.

«Ese viejo» era un anciano pastor que había subido a la duna, y estaba de pie a espaldas de ellos.

—Buenos días, jovencitos —dijo el pastor—. Tienen ustedes buen tiempo para sus quehaceres, ¿verdad?

—Sí, gracias —respondió Algernon de Montmorency, con su cortesía congénita—. ¿Podría decirnos cómo se llama ese bosquecillo y qué hay dentro?

—Claro que puedo —dijo el pastor—. Es la Fuente de los Lamentos, así se llama. Pero ustedes no tienen que preocuparse por ese sitio.

—¿Hay un manantial dentro? —preguntó Algernon—. ¿Quién acude allí?

El pastor se echó a reír.

—Dios le bendiga —dijo—, ni un hombre ni una oveja han acudido a la Fuente de los Lamentos, ni lo han hecho en todos los años de mi vida.

—Pues hoy se romperá esa marca —afirmó Stanley Judkins—, porque yo voy a ir allí, a buscar agua para el té.

—¡Por el amor de Dios, joven! —exclamó el pastor con miedo en la voz—. ¡No hable de ese modo! ¿Pero es que sus instructores no les han dicho que no vayan por allí? Pues tendrían que haberlo hecho.

—Sí que lo han hecho —dijo Wilfred Pipsqueak.

—¡Cállate, borrico! —exclamó Stanley Judkins—. ¿Qué pasa allí? ¿No es buena el agua? Si fuera por eso, con hervirla ya estaría bien.

—No creo que haya nada malo en el agua —respondió el pastor—. Todo lo que sé es que mi viejo perro no atravesaría ese prado, y mucho menos yo o cualquier otro que tenga algo de seso en la cabeza.

—Más que tontos de sí —comentó Stanley Judkins, con rudeza e incorrección gramatical a la vez—. ¿Quién ha tenido algún problema por haber pasado por allí? —añadió.

—Tres mujeres y un hombre —replicó el pastor gravemente—. Escúchenme; yo conozco estos lugares y ustedes no, y les digo esto; en estos últimos diez años no ha habido ni una sola oveja que pastara en ese prado, ni se ha sembrado nada en él, aunque la tierra es buena. Desde aquí pueden ver cómo está todo por allí, con esos zarzales, matas y basuras de toda clase. *Usted* tiene unos prismáticos, joven —se dirigía a Wilfred Pipsqueak—, o sea que los puede ver.

—Sí —dijo Wilfred—, pero veo que hay sendas marcadas. Alguien va por allí de cuando en cuando.

—¡Sendas! —exclamó el pastor—. ¡Ya lo creo! Cuatro sendas: tres mujeres y un hombre.

—¿Qué quiere decir con eso de tres mujeres y un hombre? —preguntó Stanley, mientras se volvía por primera vez y miraba de frente al pastor (porque le había dado la espalda hasta ese momento: era un chico maleducado).

—¿Qué quiero decir? Pues lo que digo: tres mujeres y un hombre.

—¿Quiénes son? —preguntó Algernon—. ¿A qué van allí?

—Quizá haya alguien que les pueda decir quienes *eran* —dijo el pastor—, pero esos desaparecieron antes de que yo hubiese nacido. Y por qué iban allí es todavía más de lo que un hijo de hombre pueda decir: lo único que he oído es que todos ellos en vida eran malas personas.

—¡Por san Jorge, qué cosa más rara! —murmuraron Algernon y Wilfred; pero Stanley se mostraba desdenoso y desagradado.

—¡Pero bueno! ¿Ya a decirme que son fiambres? ¡Qué tontería! Ustedes han de ser unos tontos, si se creen eso, Me gustaría saber quién les ha visto.

—¡Yo les he visto, jovencito! —respondió el pastor—, les he visto de cerca, desde esa duna: y mi viejo perro, si pudiese hablar, le diría que él también les vio esa misma vez. Era sobre las cuatro de la tarde, en un día como éste. Yo les vi, a cada uno de ellos: avanzaban entre los arbustos y se detenían, andaban despacio por las sendas hacia el centro de los árboles, donde está el manantial.

—¿Cómo eran? ¡Cuéntenos! —pidieron Algernon y Wilfred con mucho interés.

—Harapos y huesos, jovencitos; los cuatro, harapos colgantes y huesos blancuzcos. Me daba la impresión de que los oía castañetear mientras se movían. Andaban muy despacio, mirando de un lado a otro.

—¿Cómo eran sus caras? ¿Las pudo ver?

—No tenían mucha cara que digamos —dijo el pastor—, pero me pareció ver que tenían dientes.

—¡Dios! —exclamó Wilfred—. ¿Qué hicieron cuando llegaron hasta los árboles?

—No puedo decirle eso, joven —respondió el viejo—. No iba a quedarme en ese lugar; además tenía que buscar a mi perro, que había desaparecido. Nunca antes se había apartado de mí, pero esa vez desapareció y, cuando por fin lo encontré, no me conocía y estuvo a punto de saltarme al cuello. Pero le estuve hablando y, al rato, reconoció mi voz y se acercó a rastras, como un niño que pide perdón. No quisiera volver a verle otra vez así, ni a él ni a ningún otro perro.

El perro, que se había acercado y hacia fiestas a todos, miró a su amo y expresó un acuerdo total con sus palabras.

Los muchachos reflexionaron por unos momentos sobre lo que habían oído y, al cabo, Wilfred dijo:

—¿Por qué se llama la Fuente de los Lamentos?

—Si fueran allí una tarde de invierno, después de la puesta de sol, no preguntarían por qué —fue todo lo que dijo el pastor.

—Vaya, no me creo ni una palabra de eso —declaró Stanley Judkins— y pienso ir hasta allí en la primera ocasión que tenga; ¡maldita sea si no lo hago!

—¿O sea que no me hará caso? —preguntó el pastor—. ¿Ni a mí ni a sus jefes, que ya le han advertido que no vaya? Vamos, joven, usted no tiene cabeza, me parece. ¿Para qué iba a contarle yo un montón de mentiras? No daría ni medio chelín por el que se metiera en ese prado; pero no me gustaría ver desaparecer a un jovencito en la flor de la edad.

—Me figuro que daría más de medio chelín —dijo Stanley—. Se me ocurre que usted tiene una destilería de *whisky*, o algo así, en ese lugar, y no quiere que la gente se acerque por allí. Tonterías, eso hay. Venga, muchachos, nos largamos.

Se marcharon. Los otros dos dijeron «Buenas tardes» y «Gracias» al pastor, pero Stanley nada dijo. El viejo se encogió de hombros y permaneció donde estaba, mirándoles alejarse con aire bastante triste.

De camino hacia el campamento discutieron el asunto, y Stanley tuvo que soportar que, tan lisa y llanamente como era posible, le dijeran que sería un perfecto tonto si fuese a la Fuente de los Lamentos.

Esa noche, entre otras cosas, Mr. Beasley Robinson preguntó si en todos los mapas estaba marcado el círculo rojo.

—Tengan buen cuidado —advirtió— de no meterse dentro de ese círculo.

Varias voces, entre ellas la malhumorada de Stanley Judkins, preguntaron «¿Por qué no, señor?»

—Porque no —respondió Mr. Beasley Robinson—, y si eso no les basta, lo siento —se volvió, habló en voz baja con Mr. Lambart, y después continuó—. Puedo decirles sólo esto: nos han pedido que mantuviéramos fuera de ese prado a los exploradores. Es muy gentil de parte de esta gente permitirnos acampar aquí, y lo menos que podemos hacer es estarles agradecidos. Sin duda, ustedes concuerdan con eso.

Todos dijeron «¡Sí, señor!», excepto Stanley Judkins, a quien se le oyó murmurar: «¡Estarles agradecidos, un cuerno!»

A primera hora de la mañana del día siguiente se oía este diálogo:

—Wilcox, ¿están presentes todos los de su tienda?

—No, señor, ¡Judkins no está!

—¡Ese muchacho es *el* incordio más infernal que se haya inventado! ¿Dónde puede estar?

—No tengo idea, señor.

—¿Lo sabe alguien?

—Señor, me pregunto si no habrá ido a la Fuente de los Lamentos.

—¿Quién ha hablado? ¿Pipsqueak? ¿Qué es la Fuente de los Lamentos?

—Es ese lugar que hay en el campo, señor..., bueno, está en un bosquecillo, señor, en un prado sin cultivar.

—¿Quiere decir dentro del círculo rojo? ¡Cielo santo! ¿Por qué cree que ha ido allí?

—Vaya, porque tenía mucho interés en saber detalles sobre el lugar, y estuvimos hablando con un pastor, que nos dijo muchas cosas y nos advirtió que no nos acercáramos, pero Judkins no quiso creerle y dijo que pensaba ir.

—¡Perfecto borrico! —exclamó Mr. Hope Jones—. ¿Se ha llevado algo consigo?

—Sí, creo que un trozo de cuerda y una cantimplora. Le dijimos que era un tonto si iba allí.

—¡Pedazo de burro! ¡Cómo diablos se atreve a coger pertrechos así, sin más! Vamos, ustedes tres, tenemos que ir a buscarle. ¿Por qué nadie es capaz de cumplir ni siquiera una orden sencilla? ¿Qué les contó el hombre del que me han hablado? No, esperen, me lo dirán en el camino.

Allá marcharon, Algernon y Wilfred hablando a toda velocidad, y los otros dos escuchando con una preocupación creciente. Por fin llegaron a la duna cercana al campo, la que les había señalado el pastor la víspera. Dominaba el lugar por completo; dentro del bosquecillo de abetos escoceses, mustios y retorcidos, era bien visible la fuente, y también lo eran las cuatro sendas que discurrían entre las zarzas y los matojos.

Hacía un día espléndido, de mucho calor. El mar parecía una superficie de metal. No soplaban ni una brisa. Todos estaban exhaustos cuando llegaron a la cima y se tumbaron sobre la hierba caliente.

—Todavía no se le ve por ninguna parte —dijo Mr. Hope Jones—, pero vamos a descansar aquí un momento. Ustedes están fatigados, y yo también. Echen una buena mirada —continuó al cabo de un instante—, me ha parecido ver que se movían esos arbustos.

—Sí —dijo Wilcox—, a mí también. Allí..., no, no puede ser él. Pero hay alguien; está levantando la cabeza, ¿verdad?

—Me ha parecido, pero no estoy seguro.

Silencio durante unos minutos. Después:

—Ése es él, estoy seguro —dijo Wilcox—, está trepando por la cerca, allá, al lado opuesto. ¿No lo ven? Lleva algo que brilla. Es la cantimplora que has dicho tú.

—Sí, es él, y va recto hacia los árboles —observó Wilfred.

En ese momento, Algernon, que observaba con toda atención, soltó un grito.

—¿Qué es eso, en la senda? Va a gatas... Oh, es la mujer. ¡Ah, no me dejen mirarla! ¡No dejen que pase eso! —y se volvió, agarró puñados de hierba y trató de ocultar la cabeza en ella.

—¡Basta! —gritó Mr. Hope Jones: pero fue inútil—. Oiga —dijo—, debo ir allá abajo. Usted, Wilfred, quédese aquí a cuidar de este chico. Wilcox, usted vaya corriendo hasta el campamento y traiga ayuda.

Los dos se marcharon a la carrera. Wilfred quedó solo con Algernon, y procuró calmarle, pero él mismo no se sentía mucho mejor que su compañero. De rato en rato miraba hacia el pie de la colina y hacia el prado. Observó que Mr. Hope Jones se acercaba al lugar a paso rápido, y después, sorprendido, vio que se detenía, echaba una mirada a su alrededor y, ¡continuaba en ángulo! ¿Cuál podía ser el motivo? Miró hacia el prado, y vio allí una figura terrible, algo cubierta de harapos negros, con manchas blancas que sobresalían: la cabeza, apoyada en un largo pescuezo delgado, medio oculta en una especie de cofia informe y negruzca. Aquel ente agitaba unos brazos flacos en dirección al hombre que iba al rescate, como si quisiese espantarlo: y entre las dos figuras el aire se veía temblar y volverse líquido, algo que nunca antes Wilfred había observado. Mientras miraba todo eso, el muchacho comenzó a sentir una suerte de mareo y cierta confusión en la cabeza, que le hicieron pensar cuál no sería el efecto sobre quien se hallase más cerca del campo de influencia. Se apresuró a cambiar de punto de mira, para advertir que Stanley Judkins avanzaba rápidamente hacia el bosquecillo, y en el más puro estilo de un explorador, mirando dónde ponía los pies, para no pisar los espinos ni quedar enredado en ellos.

Aunque no veía nada, era evidente que sospechaba algún tipo de emboscada, y trataba de marchar sin hacer ruido. Wilfred vio todo eso, y más aún. De pronto se le detuvo el corazón, al columbrar a alguien que aguardaba entre los árboles, y después a otra figura —una más de aquellas repugnantemente negras— que con movimientos lentos se acercaba por la senda opuesta, mirando de un lado a otro, tal como lo había descrito el pastor. Lo peor de todo fue que vio a una cuarta —sin duda un hombre, en este caso—, saliendo de entre los arbustos, pocas yardas detrás del desdichado

Stanley, y que, con mucho esfuerzo, se acercaba a rastras al sendero. Por los cuatro lados la miserable víctima tenía cortado el camino.

Wilfred estaba al cabo de sus fuerzas. Se precipitó hacia Algernon y le zamarreó.

—¡Levántate! —dijo—. ¡Grita! ¡Grita todo lo que puedas! ¡Oh, si tuviese un silbato!

Algernon se recuperó.

—Aquí tienes uno —le dijo—. Es el de Wilcox, debe de habersele caído.

Así que uno pitaba, el otro gritaba. En el aire sereno se expandía el sonido. Stanley escuchaba; se detuvo; se volvió y entonces se oyó un grito más agudo y aterrador que cualquiera de los que pudiesen emitir los muchachos que se hallaban en la colina. Era demasiado tarde.

La figura agazapada a espaldas de Stanley se arrojó sobre él y le cogió por la cintura. La otra, horrible, la que estaba detenida moviendo los brazos, los agitó una vez más, pero con júbilo. La que se deslizaba entre los árboles se precipitó hacia adelante, y también ella estiró los brazos como si quisiese coger algo que veía en su camino; y la otra, más alejada, se dio prisa en acercarse, moviendo la cabeza con regocijo. Los muchachos observaron todo aquello en un instante de silencio terrible, y apenas podían respirar mientras contemplaban la lucha espantosa entre el hombre y su presa. Stanley le daba con su cantimplora, única arma que tenía. El ala rota de un sombrero negro cayó de la cabeza de aquel ser, y dejó a la vista un cráneo blanco con manchas que podían ser mechones de pelo. Para entonces una de las mujeres había llegado hasta ellos, y tiraba de la cuerda enroscada alrededor del cuello de Stanley. Entre los dos le redujeron en un momento: cesaron los gritos angustiosos, y los tres entraron en el círculo del bosquecillo de abetos.

Sin embargo, hubo una esperanza fugaz de rescate. Mr. Hope Jones, que se acercaba a buen paso, se detuvo de pronto, se volvió, al parecer restregó sus ojos, y después comenzó a correr *hacia* el prado. Y más aún: los muchachos miraron a sus espaldas y no sólo vieron una tropa de figuras que llegaban a la cima de la duna contigua desde el campamento, sino también al pastor que subía a la carrera la duna en que ellos mismos se hallaban. Agitaron los brazos, gritaron, corrieron unas yardas hacia el viejo y volvieron a su sitio. El pastor aceleró sus pasos.

Una vez más los chicos miraron hacia el prado. No se veía nada. ¿O había algo entre los árboles?

¿Por qué esa bruma entre el follaje? Mr. Hope Jones había trepado a la cerca y se zambullía entre los matorrales.

El pastor se detuvo junto a los muchachos, jadeante. Corrieron hacia él y se colgaron de sus brazos.

—¡Le han cogido! ¡Entre los árboles! —fue todo lo que pudieron decir y repetir.

—¿Qué? ¡No me digan que ha ido allí después de todo lo que le he explicado ayer! ¡Pobrecillo! ¡Pobrecillo! —y hubiese querido decir algo más, pero otras voces le interrumpieron. La patrulla de rescate del campamento había llegado. Unas pocas

palabras precipitadas y todos echaron a correr colina abajo.

Apenas habían entrado en el campo cuando se toparon con Mr. Hope Jones. Traía sobre el hombro el cadáver de Stanley Judkins. Le había descolgado de una rama, donde le hallara balanceándose en el aire. En el cuerpo no quedaba ni una gota de sangre.

Al día siguiente, Mr. Hope Jones se puso en marcha con un hacha, y con la intención expresa de cortar cada árbol del bosquecillo y quemar cada mata del prado. Volvió con una extraña herida en la pierna y el mango del hacha quebrado. No había podido encender ni una sola chispa, y en ningún tronco había logrado hacer ni siquiera una marca.

He oído decir que ahora habitan la Fuente de los Lamentos tres mujeres, un hombre y un muchacho.

La impresión que sufrieron Algernon de Montmorency y Wilfred Pipsqueak fue profunda. Ambos se marcharon de inmediato del campamento; sin duda, aquel suceso arrojó una sombra —aunque pasajera— en quienes se quedaron allí. Uno de los primeros en recuperar el ánimo fue Judkins el pequeño.

Ésta, caballeros, es la historia de la carrera de Stanley Judkins, y la de una parte de la carrera de Arthur Wilcox. Hasta ahora, creo, no había sido contada. Tiene una moraleja y, así lo espero, esa moraleja es obvia: si no la tiene, no sé muy bien cómo podría yo remediarlo.

EL TESORO DEL ABAD THOMAS

I

VERUM usque in praesentem diem multa garriunt inter se Canonici de abscondito quodam istius Abbatis Thomae thesauro, quem saepe, quanquam adhuc incassum, quaesiverunt Steinfeldenses. Ipsum enim Thomam adhuc florida in aetate existentem ingentem auri massam circa monasterium defodisse perhibent; de quo multoties interrogatus ubi esset, cum risu respondere solitus erat: «Job, Johannest, et Zacharias vel vobis vel posteris indicabunt»; idemque aliquando adiicere se inventuris minime invisurum. Inter alia huius Abbatis opera, hoc memoria praecipue dignum iudico quod fenestram magnam in orientali parte alae australis in ecclesia sua imaginibus optime in vitro depictis impleverit: id quod et ipsius effigies et insignia ibidem posita demonstrant. Domum quoque Abbatialem fere totam restauravit: puteo in atrio ipsius effosso et lapidibus marmoreis pulchre caelatis exornato. Decessit autem, morte aliquantulum subitanea percussus, aetatis suae anno LXXII, incarnationis vero Dominicae MDXXIX.

—Supongo que tendré que traducirlo —se dijo el anticuario en cuanto concluyó la transcripción de los renglones precedentes que había tomado de ese libro peculiar y excesivamente difuso, el *Serturn Steinfeldense Norbertinum*^[1]. Bueno, da lo mismo que lo haga ahora o después.

Y, en consecuencia, la siguiente versión quedó redactada en poco tiempo.

«Hasta el presente día, se ha rumoreado mucho entre los canónigos acerca de la existencia de un cierto tesoro oculto del susodicho abad Thomas, que los de Steinfeld han buscado con frecuencia, aunque hasta ahora en vano. Se dice que Thomas, aún en la plenitud de su vida, ocultó una inmensa cantidad de oro en algún sitio del monasterio. Cuando le preguntaban —lo que sucedía a menudo— dónde se hallaba, respondía riéndose: “Job, Juan y Zacarías os lo dirán, a vosotros o a vuestros sucesores”. A veces añadía que no guardaría rencor alguno al que lo hallara. Entre otras obras emprendidas por este abad, mencionaré especialmente las imágenes, admirablemente pintadas en vidrio, que pueblan el gran ventanal del extremo oriental de la nave sur de la iglesia, que, a modo de testimonio, ostenta su efigie y sus armas. Además restauró casi íntegramente la morada del abad, en cuyo patio cavó un pozo que adornó con hermosos relieves en mármol. Murió de muerte algo repentina a los setenta y dos años de edad, en el Año del Señor de 1529.»

Lo siguiente que debía hacer el anticuario era localizar los vitrales de la iglesia abacial de Steinfeld. Poco después de la Revolución, una gran cantidad de vitrales pasó de las disueltas abadías de Alemania y Bélgica a nuestro país, y hoy adornan varias de nuestras iglesias parroquiales, catedrales y capillas privadas. La abadía de Steinfeld fue uno de los más pródigos de estos involuntarios proveedores de nuestro

patrimonio artístico (cito el preámbulo, un tanto pomposo, del libro escrito por el anticuario) y la mayor parte de los vitrales de esa institución son identificables sin dificultad, ya por las múltiples inscripciones que mencionan su procedencia, ya por los temas, que representaban ciclos o narraciones bien definidos.

El pasaje con el que inicié mi relato había ofrecido otra pista al anticuario. En una capilla privada —no importa dónde— había visto tres enormes imágenes; cada una ocupaba la luz íntegra de un ventanal, y las tres eran sin duda obra de un solo artista. Ese artista, según lo delataba el estilo, había sido un alemán del siglo XVI, pero nadie había podido brindar datos más precisos. Las imágenes representaban —¿acaso el lector se asombrará de ello?— a JOB PATRIARCHA, JOHANNES EVANGELISTA, ZACHARIAS PROPHETA, y cada uno aferraba un libro o pergamino que exhibía una sentencia de sus respectivos escritos. El anticuario había advertido este detalle, y también, no sin asombro, que diferían de todos los textos de la Vulgata que había podido examinar. El pergamino en manos de Job rezaba: *Auro est locus in quo absconditur* (en lugar de *conflatur*)^[2]; el libro de Juan decía: *Habent in vestimentis suis scripturam quam nemo novit*^[3] (en lugar de *in vestimento scriptum*, tomando las palabras reemplazadas de otro versículo); y Zacarías: *Super lapidem unum septem oculi sunt*^[4] (el único que presentaba un texto sin alteración).

Un amargo desconcierto había acuciado a nuestro investigador al ver a los tres personajes reunidos en un mismo ventanal. No los unía ningún lazo de orden histórico, simbólico o doctrinal, y sospechó que acaso formaran parte de una extensa serie de profetas y apóstoles que cubriera, por ejemplo, las ventanas superiores de una iglesia de dimensiones notables. Pero el pasaje del *Sertum*, al revelar que los nombres de los personajes representados en el vitral hoy expuesto en la capilla de Lord D... habían sido constantemente mencionados por el abad Thomas von Eschenhausen de Steinfeld, y que dicho abad había erigido, acaso hacia 1520, un vitral pintado en la nave sur de la iglesia abacial, alteraba la situación. Pensar que las tres imágenes formaran parte de la ofrenda del abad Thomas no era una conjetura audaz, y para confirmarla o refutarla bastaba con examinar escrupulosamente el vitral. Y, como Mr. Somerton era hombre sin ocupaciones, inició sin demora su peregrinaje a la capilla. Su conjetura tuvo plena confirmación. No sólo la técnica y el estilo del vitral eran perfectamente adecuados al lugar y la época requeridos, sino que halló también en otro ventanal de la misma capilla, otro vitral, que habían adquirido junto con las tres imágenes y que lucía las armas del abad Thomas von Eschenhausen.

A intervalos, durante sus indagaciones, Mr. Somerton no había dejado de evocar los rumores sobre el tesoro oculto y, a medida que las vio satisfechas, juzgó cada vez más obvio que si algún sentido tenían las enigmáticas respuestas del abad, había que descubrirlo en el ventanal que él había instalado en la iglesia abacial. Era innegable, por lo demás, que cabía interpretar el primero de los singulares textos inscritos en el vitral como referencia a un tesoro oculto.

Consiguió, pues, con sumo cuidado, todo indicio o señal cuya eventual

colaboración pudiera desentrañar el misterio que, a su juicio, el abad había propuesto a la posteridad y, de regreso a su casa solariega en Berkshire, consumió buena parte del aceite nocturno ante sus copias y bosquejos. Un día, dos o tres semanas más tarde, Mr. Somerton le anunció a su mayordomo que debía preparar tanto sus propias maletas como las de su amo, pues partían de viaje a un sitio adonde, por ahora, no los seguiremos.

II

Mr. Gregory, párroco de Parsbury, había resuelto, esa diáfana mañana de otoño, caminar hasta el portón antes del desayuno para recibir la correspondencia y gozar del aire fresco. Pudo satisfacer ambos propósitos. Aún no había respondido sino diez u once de las variadas preguntas formuladas por la límpida curiosidad de sus vástagos, que le acompañaban, cuando apareció el cartero; el bulto de esa mañana incluía una carta con estampilla y sello extranjeros (que en el acto fueron objeto de ávida disputa entre los jóvenes Gregory), remitida con una caligrafía cuya cultura era objetable, aunque no así su carácter inglés.

Cuando el párroco la abrió y buscó la firma, advirtió que la enviaba el servidor de confianza de su inestimable amigo y protector Mr. Somerton. Decía lo siguiente:

Muy Respetable Señor:

Como sufro mucha *ansiedad* por el Amo, le escribo para rogarle si Ud., Señor, no *decearía* tener la *bondá* de venirse por aquí. El Amo tuvo una gran *comosión* y está en cama. Nunca lo vi en este *hestado* pero después de todo no es *hasombrarse* y sólo usted puede darle una mano. El Amo dice que si *e* de mencionarlo el camino más corto es irse a *Koblinza* y de *ai* es un poco más. Espero haber sido claro, pero estoy muy confundido y con mucha *ansiedad*, y me siento muy débil por las noches. Si me permite la *audasia*, señor, será un placer ver una *onrada* cara británica entre tantas extranjeras.

Lo saluda, con toda *diferencia*

William Brown

P. D. —Es un pueblo, no una *ciudad*. Se llama *Stinfeld*.

Figúrese el lector los detalles del asombro, la confusión y los precipitados

preparativos en que carta semejante había de sumergir a un apacible párroco de Berkshire, en el año de gracia de 1859. Sólo diré que ese mismo día tomó un tren a la ciudad, que logró reservar un camarote en el barco a Amberes y un asiento en el tren a Coblenza; tampoco presentó mayor dificultad el traslado desde ese lugar a Steinfeld.

Padezco, como narrador, la grave desventaja de no haber visitado jamás Steinfeld y de que ninguno de los protagonistas del episodio (de quienes derivo toda mi información) me haya brindado sino una idea vaga e imprecisa de su aspecto. Deduzco que es un sitio pequeño, con una enorme iglesia despojada de sus antiguos ornamentos; la rodea una variedad de edificios altos, más bien en ruinas, casi todos del siglo XVII; pues la abadía, al igual que casi todas las del continente europeo, fue reconstruida por sus moradores de esa época. No creí que valiera la pena gastar dinero en visitar el lugar, pues aunque quizá merezca un juicio más atento que el de Mr. Somerton y el de Mr. Gregory, por cierto hay muy poco, si es que hay algo, cuyo interés sea de primera magnitud... salvo, acaso, una cosa, que yo preferiría no ver.

La posada donde se alojaron el caballero y su sirviente es, o era, la única «posible» en la aldea. Hacia ella lo condujo el cochero contratado por Mr. Gregory, que al llegar halló a Mr. Brown esperando en la puerta. Mr. Brown, que en su Berkshire natal era un modelo de esa raza patilluda e impasible, que responde al nombre de servidor de confianza, vestía, en ese exilio atroz, un traje claro de *tweed*, y delataba ansiedad, furor, cualquier cosa salvo dominio de la situación. Su alivio al ver la «*onrada* cara británica» del párroco fue desmesurado, pero carecía de léxico para expresarlo. Sólo pudo decir:

—Bueno, estoy muy contento, se lo aseguro, señor, de verlo. Y también, señor, lo estará el amo.

—¿Cómo está su amo Brown? —preguntó ávidamente Mr. Gregory.

—Creo que mejor, señor, gracias; pero lo pasó muy mal. Espero que, en fin, ahora pueda dormir un poco...

—¿Qué fue lo que ocurrió? No pude deducirlo de su carta. ¿Hubo algún accidente?

—Bueno, señor, no sé si debo... El amo insistió en que él mismo quería contárselo. Pero no se rompió ni un *güeso*... creo que deberíamos estar agradecidos por eso...

—¿Qué dice el médico? —preguntó Mr. Gregory.

Ya estaban ante la puerta del cuarto de Mr. Somerton y hablaban en voz baja. Mr. Gregory, que iba delante, buscaba el picaporte, razón por la cual rozó los paneles con los dedos. Un horrible alarido, que provino del interior del cuarto, se anticipó a la respuesta de Brown.

—¿Quién es, en el nombre de Dios? —oyeron—. ¿Es Brown?

—Si señor... soy yo, con Mr. Gregory —se apresuró a decir Brown, y le respondió un estentóreo gruñido de alivio.

Entraron en la habitación, cuya penumbra contrastaba con la tarde de sol, y Mr. Gregory observó con súbita lástima, las contracciones y lágrimas de temor que deformaban el rostro de su amigo, quien incorporándose bajo el dosel, le saludó con mano trémula.

—Mejor ahora que le veo, querido Gregory —fue la respuesta a la primera pregunta del párroco, y, por lo visto, era sincera.

Tras un diálogo de cinco minutos. Mr. Somerton —tal fue la ulterior declaración de Brown— ya era otro hombre. Pudo ingerir una cena más respetable y estuvo dispuesto a tolerar, en un lapso de veinticuatro horas, el viaje a Coblenza.

—Pero hay algo —dijo con un nuevo asomo de inquietud que perturbó a Mr. Gregory— que debo suplicarle que haga por mí, querido Gregory. No —prosiguió, depositando su mano sobre la de Gregory para impedir toda interrupción—, no me pregunte qué es, o por qué quiero que lo haga. Aún no puedo explicarlo; me perjudicaría, anularía todo el bien que me ha hecho al venir. Sólo le diré que no corre ningún riesgo, y que Brown, mañana, puede y ha de revelarles qué es. Sólo se trata de reintegrar... de guardar... algo. No; aún no puedo mencionarlo. ¿No le molesta llamar a Brown?

—Bien, Somerton —dijo Mr. Gregory mientras se dirigía a la puerta—. No pediré ninguna explicación hasta que usted lo crea conveniente. Y si esta pequeña diligencia es tan fácil como dice, no habrá problemas en que sea, tratándose de usted, lo primero que haga por la mañana.

—Ah, estaba seguro, mi querido Gregory; sabía que podía confiar en usted. Jamás podré expresarle mi gratitud. Mire, aquí está Brown, quiero hablar una palabra contigo.

—¿Conviene que me vaya? —preguntó Mr. Gregory.

—No por favor, en absoluto, Brown, lo primero que harás mañana por la mañana (sé que no le importa madrugar Gregory) es llevar al párroco a... *allí*, ya sabes —Brown, inquieto y solemne, asintió con un gesto—, y entre los dos devolverán eso a su lugar. No tienes por qué alarmarte; durante el día no hay *ningún* peligro. Sabes a qué me refiero. Está en el escalón, ya sabes, donde... donde lo pusimos —Brown tragó saliva con dificultad e, incapaz de hablar, se inclinó una y otra vez—, sí eso es todo. Sólo esto, mi querido Gregory. Si puede evitar interrogar a Brown al respecto, le estaré aún más agradecido. Mañana por la noche, a lo sumo, si todo va bien, creo que podré contárselo todo, del principio al fin. Ahora le deseo buenas noches. Brown se queda conmigo, duerme aquí; y yo, en su lugar, cerraría la puerta con llave. Sí, no olvide hacerlo. La gente de aquí lo prefiere, y... y es mejor. Buenas noches, buenas noches.

Así se despidieron, y si Mr. Gregory despertó un par de veces en mitad de la noche e imaginó que alguien raspaba la parte inferior de su puerta, era lo menos que podía sucederle a un hombre tranquilo súbitamente trasladado a una cama extraña e inmerso en un extraño misterio. Por cierto que hasta el fin de sus días creyó haber

escuchado tales ruidos dos o tres veces entre la medianoche y el alba.

Se levantó con el sol y no tardó en salir en compañía de Brown. Aunque el servicio requerido por Mr. Somerton fuera curioso, no resultó difícil ni alarmante, y media hora después de haber salido de la posada habían terminado con él. Aún no diré de qué se trataba.

Más tarde, esa misma mañana, Mr. Somerton, casi recobrado por completo, pudo partir de Steinfeld; al anochecer de ese día —no recuerdo si en Coblenza o en una escala intermedia del viaje— ofreció la prometida explicación. Fue en presencia de Brown, aunque éste jamás reveló, y yo no me atrevería a hacer conjeturas, hasta qué punto logró comprender en qué consistía el problema.

III

He aquí el relato de Mr. Somerton.

«—Ambos saben, en principio, que emprendí este viaje con el objeto de satisfacer una inquietud suscitada por un viejo vitral de la capilla privada de Lord D...

Bien, el punto de partida de todo fue un pasaje de un viejo libro al que les ruego presten atención.

Y, al llegar a este punto, Mr. Somerton les mostró el texto que el lector ya conoce.

—En mi segunda visita a la capilla —prosiguió—, mi propósito consistía en tomar nota de cuanta cifra, letra, corte con diamante y aun marcas aparentemente accidentales pudiera descubrir sobre el vidrio. El primer punto al que me dediqué fue al de las inscripciones. No me cabía duda de que la primera de ellas, la de Job («Hay un lugar donde se oculta el oro»), con sus deliberada alteración, debía referirse al tesoro escondido; así que me demoré con cierta confianza en la siguiente, la de san Juan: «Lucen en su vestimenta una escritura que ningún varón conoce». Ustedes se preguntarán, naturalmente, si había alguna inscripción en los mantos de las imágenes. No descubrí ninguna; cada uno de los tres mantos terminaba en un amplio borde negro, que formaba en el ventanal un trazo conspicuo y más bien desagradable. Confesaré mi confusión, y de no haber mediado una feliz casualidad creo que habría abandonado la búsqueda en el mismo punto en que lo hicieron los canónigos de Steinfeld. Pero sucedió que había gran cantidad de polvo sobre la superficie del vitral, y Lord D..., que entró por casualidad, vio mis manos ennegrecidas y amablemente insistió en que trajeran un plumero para limpiarlo. Supongo que el plumero debía tener alguna prominencia áspera, pues, al pasar sobre el borde de uno de los mantos,

advertí que abría un largo surco, que en el acto reveló una mancha amarilla. Le pedí al sirviente que suspendiera un segundo su tarea y subí a la escalera para hacer un examen. Allí estaba, sin lugar a dudas, la mancha amarilla, y lo que había saltado era un grueso pigmento negro, aplicado evidentemente con una brocha después de procesado el vitral, que, por tanto, podría rasparse sin causar ningún perjuicio. Raspé, pues, y seguro que no lo creerán —no, cometo una injusticia, ya lo habrán adivinado—: hallé, bajo el pigmento negro, dos o tres letras mayúsculas nítidamente dibujadas con tintura sobre un fondo más claro. Por supuesto, apenas pude contener mi satisfacción.

»Le comuniqué a Lord D... que había descubierto una inscripción que creía interesante, y le rogué que me permitiera limpiarla por completo. No opuso objeción alguna, me dijo que hiciera lo que considerara conveniente, y luego, como tenía un compromiso, que, tengo que declararlo, sirvió para mi alivio, debió dejarme a solas. Me puse a trabajar en el acto y la tarea no me deparó dificultades. El pigmento, ya disuelto por el curso del tiempo, saltó casi al primer roce, y creo que no me llevó siquiera una par de horas limpiar los tres bordes negros. Cada imagen exhibía, como anunciaba la inscripción, “una escritura que ningún varón conocía”.

»Este descubrimiento, por supuesto, me confirmó que no seguía una pista falsa. Ahora bien, ¿cuál era la inscripción? Mientras limpiaba el vidrio me esforcé por no leer nada, reservándome ese placer para cuando lo tuviera todo a la vista. Y cuando lo tuve, querido Gregory, te aseguro que casi rompo a llorar, abrumado por la decepción. Lo que tenía ante mí era un conjunto de letras tan desordenadas como si las hubiese mezclado dentro de un sombrero.

Helo aquí:

Job. DREVICIOPEDMOOMSMVIVLISLCAVIBASBATAOVT

S. Juan. RDIIEAMRLESIPVSPODSEEIRSETTAAESGIAVNNR

Zacarías. FTEEAILNQDPVAIVMTLEEATTOHIOONVMCAAT.H.Q.E.

»Pese a mi primer desconcierto, mi confusión no perduró. Casi en el acto advertí que me enfrentaba con una suerte de clave o criptograma; y reflexioné que, dada su temprana fecha, debía ser de una especie bastante simple. De modo que transcribí las letras con la más minuciosa atención. Surgió, entretanto, otro indicio que confirmó mi creencia en un texto cifrado. Después de copiar las letras del manto de Job las conté, para asegurarme de que no faltaba ninguna. Eran treinta y ocho; y al concluir la revisión percibí una raspadura, ejecutada con una punta filosa en el extremo del manto. Era simplemente el número XXXVIII en cifras romanas. Para abreviar, diré que había una indicación similar, por así llamarla, en cada una de las otras claves; quedaba claro, a mi juicio, que el artesano había recibido órdenes estrictas del abad

Thomas en cuanto a la inscripción, y se había esmerado en verterla correctamente.

»Bueno, imaginarán, después de tal hallazgo, con qué detenimiento recorrí toda la superficie del vidrio en busca de otra clave. No desdeñé, por supuesto la inscripción de Zacarías (“Sobre una piedra hay siete ojos”), pero no tarde en concluir que ésta debía referirse a alguna marca en una piedra que sólo podría descubrir *in situ*, donde se ocultara el tesoro. Hice, en pocas palabras, cuantas anotaciones, copias y bosquejos me fue posible, y luego regresé a Parsbury para intentar el desciframiento con tranquilidad. ¡Oh, los tormentos que padecí! Al principio me creí muy sagaz, porque juzgué que la hallaría en uno de, los viejos tratados sobre escritura secreta. La *Steganographia* de Joachim Trithemius, que fue contemporáneo del abad Thomas, parecía particularmente prometedora; me hice con ella, pues, y con la *Cryptographya* de Selenius, el *De Augmentis Scientiarum* de Bacon, y otras obras. De nada valieron. Intenté aplicar el principio de la “letra más frecuente”, primero con base latina y luego alemana. Tampoco sirvió, y no estoy seguro de si era o no aplicable. Regresé, por fin, al vitral, y releí mis anotaciones, esperando, casi contra toda esperanza, que el mismo abad me hubiese suministrado la clave necesaria. Nada pude inferir del color o del diseño de los ropajes. No había fondos de paisaje con objetos secundarios; nada había en los palios. El único recurso posible parecía residir en la actitud de las imágenes “Job”, leí: “el pergamino en la mano izquierda, el índice de la mano derecha tendido hacia arriba Juan: aferra su libro con la mano izquierda; bendice con la mano derecha, con dos dedos. Zacarías: pergamino en la mano izquierda; tiende la mano derecha hacia arriba, como Job, pero apunta con tres dedos”. En otras palabras, reflexioné, Job extiende *un* dedo, Juan *dos*, Zacarías, *tres*. ¿No habrá implícito un código numérico? Mi querido Gregory —dijo Mr. Somerton, apoyando la mano en la rodilla de su amigo—, ésa era la clave. Al principio no advertí en qué consistía, pero al cabo de un par de instantes la desentrañé. Después de la primera letra de la inscripción, uno omite *una* letra, después de la siguiente omite *dos*, y después *tres*. Ahora mira el resultado que obtuve. Puse en versalitas las letras que configuran palabras:

DREVICIOPEDMOOMSMVIVLISLCAVIBAS
BATAOVT

RDIIEAMRLESIPVSPoDSEeiRSEtTAAEsGI
AvNnR

FTEEAiLNQDPVAiVMtLEeATTOhIOONVM
CAAt.H.Q.E.

»¿Lo ve? *Decem millia auri reposita sunt in puteo in at...* (Hay diez mil piezas de oro en un pozo en...), y sigue una palabra incompleta que comienza con *at*. Hasta

aquí *perfecto*. Apliqué el mismo sistema a las letras restantes; pero no dio resultado, e imaginé que acaso los puntos que siguen a las tres últimas letras indicaban algún cambio en el procedimiento. Luego pensé: “¿No había ninguna alusión a un pozo en la historia del abad Thoms, en el *Sertum*?” Sí, la había; él había cavado un *puteus in atrio* (un pozo en el atrio). Allí estaba, por supuesto, mi palabra: *atrio*. El próximo paso consistió en transcribir las otras letras de la inscripción, omitiendo las ya utilizadas. Obtuve lo que ves en esta tarjeta:

RVIIOPDOOSMVVISCAVBSTBTAOTDOIEAM
LSIVSPDEERSETAEGIANRFEEALQDV
AIMLEATTHOOVMCA.H.Q.E.

»Ahora bien, yo no sabía cuáles eran las tres primeras letras requeridas, es decir *rio* para completar la palabra *atrio*; y, como verás, éstas están entre las primeras cinco letras requeridas, es decir, *rio*, para completar la palabra; pero no tardé en advertir que cada letra alternada debía emplearse al continuar la lectura de la inscripción. Puede resolverlo usted mismo; el resultado, si reinicia cada ronda con lo que le queda, es éste:

rio domus abbatialis de Steinfeld a me, Thoma, qui possui custodem super ea. Gare à qui la touche.

O sea que el secreto era:

Hay diez mil piezas de oro en un pozo del atrio de la casa del abad de Steinfeld, cuyo constructor soy yo, Thomas, que ha puesto un guardián en ellas. *Gare a qui la touche!*

»Diré que estas últimas palabras eran un lema adoptado por el abad. Lo descubrí junto a sus armas en otro vitral de la capilla de Lord D..., y el religioso se las ingenió para incluirlo en su criptograma, aunque no concuerda gramaticalmente.

»Y bien, querido Gregory, ¿a qué tentación no hubiera cedido cualquier ser humano en mi lugar? ¿Quién podría haber evitado partir, tal y como yo lo hice, hacia Steinfeld y rastrear el secreto, literalmente, hasta su fuente? Creo que nadie. Yo al menos no puede, y así, no necesito aclarárselo, me hallé en Steinfeld apenas me lo permitieron los recursos de la civilización, y me instalé en la posada que usted conoce. Le diré que no estuve del todo libre de presentimientos: temía la decepción o bien el peligro. Siempre quedaba la posibilidad de que el pozo del abad hubiera sido íntegramente destruido, o que alguien, ignorante de los criptogramas, pero ayudado por la suerte, hubiese tropezado con el tesoro antes que yo. Y además, —aquí su voz

tembló en forma notoria—, no me avergonzaré confesar que el significado de esas palabras relativas al guardián del tesoro me impedían estar del todo tranquilo. Pero, si me disculpa, no volveré a comentar ese particular hasta... hasta el momento necesario.

»En cuanto tuvimos una oportunidad, Brown y yo exploramos el lugar. Yo, naturalmente, había manifestado interés en las ruinas de la abadía, y no pudimos evitar una visita a la iglesia, pese a mi ansiedad por acudir a otra parte. De todos modos, sí me interesaba observar los ventanales donde había estado el vitral, especialmente el del extremo oriental de la nave sur. Me asombró hallar, en las luces de las tracerías, algunos fragmentos y signos heráldicos: allí estaba el escudo del abad Thomas, y una pequeña imagen con un pergamino, cuya inscripción *Oculos habent, et non videbunt* (“Tienen ojos y no verán”) era, a mi juicio, una alusión del abad a sus canónigos.

»Pero por supuesto, el objetivo principal consistía en hallar la casa del abad. Por lo que sé, en la construcción de un monasterio no hay reglas establecidas para la residencia del abad; no puede predecirse, como de la capilla, que estará sobre el ala oriental del claustro, o, como del dormitorio, que se comunicará con un crucero del templo. Juzgué que si formulaba excesivas preguntas podía despertar el latente recuerdo del tesoro, de modo que intenté descubrirla por mis propios medios. No fue una búsqueda difícil o prolongada. Ese atrio triangular al sudeste del templo, cercado por ruinas desiertas y afeado por la maleza, que vio esta mañana, era el lugar en cuestión. Y con no poca satisfacción comprobé que estaba abandonado, que no distaba mucho de la posada y que no era observable desde edificios vecinos habitados; sólo había parques y huertos en los declives al este de la iglesia. Y le diré que aquellas hermosas piedras destacaban con un perfecto resplandor en el brumoso crepúsculo que tuvimos el martes.

»¿Y en cuanto al pozo? Es usted testigo de que no podía haber dudas al respecto. Es en verdad algo notable. El brocal creo que es de mármol italiano, y el tallado, según pensé, también ha de ser italiano. Había relieves, no sé si recuerda, de Eleazar y Rebeca, y de Jacob abriendo el pozo para Raquel, y de otros temas similares; pero, supongo que para distraer toda sospecha, el abad se abstuvo escrupulosamente de sus inscripciones cínicas y alusivas.

»Examiné en detalle toda la construcción: cuadrada, con una entrada lateral cubierta por una arcada, con una polea para la cuerda, evidentemente aún en buenas condiciones, pues la habían utilizado hasta hacía sesenta años, o quizá menos, si bien no en forma reciente. Quedaba por averiguar la profundidad y el modo de internarse. La profundidad, calculo, era de unos sesenta a setenta pies; y en cuanto al otro punto, de veras parecía que el abad hubiera deseado conducir a los buscadores a las puertas mismas de su arca, pues, según usted mismo ha visto, había enormes bloques de piedra hincados en la mampostería que formaban una escalera regular que descendía por el interior del pozo.

»Parecía demasiado bueno para ser verdad. Sospeché una trampa: acaso los peldaños de piedra cedieran apenas los agobiara un peso; pero probé una buena parte de ellos con mi propio cuerpo y con mi bastón, y todos parecían, y estaban, perfectamente firmes. Decidí, por supuesto, que Brown y yo intentaríamos explorarlo esa misma noche.

»Estaba bien equipado. Conociendo la clase de lugar que iba a explorar, había traído suficiente cantidad de cuerda y de correas para rodear mi cuerpo, de barras para aferrarse, así como de linternas y bujías y palancas, todo ello oculto en un maletín, para no despertar sospechas. Verifiqué la longitud de mi cuerda, así como el buen estado de la polea para el balde, y luego nos fuimos a cenar.

»Mantuve un breve y cauto diálogo con el posadero y le sugerí que no se asombrara si a eso de las nueve de la noche me veía salir con mi sirviente, pues deseaba —(¡Dios me perdone!)— hacer un boceto de la abadía a la luz de la luna. No formulé ninguna pregunta acerca del pozo, y no es probable que ahora las formule. Creo saber tanto al respecto como el que más en Steinfeld. Al menos —y todo su cuerpo sufrió un brusco temblor— no me interesa saber nada más.

»Llegamos ahora al desenlace, y aunque aborrezco recordarlo, estoy seguro, Gregory, de que será mucho mejor para mí evocarlo tal como sucedió. Brown y yo partimos con nuestro maletín a eso de las nueve, sin llamar la atención, pues nos las compusimos para deslizarnos, por la parte trasera de la posada, hasta un callejón que nos condujo al confín de la aldea. En cinco minutos llegamos al pozo y durante un rato nos sentamos en el brocal para asegurarnos de que nadie nos seguía o espiaba. Sólo oímos unos caballos que pastaban hacia el este, en la ladera. Actuábamos sin ser observados, y la pletórica luna llena nos brindaba luz suficiente como para que aseguráramos bien la cuerda en la polea. Luego ceñí la correa de cuero alrededor de mi cuerpo, bajo las axilas. Sujetamos el extremo de la cuerda, con toda firmeza, en un anillo de la piedra labrada. Brown tomó la linterna encendida y me siguió; yo tenía una barra. Y así iniciamos un lento descenso, tanteando cada escalón antes de pisarlo, y examinando los muros en busca de alguna piedra que estuviese marcada.

»En voz baja conté los escalones a medida que descendíamos, y ya había contado treinta y ocho antes de advertir una irregularidad en la superficie del muro. Tampoco aquí había marca alguna, y pensé, en mi desconcierto, si el criptograma del abad no sería sino una elaborada burla. A los cuarenta y nueve peldaños cesaba la escalera. Con honda consternación volví sobre mis pasos, y cuando llegué al escalón número treinta y ocho —Brown, con la linterna, estaba uno o dos escalones más arriba— examiné la pequeña irregularidad con sumo detenimiento: pero no había ni vestigios de una señal.

»Advertí entonces que la textura de la superficie parecía más tersa que la del resto, o al menos diferente. Acaso fuera de cemento y no de piedra. Le asesté un buen golpe con mi barra de hierro. Hubo un sonido resueltamente hueco, aunque quizá eso se debiera a que estábamos en el interior del pozo. Pero hubo más. Un trozo de

cemento cayó a mis pies, y vi marcas en la piedra que cubría. Había descubierto la pista propuesta por el abad, querido Gregory; aún ahora pienso en ello con cierta vanidad. Pocos golpes más y saqué todo el cemento; vi entonces una losa de piedra de unos dos pies cuadrados, sobre la que habían grabado una cruz. Nueva decepción, que sólo duro un instante. Fuiste tú, Brown, quien me infundió nuevo ánimo mediante una observación casual. Dijiste, si mal no recuerdo:

»—¡Qué cruz tan rara!; parece un montón de ojos.

»Te arrebaté la linterna y vi, con inexpresable placer, que la cruz estaba compuesta de siete ojos, cuatro en línea vertical, tres en línea horizontal. La última inscripción del ventanal quedaba explicada del modo previsto por mí. Ésta era la piedra con siete ojos. Hasta ahora todos los datos suministrados por el abad eran exactos, y al pensar en ello, se duplicaron mis ansiedades con respecto al *guardián*. Pero no iba a retroceder en ese momento.

»Sin darme tiempo a reflexionar, limpié con la barra el cemento que cubría el borde de la lápida, que luego golpeé en el costado derecho. Se movió en el acto, y advertí que no era sino una losa delgada y liviana, que yo mismo podía levantar y que servía de entrada a una cavidad. La levanté, pues, sin romperla, y la dejé sobre el escalón, pues acaso fuera importante para nosotros volver a ponerla en su sitio. Luego aguardé varios minutos en el escalón inmediato superior. No sé por qué, creo que para ver si no surgía algo espantoso. Nada ocurrió. Encendí una bujía y con toda cautela la metí en la cavidad, con la intención de comprobar la pestilencia del aire y ver qué había dentro. Había cierta pestilencia que por poco extingue la llama, pero ésta no tardó en arder con regularidad. La cavidad se extendía hacia adentro y hacia los costados de la abertura, y pude ver ciertos objetos redondos que quizá fueran sacos. ¿A qué esperar? Miré al interior de la cavidad. Nada había junto a la abertura. Metí el brazo y tanteé con lentitud a la derecha...

»Dame una copa de coñac, Brown. Continúo en seguida, Gregory...

»Bueno, tanteé a la derecha, y mis dedos palparon algo áspero, que parecía... sí, más o menos como cuero; estaba húmedo, y evidentemente era parte de algo pesado y consistente. De momento no había nada alarmante. Creció mi audacia e introduje ambas manos tanto como pude, lo arrastré hacia mí y se desplazó. Era pesado, pero lo movía con inesperada facilidad. Mientras lo atraía hacia la abertura, golpeé la bujía con el codo izquierdo y la apagué. Tenía el objeto casi frente a mí y comencé a sacarlo. Entonces Brown profirió un alarido brutal y se precipitó escaleras arriba con la linterna. Ya le contará él mismo por qué lo hizo. En medio de mi asombro, le busqué con la mirada, y le vi detenerse un instante allá arriba y luego retroceder unos pasos. Luego oí que decía en voz baja: "Está bien, señor", y seguí arrastrando el enorme saco, en esa penumbra total. Éste vaciló un instante en el borde de la cavidad, luego se deslizó hacia mi pecho y *me rodeó el cuello con sus brazos*.

»Querido Gregory, le digo la pura verdad. Creo que ahora conozco el extremo del horror y repugnancia que un hombre puede tolerar sin perder la razón. Apenas puedo

presentarle la experiencia en sus términos más elementales. Percibí un penetrante olor a moho, y un helado rostro apretado contra el mío, rozándolo con lentitud, y varios (no sé cuántos) brazos o piernas o tentáculos o algo que se aferraban a mi cuerpo. Aullé, según Brown, como una bestia feroz, y caí hacia atrás desde el escalón en que estaba, mientras la criatura, supongo, resbalaba hacia ese mismo escalón. Providencialmente la correa que me rodeaba se mantuvo firme. Brown no perdió la cabeza, y contó con fuerza suficiente para elevarme y sacarme de allí con prontitud. No sé exactamente cómo se las arregló, y no creo que él pueda explicarlo. Creo que se las ingenió para ocultar nuestras herramientas en el edificio desierto más próximo y con dificultad me llevó a la posada. Mi estado no me permitía dar explicaciones y Brown no sabe alemán; pero a la mañana siguiente le conté a la gente del lugar cierta historia de que me había caído en las ruinas de la abadía o algo así, y supongo que la creyeron. Y ahora, antes de proseguir, me gustaría que conociera cuáles fueron las experiencias de Brown durante esos pocos minutos. Cuéntale al párroco, Brown, lo que me referiste.»

—Bueno, señor —dijo Brown, en voz baja y nerviosa—, todo pasó así. Resulta que el amo estaba muy ocupado frente a ese agujero, y yo le sostenía la linterna y miraba, cuando entonces oí algo que caía al agua desde arriba, me dio la impresión. Entonces miro, y veo una cabeza que nos está observando. Supongo que dije algo, y entonces alcé la luz y corrí escaleras arriba, y mi luz le dio justo en la cara. ¡Si alguna vez vi un rostro maligno, señor, fue ése! Un viejo, con la cara muy arrugada, y me pareció que se reía. Y subí los escalones casi tan rápido como se lo cuento, y cuando salí no había nadie afuera ni tampoco ningún rastro. Tiempo para irse no tuvo, menos tratándose de un viejo, y me aseguré bien de que no se hubiera escondido junto al pozo o algo por el estilo. Después escuché que el amo daba un grito horrible y le vi colgando de la soga, y entonces, como dice el amo, no sé cómo hice para levantarlo.

—¿Lo oye, Gregory? —dijo Mr. Somerton—. Ahora bien, ¿se le ocurre alguna explicación del incidente?

—Todo el asunto es tan siniestro y anormal que debo confesar que me desconcierta por completo; pero lo que se me ocurre es que quizá... bueno, que la persona que había tendido la trampa acaso hubiese acudido a presenciar el éxito de su plan.

—Exactamente, Gregory, exactamente. No se me ocurre otra cosa... *probable*, diría, si tal palabra tuviese cabida en algún sitio de mi relato. Creo que debe haber sido el abad... En fin, no tengo mucho más que contarle. Pasé una noche atroz, con Brown sentado cerca de mí. No mejoré al día siguiente; no podía levantarme; no disponía de médicos; de conseguir alguno, dudo que hubiera podido hacer algo. Le dije a Brown que le escribiera a usted, y soporté otra noche terrible. Y además, Gregory (de esto estoy seguro, y creo que me afectó aún más que lo anterior, pues duró más tiempo), alguien o algo permaneció vigilante junto a mi puerta durante toda la noche. Casi creo que eran dos. No lo digo sólo por los débiles ruidos que cada

tanto oía en la penumbra, sino por ese olor... ese espantoso olor a moho. Yo me había deshecho de todo lo que llevaba puesto en esa primera noche y se lo había entregado a Brown, quien, según creo, lo había quemado en la estufa de su cuarto; y el olor, sin embargo, persistía con tanta intensidad como en el pozo; y, lo que es más, procedía de detrás de la puerta. Pero apenas despuntó el alba se disipó, y también cesaron los ruidos, lo cual me convenció de que esos seres eran criaturas de las tinieblas, que no podían tolerar la luz del día; y llegué al convencimiento de que si alguien podía devolver la lápida a su sitio, perderían su poder hasta que otro la retirara de nuevo. Para conseguirlo, tenía que esperar que viniera usted. No podía, por supuesto, enviar a Brown a hacerlo por sí solo, y menos podía pedirle a nadie del lugar que cumpliera la tarea. En fin, ésa es toda mi historia; si no la cree nada puedo hacer. Pero me da la impresión de que sí.

—En verdad —dijo Mr. Gregory—, no veo otra alternativa. ¡Debo creerla! Vi el pozo y la lápida con mis propios ojos, y creo haber visto los sacos o alguna otra cosa en la cavidad. Y, para ser franco con usted, Somerton, creo que anoche también vigilaron mi puerta.

—Me atrevo a creer que sí, Gregory; pero, gracias al cielo, todo ha concluido. ¿Tiene, de paso, algo más que contarme con respecto a su visita a ese espantoso lugar?

—Muy poco —fue la respuesta—. Brown y yo reintegramos la piedra a su sitio sin dificultad, y él la aseguró con los hierros y cuñas que usted le mandó adquirir. Luego cubrimos la superficie con lodo, de manera que tuviera el mismo aspecto que el resto del muro. Advertí un detalle en el relieve del brocal, que supongo que a usted se le escapó. Se trataba de una forma horrible y grotesca (más parecida a un sapo que a otra cosa), a cuyo lado había una inscripción con estas palabras: *Depositum custodi*^[5].

EL DIARIO DE MR. POYNTER

SIN duda, no hay mejor lugar de reunión para coleccionistas, libreros y bibliotecarios que el salón de ventas de una famosa firma londinense que se ocupa de la subasta de libros, y no sólo en el transcurso de un remate, sino —y notoriamente— cuando se efectúa una exposición previa a la venta. En uno de tales salones se iniciaron los asombrosos hechos que me refirió, hace pocos meses, la persona principalmente afectada por ellos, a saber, Mr. James Denton, *Master of Arts, Fellow of the Society of Antiquaries*, etcétera, quien vivió algún tiempo en Trinity Hall y, últimamente, en Rendcomb Manor, condado de Warwick.

Un día de primavera, no hace muchos años, hallábase en Londres por asuntos relacionados principalmente con el mobiliario de la casa que acababa de construir en Rendcomb. Quizás el lector sufra una decepción al enterarse de que Rendcomb Manor era de edificación reciente, pero, lamentablemente, nada puedo hacer para remediarlo. Hubo sin duda una antigua mansión con ese nombre, pero no se destacó por ser hermosa o interesante. Y aun en tal caso, ni una ni otra cualidad habrían sobrevivido al catastrófico incendio que la devastó dos años antes de la fecha de mi relato. Diré con satisfacción que cuanto de valioso había en ella fue rescatado, y que además estaba totalmente asegurada. Mr. Denton, por lo tanto, pudo afrontar con relativa facilidad los gastos que suponía la construcción de un edificio nuevo y mucho más apto tanto para él como para su tía, que constituía todo su *ménage*.

Como estaba en Londres, con tiempo disponible, y no muy lejos del salón de ventas al que vagamente aludí, Mr. Denton decidió dedicar una hora a la posibilidad de encontrar, entre los manuscritos de la famosa colección Thomas, entonces en exposición, algo referente a la historia o topografía de la región del condado de Warwick donde estaba su casa.

En consecuencia, se dirigió allí, adquirió un catálogo y subió al salón de ventas, donde los libros —según es habitual— estaban expuestos en vitrinas o sobre largas mesas. Junto a los anaqueles, o sentadas alrededor de las mesas, pudo observar a varias personas, algunas de ellas conocidas. Saludó a varias, y luego se dedicó a examinar su catálogo y a anotar los libros que pudieran interesarle. Había progresado bastante a través de unos doscientos del total de quinientos lotes (de vez en cuando se incorporaba para retirar un volumen del anaquel y hojearlo superficialmente) cuando alguien le puso la mano sobre el hombro. Se volvió para comprobar que quien le interrumpía era uno de esos hombres inteligentes, con barba puntiaguda y camisa de franela, que con tanta prodigalidad produjo, creo yo, el último cuarto del siglo XIX.

No tengo la intención de reproducir íntegramente la conversación que mantuvieron. Básteme consignar que versó sobre todo acerca de conocidos comunes, por ejemplo el sobrino del amigo de Mr. Denton, casado hada poco y establecido en Chelsea o la cuñada del amigo de Mr. Denton, que había estado gravemente enferma

y ahora estaba mejor, y de una pieza de porcelana que el amigo de Mr. Denton había adquirido meses atrás a un precio muy inferior a su valor. Acertadamente inferirá usted que tal conversación se redujo a un monólogo. Llegó el momento, sin embargo, en que el amigo razonó que Mr. Denton debía estar allí por algún motivo, y entonces preguntó:

—¿Busca algo en particular? No creo que haya mucho en este lote.

—Bueno, pensé que podría haber algunas colecciones del condado de Warwick, pero en el catálogo no veo nada bajo el nombre Warwick.

—No, aparentemente no —dijo su amigo—. De todos modos, creo haber visto algo así como un diario de Warwickshire. ¿Cómo se llamaba? ¿Drayton? ¿Potter? ¿Painter?... Empezaba con P o con D, estoy seguro —y hojeó rápidamente el catálogo—. Sí, aquí está. Poynter. Lote 486. A lo mejor le interesa. Creo que los libros están allá, sobre la mesa. Alguien los estuvo mirando. Bueno, debo irme. Adiós... vendrá a vernos ¿verdad? ¿Por qué no viene esta tarde? Tenemos un concierto a eso de las cuatro. Bueno, entonces será la próxima vez que venga a la ciudad.

Se fue. Mr. Denton miró su reloj y, con gran desconcierto, comprobó que apenas le quedaban unos minutos para recobrar su equipaje e ir a tomar el tren. Esos minutos bastaron para revelarles que había cuatro enormes volúmenes del diario, que éste se refería a los años próximos a 1710, y que en él parecía haber anotaciones de diversas especies. Valía la pena, al parecer, dejar una señal de veinticinco libras por él, lo cual pudo hacer, pues su agente habitual entró en el salón cuando él iba a retirarse.

Esa noche se reunió con su tía en su alojamiento provisional, una pequeña casa a escasos cientos de yardas de Rendcomb Manor. A la mañana siguiente, reanudaron una discusión que se había prolongado durante semanas, respecto al equipamiento de la nueva casa. Mr. Denton le expuso a su parienta el resultado de su visita a la ciudad: enumeró lo relativo a alfombras, sillas, armarios y porcelanas del dormitorio.

—Sí, querido —dijo su tía—, pero no me dices nada de la tela para las cortinas. ¿Fuiste a...?

Mr. Denton golpeó el suelo con el pie (¿qué otra cosa, en verdad, podía golpear?).

—¡Ah, caramba, caramba...! De eso me olvidé. De veras lo lamento. Iba hacia allí cuando pasé por Robins's.

Su tía alzó ambas manos.

—¡Robins's! Eso significa que recibiremos otra partida de libros viejos y horribles a un precio ultrajante. James, creo que ya que me tomo todas estas molestias por ti, deberías intentar acordarte del par de cosas que te encomendé especialmente. No es lo mismo que si te las pidiera para mí. No sé si crees que a mí me causa mucho placer, pero te aseguro que ése no es el caso, de ningún modo. No te imaginas cuántas reflexiones y problemas y preocupaciones me trae, y *tú* no tienes más que ir a las tiendas y encargar las cosas.

Mr. Denton intercaló un gemido de contricción.

—Oh, tía...

—Sí, muy bien, querido, no deseo hablar con rudeza, pero *debes* saber que todo esto es muy molesto: particularmente porque lo demora todo quién sabe hasta cuándo. Estamos a miércoles. Mañana vienen los Simpson, y no puedes dejar de atenderlos. El sábado tenemos invitados para jugar al tenis. Sí, por cierto dijiste que tú mismo los invitarías pero, por supuesto, tuve yo que redactar las tarjetas, y es ridículo, James, que pongas esa cara. De vez en cuando debemos ser corteses con nuestros vecinos: no te gustaría que comentaran que somos unos perfectos salvajes. ¿Qué iba diciendo? Bueno, el caso es que a esto iba: por lo menos hasta el jueves de la semana que viene no podrás ir a la ciudad, y hasta que no hayamos decidido la zaraza^[6] es imposible resolver cualquier otra cosa.

Mr. Denton se aventuró a sugerir que, como ya estaban encargados la pintura y el empapelado, semejante observación era en exceso severa, pero su tía, por el momento no estaba dispuesta a admitirlo. No hubiera encontrado aceptable, por otra parte, ninguna otra propuesta que él le anticipara. No obstante, con el transcurso del día, su actitud se tornó menos rígida: examinó un poco a disgusto las muestras y listas de precios que había traído su sobrino, e incluso aprobó con entusiasmo ciertas elecciones.

En cuanto a él, estaba, como es natural, algo aturdido por no haber cumplido con su deber, pero más aún por la perspectiva de un *tennis party*, que, si bien hubiese sido una desgracia inevitable en agosto, no habría creído que fuera de temer en mayo. No obstante, el viernes por la mañana, tuvo la noticia de que era dueño, mediante la suma de 12 libras y 10 chelines, del diario manuscrito de Poynter, cuyos cuatro volúmenes lo alegraron todavía más con su llegada al día siguiente.

Como el sábado por la mañana se vio obligado a llevar a Mr. y a Mrs. Simpson a dar un paseo en automóvil, y por la tarde a recibir a sus huéspedes y vecinos, no pudo abrir el paquete hasta el sábado por la noche cuando sus invitados se retiraron a dormir. Sólo entonces comprobó el hecho, que hasta el momento apenas sospechara, de que realmente había adquirido el diario de Mr. William Poynter, Squire de Acrington (distante unas cuatro millas de su propia parroquia), el mismo Poynter que durante un tiempo fue miembro del círculo de anticuarios de Oxford, cuyo centro era Thomas Hearne y con el cual en última instancia el propio Hearne parece haber reñido, episodio nada extraordinario en la carrera de este hombre excelente. Tal como ocurre con las colecciones del propio Hearne, el diario de Poynter contenía múltiples notas sobre libros impresos, descripciones de monedas y otras antigüedades que habían llamado su atención, borradores de cartas sobre estos asuntos, además de la crónica de sucesos cotidianos. La descripción ofrecida por el catálogo de ventas no había bastado para darle a Mr. Denton una idea exacta del interés que parecía tener el libro, y se quedó leyendo el primero de los cuatro volúmenes hasta horas harto censurables.

El domingo por la mañana, al regresar de la iglesia, su tía entró en el estudio y

olvidó lo que venía a decirle al ver los cuatro volúmenes *in-quarto*, con cubiertas de cuero marrón, que yacían sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —dijo con suspicacia—. ¿Son nuevos, no? ¡Oh!, ¿y por esto te has olvidado de mis cortinas? Habráse visto ¡Qué despropósito! ¿Cuánto pagaste por ellos, me gustaría saber? ¿Más de diez libras? James, es realmente escandaloso. En fin, si cuentas con dinero para derrochar en esas cosas, no *puede* haber razón alguna para que no te suscribas (y generosamente suscrito) a mi Liga contra la Vivisección. En serio, James, me enfadaré de veras si no... ¿Quién dices que los escribió? ¿El viejo Mr. Poynter, de Acrington? Bueno, por supuesto que es interesante reunir viejos documentos de esta vecindad. ¡Pero diez libras!

Recogió uno de los volúmenes —no el que había leído su sobrino— y lo abrió al azar, dejándolo caer en el acto en cuanto un ciempiés emergió de entre las páginas. Mr. Dentón lo recogió con una sofocada interjección.

—¡Pobre libro! Creo que no eres muy amable con Mr. Poynter.

—¿De veras, querido? Que él me perdone, pero sabes que no puedo soportar a esas horribles criaturas. Déjame ver si le causé algún daño.

—No, creo que todo está bien; pero mira lo que hay donde lo has abierto...

—¡Oh, caramba!, ¡qué interesante! Despréndelo, James, y déjame verlo.

Tratábase de un trozo de tela casi idéntico en tamaño a la página, sujeto a ella mediante un anticuado alfiler. James lo separó y se lo alcanzó a su tía, volviendo a pinchar el alfiler en la página.

Ahora bien, no sé exactamente de qué tela se trataba, pero tenía impreso un dibujo cuyo trazado fascinó a Miss Denton. Ésta se manifestó embelesada, lo apoyó contra la pared, persuadió a James a hacer lo mismo para poder contemplarlo de lejos, luego lo inspeccionó y culminó su examen con enfáticos elogios al buen gusto del anciano Mr. Poynter, que había tenido la feliz idea de preservar esa muestra en su diario.

—El diseño es encantador y admirable —exclamó ella—. Mira, James, qué deliciosas ondas entretejen estas líneas. La hacen a una acordarse del cabello, ¿no? Y esos lazos a intervalos. Dan el tono exacto de color que se requiere. Me pregunto...

—Iba a decir —interrumpió James con deferencia—: me pregunto si nos costará mucho hacerlo copiar para nuestras cortinas.

—¿Copiar? ¿Y cómo lo vas a hacer copiar, James?

—Bueno, ignoro los detalles, pero supongo que se trata de un diseño impreso, y que se podría sacar un molde en madera o metal.

—¡Oh!, pero es realmente una idea magnífica, James. Casi me inclino a alegrarme de tu... de que te olvidaras de la zaraza el miércoles. Prometo olvidarlo todo y perdonarte si haces copiar este diseño *adorable*. Nadie tendrá nada semejante, y no lo olvides, James, no permitiremos que se venda a otras personas. Ahora *debo* irme, y me olvidé por completo de lo que te venía a decir; no importa, ya me acordaré.

Una vez que su tía se retiró, James Denton dedicó unos pocos minutos a un

examen más escrupuloso del diseño. Le asombraba el impacto que éste había causado en Miss Denton. A él no le parecía tan bonito o peculiar. Sin duda era apropiado para un cortinaje: caía en bandas verticales que, al parecer, debían converger en la parte superior. Miss Denton no se equivocaba al compararlas con ondas —casi parecían rizos— de cabello. En fin, lo más importante era descubrir, mediante guías comerciales, qué empresa podía dedicarse a la reproducción de un viejo diseño de ese tipo. No me demoraré en los pormenores del caso: Mr. Denton confeccionó una lista de firmas probables y fijó un día para visitarlas con su muestra.

Sus dos primeras visitas fueron infructuosas: pero a la tercera va la vencida. La firma de Bermondsey, que era tercera en su lista, se dedicaba a ese tipo de trabajos. Las pruebas que fueron capaces de presentar justificaban que se les encomendara el trabajo. «Nuestro Mr. Cattell» lo aceptó con un fervoroso interés personal.

—Créame, señor, es realmente conmovedora la cantidad de tejidos medievales de este tipo, de veras encantador, que pasa inadvertido en muchas de nuestras casas solariegas y que corre, estoy seguro, el peligro de ser desechado como basura. ¿Cómo dice Shakespeare...?, insignificantes bagatelas. Ah, como yo digo, él siempre tiene la palabra exacta. Shakespeare, quiero decir, aunque bien sé que no todos comparten conmigo esa opinión. El otro día tuve una especie de altercado con un caballero, un hombre con título también, y creo que me dijo haber escrito algo sobre el particular, y por casualidad yo cité algo relativo a Hércules y la tela pintada. Caramba, no vea usted qué alboroto. Pero en cuanto a ésta, que usted tan amablemente nos confía, es un trabajo que haremos con auténtico entusiasmo, intentando dedicarle nuestras mejores habilidades. Lo que un hombre hizo, según le observaba hace sólo unas semanas a otro estimado cliente, otro hombre lo puede hacer, y en tres o cuatro semanas, si todo marcha bien, esperamos ofrecerle la prueba concluyente de ello, señor. Anote la dirección, por favor, Mr. Higgins.

Tal fue el curso general de las observaciones de Mr. Cattell en su primera entrevista con Mr. Denton. Cerca de un mes más tarde, notificado de que ya había muestras a su disposición, éste volvió a verlo y tuvo, al parecer, razones para estar satisfecho con la fidelidad de reproducción del diseño. En la parte superior había sido terminado de acuerdo con la indicación que antes mencioné, de modo que las bandas verticales se unían. Aún había que hacer algo para imitar el color del original. No les importunaré con las sugerencias de orden técnico que hizo Mr. Cattell, quien además deslizó ciertas observaciones vagamente adversas acerca de que el diseño podría tener aceptación general.

—¿Dice usted que no desea que este modelo se le suministre a nadie, salvo amigos personales de usted que exhiban su propia autorización, señor? Pues así se hará. Comprendo su deseo de exclusividad: le da cierto sabor al hallazgo, ¿no? Lo que es de todos, se dice, no es de nadie.

—¿Cree usted que sería popular si fuera fácil de conseguir? —preguntó Mr. Denton.

—Lo veo difícil, señor —dijo Cattell, aferrándose reflexivamente la barbilla—. Lo veo muy difícil. No creo que tuviera aceptación: el hombre que preparó la matriz no lo aceptó muy bien, ¿no es cierto, Mr. Higgins?

—¿Le pareció una tarea difícil?

—No fue eso lo que dijo, señor; pero el hecho es que el temperamento artístico (y nuestros hombres son artistas, y no menos que cualquiera de los que el mundo así denomina), ese temperamento, como le decía, suele tener rechazos y preferencias difícilmente explicables, y éste fue un ejemplo. Las dos o tres veces que fui a inspeccionar la marcha de su trabajo pude entender lo que me decía, pues le conozco los hábitos, pero no percibí entonces ni ahora verdadero disgusto por lo que yo llamaría algo exquisito. Parecía —dijo Mr. Cattell, fijando los ojos en Mr. Denton— que el hombre olera algo casi maligno en ese diseño.

—¿En serio? ¿Eso dijo? Yo, por mi parte, no veo en él nada siniestro.

—Tampoco yo, señor. De hecho eso fue lo que le dije. «Vamos, Gatwick», le dije, «¿qué te pasa? ¿A qué se debe tu prejuicio... pues no lo puedo llamar de otro modo?» Pero no, no me dio ninguna explicación. Y debí contentarme, como ahora, con un encogimiento de hombros y un *cui bono*. De todos modos, aquí la tiene.

Y así volvieron al aspecto técnico del asunto. La búsqueda de los colores para el fondo, el borde y los lazos era por cierto la cuestión más ardua, y requirió múltiples y mutuos envíos del diseño original y de las nuevas muestras. Durante parte de agosto y septiembre, los Denton estuvieron ausentes de Rendcomb Manor. Sólo en octubre contaron con cantidad suficiente de tela como para confeccionar las cortinas de los tres o cuatro dormitorios en que iban a colgarlas.

En la festividad de Simón y Judas, tía y sobrino regresaron de una breve visita para hallarlo todo concluido, y quedaron muy satisfechos del efecto general. Las nuevas cortinas, en particular, eran admirablemente adecuadas al ambiente. Cuando Mr. Denton, al vestirse para la cena, tomó posesión de su cuarto, en el que la tela colgaba en profusión, se felicitó una y otra vez de la suerte que le había inducido a olvidarse del encargo de su tía y que había puesto en sus manos este medio tan eficaz de enmendar su error. El diseño era, según él mismo comentó durante la cena, muy sosegado, sin ser monótono. Y Miss Denton —cuyo cuarto, dicho sea de paso, no gozaba de tales cortinajes— estuvo muy dispuesta a darle la razón.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, él redujo un poco —muy levemente— sus elogios.

—Sólo una cosa lamento —declaró—: que hayamos permitido que unieran las bandas verticales en la parte superior. Creo que hubiera sido mejor dejarlas así.

—¿Cómo? —dijo interrogativamente su tía.

—Sí. Anoche, mientras leía en la cama, no pude dejar de mirarlas. Es decir, no podía evitar echarles una ojeada de vez en cuando. Tenía la sensación de que alguien me miraba desde detrás de las cortinas, donde debía estar el borde, y creo que eso se debía a la unión de las bandas en la parte de arriba. Aparte de eso, lo único que me

molestó fue el viento.

—¡Vaya! Creí que había sido una noche totalmente tranquila.

—A lo mejor sólo fue en esa ala de la casa, pero bastaba para agitar mis cortinas y hacerlas crujir más de lo que yo hubiera deseado.

Esa noche recibieron la visita de un amigo soltero de James Denton, que se alojó en un cuarto en el mismo piso que su anfitrión, aunque al final de un largo pasillo en cuya mitad había una puerta forrada de bayeta roja, puesta allí para interceptar las corrientes y amortiguar el ruido.

Los tres se habían retirado. Miss Denton mucho antes que ambos hombres, los cuales se despidieron a las once. James Denton, que aún no tenía sueño, se sentó en un sillón y se puso a leer. Dormitó y luego despertó, y recordó que su *spaniel* marrón, que solía dormir en su cuarto, no había subido con él. Luego pensó que se había equivocado, pues al dejar caer el brazo a un costado del sillón, a pocas pulgadas del suelo, creyó rozar una superficie velluda; estiró entonces el brazo en esa dirección y le pareció palpar algo redondo. Pero la sensación que le inspiró, y más aún el hecho de que a su caricia no respondiera movimiento alguno, sino una enfática quietud, lo incitó a mirar por encima del brazo del sillón. Lo que había tocado se irguió frente a él. Mantenía la postura de alguien que hubiere estado reptando durante mucho tiempo sobre el vientre, y tenía, por lo que él luego recordó, aspecto humano. Pero en el rostro que ahora se alzaba a escasas pulgadas del suyo no podía discernirse rasgo alguno, sólo pelos. Era tan amorfo, espantoso y amenazador que Mr. Denton se vio obligado a saltar de su sillón y a precipitarse fuera del cuarto, profiriendo aterrados gemidos; y no cabe duda de que lo más apropiado era escapar. Mientras empujaba la puerta de bayeta que dividía el pasillo y —olvidando que se abría hacia su lado— la golpeaba con todas sus fuerzas, sintió, que algo le rozaba la espalda cada vez con más fuerza, como si la mano (o lo que fuera, acaso algo peor que una mano) se materializara a medida que se concentraba la furia del perseguidor. Entonces recordó el truco de la puerta, la abrió, la cerró a sus espaldas, llegó al cuarto de su amigo, y eso es todo lo que necesitamos saber.

Es curioso que, durante todo el tiempo que había pasado desde que compró el diario de Poynter, James Denton no hubiera buscado ninguna explicación a la presencia de la tela hallada entre sus páginas. Había leído el manuscrito sin descubrir ninguna alusión, y había llegado a la conclusión de que no había nada que decir. Pero, al abandonar Rendcomb Manor (sin saber si era para siempre), como naturalmente insistió en hacer después de experimentar los horrores que he intentado describir, se llevó el diario consigo. En su alojamiento frente al mar examinó con mayor cuidado el sitio de donde había sacado la tela. Lo que recordaba haber sospechado resultó ser cierto. Había dos o tres páginas pegadas, pero estaban escritas, como podía apreciarse mirándolas al trasluz. No fue difícil despegarlas al vapor, pues la pasta había perdido buena parte de su fuerza; contenían observaciones acerca del diseño.

La anotación era de 1707.

«El anciano Mr. Casbury, de Acrington, hablome hoy del joven Sir Everard Charlett, a quien recordaba como estudiante de la Universidad, y a quien creía de la misma familia que el Dr. Arthur Charlett, actualmente uno de sus rectores. El tal Charlett era un caballero joven y bien parecido, aunque irremediamente ateo y un gran vividor, como entonces llamaban a los grandes bebedores, y por lo que sé, siguen haciéndolo hoy. Sus extravagancias no pasaron inadvertidas, y le valieron diversas amonestaciones; y de haberse conocido la historia completa de sus libertinajes, sin duda lo habrían expulsado de la Universidad, a menos que se hubiesen manipulado intereses en su favor, tal como sospechaba Mr. Casbury. Era un joven de gran belleza y solía usar su propio cabello, el cual era muy abundante, por lo cual y a causa de su vida disoluta, se ganó el apelativo de Absalón, con el que solía vanagloriarse de haber abreviado los días del viejo David, refiriéndose a su padre, Sir Job Charlett, un anciano y digno caballero.

»Díjome Mr. Casbury que no recuerda el año en que murió Sir Everard Charlett, pero que fue en 1692 o 1693. Murió súbitamente en octubre. [Se omiten varias líneas que describen sus hábitos desagradables y los delitos que se le imputan.] Habiéndolo visto tan animoso la noche anterior, Mr. Casbury se enteró con asombro de su muerte. Lo hallaron en el foso de la ciudad, y según decían, le habían arrancado el cuero cabelludo. Casi todas las campanas de Oxford tañeron por él, pues era un noble, y fue sepultado a la noche siguiente en el ala este de San Pedro. Pero dos años más tarde, como su sucesor decidiera trasladarlo a su propiedad rural, se dijo que el ataúd, al romperse por accidente, reveló estar repleto de Pelo: lo cual suena a fábula, aunque creo que constan precedentes, como en la *Historia de Staffordshire* del Dr. Plot.

»Al ser desocupados sus aposentos, Mr. Casbury se quedó con parte de sus cortinajes, los cuales, según se decía, había diseñado expresamente este Charlett en homenaje a su Cabello, dándole al Hombre que los preparó un rizo que le sirviese de modelo, y el fragmento que adjunto aquí fue parte de los mismos, cedido a mí por Mr. Casbury. Según dijo él creía que existía alguna sutileza en el dibujo, pero jamás la había descubierto por sí mismo ni deseaba meditar sobre ello.»

El dinero que costaron las cortinas bien pudo arrojarse al fuego, tal como lo fueron éstas. El comentario de Mr. Cattell cuando oyó esta historia adoptó la forma de una cita de Shakespeare. Usted, creo, la adivinará sin dificultad. Comenzaba con las palabras: «Hay más cosas...»

EL FRESNO

QUIEN haya viajado por el este de Inglaterra recordará sus innúmeras y pequeñas casas solariegas, reducidos, húmedos edificios de estilo italiano, rodeados por parques de un centenar de acres. En mí siempre han ejercido una intensa seducción: grisáceas empalizadas de roble, árboles dignificados por el tiempo, lagunas coronadas de juncos, el boscoso horizonte. Me complace, además, el pórtico con columnas, tal vez adherido a una casa de ladrillo rojo, estilo reina Ana, revestido con estuco para que participara del gusto «griego» de fines del siglo XVIII; en su interior, un vestíbulo con techo muy alto que dispone, por lo general, de su galería y su pequeño órgano. También me agrada la biblioteca, donde podemos hallar de todo: desde un salterio del siglo XIII hasta una de las primitivas ediciones *in-quarto* de Shakespeare. Me gustan, por supuesto, los cuadros; y quizá lo que más me deleita, ante todo, es imaginar cómo se vivía en esa casa en la época en que fue construida y en los dorados tiempos de la prosperidad de sus propietarios, y aun ahora, cuando, si bien el dinero no es tan abundante, los gustos son más variados y la vida ofrece idéntico interés. Ojalá tuviera una de esas casas, y suficiente dinero para mantenerla y en ella recibir modestamente a mis amigos.

Pero basta de digresiones. Quiero referir los insólitos acontecimientos que tuvieron lugar en una casa de esas que he intentado describir: Castringham Hall, en Suffolk. Creo que el edificio ha sido sometido a diversas reformas desde la época de mi anécdota, pero aún conserva, esencialmente, los rasgos a que aludí: pórtico italiano, una casa blanca y cuadrada, más antigua por dentro que por fuera, un parque con franjas boscosas y una laguna. La única característica que confería singularidad a la casa ha desaparecido. Al contemplarla desde el parque, uno veía a la derecha un fresno, alto y vetusto, que crecía a pocos pasos del muro y cuyas ramas casi abrazaban el edificio. Supongo que se alzaba allí desde que Castringham dejó de ser una fortaleza para convertirse —una vez rellenado el foso— en una morada isabelina. Lo cierto es que ya había alcanzado su plenitud hacia 1690.

Ese año, el distrito fue escenario de una serie de procesos por brujería. Pasará mucho tiempo, creo yo, antes de que logremos estimar con justicia la solidez (si es que la tenían) de las razones subyacentes en el universal temor a las brujas en épocas pretéritas. ¿Imaginaban los acusados que poseían insólitos poderes de alguna especie? ¿Disponían al menos, ya que no del poder, de la voluntad de perjudicar a sus semejantes? Las abundantes confesiones de que disponemos, ¿fueron arrancadas por la mera crueldad de los inquisidores? A mi juicio, tales preguntas aún carecen de respuesta apropiada, y el presente relato alimenta mis dudas. No puedo, en principio, descartarlo como mera invención. El lector juzgue por sí mismo.

Castringham contribuyó con una víctima a los autos de fe. Se llamaba Mrs. Mothersole y difería de las habituales brujas de aldea tanto por su posición

económica cuanto por su influencia social. Distinguidos granjeros de la parroquia hicieron cuanto pudieron para salvarla. No sólo ofrecieron testimonios favorables, sino que demostraron honda consternación ante el veredicto del jurado.

Parece ser que lo que condenó a esta mujer fue la declaración del entonces propietario de Castringham Hall, Sir Matthew Fell. Éste alegó que en tres diferentes ocasiones la había sorprendido, desde su ventana, durante el plenilunio, mientras recogía ramitas «del fresno que hay junto a mi casa». Había trepado a las ramas, en camisón, y cortaba pequeños vástagos con un cuchillo de hoja singularmente curva mientras parecía hablar consigo misma. En cada una de las ocasiones, Sir Matthew había procurado capturar a la mujer, pero ésta siempre había sido alertada por algún ruido involuntario, y al llegar al jardín él no había visto sino una liebre que cruzaba el parque en dirección a la aldea.

La tercera noche se había esforzado por seguirla con la mayor prisa posible, y se había dirigido a la casa de Mrs. Mothersole; pero debió aguardar un buen cuarto de hora golpeando la puerta, hasta que al fin ella acudió, somnolienta y de mal humor, como si acabara de levantarse de la cama, y él no halló manera de explicar su visita.

Hubo otros testimonios menos sorprendentes e inusuales, que proporcionaron los lugareños, pero fue éste ante todo el que decidió la culpabilidad y la condena a muerte de Mrs. Mothersole. Fue colgada una semana después del juicio, con otros cinco o seis desdichados, en Bury St. Edmunds.

Sir Matthew Fell, por aquel entonces delegado judicial, presencié la ejecución. En una ingrata y lluviosa mañana de marzo, la carreta ascendió la áspera colina de hierba donde, en las afueras de Northgate, se alzaba el patíbulo. Si bien las otras víctimas parecían abrumadas o apáticas, Mrs. Mothersole afrontó la muerte, no menos que la vida, con un temperamento peculiar. Su «ponzoñosa rabia» —según consigna un cronista de la época— «influyó a tal punto en los espectadores (incluso en el verdugo) que todos cuantos la vieron afirmaron que era la encarnación viviente de un demonio feroz. No obstante, no opuso resistencia a los oficiales de la ley; se limitó a mirar a quienes echaron mano sobre ella con un odio tan penetrante y desdeñoso que (según uno de ellos luego me aseguró) sólo de recordarlo le carcomía el corazón aún seis meses más tarde».

Sin embargo, no consta que la víctima haya pronunciado sino estas palabras, al parecer insignificantes: «Habrá huéspedes en la mansión», que una y otra vez repitió en voz baja.

La presencia de ánimo de la mujer no dejó de impresionar a Sir Matthew. Habló al respecto con el vicario de la parroquia con quien emprendió el viaje de regreso una vez cumplida la sentencia. Sir Matthew no había ofrecido su testimonio de buena gana, pues la manía persecutoria contra las brujas no le afectaba especialmente, pero, tanto entonces como más tarde, sostuvo que no podía hacer otra declaración y que no había posibilidades de que se hubiera equivocado al presenciar los hechos. Aborrecía semejante expediente, pues era hombre amigo de andar en buenas relaciones con

quienes le rodeaban, pero se había visto obligado a cumplir con un deber, y lo había hecho. Tales eran, al parecer, sus sentimientos, que el vicario elogió, como habría hecho cualquier hombre sensato.

Pocas semanas más tarde, en el plenilunio de mayo, el vicario y el caballero volvieron a encontrarse en el parque, y caminaron juntos hasta la mansión. Lady Fell acompañaba a su madre, que padecía una grave enfermedad, y Sir Matthew estaba solo en la casa; el vicario, Mr. Crome, no se opuso a cenar en Castringham.

Esa noche, la compañía de Sir Matthew no era especialmente grata. El curso del diálogo abarcó ante todo asuntos familiares y parroquiales, y quiso el destino que Sir Matthew dispusiera la redacción de un memorándum en que declaraba sus deseos y propósitos en cuanto a sus propiedades, que más tarde resultó ser de extrema utilidad.

Cuando Mr. Crome decidió emprender el regreso, a eso de las nueve y media, Sir Matthew y él dieron un paseo previo por el sendero de grava que discurre por detrás de la casa. Sólo un incidente sorprendió a Mr. Crome: estaban ante el fresno que ya he mencionado anteriormente, cuando Sir Matthew se detuvo y comentó:

—¿Qué es eso que sube y baja por la corteza del fresno? ¿Será una ardilla? A esta hora suelen estar en sus nidos.

El vicario vio a la movediza criatura, pero la luz de la luna no le permitió discernir su color. No obstante, el nítido perfil, que sólo percibió un instante, quedó impreso en su memoria, y habría jurado, según dijo, aunque pareciera una tontería, que, ardilla o no, la criatura tenía más de cuatro patas.

La momentánea visión, sin embargo, no los entretuvo mucho tiempo, y ambos se despidieron. Acaso se volvieran a ver, pero no fue sino hasta muchos años después.

Al día siguiente Sir Matthew Fell no salió de sus habitaciones a las seis de la mañana, según su costumbre, ni a las siete, ni aun a las ocho. Por lo tanto, la servidumbre se dirigió a los aposentos del caballero. Inútil demorarse en la minuciosa relación de sus ansiedades y sus perentorios golpes sobre la puerta. Al fin la abrieron, y hallaron a su amo muerto y ennegrecido, como habrá previsto el lector. Nadie advirtió en el momento señales de violencia, pero la ventana estaba abierta.

Uno de los sirvientes fue a buscar al párroco, quien a su vez le encomendó que avisara al funcionario de justicia. Mr. Crome se apresuró a llegar a la mansión, y una vez allí lo condujeron al cuarto en el que se hallaba el cadáver. Nos ha legado, entre sus papeles, ciertas notas que revelan la autenticidad del respeto y la congoja suscitados por el destino de Sir Matthew; consta también este pasaje, que he de transcribir por la luz que arroja sobre los hechos, así como sobre las creencias comunes en la época:

«No había el menor vestigio de que la entrada a la cámara hubiese sido forzada: mas el ventanal estaba abierto, lo cual respondía al hábito que mi pobre amigo solía observar en esta estación. Cada noche solía tomar cerveza de un recipiente de plata cuya capacidad era de una pinta, pero esa noche no lo había bebido. Examinó esa bebida el médico de Bury, un tal Mr. Hodgkins, quien no obstante no descubrió,

según luego declaró bajo juramento ante el investigador judicial, que en él hubiese materia ponzoñosa alguna. Pues era natural que, hallándose el cadáver negro e hinchado, comentaran los vecinos que fuese obra del veneno. El cuerpo yacía en la cama en tal extremo desorden y tan contorsionado como para fundamentar la conjetura de que mi noble protector y amigo hubiese expirado entre agudos dolores y agonías. Y lo que careció de toda explicación, y delata, a mi juicio, algún horrible y artero designio por parte de quienes perpetraron este bárbaro asesinato, fue esto: las mujeres a quienes se había confiado la preparación y layado del cadáver, ambas personas contristadas y dignamente reputadas en su dolorosa profesión acudieron a mí con gran pena y consternación tanto de cuerpo cuanto del espíritu, declarando, lo que fue confirmado en el primer examen, que apenas habían tocado el pecho del cadáver con las manos desnudas, habían padecido un agudo escozor y dolor en las palmas, que al poco tiempo, al igual que sus antebrazos, se hincharon con tal desmesura, sin que menguara el dolor, que durante muchas semanas, según luego se comprobó, debieron deponer el ejercicio de su profesión, sin que hubiese, no obstante, marca alguna sobre la piel.

»Ante tal declaración, mandé llamar al médico, que aún estaba en la casa, e hicimos un escrupuloso examen mediante el auxilio de una pequeña lente de cristal de aumento para comprobar en qué condiciones hallábase la piel en esta parte del cuerpo: pero nada descubrimos con el instrumento que tuviera importancia, salvo un par de pinchazos o perforaciones, y entonces llegamos a la conclusión de que eran los sitios por donde pudo ser introducido el veneno, recordando el anillo del Papa *Borgia*, así como otros famosos especímenes del horrible arte de los envenenadores italianos de la época reciente.

»Eso es todo en cuanto a los indicios presentados por el cadáver. En cuanto a lo que yo pueda añadir, se trata únicamente de un experimento personal mío que la posteridad juzgará si encierra valor alguno. Había, en la mesa junto a la cama, una Biblia de reducido tamaño, a la cual mi amigo —tan puntual en materia de menor urgencia cuanto en ésta, de extrema gravedad— acudía cada noche y cada mañana para leer un fragmento. Y al tomarla —no sin tributar una lágrima a quien del estudio de este pobre reflejo pasaba ahora a la contemplación de su magnífico original— vino a mi pensamiento, como suele suceder en esos instantes de impotencia en que nos aferramos a cualquier destello que nos prometa la luz, la idea de intentar esa práctica supersticiosa, antigua y por muchos ejercida, que consiste en escoger al azar pasajes de las Sagradas Escrituras, de la cual tenemos un buen ejemplo, y muy comentado, en el caso de su difunta y Sagrada Majestad el Santo Mártir, nuestro Rey *Carlos* y mi Lord *Falkland*. Fuerza es admitir que mi intento me prestó poca ayuda: hago constar, sin embargo, los resultados, para que pueda inquirirse la causa y origen de estos hechos atroces, pues acaso señalen la verdadera causa del daño a una inteligencia más lúcida que la mía.

»Hice, por tanto, tres intentos abriendo el libro y señalando con mi dedo ciertas

palabras: lo cual dio en el primer caso estas palabras, de Lucas 13: 7, *Córtalo*; en el segundo, Isaías 13: 20, *Nunca más será habitada*; y en el tercero, Job 39: 30, *Sus vástagos sorberán la sangre.*»

Podemos prescindir de ulteriores citas de los documentos de Mr. Crome. Sir Matthew Fell fue oportunamente inhumado, y su sermón fúnebre, que Mr. Crome pronunció el siguiente domingo, fue impreso con el título: «La Vía Oculta; o, el Peligro que amenaza a Inglaterra y las Maléficas Maniobras del Anticristo», en el que el vicario expone su punto de vista, compartido con casi toda la vecindad, es decir, que Sir Matthew había sido víctima del recrudecimiento de las maquinaciones papistas.

Su hijo, el segundo Sir Matthew, heredó el título y las propiedades. Así culmina el primer acto de la tragedia de Castringham. Cabe mencionar, aunque el hecho no es asombroso, que el nuevo *baronet* no ocupó el aposento donde había muerto su padre. En rigor, mientras él vivió no lo ocupó nadie, salvo algún visitante ocasional. Murió en 1735, y no sé de ningún hecho digno de mención que haya afectado a ese período, salvo la tenaz mortalidad padecida por el ganado y los animales en general, que con el tiempo reveló una leve tendencia a agudizarse.

Quienes se interesen en los detalles del caso hallarán un registro estadístico en una carta de 1772, dirigida al *Gentleman's Magazine*, que extrae los hechos de la documentación del mismo *baronet*. Este puso fin al problema mediante un sencillo expediente: durante la noche encerró a todas las bestias en establos y no dejó ovejas en el parque, pues había advertido que nada les ocurría a los animales que pernoctaban en un lugar cerrado. Desde entonces, el mal no afectó sino a las aves y animales silvestres. Pero nadie ha registrado los síntomas con exactitud, y como la vigilancia nocturna resultó absolutamente infructuosa, no me demoraré en lo que los granjeros de Suffolk denominaron la «peste de Castringham».

Como decía, el segundo Sir Matthew falleció en 1735, y oportunamente le sucedió su hijo, Sir Richard. Fue él quien decidió instalar el gran reclinatorio para su familia en el ala norte de la iglesia parroquial. Sus pretenciosas exigencias demandaron ciertos cambios en ese sector no consagrado del edificio, que afectaron a diversas tumbas. Contábase entre ellas la de Mrs. Mothersole, cuya situación se conocía con exactitud gracias a una indicación que Mr. Crome había consignado en los planos de la iglesia y el camposanto.

La exhumación de la famosa bruja, aún recordada por unos pocos, suscitó cierto interés en la aldea. Y el asombro, e incluso la inquietud, cundieron cuando se descubrió que en el ataúd, que estaba intacto, no había vestigio alguno: ni cadáver ni huesos ni polvo. Se trataba, por cierto, de un fenómeno curioso, pues en la época en que la sepultaron no existían los ladrones de cadáveres y difícilmente se conciba otro motivo racional para robarlos que no sea el de destinarlos a la sala de disección.

Dicho incidente revivió por un tiempo todas las historias sobre los procesos de brujería y las fechorías de las brujas que habían dormido un sueño de cuarenta años, y

Sir Richard ordenó que el ataúd fuera incinerado, medida que se cumplió con todo rigor aunque muchos la juzgaron desatinada.

Lo cierto es que Sir Richard era un molesto innovador. Anteriormente, Castringham Hall había sido una sobria mansión de ladrillo rojo; pero Sir Richard, conocedor de Italia y contaminado por las modas italianas, decidió (pues era más acaudalado que sus predecesores) dejar un palacio italiano donde había encontrado una casa inglesa. La piedra y el estuco enmascararon el ladrillo; apáticos mármoles romanos poblaron la entrada y los jardines; una reproducción del templo de la Sibila de Tívoli se irguió en la margen opuesta de la laguna; Castringham asumió un aspecto enteramente nuevo y, confesémoslo, menos acogedor. Pero fue objeto de admiración y modelo que imitaron, en años posteriores, muchos propietarios de la vecindad.

Una mañana de 1754, Sir Richard despertó tras padecer una pésima noche. Había soplado viento, y aun cuando la chimenea había ardido con persistencia, hacía tanto frío que debió reavivar el fuego. Además, se había producido en la ventana cierto golpeteo que no hubiese permitido dormir en paz a hombre alguno. Ese día, por otra parte, se esperaba la visita de diversos y eminentes huéspedes que desearían emprender una partida de caza, y el mal que aún afectaba a su salvajina últimamente había sido tan devastador que Sir Richard temía por su reputación. Pero lo que más le molestaba era su noche insomne. Por cierto que no volvería a dormir en esa habitación.

Meditó al respecto durante el desayuno, y luego emprendió un examen sistemático de cada uno de los aposentos para decidir cuál era el más conveniente a sus propósitos. Tardó mucho en decidirse. Uno tenía una ventana orientada al este, otro una ventana orientada al norte; los servidores siempre pasarían por aquella puerta, y no le gustaba la cama de ese lado. No; quería un cuarto que diera al poniente, de modo que el sol no lo despertara temprano, y al que no perturbaran los trajines de la casa. El ama de llaves no tenía nada que ofrecerle.

—Pero Sir Richard, sabéis que sólo hay un cuarto de la casa que reúna esas condiciones.

—¿Y cuál es?

—El de Sir Matthew... la Cámara Occidental.

—Pues bien. Que trasladen mis cosas, pues allí he de dormir esta noche. ¿Por dónde es? Por aquí, seguro.

Y se precipitó hacia allí.

—Oh, Sir Richard, pero nadie ha dormido allí en cuarenta años. Jamás se oreó el cuarto desde que murió Sir Matthew.

Y mientras hablaba, se apresuró a seguirlo.

—Vamos, Mrs. Chiddock, abra la puerta. Al menos quiero ver la habitación.

Entraron en ella y, en efecto, la atmósfera era densa e irrespirable. Sir Richard se acercó al ventanal y con gran impaciencia, según era su costumbre, abrió los viejos postigos. Pues a este extremo de la casa apenas lo habían alterado las innovaciones,

ya que estaba muy apartado y además lo ocultaba el enorme fresno.

—Muy bien, Mrs. Chiddock, encárguese de que se renueve el aire y de que traigan mis muebles. Que el obispo de Kilmore duerma en mi antiguo cuarto.

—Por favor, Sir Richard —interrumpió otra voz—, ¿podéis concederme una breve entrevista?

Sir Richard, al volverse, vio a un hombre vestido de negro que lo saludaba desde el vano de la puerta.

—Os suplico que perdonéis mi intromisión, Sir Richard. Acaso ni os acordéis de mí. Mi nombre es William Crome y mi abuelo fue vicario de la parroquia en tiempos de vuestro abuelo.

—Pues bien señor —dijo Sir Richard—, el apellido Crome siempre es bienvenido en Castringham. Me alegra renovar una amistad que perduró a través de dos generaciones. ¿En qué puedo servirlos? Pues vuestra hora de llegar, así como vuestro aspecto, si no me equivoco, revelan cierta urgencia.

—No os equivocáis, señor. Vengo de Norwich y me dirijo apresuradamente a Bury St. Edmunds; hice un alto en el camino aquí para entregaros ciertos papeles que hallé al revisar los escritos que dejó mi abuelo a su muerte. Creo que podéis descubrir, entre ellos, cosas de interés para vuestra familia.

—Os lo agradezco, Mr. Crome y si me acompañáis a beber un vaso de vino en el despacho, podemos darle un primer vistazo a esos papeles. Usted, Mrs. Chiddock, encárguese del cuarto como le he dicho... Sí, en efecto, aquí murió mi abuelo... Sí, acaso ese árbol haga que el lugar sea un poco húmedo... No; basta, no quiero más objeciones, por favor. Cumpla las órdenes que le impartí. Seguidme, señor.

Fueron al despacho. La documentación que había traído el joven Mr. Crome —recientemente incorporado al Clare Hall de la Universidad de Cambridge, debo aclarar, razón por la que llevaba una respetable edición de Polieno— incluía, entre otras cosas, las notas redactadas por el vicario en ocasión de la muerte de Sir Matthew Fell. Por vez primera se enfrentó Sir Richard con las enigmáticas *Sortes Biblicae* que ya conoce el lector. Le divirtieron bastante.

—Bueno, —comentó—, la Biblia de mi abuelo dio al menos un consejo prudente: *Córtalo*. Si se refiere al fresno, puede estar tranquilo porque le haré caso. Jamás vi peor nido de catarros y calenturas.

El despacho contenía los libros de la familia, que no eran demasiados, pues aún estaba pendiente el envío de una colección que Sir Richard había obtenido en Italia, así como la edificación de un cuarto adecuado donde colocarlos.

Sir Richard levantó los ojos de los papeles y miró a los estantes donde se alineaban los libros.

—Quién sabe —dijo— si el viejo profeta aún estará allí. Me parece verlo.

Atravesó la habitación y tomó una vieja Biblia que ostentaba en su guarda la siguiente inscripción: «A Matthew Fell, de su amante madrina, Anne Aldous, 2 de septiembre de 1659».

—No estaría mal intentarlo una vez más, Mr. Crome. Apuesto a que en las Crónicas conseguimos un par de nombres. A ver... ¿qué es esto? «Por la mañana me buscarás y yo no estaré». ¡Bien, bien! Supongo que vuestro abuelo habría hallado aquí un hermoso presagio, ¿no? ¡Basta de profetas! Son todo cuentos. Ahora bien, Mr. Crome, os estoy infinitamente agradecido por los documentos. Temo que estéis impaciente por retiraros. Por favor... servíos otra copa.

Sir Richard se despidió del joven con sinceros ofrecimientos de hospitalidad, pues los modales de Crome le habían causado una impresión favorable.

Por la tarde llegaron los huéspedes: el obispo de Kilmore, Lady Mary Hervey, Sir William Kentfield, etcétera. Té a las cinco, vino, naipes, la cena, y luego todos se retiran a sus cuartos.

A la mañana siguiente, Sir Richard rehusó salir de caza con los demás y conversó con el obispo de Kilmore. Este prelado, contrariando el hábito de muchos obispos irlandeses de su época, había visitado su sede y, de hecho, había residido un tiempo considerable en ella. Esa mañana, mientras ambos paseaban por la terraza y comentaban los cambios y mejoras de la mansión, el obispo dijo, señalando la ventana de la Cámara Occidental:

—Ninguno de mis feligreses de Irlanda ocuparía ese cuarto, Sir Richard.

—¿Debido a qué, eminencia? En realidad, es el mío.

—Bueno, los campesinos de Irlanda sostienen que trae muy mala suerte dormir cerca de un fresno, y usted tiene un hermoso ejemplar a un par de yardas de la ventana. Quizá —prosiguió el obispo con una sonrisa— ya os haya ofrecido una pequeña demostración, pues no se os ve, permitidme que os lo diga, tan descansado como vuestros amigos quisieran.

—Es verdad, eminencia, que por esa u otra razón, no pude dormir entre las doce y las cuatro. Pero mañana haré derribar ese árbol, para que nunca más se hable del asunto.

—Aplaudo vuestra decisión. No puede ser saludable respirar el aire que pasa, por así decirlo, a través de todo ese follaje.

—Dice bien vuestra señoría. Aunque anoche no abrí la ventana. Fue el ruido lo que me impidió dormir. Las ramas que golpeaban contra el cristal, con toda seguridad.

—Me parece difícil, Sir Richard. Lo podéis ver muy bien desde aquí. Ninguna de las ramas más próximas puede rozar el ventanal a menos que haya tormenta, y anoche no tuvimos ninguna, que yo sepa. Están a un pie de distancia de los cristales.

—Es cierto, eminencia. Entonces no me explico qué era ese golpeteo... y el polvo del antepecho estaba cubierto de marcas y surcos.

Al fin convinieron en que las ratas debían haber trepado por la hiedra; fue el obispo quien lo sugirió, con gran sobresalto de Sir Richard.

Transcurrió el día plácidamente y llegó la noche, y todos se retiraron a sus habitaciones, deseándole a Sir Richard una noche más favorable.

Henos aquí en el cuarto del propietario, mientras él yace a oscuras en su lecho. El cuarto está sobre la cocina, y la noche afuera es cálida y serena, de modo que la ventana está abierta.

Una luz incierta se proyecta sobre la cama, donde hay una extraña agitación; parece como si Sir Richard moviera la cabeza de un lado a otro, con celeridad pero casi sin hacer ruido. Y hasta podemos creer, tan engañosa es la semipenumbra, que tiene varias cabezas, pardas y redondas, que se levantan y descienden y hasta le caen sobre el pecho. Atroz ilusión. ¿No es más que eso? Veamos: algo cae de la cama con un sonido blando, como si fuera un gatito, y en un segundo salta por la ventana; otro, cuatro en total, y luego renace la calma.

Por la mañana me buscarás, y yo no estaré.

¡Sir Richard, al igual que Sir Matthew, muerto y ennegrecido sobre la cama!

Un lívido y mudo grupo de huéspedes y de servidores se congregó bajo la ventana apenas se difundió la noticia. Envenenadores italianos emisarios del Papa, la pestilencia del aire: estas y otras razones esgrimieron, y el obispo de Kilmore contemplaba el árbol, en la horquilla de cuyas ramas más bajas se acurrucaba un gato, que observaba el hueco que los años habían roído en el tronco. Miraba con sumo interés algo que había dentro del árbol.

Súbitamente se incorporó y hurgó en el agujero. Entonces cedió el borde y el gato resbaló; el estrépito de la caída atrajo la atención de todos.

Casi todos nosotros sabemos que un gato puede gritar; pero pocos de nosotros, espero, hemos escuchado un alarido tan espantoso como el que surgió del tronco del inmenso fresno. Hubo dos o tres chillidos —los testigos no recuerdan con exactitud— y luego un ruido leve y sofocado, como de lucha o agitación. Pero Lady Mary Hervey se desmayó en el acto, y el ama de llaves se cubrió los oídos y huyó hasta desplomarse en la terraza.

Quedaron el obispo de Kilmore y Sir William Kentfield. Pero, si bien no se trataba sino del aullido de un gato, estaban intimidados, y sólo después de tragar saliva con dificultad una o dos veces, Sir William pudo decir:

—Hay en este árbol algo más de lo que vemos, eminencia. Lo averiguaré de inmediato.

No hubo oposición. Trajeron una escalera y uno de los jardineros subió para observar la cavidad; sólo pudo percibir vagas señales de que algo se movía. Buscaron un farol para introducirlo mediante una cuerda.

—Debemos llegar hasta el fondo. Por mi vida, eminencia, que aquí yace el secreto de esas muertes terribles.

El jardinero volvió a subir con el farol y con suma cautela lo introdujo en la cavidad. En cuanto se inclinó todos vieron el reflejo de la luz amarillenta en su rostro, y también las contorsiones de incrédulo terror y repulsión que lo deformaron antes de

que el hombre profiriera un atroz alarido y se cayera de la escalera (a cuyo pie, por suerte, dos hombres lo atajaron), mientras el farol se precipitaba al interior del fresno.

El jardinero se desvaneció, y pasó un tiempo antes de que pudiera pronunciar palabra.

Pero les aguardaba otro espectáculo. El farol debía haberse quebrado en el fondo, donde acaso había hojas secas y otros elementos combustibles, pues no tardó en brotar una espesa humareda a la que siguieron las llamas, que de inmediato se propagaron por todo el fresno.

Los presentes formaron un círculo a cierta distancia, y Sir William y el obispo enviaron hombres en busca de armas y herramientas, pues no cabía duda de que la criatura que utilizaba el árbol como madriguera se vería obligada a salir.

Así fue. Primero, en la horquilla, vieron surgir un cuerpo redondo, cubierto de llamas del tamaño de una cabeza humana, que se irguió y luego cayó hacia atrás. Esto se repitió cinco o seis veces. Luego, una esfera similar saltó al aire y cayó sobre la hierba, donde quedó rígida al instante. El obispo se acercó tanto como su audacia se lo permitió: lo que vio eran los restos de una araña enorme, venosa y chamuscada. A medida que avanzaba el fuego, surgieron más cuerpos tan espantosos como éste, todos ellos cubiertos por un vello grisáceo.

El fresno ardió durante todo el día, y hasta que cayó destrozado permanecieron los hombres frente a él; de vez en cuando, debían dar muerte a los monstruos que vomitaba. Cuando no apareció ninguno más, se acercaron con prudencia y examinaron las raíces del árbol.

«Descubrieron —narra el obispo de Kilmore— debajo de él una cavidad circular en la tierra, donde yacían dos o tres cadáveres de esas criaturas, sin duda sofocadas por el humo; y, lo que más me llamó la atención, había en un costado de esta madriguera, del lado de la pared, un esqueleto de ser humano, los huesos cubiertos por la piel reseca, con vestigios de cabello negro, que según quienes lo examinaron, era sin duda el cadáver de una mujer muerta, por lo visto, hacía unos cincuenta años.»

AVISO A LOS CURIOSOS

TRASLADARÉ al lector, si me lo permite, a un lugar de la costa oriental llamado Seaburgh. Hoy no está muy distinto de como era, según recuerdo, en mi infancia. Hacia el sur, ciénagas interrumpidas por malecones, que evocan los primeros capítulos de *Grandes ilusiones* de Charles Dickens; hacia el norte, una planicie con hirsutos brezales; brezales, abetos, y ante todo, tierra adentro, aulagas. Una larga costa de playa y una calle: detrás, una vasta iglesia de piedra, con una ancha y sólida torre occidental y el repique de seis campanas. Con qué nitidez evoco su tañido en un tórrido domingo de agosto, mientras ascendíamos con lentitud el blanco y polvoriento camino que nos conducía hacia ellas, pues la iglesia se yergue en la cima de una breve y escarpada cuesta. En esos días de calor las campanas emitían un sonido seco, que se dulcificaba cuando se suavizaba la atmósfera. A poca distancia, corría el ferrocarril hacia su pequeña estación terminal. Antes de llegar a la estación, había un molino de viento, blanco y alegre, y otro cerca de la playa de guijarros en el extremo sur de la ciudad, y aun otros hacia el norte, en terreno más alto. Había chalets de ladrillo rojo con techos de pizarra... pero ¿por qué he de importunar al lector con semejantes detalles triviales? Sucede que éstos se congregan en la punta de la pluma apenas comienzo a escribir acerca de Seaburgh. Quisiera estar seguro de haber dejado que se deslizaran en el papel los más importantes. Aunque, de todos modos, aún no he concluido con mis descripciones.

Alejémonos del mar y de la ciudad, pasemos de largo la estación, y tomemos la ruta de la derecha. Es una ruta arenosa, paralela al ferrocarril, y si la seguimos, trepa a un terreno más alto. A nuestra izquierda (si vamos hacia el norte) hay brezales, a nuestra derecha (el lado que da al mar) hay una hilera de viejos abetos, azotados por el viento, espesos en la copa, con esa inclinación que caracteriza a los viejos árboles costeros; basta verlos en el horizonte, desde el tren, para advertir en el acto la proximidad, si uno la ignora, de una costa ventosa. Pues bien, en la cima de mi pequeña colina, una fila de estos abetos gira bruscamente hacia el mar, pues hay un risco que sigue esa dirección; y el risco culmina en un macizo promontorio que señorea los ásperos pastizales, coronado por una pequeña diadema de abetos. Y aquí podemos sentarnos, en un cálido día de primavera, y gozar del espectáculo del mar azul, de los blancos molinos, de los rojos chalets, de la verde hierba resplandeciente, de la torre de la iglesia, y de la distante atalaya costera, al sur.

Según he dicho, tuve un primer contacto con Seaburgh cuando niño; pero un lapso de múltiples años separa ese temprano conocimiento del más reciente. Aún perdura, no obstante, el lugar que supo ganar en mi afecto, y cualquier historia de allí que pueda recoger me interesa. Ésta es una de ellas: la conocí en un sitio muy alejado de Seaburgh, y en forma totalmente accidental, a través de un hombre a quien tuve la posibilidad de favorecer, lo bastante, a su juicio, como para hacerme a tal punto su

confidente.

—Conozco más o menos toda esa comarca —dijo—. Solía ir a Seaburgh con mucha frecuencia para jugar al golf en primavera. Generalmente paraba en el *Bear*, con un amigo; se llamaba Henry Long, a lo mejor usted lo conoció.

—Algo —repuse.

—Solíamos tomar una sala y allí lo pasábamos muy bien. Desde que él murió ya no me interesó ir más. Y no sé si debería interesarme, después de lo que nos pasó en nuestra última visita.

Fue en abril de 19...; estábamos allí, y por alguna razón éramos los únicos huéspedes de hotel. Los salones comunes estaban, pues, desiertos, así que mucho nos asombró que, después de la cena, se abriera la puerta de nuestra sala y un joven introdujera la cabeza. Examinamos al joven. Era un sujeto anémico con aspecto de conejo —cabello claro y ojos claros— pero no desagradable. De modo que cuando dijo: «Disculpen. ¿Ésta es una sala privada?», no respondimos con un gruñido afirmativo, sino que Long (o yo, no tiene importancia) le contestó:

—Adelante, por favor.

—¿De veras? —dijo él, y parecía aliviado.

Por supuesto, era obvio que necesitaba compañía; y como era una persona razonable —y no esa especie de individuo capaz de prodigarle a uno toda su crónica familiar— lo invitamos a sentirse como si estuviese en su casa.

—Apuesto a que las otras salas le parecen algo lóbregas —sugerí.

Así era; aunque realmente éramos tan gentiles, etcétera. Concluidos tales comentarios, simuló leer un libro. Long hacía un solitario, yo escribía. En pocos minutos advertí que nuestro visitante estaba sumamente alterado, o nervioso, y lograba comunicármelo, de modo que dejé de escribir e intenté entablar conversación con él.

Después de ciertas observaciones que ya no recuerdo, se puso más bien confidencial.

—Ustedes lo juzgarán muy raro por mi parte —comenzó—, pero lo cierto es que tuve una conmoción.

En fin, recomendé una bebida estimulante, y la pedimos. La irrupción del camarero causó una interrupción (y juzgué que nuestro huésped se sobresaltaba en exceso al abrirse la puerta), pero el hombre no tardó en volver a sus confesiones. No conocía a nadie allí, y por casualidad sabía quiénes éramos (resultó que teníamos un amigo común en la ciudad), y si no nos molestaba, necesitaba de veras un consejo. «En absoluto», o «En modo alguno», respondimos al unísono, mientras Long dejaba a un lado los naipes. Y prestamos atención al relato de sus dificultades.

—Todo comenzó —dijo— hace más de una semana, cuando iba en bicicleta hacia Froston, a sólo cinco o seis millas de aquí, para ver la iglesia; me interesa mucho la arquitectura, y ese templo tiene uno de esos hermosos pórticos con nichos y escudos.

Tomé una fotografía, y entonces un viejo que limpiaba el camposanto se acercó y me preguntó si tenía interés en ver la iglesia. Le dije que sí y él sacó una llave y me dejó entrar. No había muchas cosas en su interior, pero le dije que era muy bonita y que la mantenía muy limpia, «aunque», agregué, «el pórtico es lo mejor». En ese preciso instante habíamos salido al pórtico, y él me dijo:

»—Ah, sí, es muy lindo; ¿y sabe usted, señor, qué significa ese escudo?

»Era un escudo con tres coronas, y si bien no soy muy versado en heráldica, pude responder afirmativamente y señalarle que, a mi criterio, eran las armas del antiguo reino de Anglia Oriental.

»—Correcto, señor —me dijo—. ¿Y sabe usted qué significan esas tres coronas?

»Dije no tener dudas de que debía ser algo conocido, pero que no podía recordar haberlo oído contar.

»—Pues bien —me dijo—, ya que usted es un entendido, por esta vez le diré algo que no sabe. Son las tres coronas sagradas que se enterraron cerca de la costa para impedir que desembarcaran los germanos... Ah, veo que usted no me cree. Pero le diré, si no fuera porque una de esas coronas todavía está allí, los germanos nos hubiesen invadido una y otra vez, con sus barcos, y habrían matado a hombres, mujeres y niños mientras dormían. Vea, señor, lo que le digo es cierto; si no me cree a mí, pregúntele al párroco. Ahí viene: pregúntele a él, le digo.

»Vi que el párroco, un anciano de aspecto agradable, venía por un sendero; y antes de que pudiera persuadir a este hombre, ya un poco alterado, de que sí le creía, el párroco nos abordó con estas palabras:

»—¿Qué pasa, John? Buenos días, señor. ¿Estuvo usted mirando nuestra pequeña iglesia?

»Este principio de conversación indujo al anciano a calmarse, y entonces el párroco volvió a preguntarle qué pasaba.

»—Oh —dijo él—, no era nada. Sólo le contaba a este caballero que debía preguntarle a usted sobre las coronas sagradas.

»—Ah, sí, con toda seguridad —dijo el párroco—, es un asunto muy curioso, ¿verdad? Aunque ignoro si al caballero le interesan nuestras viejas historias.

»—Oh, se interesará en seguida —dijo el viejo—, creerá cuanto usted le diga, señor. Caramba, si usted conoció en persona a William Ager, al padre y al hijo.

»Los interrumpí para declarar cuánto me gustaría conocer aquellas historias, y poco después acompañaba por las calles del pueblo al párroco, que tenía que decir una o dos palabras a algunos de sus feligreses, y luego a la casa parroquial, donde me condujo a su estudio. Él había advertido, en ese trayecto, que yo era capaz de interesarme seriamente por un relato folclórico, que no era un simple curioso. Se mostró, pues, muy locuaz, y me sorprendió bastante que la leyenda que me refirió permanezca inédita todavía. La relató de este modo:

»—En esta comarca, siempre se ha creído en las tres coronas sagradas. Los viejos dicen que fueron enterradas en sitios próximos a la costa, para alejar a los daneses,

los francos o los germanos. Dicen que exhumaron una hace mucho tiempo, que otra desapareció ante los avances del mar y que aún queda una que prosigue su labor guardándonos de los invasores. Pues bien, si usted ha leído las habituales guías e historias de este condado, quizá recuerde que en 1687 una corona que, según decían, había pertenecido a Redwald, Rey de Anglia Oriental, fue exhumada en Rendlesham y, ¡vea usted!, se disolvió antes de que la pudiesen describir o dibujar con exactitud. Bueno, Rendlesham no está en la costa, pero está cerca y es de fácil acceso. Yo creo que ésa es la corona a que alude la gente cuando dice que desenterraron una. No hace falta que le diga que hacia el sur había un palacio sajón que hoy yace bajo las aguas, ¿no? Bueno, ahí estaba la segunda corona, *estoy* seguro. A mucha distancia de las otras dos, dicen, está la tercera.

»—¿Y dicen dónde está? —le pregunté, naturalmente.

»—Sí, pero no lo cuentan a nadie —respondió, y su tono de voz me disuadió de formularle la pregunta obvia. En cambio, aguardé un instante y agregué:

»—¿A qué se refería el viejo cuando dijo que usted conocía a William Ager, como si eso tuviera algo que ver con las coronas?

»—Con toda seguridad —repuso— ésa es otra curiosa historia. Los tales Ager (es un viejo nombre en la zona, aunque jamás descubrí que fueran nobles o terratenientes) dicen, o decían, que esa rama de su familia era la encargada de vigilar la última corona. El primero que conocí fue un tal Nathaniel Ager (yo nací y me crié cerca de aquí) que, tengo entendido, acampó en aquel lugar durante toda la guerra de 1870. William, su hijo, sé que hizo lo mismo durante la Guerra de Sudáfrica. Y el joven William, hijo de éste, muerto hace poco, se alojó en el chalet más próximo al lugar, y sin duda aceleró su fin (era tísico) de tanto montar guardia a la intemperie durante la noche. Era el último de esa rama. Le resultaba muy triste pensar que era el *último*, pero nada podía hacer, pues los únicos parientes con que contaba estaban en las colonias. Me pidió que les escribiera implorándoles que regresaran a causa de un asunto de suma importancia para la familia, pero no hubo respuesta. De modo que la última corona sagrada, si es que está allí, carece actualmente de guardián.

»Eso fue lo que contó el párroco, e imaginarán cuánto interés me despertó. Cuando lo dejé, no pensaba sino en cómo encontrar el sitio donde se suponía enterrada la corona. Ojalá lo hubiera dejado así.

»Pero todo parecía obra del destino, pues cuando pasé ante el muro del cementerio me llamó la atención una lápida muy nueva, y en ella estaba inscrito el nombre de William Ager. Por supuesto, me bajé de la bicicleta y la leí. Rezaba: “De esta parroquia, muerto en Seaburgh, 19..., a los 28 años”. Ahí estaba, como ven. Mediante ciertas preguntas sagaces donde correspondiera, no tardaría en hallar al menos el chalet más cercano al lugar. Sólo que no sabía dónde correspondía comenzar con mis preguntas. Nuevamente intervino el destino: me condujo a la tienda de antigüedades que estaba en mi camino, donde adquirí algunos libros viejos y, verán ustedes, uno de ellos era un *Libro de oraciones* de 1740 y pico, con una

encuadernación bastante bonita... iré a buscarlo, está en mi cuarto.»

Nos dejó algo sorprendidos, pero apenas habíamos intercambiado un par de observaciones ya estuvo de vuelta, jadeante, y nos alcanzó el libro, abierto en la guarda, que, en una letra tosca, lucía esta inscripción:

*Nathaniel Ager es mi nombre e Inglaterra mi nación,
Seaburgh es mi morada y Jesús mi Salvación,
Cuando esté muerto en la tumba y estén mis huesos podridos
Que el Señor de mí se acuerde y me salve del olvido.*

Este poema estaba fechado en 1754, y había más firmas de los Ager, Nathaniel, Frederick, William, y así hasta William, 19...

—Ya ven —dijo—. Cualquiera habría bendecido su suerte. También yo, aunque no ahora. Por supuesto que le pregunté al comerciante por William Ager, y por supuesto que él casualmente recordó que éste había vivido en un chalet de North Field, donde había muerto. Así se me allanaba el camino. Sabía cuál debía ser el chalet: sólo hay uno en el lugar, de tamaño adecuado. Debía, a continuación, trabar conocimiento con la gente de la zona, hacia donde partí de inmediato. Un perro facilitó las cosas: me acosó con tal furia que debieron perseguirlo a golpes; luego, naturalmente, me pidieron disculpas y así empezamos a conversar. Me bastó traer a colación el nombre de Ager y simular que lo conocía, o que creía saber algo de él, para que la mujer comentara qué triste era que hubiese muerto tan joven, y que estaba segura de que todo se debía a las noches que pasaba a la intemperie con ese frío.

»—¿Salía a pasear junto al mar por las noches? —pregunté.

»—Oh, no —dijo ella—, iba hasta aquel promontorio con árboles.

»Y hacia allí me encaminé.

»Algo entiendo de cómo cavar en esos túmulos; cavé en buen número de ellos en las tierras bajas. Pero eso lo hacía a plena luz, con permiso del propietario y con ayuda de otro hombre. Debía planearlo escrupulosamente antes de hincar la pala: no podía abrir una zanja a través del promontorio, y con esos viejos abetos sabía que habría raíces que entorpecerían mi labor. El terreno, no obstante, era suelto, arenoso y blando, y había una madriguera de conejo o algo así que podía convertirse en una especie de túnel. Lo difícil sería salir y entrar al hotel a horas insólitas. En cuando decidí cómo excavar, informé a la gente que había recibido una invitación para esa noche, y la pasé allí. Hice mi túnel: no les aburriré con los detalles relativos a cómo lo apuntalé y cómo lo rellené al terminar, pero lo importante es que obtuve la corona.»

Naturalmente, ambos manifestamos nuestro asombro e interés. Yo, por ejemplo, no ignoraba el hallazgo de la corona en Rendlesham y siempre había lamentado su destino. Nadie ha visto jamás una corona anglosajona, al menos, nadie la *había* visto hasta entonces. Pero nuestro hombre nos miró con ojos pesarosos.

—Sí —dijo—, y lo peor es que no sé cómo devolverla.

—¿Devolverla? —exclamamos—. Pero, querido señor, ha hecho usted uno de los descubrimientos más notables de los que se tenga memoria en esta región. Por supuesto que debería ir a la Cámara del Tesoro de la Torre de Londres. ¿Cuál es la dificultad? Si piensa usted en el propietario, en el hallazgo del tesoro, y toda esa cuestión, por cierto que hemos de ayudarlo. En un caso como éste, nadie se va a demorar en minucias técnicas.

Seguramente le dijimos más cosas pero él, por toda respuesta, ocultó el rostro entre las manos y murmuró:

—No sé cómo devolverla.

—Espero que usted me disculpe —dijo al fin Long— por parecer impertinente, ¿pero está usted *totalmente* seguro de tenerla?

También era mi deseo formular esa pregunta, pues la historia, si uno reflexionaba, parecía en realidad el sueño de un demente. Pero yo no me había atrevido a decir nada que pudiera herir los sentimientos del joven. Él, sin embargo, la recibió con absoluta calma, verdaderamente, con la calma de la desesperación, valdría decir. Incorporándose, dijo:

—Oh, sí, sin duda alguna: la tengo en mi cuarto, encerrada en mi maleta. Pueden venir a verla si quieren: no me ofreceré a traerla aquí.

No íbamos a desperdiciar la oportunidad. Lo acompañamos; su cuarto estaba a poca distancia. El camarero recogía los zapatos en el pasillo; al menos eso pensamos: después no estuvimos tan seguros. Nuestro interlocutor —se llamaba Paxton— estaba mucho más crispado que al llegar; se precipitó hacia su cuarto, nos hizo señas de que lo siguiéramos, encendió la luz y cerró la puerta con sumo cuidado. Abrió la maleta y extrajo un bulto envuelto en pañuelos limpios, lo depositó sobre la cama y lo puso al descubierto. Ahora puedo decir que *he* visto una auténtica corona anglosajona. Era de plata —tal como decían que era la de Rendlesham—, con incrustaciones de gemas, piedras talladas de suma antigüedad y camafeos, y era una obra de sencilla, casi rústica, artesanía. Era, en realidad, como las que se ven en monedas y manuscritos. No hallé razón alguna para juzgarla posterior al siglo IX. Yo tenía, por cierto, un gran interés, y anhelaba hacerla girar en mis manos, pero Paxton me contuvo.

—No la toque —me dijo—. Yo lo haré.

Y con un suspiro francamente estremecedor, la alzó y la hizo girar para que apreciáramos todos sus detalles.

—¿Suficiente? —dijo al fin, y ambos asentimos. La envolvió, la guardó en su maleta, y nos miró con rostro aturdido.

—Vuelva a nuestra habitación —propuso Long—, y cuéntenos cuál es su problema.

Nos lo agradeció y dijo:

—¿Por qué no salen primero para ver... si no hay moros en la costa?

Su alusión no era muy clara, pues nuestro proceder, después de todo, no tenía por

qué despertar sospechas, y el hotel, según he dicho, estaba prácticamente vacío. No obstante, ya presentíamos... no sabíamos qué, y de todos modos los nervios son contagiosos. Salimos, pues, asomándonos al abrir la puerta, e imaginamos (descubrí que ambos lo imaginábamos) que una sombra, o algo más que una sombra —aunque no hacía ruido alguno—, se apartó a un lado en cuanto irrumpimos en el pasillo.

—Adelante —le susurramos a Paxton (pues el susurro parecía el tono adecuado) y regresamos, uno a cada lado de él, a nuestra habitación. Yo había resuelto, al llegar, manifestar mi embeleso por esa pieza única que acabábamos de contemplar, pero al ver a Paxton advertí que sería una falta de tacto, y le dejé hablar a él.

—¿Qué es lo que hay que hacer? —comenzó.

Long creyó oportuno (según me lo explicó más tarde) hacerse el tonto y sugirió:

—¿Por qué no localizar al propietario del lugar, e informar...?

—¡Oh, no, no! —interrumpió Paxton con impaciencia—. Les ruego que me dispensen: han sido sumamente gentiles, pero parecen no advertir que *hay* que devolverla, y que yo no me atrevo a volver allí por la noche, y de día es imposible. Quizá no se dan cuenta: pues bien, lo cierto es que jamás he estado solo desde que la toqué.

Yo estaba a punto de intercalar algún comentario estúpido, pero Long me clavó los ojos y me contuve.

—Creo darme cuenta —dijo Long—, pero... ¿no le serviría de alivio aclararnos un poco la situación?

Paxton, entonces, lo expuso todo: miró por encima del hombro y nos hizo señas de que nos acercáramos, y comenzó a hablar en voz muy baja; lo escuchamos, por supuesto, con suma atención, y más tarde comparamos nuestras observaciones. Consigné nuestra versión, así que estoy seguro de reproducir cuanto nos contó, casi palabra por palabra. Éste fue su relato:

—Comenzó cuando estaba haciendo mis planes, y me demoraba una y otra vez. Siempre había alguien, un hombre, de pie junto a un abeto. Esto, durante el día. Jamás se ponía frente a mí. Siempre lo veía con el rabillo del ojo, a la izquierda o a la derecha, pero él nunca estaba cuando le miraba de frente. Solía echarse durante largo rato y hacer minuciosas observaciones, y asegurarme de que no había nadie, pero en cuanto me incorporaba para empezar la excavación, ahí estaba otra vez. Además, comenzó a hacerme sugerencias dondequiera que dejara el *Libro de oraciones*, a menos que lo pusiera bajo llave, que fue al fin lo que hice, al volver a mi cuarto lo encontraba siempre sobre la mesa, abierto en la guarda donde están los nombres, con una de mis navajas encima para mantenerlo abierto. Estoy seguro de que no puede abrir mi maleta, si no algo más hubiera ocurrido. Ya ven, es débil y pequeño, pero no me atrevo a enfrentarme a él. Pues bien, cuando comencé el túnel, por supuesto todo empeoró, y de no haber sido tan obstinado lo hubiera dejado todo y habría emprendido la fuga. Era como si alguien me arañara constantemente la espalda: al principio creí que era la tierra que me caía encima, pero a medida que me acercaba a

la... corona, era inconfundible. Y en cuanto la descubrí y la apreté con los dedos, hubo una suerte de alarido a mis espaldas... ¡oh, es imposible describir su desolación! Además era aterrador. Arruinó todo el placer de mi hallazgo... lo exterminó radicalmente. De no ser el imperdonable idiota que soy, la habría dejado allí y me habría marchado. Pero no lo hice. Lo que siguió fue atroz. Aún me faltaban varias horas para poder volver al hotel decorosamente. Primero rellené el túnel y cubrí mis huellas, y todo el tiempo estaba allí, tratando de confundirme. Unas veces se deja ver y otras no, según como prefiera: siempre está presente, pero ejerce cierto poder sobre nuestra visión. En fin, no dejé el lugar sino un poco antes del alba, y tuve que ir al cruce de Seaburgh y tomar el tren de regreso. Y aunque ya casi era de día, no sé si mejoraba las cosas. Siempre había arbustos o matorrales o cercas (algún tipo de escondrijo, quiero decir) y no estuve tranquilo un solo momento. Luego, cuando me crucé con gente que salía a trabajar, todos me miraban extrañados: acaso los sorprendía ver a alguien tan temprano; pero no me pareció que fuera sólo eso, ni me lo parece ahora: no me miraban exactamente a *mí*. Lo mismo sucedió con el mozo de la estación. Y el jefe de tren mantuvo la portezuela abierta cuando subí, como si viniera alguien detrás de mí. Oh, les aseguro que no son fantasías —dijo con una especie de risa sofocada, y prosiguió—: Y aun si la devuelvo, no me perdonará: de eso estoy seguro. ¡Y pensar que hace quince días era tan feliz!

Se desplomó sobre una silla, y creo que empezó a llorar.

No sabíamos qué decir, pero de algún modo sentimos que debíamos salvarle, de manera —parecía en verdad lo único que podía hacerse— que nos ofrecimos a ayudarlo a devolver la corona. Debo decir que, después de lo que habíamos oído, nos pareció lo mejor que podía hacerse. Si tan espantosas consecuencias se habían abatido sobre este pobre hombre, quizá fuera cierto que la corona poseía algún extraño poder para salvaguardar la costa. Al menos eso creía yo, y pienso que también Long. En todo caso, Paxton aceptó nuestra oferta. ¿Cuándo lo haríamos? Eran cerca de las diez y media. ¿Podíamos intentar salir del hotel a horas tardías, esa misma noche, sin desconcertar a los empleados? Miramos por la ventana: resplandecía la luna llena, la luna de Pascua. Long se encargó de abordar al camarero y predisponerlo a nuestro favor, diciéndole que no nos demoraríamos en exceso, y que si nos resultaba grato el paseo y nos demorábamos, ya trataríamos de que su espera no redundara en una pérdida de tiempo para él. Bueno, éramos clientes regulares, jamás causábamos problemas, y la servidumbre consideraba espléndidas nuestras propinas, de modo que el camarero *fue* predispuesto a nuestro favor: nos dejó salir y aguardó nuestra llegada, según supimos más tarde. Paxton llevaba un enorme abrigo en el brazo, y debajo de él ocultaba la corona envuelta.

De tal forma, emprendimos nuestra extraña misión sin detenernos a considerar su extrema peculiaridad. Referí lo anterior con brevedad, para representar de algún modo la premura con que adoptamos un plan y lo pusimos en práctica.

—El camino más corto es subiendo la colina y atravesando el cementerio —dijo

Paxton, cuando nos detuvimos un instante ante el hotel para echar un vistazo. No había nadie; ni un alma; fuera de temporada, Seaburgh es una zona pacífica, donde todos se retiran temprano.

—No podemos bordear el malecón vecino al chalet, a causa del perro —declaró Paxton cuando señalé que yo conocía un camino más corto, a lo largo de la playa y campo a través. Su argumento era irrefutable. Fuimos por la carretera hasta la iglesia, y doblamos por la puerta del cementerio. Confieso que pensé que quizás alguno de los que allí yacían estuviera al tanto de nuestra empresa: pero si era así, también sabría que uno de los suyos, por así decirlo, nos mantenía vigilados, de modo que no nos perturbaron. Pero sentíamos que nos estaban acechando, como jamás lo había sentido. Especialmente cuando atravesamos el cementerio y nos adentramos en un estrecho sendero entre altos setos, donde nos apresuramos tanto como Christian a través de aquel Valle^[7]; así salimos a campo abierto. Luego seguimos, amparados por unos setos —aunque yo hubiera preferido estar al descubierto, donde pudiera ver si alguien nos seguía—, traspasamos un par de portones, doblamos a la izquierda, y escalamos el risco que culminaba en ese túmulo.

Al acercarnos, Henry Long presentía, y también yo, que nos aguardaban lo que sólo puedo calificar de presencias intangibles, así como una mucho más concreta que nos acompañaba. Imposible describir la alteración padecida entretanto por Paxton: jadeaba como una fiera acosada, y ninguno de nosotros se atrevía a mirarle al rostro. Ni siquiera habíamos pensado cómo se las arreglaría en cuanto llegáramos al sitio en cuestión, parecía tan seguro que no debía ser difícil. Y no lo fue. Jamás vi nada parecido al ímpetu con que se lanzó a ese túmulo, donde cavó hasta que en pocos minutos su cuerpo se perdió de vista. Nos quedamos con el abrigo y el fardo de pañuelos, sin dejar de mirar —con mucho temor, he de confesarlo— a nuestro alrededor. Nada había a la vista; a nuestras espaldas, una hilera de abetos cerraba el horizonte; media milla a la derecha, más árboles y la torre de la iglesia; a la izquierda, chalets y un molino de viento; un mar en calma al frente; entre él y nosotros, débiles ladridos de un perro en un chalet próximo a un malecón resplandeciente. La luna llena trazaba en el mar ese surco que todos conocemos; se oía, encima de nosotros el eterno susurro de los abetos escoceses, y a lo lejos el del mar. Subyacía a semejante calma, no obstante, la cruda y aguda conciencia de una contenida hostilidad muy cerca de nosotros, como un perro sujeto con una correa que en cualquier momento pudiera quedar en libertad.

Paxton salió de la fosa y extendió una mano.

—Dénmela —susurró— sin la envoltura.

Quitamos los pañuelos y él tomó la corona. Un rayo de luna la hirió mientras él la aferraba. Jamás tocamos ese trozo de metal, y desde entonces he creído que fue lo mejor. Paxton no tardó en salir de la fosa y en rellenarla con manos sangrantes. Aun así, no aceptó nuestra ayuda. Lo más difícil era dejar el *sitio* como estaba antes. De todos modos (ignoro cómo) lo hizo muy bien. Al fin quedó satisfecho, y todos

regresamos.

Estábamos a unas doscientas yardas de la colina cuando Long súbitamente le dijo:
—Caramba, olvidó usted su abrigo. No es conveniente. ¿Lo ve?

Y por cierto que lo veía: el largo abrigo oscuro tendido donde había estado el túnel. Paxton, sin embargo, no se detuvo: se limitó a sacudir la cabeza y a alzar el abrigo que tenía en el brazo. Y cuando lo alcanzamos dijo, sin énfasis alguno, como si ya nada le importara:

—Ése no era mi abrigo.

Y en realidad, cuando volvimos a mirar, ya no se veía ese objeto oscuro.

En fin, salimos a la carretera y regresamos rápidamente. Llegamos bastante antes de las doce, tratando de poner buena cara y comentando, Long y yo, lo hermosa que estaba la noche para pasear. El camarero nos esperaba, y con estas y otras edificantes observaciones entramos en el hotel. Observó la playa antes de cerrar la puerta principal, y preguntó:

—Supongo que no se encontraron con mucha gente, ¿verdad, señor?

—No, ni un alma, en realidad —respondí, y recuerdo la mirada que entonces me dirigió Paxton.

—Porque me pareció que alguien los seguía por la carretera —dijo el camarero—. De todos modos, iban ustedes juntos y no creo que tuviese malas intenciones.

No supe qué decir; Long se limitó a despedirse y todos nos fuimos arriba, no sin prometer antes que apagaríamos todas las luces y nos acostaríamos en seguida.

De vuelta a la habitación, hicimos lo posible por animar a Paxton.

—La corona ya ha sido devuelta —dijimos—; es muy probable que lo mejor hubiera sido que usted no la tocara —ante lo cual asintió enfáticamente—, pero no se ha hecho daño alguno, y jamás revelaremos esto a nadie que pueda cometer la locura de acercársele. Además, ¿no se siente usted más tranquilo? No me importa confesar —declaré— que a la ida me sentí muy inclinado a compartir su punto de vista con respecto a... a eso de ser seguidos; pero al volver, ya no era lo mismo, ¿verdad?

No, no era lo mismo.

—No *tienen* ustedes por qué inquietarse —dijo—, pero a mí no me han perdonado. Aún debo pagar por ese detestable sacrilegio. Ya sé lo que me dirán. La Iglesia puede ayudarme. Sí, pero es el cuerpo el que debe padecer. Es cierto que en este momento no siento que él me esté esperando allí afuera. Pero...

Se interrumpió. Se volvió a nosotros para darnos las gracias, y lo despedimos en cuanto fue posible. Naturalmente, lo invitamos a que utilizara nuestra sala al día siguiente, y dijimos que estaríamos encantados de salir con él. ¿O quizá jugaba al golf? Sí, pero no pensaba que mañana le importara demasiado. Bueno, le recomendamos que se levantara tarde y que se quedara en nuestra habitación durante la mañana, mientras nosotros jugábamos, y luego podríamos salir a pasear. Mostró calma y sumisión; estaba dispuesto a hacer lo que creyéramos más conveniente, pero, para sus adentros, estaba seguro de que no había forma de eludir o mitigar lo que

sobrevendría. Me preguntará usted por qué no insistimos en acompañarlo hasta su casa o dejarlo a salvo a cargo de algún amigo o cosa por el estilo. El hecho es que no tenía a nadie. Disponía de un piso en la ciudad, pero últimamente se había decidido a trasladarse a Suecia, y había desmantelado su alojamiento y embarcado todas sus pertenencias, y quería dejar pasar dos o tres semanas antes de partir. De todos modos, nada mejor podíamos hacer que irnos a dormir —o a no dormir demasiado, como ocurrió en mi caso— y ver cómo nos sentíamos a la mañana siguiente.

Nos sentíamos muy diferentes, Long y yo, en esa hermosa mañana de abril; y también Paxton tenía diferente aspecto cuando le vimos en el desayuno.

—Al fin he pasado una noche más o menos decente —fue lo que dijo. Pero iba a proceder tal como habíamos convenido: se quedaría en el hotel toda la mañana y saldría con nosotros más tarde. Fuimos al campo de golf; conocimos a otros caballeros, con quienes jugamos durante la mañana, y almorzamos allí más bien temprano, para no demorarnos. Pese a todo, las acechanzas de la muerte lo atraparon.

No sé si hubiera podido evitarse. Creo que de un modo u otro lo habría alcanzado, hiciéramos lo que hiciésemos. En todo caso, esto es lo que sucedió.

Fuimos directamente a nuestra habitación. Paxton estaba allí, leyendo plácidamente.

—¿Listo para salir? —preguntó Long—. Digamos en media hora.

—De acuerdo —respondió.

Dije que primero nos cambiaríamos, quizá nos daríamos un baño, y que pasaríamos a buscarlo en media hora. Me bañé y luego me tendí en la cama, donde dormí unos diez minutos. Dejamos nuestros cuartos simultáneamente, y nos dirigimos a nuestra sala privada. Paxton no estaba allí... sólo su libro. Tampoco estaba en su cuarto, ni en las salas de abajo. Lo llamamos a gritos. Salió una camarera y nos dijo:

—Caramba, pensé que ustedes ya habían salido, como el otro caballero. Oyó que ustedes le llamaban desde aquel camino, y salió apresuradamente, pero yo miré por el ventanal y no les vi a ustedes. Sin embargo, bajó hacia la playa por aquel lado.

Y hacia aquel lado nos precipitamos sin decir palabra: era la dirección opuesta a la seguida en nuestra expedición nocturna. Aún no eran las cuatro, y había claridad, aunque no tanta como antes, de modo que no había razón alguna, digamos, para preocuparse: con gente a su alrededor, ningún hombre podía sufrir mucho daño.

Pero algo en nuestra expresión debió impresionar a la camarera, pues descendió por los escalones, señaló y dijo:

—Eso es, se fue por allí.

Corrimos hasta llegar a la orilla cubierta de guijarros, y allí nos detuvimos. Estábamos ante una encrucijada: o bien íbamos por arriba pasadas las casas, o bien por la playa, cuya arena, dado que había bajado la marea, estaba bastante despejada. Por supuesto, también podíamos seguir por la franja de guijarros que las separaba y observar ambas partes, sólo que era hartó más fatigosa. Elegimos la arena, que era el

sitio más solitario, y donde alguien *podía* sufrir algún daño sin que lo vieran desde el sendero.

Long dijo que vio a Paxton a cierta distancia, mientras corría y agitaba el bastón, como si deseara hacerle señas a alguien que le precedía. No puedo asegurarlo: la niebla se nos echaba encima rápidamente, desde el sur. Había alguien, es lo único que puedo decir. Y en la arena se veían huellas de unos zapatos; las precedían otras — pues a veces los zapatos las pisoteaban y se mezclaban con ellas— de uno que iba descalzo. Por supuesto, sólo cuenta usted con mi palabra: Long ha muerto, no tuvimos tiempo de hacer ningún boceto o tomar moldes, y la siguiente marea lo borró todo. Lo único que pudimos hacer fue examinar las huellas apresuradamente, sin detenernos. Pero allí estaban, una y otra vez, y no nos quedó ninguna duda de que eran huellas de pies descalzos y, por cierto, bastante descarnados.

La idea de que Paxton corriera detrás de algo semejante, confundiéndolo con los amigos que buscaba, nos resultaba atroz. Puede usted adivinar en qué pensábamos: esa criatura que él perseguía quizá se volviera bruscamente y quién sabe qué rostro le ofrecería, al principio apenas entrevisto en la niebla, que entretanto se espesaba cada vez más. Mientras corría, preguntándome cómo podía ser que aquel desdichado se hubiera dejado engañar confundiendo a esa cosa con nosotros, recordé lo que nos había dicho: «Ejerce cierto poder sobre nuestra visión». Y entonces me pregunté cuál sería el fin, pues ya no abrigaba esperanzas de poder evitarlo y... bueno, no es imprescindible enumerar todos los pensamientos horribles y espantosos que me asediaron mientras corríamos a través de la neblina. Era siniestro, por lo demás, que el sol aún resplandeciera en el cielo y que no pudiésemos ver nada. Sólo sabíamos que habíamos pasado las casas y habíamos desembocado en la extensión que las separa de la vieja atalaya de piedra. Una vez que uno pasa la torre, sabe usted, no encuentra sino guijarros... ni una casa, ni un ser humano, sólo esa franja de tierra, o de piedras, mejor dicho, con el río a la derecha y el mar a la izquierda.

Pero justo antes, a un lado de la torre, usted recordará que hay una vieja fortaleza, pegada al mar. Creo que hoy no quedan sino unos bloques de hormigón, pues el mar devoró el resto, pero en aquel entonces, aunque el lugar ya era una ruina, estaba en mejores condiciones. Pues bien, cuando llegamos allí, nos encaramamos a la cima con suma rapidez, para recobrar el aliento y contemplar la playa de guijarros, si la niebla nos dejaba ver algo. Pero debíamos descansar un momento: habíamos corrido no menos de una milla. Nada veíamos, sin embargo, y ya nos disponíamos a proseguir una carrera sin esperanzas cuando oímos lo que denominaré una carcajada; y si usted puede comprender a qué me refiero cuando digo una carcajada hueca y exámine, entenderá qué es lo que oímos, pero no creo que pueda. Venía de abajo, y se perdía en la niebla. Fue suficiente. Nos inclinamos sobre el muro, Paxton estaba en el fondo.

No necesito decir que estaba muerto. Sus huellas revelaban que había corrido al costado de la fortaleza, había doblado bruscamente en una de sus esquinas y, sin duda

alguna, debía haberse precipitado en los brazos abiertos de alguien que allí lo aguardaba. Tenía la boca llena de piedras y arena, y los dientes y las mandíbulas destrozados. Sólo una vez le miré el rostro.

En ese mismo momento, mientras descendíamos de la fortaleza para ir a buscar el cadáver, oímos un grito, y vimos que un hombre bajaba de la atalaya. Era el vigilante destacado en ese lugar y sus viejos y penetrantes ojos habían logrado discernir a través de la niebla que algo no andaba bien. Había visto la caída de Paxton, y segundos después, nuestro ascenso, lo cual fue una suerte, pues de otro modo difícilmente habríamos podido evitar que las sospechas recayeran sobre nosotros. ¿Había visto, le preguntamos, que alguien atacara a nuestro amigo? No estaba seguro.

Lo enviamos en busca de ayuda, y aguardamos junto al cadáver hasta que regresó con una camilla. Entonces examinamos cómo había llegado hasta allí, observando la estrecha franja de arena al pie del muro. El resto era canto rodado, y era absolutamente imposible deducir hacia dónde había huido el otro.

¿Qué declararíamos en la investigación? Sentíamos que era un deber no revelar inmediatamente el secreto de la corona para que lo publicaran los periódicos. No sé lo que usted hubiera dicho, pero el acuerdo al que llegamos nosotros fue el siguiente: decir que habíamos conocido a Paxton el día anterior, y que él nos había confesado temer que un tal William Ager pusiera en peligro su vida. También, que habíamos visto otras huellas, además de la de Paxton, mientras lo seguíamos por la playa. Por supuesto, en ese momento el agua habría borrado todos los rastros.

Nadie conocía, afortunadamente, a ningún William Ager que viviera en el distrito. El testimonio del hombre de la torre nos exoneró de toda sospecha. El único veredicto al que se pudo llegar fue el asesinato premeditado, obra de «persona o personas desconocidas».

A tal punto carecía Paxton de relaciones que todas las investigaciones posteriores culminaron en un callejón sin salida. Yo, por mi parte, jamás volví a Seaburgh, o a sus cercanías, a partir de entonces.

EL GRABADO

CREO que hace algún tiempo tuve el placer de contarle la historia de una aventura sucedida a un amigo mío llamado Dennistoun durante sus investigaciones en busca de objetos artísticos para el museo de Cambridge.

Mi amigo no habló mucho de sus experiencias al regresar a Inglaterra; pero fue imposible que no llegaran a conocerlas un buen número de sus amigos, entre los que se contaba cierto caballero que por entonces dirigía el museo de arte de otra universidad. Era lógico que la historia causara considerable impresión en la mente de un hombre cuya vocación se hallaba en una línea tan parecida a la de Dennistoun, y que se esforzara por obtener cualquier explicación del enigma que hiciera improbable tener que enfrentarse alguna vez en persona con un caso urgente tan perturbador. Hasta cierto punto le consolaba pensar que no se esperaba de él la adquisición de manuscritos antiguos, puesto que esa tarea correspondía a la Shelburnian Library, cuyos expertos podía, si así lo deseaban, escudriñar los más oscuros rincones del Continente con esa finalidad. Él se alegraba de ver por el momento limitado su interés a la ya insuperable colección de dibujos y grabados tipográficos ingleses propiedad de su museo. Sin embargo, como acabó viéndose a la larga, también un departamento tan casero y familiar como ése puede tener sus rincones oscuros, y a uno de ellos tuvo inesperadamente acceso Mr. Williams.

Todos los que se hayan interesado, aun de manera muy limitada, por la adquisición de representaciones topográficas saben de la existencia de un comerciante londinense cuya ayuda resulta indispensable para sus investigaciones. Mr. J. W. Britnell publica con mucha frecuencia admirables catálogos con un amplio y siempre renovado fondo de grabados, planos y antiguos apuntes de mansiones, iglesias y pueblos de Inglaterra y Gales. Esos catálogos constituían, por supuesto, el abecé de su disciplina para Mr. Williams; pero como su museo albergaba ya una enorme cantidad de representaciones topográficas, era un comprador más caracterizado por la regularidad de sus compras que por su número; y contaba con Mr. Britnell más para rellenar los vacíos en el cuerpo general de su colección, que por la esperanza de que le suministrara piezas fuera de lo común.

Ahora bien, en febrero del año pasado apareció en el museo, sobre el escritorio del Mr. Williams, un catálogo del establecimiento del Mr. Britnell acompañado de una comunicación mecanografiada del mismo propietario. Esta última decía lo siguiente:

Muy señor mío:

Nos permitimos llamar su atención sobre el n.º 978 del catálogo adjunto, que tendremos el placer de enviarle a prueba.

Sinceramente suyo,

Localizar el n.º 978 en el catálogo adjunto fue para Mr. Williams (como se hizo notar para sus adentros) cuestión de un momento, y en el lugar indicado encontró la siguiente anotación:

«978. —*Desconocido*. Interesante grabado a la manera oscura: vista de una mansión, principios del siglo XVIII. 37 por 25 centímetros; marco negro. 2 libras y 2 chelines».

No era nada especialmente llamativo y el precio parecía alto. Sin embargo, como Mr. Britnell, que conocía su negocio y a su cliente, parecía valorarlo mucho, Mr. Williams escribió una postal pidiendo que le enviaran el artículo a prueba, junto con otros grabados y apuntes que figuraban en el mismo catálogo. Y, sin grandes expectativas, pasó a ocuparse de las tareas ordinarias de la jornada.

Los paquetes, de cualquier clase que sean, siempre llegan un día después de lo esperado, y el del Mr. Britnell no resultó, como creo que dice la frase, una excepción a la regla. El envío llegó al museo en el correo de la tarde del sábado, después de que Mr. Williams hubiera dado por terminada su jornada de trabajo, de manera que el conserje lo llevó a sus habitaciones en la universidad, con el fin de que no tuviera que esperar hasta el lunes para examinarlo y estuviera en condiciones de devolver de inmediato cualquier parte de su contenido que no quisiera conservar, y allí se lo encontró nuestro hombre al presentarse con un amigo para tomar el té.

El único objeto que me interesa de este relato era el grabado a la manera oscura, más bien grande, enmarcada en negro, cuya breve descripción en el catálogo de Mr. Britnell ya he citado. Será necesario dar algunos detalles más, aunque no cabe esperar que esas indicaciones reproduzcan ante ustedes aquella obra con la claridad con que yo la tengo presente ante mis ojos. Un duplicado casi exacto puede verse en la actualidad en un buen número de salones de posadas antiguas, o en los pasillos de tranquilas mansiones rurales. Era un grabado a la manera oscura más bien insignificante, y una manera oscura (porque también se los llama así) insignificante es, quizá, la peor forma conocida de grabado. Aquella presentaba una vista frontal completa de una mansión no muy grande del siglo pasado, con tres hileras de ventanas corrientes de guillotina y obra de almohadillado rústico, un antepecho con bolas o jarrones en las esquinas y un pequeño pórtico en el centro. A ambos lados había árboles, y delante una considerable extensión de césped. La inscripción «A. W. F. sculpsit» estaba grabada en el estrecho margen; no había nada más escrito. La pieza, en su conjunto, daba la impresión de ser una obra de aficionado. Qué se proponía Mr. Britnell poniendo un precio de 2 libras y 2 chelines a semejante grabado era algo que sobrepasaba la capacidad imaginativa de Mr. Williams, que dio la vuelta a la manera oscura con una considerable dosis de desprecio; en la parte posterior había una etiqueta, a la que se había arrancado la mitad de la izquierda. Todo lo que quedaba era el final de dos líneas de escritura: en la primera aparecían las letras...

ngley Hall; y en la segunda, ... *ssex*.

Quizá mereciese la pena identificar el sitio representado, algo que Williams podía lograr sin dificultad con la ayuda de un diccionario geográfico; después devolvería el grabado a Mr. Britnell, con algunas observaciones negativas sobre la valoración hecha por su proveedor.

Williams encendió las velas, porque había oscurecido ya, hizo té, se lo ofreció al amigo con el que había estado jugando al golf (porque creo que las autoridades de la universidad sobre la que escribo practican ese deporte como distracción) y ambos lo tomaron acompañándolo con una conversación que las personas que juegan al golf se imaginarán sin la menor dificultad pero con la que un escritor responsable no tiene por qué abrumar a las personas ajenas a ese deporte.

La conclusión a la que llegaron fue que determinados golpes podrían haber sido mejores, y que en determinados momentos cruciales ninguno de los dos jugadores había dispuesto de ese mínimo de suerte que cualquier ser humano tiene derecho a esperar. Fue después cuando el amigo —llamémoslo profesor Binks—, cogió el grabado enmarcado y dijo:

—¿Qué sitio es éste, Williams?

—Eso es precisamente lo que voy a tratar de averiguar —respondió su interlocutor, dirigiéndose a la estantería en busca del diccionario geográfico—. Mira detrás. Se trata de una casa cuyo nombre termina en *ngley*, en Sussex o en Essex. Falta la mitad, como puedes ver. ¿Tú no lo conocerás, por casualidad?

—Imagino que te lo ha enviado ese tal Britnell, ¿no es así? —dijo Binks—. ¿Es para el museo?

—Imagino que lo compraría si costara cinco chelines —dijo Williams—; pero por alguna misteriosa razón pide dos guineas. No se me alcanza el motivo. Es un grabado muy malo, y ni siquiera hay figuras para darle un poco de vida.

—No creo que valga dos guineas —respondió Binks—; pero no me parece tan malo como dices. La luz de la luna está bastante conseguida; y yo hubiera dicho que *hay* figuras, o por lo menos una figura, justo en la esquina, en primer plano.

—Déjame ver —intervino Williams—. Sí, es cierto que la luz está conseguida de manera bastante inteligente. ¿Y esa figura de la que hablas? ¡Ah, sí! Sólo la cabeza, muy en primer plano.

Y efectivamente allí estaba —poco más que una mancha negra en el borde del grabado— la cabeza de un hombre o una mujer, tapada casi por completo, de espaldas al espectador y mirando hacia la casa.

—De todas formas —dijo—, aunque tiene más mérito de lo que pensaba, no me puedo gastar dos guineas del dinero del museo por un grabado de una casa desconocida.

El profesor Binks tenía que atender a sus ocupaciones y se marchó en seguida; y casi hasta la hora de la cena Williams se consagró al vano intento de identificar la propiedad representada en el grabado. «Si hubieran dejado la vocal delante de *ng*,

habría sido mucho más fácil», pensó; «pero tal como está el nombre puede ser cualquier cosa desde Guestingley a Langley, y hay muchos más nombres que terminan así de lo que yo creía; además este estúpido diccionario no tiene un índice de terminaciones».

En la residencia universitaria de Mr. Williams la cena era a las siete. No hay por qué detenerse en ella; tanto más cuanto que nuestro hombre se encontró con tres colegas que habían estado jugando al golf por la tarde, y de un lado a otro de la mesa se cruzaron animadamente frases que no nos conciernen: simples frases relacionadas con el golf, me apresuro a explicar.

Imagino que, después de cenar, Williams pasó una hora o algo más en la llamada sala común. Más avanzada la velada varios de los comensales se retiraron a las habitaciones del protagonista de nuestro relato, y estoy casi seguro de que se jugó al *whist* y se fumó. Durante una pausa en esas operaciones Williams cogió de la mesa la manera oscura sin mirarla, y se la pasó a una persona algo interesada en arte, explicándole de dónde procedía y los restantes detalles que ya conocemos.

El caballero aludido la cogió distraídamente, la contempló y luego dijo con tono de cierto interés:

—Es un excelente trabajo, Williams; tiene todo el ambiente del período romántico. La luz, en mi opinión, está admirablemente utilizada y la figura, aunque es más bien demasiado grotesca, tiene mucha fuerza.

—¿Verdad que sí? —respondió Williams, que estaba en aquel momento ocupado sirviendo *whisky* con soda a algunos de los presentes, y no le era posible cruzar la habitación para ver de nuevo el grabado.

Para entonces se había hecho ya muy tarde y los visitantes se estaban marchando. Después de quedarse solo, Williams tuvo aún que escribir una carta o dos y terminar algunas tareas inconclusas. Finalmente, algo después de la medianoche, estuvo ya en condiciones de acostarse, y apagó la lámpara después de encender la palmatoria del dormitorio. El cuadro estaba boca arriba, sobre la mesa donde lo había dejado el último visitante que lo contemplara, y atrajo su atención mientras apagaba la lámpara. Lo que vio hizo que casi dejara caer la vela, y ahora confiesa que si se hubiera quedado a oscuras en aquel momento le habría dado un ataque. Pero, como eso no sucedió, tuvo la suficiente presencia de ánimo para dejar la palmatoria sobre la mesa y examinar con calma el grabado. Era indudable; absolutamente imposible, desde luego, pero totalmente cierto. En mitad del césped delante de la casa desconocida había una figura, que no se hallaba allí a las cinco de la tarde, arrastrándose a cuatro patas en dirección a la casa y cubierta con una extraña vestidura negra con una cruz blanca en la espalda.

Ignoro cuál es la línea ideal de actuación en una situación de esta índole. Sólo puedo contarles lo que hizo el señor Williams. Cogió el grabado por una esquina y lo llevó, pasillo adelante a un segundo grupo de habitaciones que también ocupaba. Una vez allí lo encerró bajo llave en un cajón, cerró las puertas de los dos conjuntos de

habitaciones y se acostó; pero antes redactó y firmó una descripción del extraordinario cambio que se había producido en el grabado desde que llegara a su poder.

Williams tardó en quedarse dormido; pero resultaba consolador pensar que la constatación del extraño comportamiento del grabado no dependía únicamente de su testimonio. Evidentemente la persona que lo había contemplado la noche anterior había visto lo mismo prácticamente, porque de lo contrario Williams quizá tuviera la tentación de creer que algo terrible les estaba sucediendo a sus ojos o a su mente. Como esa posibilidad quedaba afortunadamente excluida, había dos cuestiones que tendría que resolver por la mañana. En primer lugar era necesario examinar el cuadro con gran cuidado y llamar a un testigo con ese fin, y también hacer un decidido esfuerzo para averiguar la identidad de la casa representada. Por consiguiente, pediría a su vecino Nisbet que desayunara con él y a continuación emplearía la mañana en repasar el diccionario geográfico.

Nisbet no tenía ningún compromiso y se presentó a eso de las nueve y media. Su anfitrión no había terminado aún de vestirse, siento decirlo, a aquella hora tan avanzada. Durante el desayuno Williams no dijo nada acerca del grabado a la manera oscura, excepto que deseaba conocer la opinión de Nisbet sobre una posible adquisición para el museo. Pero todas las personas que estén familiarizadas con la vida universitaria pueden imaginarse por sí mismas los muchos agradables temas sobre los que la conversación de dos miembros del claustro de Canterbury College puede extenderse durante un desayuno dominical. Prácticamente ningún tema dejó de tocarse, desde el *golf* hasta el tenis. Sin embargo resulta necesario explicar que Williams estaba francamente preocupado; porque, como es lógico, todo su interés se centraba en el extrañísimo grabado que reposaba, boca abajo, en un cajón de la habitación frontera.

Finalmente ambos profesores encendieron su pipa matutina, y llegó el momento que Williams había estado esperando. Embargado por una considerable emoción —que casi podría calificarse de trémula— cruzó el pasillo, abrió el cajón, sacó el grabado —siempre vuelto al revés—, volvió a toda velocidad y se lo entregó a Nisbet.

—Ahora —dijo—, quiero que me digas exactamente lo que ves en ese cuadro. Descríbelo, si no te importa, con todo detalle. Después te diré por qué.

—De acuerdo —dijo Nisbet—; tengo delante una vista de una casa de campo, supongo que inglesa, a la luz de la luna.

—¿A la luz de la luna? ¿Estás seguro de eso?

—Completamente. Parece tratarse de luna menguante, si quieres que sea más preciso, y hay nubes en el cielo.

—De acuerdo. Sigue. Juraría —añadió Williams en un aparte— que no había luna la primera vez que lo miré.

—Bueno, no hay mucho más que decir —continuó Nisbet—. La casa tiene una...,

dos..., tres hileras de ventanas, con cinco en cada una, excepto la primera, donde hay un pórtico en lugar de la central y...

—Pero, ¿qué me dices de las figuras? —le interrumpió Williams, muy interesado.

—No hay ninguna —dijo Nisbet—; pero...

—¡Cómo! ¿Ninguna figura en el césped delante de la casa?

—Nada en absoluto.

—¿Estás dispuesto a jurarlo?

—Claro que sí. Pero hay algo más.

—¿Qué?

—Una de las ventanas del piso bajo, a la izquierda de la puerta, está abierta.

—¿Abierta? ¡Cielo santo! Debe de haber entrado —dijo Williams, con gran emoción; y se apresuró a situarse detrás del sofá donde se sentaba Nisbet para apoderarse del grabado y comprobar sus afirmaciones personalmente.

Era exactamente como su colega había dicho. No había ninguna figura y sí una ventana abierta. Williams, después de un momento de sorpresa que le dejó sin habla, se dirigió a su mesa de despacho y escribió durante unos minutos. Luego presentó dos papeles a Nisbet, le pidió primero que firmara uno —su propia descripción del cuadro, que ustedes acaban de oír— y luego que leyera el otro: la declaración de Williams escrita la noche precedente.

—¿Qué puede querer decir todo esto? —preguntó Nisbet.

—Ésa es precisamente la cuestión —respondió Williams—. De todas formas hay una cosa que debo hacer..., más bien tres, ahora que lo pienso. Tengo que averiguar qué es exactamente lo que vio Garwood (su visitante de la noche anterior); luego fotografiar el grabado antes de que siga adelante; y además tengo que descubrir de qué sitio se trata.

—Yo mismo me encargo de la fotografía —dijo Nisbet—, y voy a hacerlo en seguida. Pero, a decir verdad, tiene todo el aspecto de que estamos asistiendo a las diferentes etapas de una tragedia. La pregunta es, ¿ha sucedido ya o está todavía por producirse? Has de averiguar de qué casa se trata. Sí —dijo, contemplando de nuevo el grabado—; creo que estás en lo cierto: ha entrado ya. Y si no estoy equivocado, en alguna de las habitaciones superiores debe de estar pasando algo muy poco agradable.

—Ya sé lo que voy a hacer —dijo Williams—. Llevaré el grabado al viejo Green (el miembro de más edad del claustro de profesores, tesorero durante muchos años). Es muy probable que conozca la casa. Tenemos propiedades en Essex y Sussex, y debe de haberse pateado muy a fondo los dos condados en su época.

—Es muy posible que lo sepa —dijo Nisbet—; pero antes déjame que haga la fotografía. Aunque, ahora que lo pienso, me parece que Green no está hoy en la Universidad. Anoche no cenó con nosotros y creo haberle oído decir que se marchaba fuera.

—Es cierto —dijo Williams—; sé que ha ido a Brighton. Bueno, mientras haces la fotografía, iré a ver a Garwood para conseguir su declaración, y tú no pierdas de

vista el grabado mientras estoy fuera. Empiezo a pensar que dos guineas no es un precio exorbitante.

Regresó al cabo de muy poco tiempo y trajo consigo a Mr. Garwood. Según la declaración de este último, la figura, cuando él la vio, se había separado del borde del cuadro, pero sin avanzar mucho sobre el césped. Recordaba una marca blanca en la parte posterior de su vestimenta, pero no estaba seguro de que fuera una cruz. A continuación se redactó un documento en ese sentido, que Garwood firmó; después Nisbet procedió a fotografiar el grabado.

—¿Qué te propones hacer ahora? —preguntó—; ¿vas a pasarte todo el día vigilándolo?

—No; creo que no —respondió Williams—. Tengo el convencimiento de que estamos destinados a presenciarlo todo. Piensa que desde que yo lo vi anoche hasta esta mañana ha habido tiempo para que sucedieran muchísimas cosas, pero la criatura no ha hecho más que entrar en la casa. Podría perfectamente haber acabado todo, y que la figura hubiera regresado a su lugar de origen; pero el hecho de que la ventana esté abierta, debe de querer decir, en mi opinión, que aún sigue ahí. De manera que no me preocupa dejar de mirarlo. Además, tengo la idea de que no va a cambiar mucho, o más bien nada, durante el día. Podemos salir a dar un paseo a primera hora de la tarde y regresar para el té o cuando empiece a oscurecer. Voy a dejar el grabado encima de la mesa y cerraré la puerta con llave. Podrá entrar mi criado, pero nadie más.

Los tres estuvieron de acuerdo en que aquél era un buen plan; y, además, si pasaban la tarde juntos era menos probable que hablaran del asunto con otras personas; porque cualquier rumor sobre lo que estaba sucediendo con el grabado serviría para que se les echara encima toda la Sociedad Fantasmológica.

De manera que podemos darles a los tres un respiro hasta las cinco.

A esa hora, poco más o menos, Williams y sus dos colegas empezaron a subir la escalera de Williams. Al principio les molestó un tanto ver que la puerta de sus habitaciones no estaba cerrada, pero en seguida recordaron que los domingos los criados se presentaban para pedir instrucciones alrededor de una hora antes que los días de entresemana. Sin embargo les aguardaba una sorpresa. Lo primero que vieron fue el grabado apoyado contra un montón de libros encima de la mesa, tal como lo habían dejado, y lo siguiente fue al criado de Williams, sentado frente a él, contemplándolo con horror no disimulado. ¿Cómo era posible una cosa así? Mr. Filcher (no me he inventado el apellido^[8]) era un servidor muy prestigioso que solventaba las dudas sobre criterios de etiqueta tanto en su residencia universitaria como en otras próximas, y nada más contrario a su habitual manera de comportarse que verse sorprendido ocupando el asiento de su señor, o dar la impresión de fijarse de manera especial en sus muebles o en sus cuadros. De hecho, él mismo pareció darse cuenta, porque se sobresaltó violentamente cuando los vio entrar en la habitación, y se puso en pie haciendo un gran esfuerzo. Luego dijo:

—Le ruego que me perdone, Mr. Williams, por haberme tomado la libertad de sentarme.

—No tengo nada que perdonarle. Robert —protestó el interpelado—. Precisamente tenía intención de preguntarle en algún momento su opinión sobre ese grabado.

—Verá usted, señor, no es que yo me imagine que mi opinión tiene tanto valor como la suya, pero no es el tipo de cuadro que yo colgaría donde mi hija pequeña pudiera verlo.

—No lo haría usted, ¿verdad, Robert? ¿Y por qué no?

—No lo haría, no señor. Y no lo haría porque recuerdo que una vez la pobre niña vio una Biblia con ilustraciones que no eran ni la mitad de impresionantes y después tuvimos que quedarnos levantados para hacerle compañía durante tres o cuatro noches, aunque le parezca a usted mentira; y si llegara a ver ese esqueleto, o lo que sea que hay ahí, llevándose al pobre bebé, le daría un ataque. Ya saben ustedes lo que pasa con los niños; lo nerviosos que se ponen con cualquier pequeñez y todo eso. Pero lo que yo digo es que no me parece un cuadro para dejarlo por ahí, no señor; no para dejarlo por lo menos donde alguien esté expuesto a darse un susto si se lo encuentra. ¿Va a querer el señor alguna otra cosa más esta noche? Muchas gracias.

Y con esas palabras aquel hombre excelente se dispuso a continuar su ronda por los otros apartamentos de la residencia, y pueden estar ustedes seguros de que los caballeros que dejó detrás no tardaron mucho tiempo en reunirse en torno al grabado. Allí seguía la casa, bajo la luna menguante y las nubes arrastradas por el viento. La ventana abierta estaba cerrada, y una vez más había una figura sobre el césped, pero esta vez no se arrastraba cautelosamente sobre manos y rodillas. Ahora iba erguida y avanzaba de prisa, con largas zancadas, hacia la parte delantera del cuadro. La luna quedaba atrás, y el ropaje negro le caía por delante de la cara, de manera que era muy poco lo que podía verse, aunque lo bastante como para que los espectadores agradecieran sinceramente que no se distinguiera más que una frente semejante a una blanca cúpula y unos cuantos cabellos dispersos. Llevaba la cabeza inclinada, y los brazos apretaban un objeto que podía distinguirse con dificultad y reconocerse como un niño, aunque era imposible decir si vivo o muerto. Sólo las piernas de la aparición se veían con claridad, y eran horriblemente flacas.

Desde las cinco hasta las siete los tres compañeros vigilaron el grabado por turnos, pero no sufrió ningún cambio. Finalmente estuvieron de acuerdo en que podían marcharse durante un rato, regresar después de la cena y esperar los acontecimientos.

Cuando volvieron a reunirse, cosa que hicieron lo antes posible, el grabado seguía allí pero la figura había desaparecido, y la casa permanecía en calma bajo los rayos de la luna. No había hacer otra cosa que dedicar la velada a la consulta de diccionarios geográficos y guías. Finalmente la suerte sonrió a Williams, y quizá se lo merecía. A las once y media de la noche leyó las siguientes líneas de la *Guía de*

Essex, cuyo autor es Murray:

«Veinticinco kilómetros, *Anningley*. La iglesia fue un edificio interesante de época normanda, pero sufrió una amplia reconstrucción al estilo clásico en el siglo pasado. Contiene las tumbas de la familia Francis, cuya mansión, Anningley Hall, una sólida casa del período de la reina Ana, con un parque de unas cuarenta hectáreas, se alza inmediatamente detrás del cementerio de la iglesia. La familia se ha extinguido, dado que el último heredero desapareció misteriosamente siendo aún niño, en el año 1802. Su padre, el señor Arthur Francis, era conocido en la zona como artista aficionado de mucho talento y autor de grabados a la manera oscura. Después de la desaparición de su hijo vivió en la mansión familiar en completo aislamiento, y se le encontró muerto en su estudio en el tercer aniversario de la catástrofe, cuando acababa de terminar una manera oscura representando la casa, de la que actualmente es muy difícil encontrar ejemplares impresos».

La referencia parecía exacta y, efectivamente, el señor Green, al regresar, identificó inmediatamente la casa como Anningley Hall.

—¿Existe alguna explicación de la figura? —fue la pregunta que lógicamente le hizo Williams.

—No tengo ninguna seguridad, como puede usted comprender. Lo que solía contarse allí, la primera vez que visité la zona, antes de venir a instalarme aquí, era únicamente esto: que el viejo Francis estaba muy en contra de los cazadores furtivos, y siempre que tenía la oportunidad expulsaba de sus propiedades a los sospechosos, hasta que poco a poco se libró de todos menos uno. Los terratenientes podían hacer entonces muchas cosas que ahora no se atreverían ni a pensar. Bien, pues el individuo que quedaba era lo que suele encontrarse con mucha frecuencia en esa región del país..., el último vástago de una familia muy antigua. Creo que sus antepasados fueron los señores de la mansión en otros tiempos. Recuerdo que en mi parroquia sucedió exactamente lo mismo.

—Vaya, como el individuo de *Teresa de Urbervilles* —apunto Williams.

—Supongo que sí, aunque no es un libro que vaya de acuerdo con mis gustos. Pero Aquel sujeto estaba en condiciones de mostrar una hilera de tumbas en la iglesia que pertenecían a sus antepasados, y todo eso le había agriado un tanto el carácter; pero Francis, según cuentan, nunca lograba atraparlo (siempre se mantenía en el límite de lo ilegal), hasta que una noche los guardas lo encontraron en un bosque, justo en el límite de la propiedad. Todavía podría enseñarles el sitio; está junto a unas tierras que pertenecían a un tío mío. Como ya se imaginan ustedes, hubo una pelea, y el individuo del que estoy hablando, Gawdy (así era como se llamaba, efectivamente, Gawdy; estaba seguro de que me acordaría, Gawdy), tuvo la mala suerte ¡pobre desgraciado! de matar de un tiro a un guardabosques. Bueno, eso es lo que Francis quería; eso y un jurado de acusación (ya saben ustedes cómo funcionaban entonces), y al pobre Gawdy lo colgaron en menos que canta un gallo; a mí me enseñaron el sitio donde está enterrado, en el lado norte de la iglesia; ya saben cómo se hacen las

cosas en esa parte del mundo: a los que ahorcan o se quitan la vida los entierran en ese lado. Y lo que se creía por entonces era que algún amigo de Gawdy (no alguien de su familia, porque no le quedaba ningún pariente, ¡pobre diablo!, él era el último de su linaje: *spes ultima gentis*, por así decirlo) debió planear apoderarse del chico de Francis y acabar también con su linaje. No estoy seguro, claro; es una cosa bastante fuera de lo corriente para que se le ocurra a un cazador furtivo de Essex, pero, si me lo preguntan ustedes, les diré que ahora parece que el viejo Gawdy se las apañó para hacer personalmente el trabajo. ¡Brrr! ¡No me gusta nada pensar en ello! ¡Un poco de *whisky*, Williams!

Williams comunicó los hechos a Dennistoun quien, a su vez, los transmitió a un grupo heterogéneo, uno de cuyos componentes era yo, y otro el catedrático saduceo de ofiología. Siento tener que decir que este último, al preguntarle su opinión sobre la historia, dijo únicamente: «¡Bah! Esos tipos de Bridgeford son capaces de contar cualquier cosa», comentario que recibió la acogida que se merecía.

Sólo me queda añadir que el grabado se encuentra actualmente en el museo Ashleiano; que ha sido tratado con el propósito de descubrir la posible utilización de tinta simpática, sin ningún resultado positivo; que Mr. Britnell no sabía nada de aquella historia, aunque estaba seguro de que el cuadro se salía de lo corriente; y que, a pesar de que ha sido vigilado con gran atención, no se sabe que haya vuelto a experimentar ningún cambio.

DOS MÉDICOS

Es muy común, por lo menos para mí, encontrar papeles guardados en libros viejos, aunque mucho más difícil es llegar a descubrir alguno que posea cierto interés. Sin embargo, esto puede suceder, por lo cual nunca conviene destruirlos sin echarles un vistazo. Antes de la guerra yo solía comprar, de vez en cuando, viejas carpetas comerciales que, dado que tenían papel de buena calidad y muchas hojas en blanco, me brindaban la posibilidad de usarlas para mis propias anotaciones. Adquirí una de ellas por una exigua suma en 1911. Estaba asegurada con firmeza y sus bordes tenían una comba a causa de la presión ejercida durante años por un exceso de papeles. Las tres cuartas partes de su contenido habían perdido toda su importancia para cualquier ser viviente; no así el resto. No hay duda de que estos últimos papeles pertenecían a un abogado, pues se los agrupa con el título de *El caso más extraño que conocí*; están firmados con iniciales y tienen una dirección de Gray's Inn. Son sólo pruebas para un caso, y se reducen a las declaraciones de posibles testigos. Parece que el presunto acusado o convicto nunca apareció. El expediente no está completo, pero, tal como lo encontré, proporciona un enigma en el que lo sobrenatural desempeña un papel muy importante. Intente el lector extraer sus propias conclusiones.

Transcribo la historia y el escenario según pude ordenarlos.

La acción transcurre en Islington, durante el mes de junio de 1718; una zona rural, por lo tanto, y una época apacible. El doctor Abell caminaba una tarde por su jardín, esperando que le trajeran el caballo para hacer las visitas diarias a sus pacientes. Se le acercó su servidor de confianza, Luke Jennett, que hacía veinte años que trabajaba para él.

«Le dije que quería hablarle, y que necesitaría alrededor de un cuarto de hora para explicarle lo que deseaba. Estuvo de acuerdo y me invitó a ir a su escritorio, un cuarto que daba al sendero donde nos encontrábamos en ese momento; él también entró y se sentó. Le dije que, aun contra mi voluntad, yo tenía que buscar otro empleo. Me preguntó por qué había tomado esa decisión, considerando el largo tiempo que lo había servido. Le dije que me haría un gran favor si no me obligaba a contestarle, porque (parece que esta fórmula ya era habitual aun en 1718) yo era un individuo al que no le gustaban los problemas. Por lo que puedo recordar, me dijo que él pensaba lo mismo, pero le gustaría saber por qué yo había resuelto dejarlo después de tantos años, y agregó: “Sabes que no te mencionaré en mi testamento si me abandonas ahora”. Le respondí que eso entraba en mis cálculos.

»—Entonces —me dijo— debes tener alguna queja que, si pudiera, de muy buen grado trataría de satisfacer.

»Le conté, porque no supe cómo evitarlo, lo que ya consta en mi primera declaración, relativo a la ropa de cama del consultorio, y agregué que una casa donde pasaban cosas de ese tipo no era un lugar apropiado para mí. No me contestó nada,

sólo me dirigió una mirada amenazadora; después me llamó tonto y me dijo que me pagaría lo que me debía a la mañana siguiente. Luego, como ya le habían traído el caballo, se fue. Por lo tanto, pasé esa noche en casa de mi cuñado, cerca de Battle Bridge, y regresé muy temprano al consultorio de mi ex patrón, quien me reprochó el no haber dormido en su casa y retuvo una corona del sueldo que me debía.

»Después de esto, trabajé en otros lugares, sin quedarme mucho tiempo en ninguno, y no lo volví a ver hasta que entré al servicio del doctor Quinn, en Dodds Hall, Islington.»

Hay una parte muy oscura en este testimonio; por supuesto, la referencia a la declaración anterior y la historia de la ropa de cama. Dicha declaración no aparece en los papeles que poseo. Temo que la hayan sacado para examinarla, a causa de su singular rareza, y no la hayan devuelto a su lugar. Podremos deducir más tarde el contenido de esa historia, pero hasta el presente no tenemos en nuestras manos ningún testimonio.

Declara el siguiente testigo, Jonathan Pratt, párroco de Islington. Ofrece pormenores sobre el carácter y la reputación del Dr. Abell y del Dr. Quinn, que vivían y ejercían en su jurisdicción parroquial.

«No se espera que un médico asista regularmente a los oficios matutinos o vespertinos, o a las reuniones de los miércoles, pero me atrevería a decir que ambos, en la medida de sus posibilidades, cumplían con sus obligaciones como miembros fieles de la Iglesia de Inglaterra. Pero al mismo tiempo (ya que usted solicita mi propia opinión) debo decir, con lenguaje erudito, *distinguo*. El Dr. A. fue para mí causa de constantes perplejidades; el Dr. Q., por el contrario, siempre me pareció un feligrés sencillo y honesto; no se preocupaba en exceso por cuestiones teológicas, sino que encuadraba su práctica dentro de los límites de su propio entendimiento. El primero se interesaba en interrogantes a los cuales la Providencia —a mi juicio— no consiente respuesta alguna, en esta vida: solía preguntarme, por ejemplo, qué lugar ocupan ahora, en el orden de la creación, esos seres que, según creen algunos, ni permanecieron en sus puestos al caer los ángeles rebeldes, ni se unieron a ellos en el profundo abismo de su desobediencia.

»Como era de esperar, mi primera respuesta fue a su vez una pregunta. ¿Qué pruebas tenía él para creer en la existencia de tales seres, puesto que las Escrituras, que él conocía muy bien, no las proporcionaban? Parecía (ya que comencé, les contaré todo) que se apoyaba en pasajes tales como el del sátiro que, según nos cuenta Jerónimo, conversó con Antonio; pero también creía que ciertos episodios de las Escrituras podían citarse para sustentar sus tesis. “Además”, me dijo, “usted sabe que todos los que pasan los días y las noches fuera de sus casas comparten esa creencia, y yo podría añadir que si sus ocupaciones lo obligaran a atravesar los campos solitarios tan a menudo como a mí, mis sugerencias no lo asombrarían tanto”. “Usted participa, pues”, le dije, “de la opinión de John Milton, y cree que

*Múltiples y etéreas criaturas deambulan por la tierra,
Invisibles, en la nocturna paz o en la vigilia^[9]”*

»—No sé —dijo— por qué Milton se arriesgaría a llamarlas *invisibles*; aunque seguramente estaba ciego cuando escribió eso. Pero en lo demás, sí, creo que tiene razón. “Bueno”, le dije, “yo también debo transitar (aunque no tan a menudo como usted) por esos lugares, y a horas tardías; pero no recuerdo haber visto un sátiro en los campos de Islington en todos los años que viví aquí. Si usted ha sido más afortunado que yo, sin duda a la Royal Society le agradecerá saberlo”.

»Recuerdo estas tonterías porque el Dr. A. se enojó muchísimo al escucharme; se retiró dando un portazo, murmurando algo así como que estos párrocos tan secos y educados sólo tienen ojos para un *Libro de oraciones* o un vaso de vino.

»Pero no fue ésta la última vez que nuestra conversación tomó un cariz peculiar. Sucedió una tarde; cuando llegó a mi casa parecía alegre y de buen ánimo, pero después, mientras fumaba junto al fuego, se sumió en hondas reflexiones. Para distraerlo, le pregunté, con una sonrisa, si había tenido algún encuentro reciente con sus extraños amigos. Mi pregunta, por cierto, lo distrajo de sus meditaciones, pues me miró con sobresalto y temor, diciéndome: “¿Estuvo usted allí? Yo no le vi. ¿Quién le llevó?”, y luego, en tono menos ansioso: “¿Qué quiso decir con eso de encuentros? Creo que debo haberme dormido”. Le contesté que yo había pensado en faunos y centauros errantes por los campos oscuros, no en el Sabbath de las brujas, y que, según parecía, él había interpretado erróneamente mis palabras.

»—Bueno —me dijo—, yo puedo declararme inocente de ambas cosas, pero creo que es usted mucho más escéptico de lo que por su investidura le corresponde. Si le preocupan los campos oscuros, lo mejor sería que hablase con mi ama de llaves, que vivió en ellos en su niñez. “Claro”, le contesté, “y con la vieja del hospicio, y con los chicos del asilo. Si yo fuera usted, le pediría a su colega Quinn una píldora para curarme el cerebro”. “¡Maldito sea ese Quinn!”, me dijo; “no me hable de él: este mes me robó cuatro de mis mejores pacientes; debe ser por culpa del idiota de su sirviente, Jennet, el que antes estaba a mi servicio; nunca deja la lengua quieta, merecería que se la clavarán en la picota”. Ésa fue la única vez que demostró algún rencor hacia el Dr. Quinn o hacia Jennet y, tal como me correspondía, intenté persuadirlo de que estaba equivocado. Era innegable, sin embargo, que ciertas familias respetables de la parroquia le habían dado la espalda, por razones que no estaban dispuestas a explicar. Me dijo, en última instancia, que tan mal no le iba en Islington, aunque si quería podía vivir cómodamente en otro sitio, y que además no le guardaba ningún rencor al Dr. Quinn. Ahora creo recordar qué fue lo que dije después, que lo indujo a sumergirse en otros pensamientos. Mencioné, me parece, algunos juegos malabares que mi hermano había visto en la corte del Rajá de Mysore, en las Indias Orientales. “Sería muy conveniente, por cierto”, me dijo el Dr. Abell, “que un hombre, mediante ciertos convenios, dispusiese del poder de comunicar

movimiento y energía a los objetos inanimados”. “¿Como si un hacha se pudiera volver por sí misma contra quien la empuña o algo así?”. “Bueno, no sé si algo así, pero si uno pudiera hacer venir determinado volumen desde el anaquel, o inclusive ordenarle que se abriera en la página indicada...”

»Estaba sentado junto al hogar —era una tarde muy fría— y tendió las manos hacia el fuego; en ese momento los utensilios para la chimenea, o al menos el atizador, cayeron hacia él con gran estrépito, y no pude escuchar el resto de la frase. Pero le dije que yo no podía concebir fácilmente un convenio, como él lo llamaba, de tal tipo que no incluyera entre sus condiciones un pago más grave que el que cualquier cristiano se atrevería a ofrecer; él estuvo de acuerdo.

»—Pero —agregó— no me cabe duda de que esos arreglos pueden ser muy tentadores, muy persuasivos. Usted, sin embargo, no los aceptaría, ¿no es cierto? No, supongo que no.

»Eso es todo lo que sé respecto a las opiniones del Dr. Abell y a los sentimientos que mediaban entre éste y su colega. El Dr. Quinn, como ya he dicho, era una persona sencilla y honesta, un hombre al que yo habría acudido —y por supuesto que lo hice varias veces— para que me aconsejara en cuestiones que me preocupaban. Sin embargo, era presa, cada vez con mayor frecuencia, de penosas fantasías. Hubo una época en que estuvo tan acosado por sus sueños que no podía ocultarlos, y se los refería a la gente más cercana, especialmente a mí. Un día, en que yo había cenado en su casa, se mostró poco dispuesto a dejarme partir a la hora habitual. “Si usted se va”, me dijo, “lo único que me quedaría por hacer es irme a la cama a soñar con la crisálida”. “¿Podría ser peor!”, le dije. “No lo creo”, replicó, meneando la cabeza como si quisiera alejar pensamientos perturbadores. “Sólo quise decir”, repuse, “que una crisálida es un ser inofensivo”. “Ésta no”, me dijo, “y no quiero pensar en ella”.

»Sin embargo, con tal de no perder mi compañía accedió a explicarme (pues yo lo presioné) que se trataba de una pesadilla que había padecido varias veces recientemente, e incluso más de una vez por noche. En su transcurso, le parecía despertarse bajo una opresiva necesidad de dejar la cama y salir. Entonces se vestía y descendía hasta la puerta del jardín. Junto a la puerta había una pala, la tomaba y se dirigía al jardín; allí, en un claro entre los arbustos, bañado por la luz de la luna (siempre había luna llena en su sueño), sentíase obligado a cavar. Al poco tiempo, la pala descubría un objeto de color apagado, al parecer un paño de lino o de lana, que él debía limpiar con las manos. Era siempre lo mismo: aunque del tamaño de un hombre, tenía la forma de una crisálida de polilla, cuyos pliegues encubrían una incipiente abertura en uno de los extremos.

»Él no podía describir con cuánto placer habría dejado todo tal como estaba para correr a la casa, pero no había de escapar tan fácilmente. Gimiendo, pues sabía muy bien lo que encontraría, separaba los bordes de esa tela o —según parecía a veces— de esa membrana, para descubrir una cabeza envuelta en un suave tegumento que, al desgarrarse con los movimientos de la criatura, le mostraba su propio rostro, con las

huellas de la muerte. Tanto lo perturbó relatarlo que me vi obligado, por simple compasión, a permanecer con él la mayor parte de la noche para hablar de temas intrascendentes. Me dijo que al despertar de esta pesadilla siempre debía esforzarse para recobrar el aliento.»

Sigue, en este punto, otro extracto de la extensa declaración de Luke Jennett.

«Nunca conté chismes sobre mi patrón, el Dr. Abell, a ninguno de los vecinos. Recuerdo que, mientras servía en otra casa, hablé con los demás sirvientes del asunto de la ropa de cama, pero estoy seguro de que nunca les dije que él o yo éramos las personas implicadas; además, me creyeron tan poco que me sentí ofendido y resolví no hablar más del asunto. Cuando volví a Islington y encontré al Dr. Abell todavía allí, aunque me habían dicho que ya se había marchado, decidí comportarme con toda discreción; aún le temía, y además yo no tenía ningún interés en desprestigiarlo. Mi patrón, el Dr. Quinn, era un hombre justo, honesto y nada chismoso. Estoy seguro de que nunca levantó un dedo o dijo una palabra para inducir a alguien a que dejara al Dr. Abell y se hiciera atender por él; por supuesto que no. Sólo se decidía a atenderlos cuando estaba convencido de que, si él no lo hacía, mandarían a buscar otro médico a la ciudad en lugar de llamar nuevamente al Dr. Abell.

»Creo que se puede probar que el Dr. Abell vino más de una vez a casa de mi patrón. Teníamos una nueva camarera de Hertfordshire, y ella me preguntó quién era el caballero que buscaba al señor (o sea al Dr. Quinn) cuando él no estaba y que parecía tan decepcionado al no encontrarlo. Me dijo que, quienquiera que fuese, conocía muy bien la casa, puesto que entraba primero a la biblioteca, luego al consultorio y por último a la habitación del doctor. Le pregunté cómo era, y la descripción que me dio se parecía bastante a la del Dr. Abell; pero además me dijo que había visto a ese hombre en la iglesia y alguien le había dicho que era médico.

»Exactamente después de esto, el señor empezó a pasar mal las noches, y se quejaba ante mí y ante otros, especialmente de lo incómodas que le resultaban su almohada y su ropa de cama. Decía que iba a comprar otras más apropiadas y que iría él mismo. Conforme a lo dicho, trajo a casa un paquete que, según afirmó, contenía lo que él necesitaba, pero nunca supimos dónde las compró; como única marca traían bordados una corona nobiliaria y un pájaro. Los sirvientes decían que eran muy finas, de calidad poco común, y el señor las definió como las más cómodas que había usado nunca; desde entonces durmió plácida y profundamente. También las almohadas de pluma eran de la mejor clase, y él podía hundir su cabeza en ellas como en una nube; yo mismo se lo dije varias veces al ir a despertarlo: su cara quedaba casi escondida por las almohadas.

»No había vuelto a ver al Dr. Abell desde mi regreso a Islington; un día lo encontré en la calle y me preguntó si no estaba buscando una nueva colocación; le contesté que ya tenía una muy conveniente y me dijo que yo era un individuo muy difícil y que sin duda pronto estaría otra vez sin empleo; lo cual, por otra parte, resultó ser muy cierto.»

Prosigue, desde donde quedó interrumpido, el relato de Jonathan Pratt.

«El día 16 me despertaron al amanecer, alrededor de las cinco, para anunciarme la muerte o la agonía del Dr. Quinn. Al llegar a su casa afronté la irrefutable verdad. Todos los sirvientes, salvo el que me había recibido, estaban en su dormitorio, junto a la cama, pero ninguno se atrevía a tocarlo. Yacía en el lecho, boca arriba, sin huellas de violencia; tenía en verdad el aspecto de un cadáver dispuesto para su funeral. Incluso, si mal no recuerdo, tenía las manos cruzadas sobre el pecho. El único detalle discordante era que su rostro estaba totalmente oculto: los dos extremos de la almohada lo cubrían por completo. Los aparté en el acto, no sin reconvenir a la servidumbre, y especialmente al mayordomo, por no haber asistido a su patrón. Él, sin embargo, se limitó a mirarme y a menear la cabeza; sin duda tenía tan pocas esperanzas como yo de encontrar algo más que un cadáver.

»Para cualquiera con un mínimo de experiencia, era obvio que el Dr. Quinn no sólo estaba muerto, sino también que había muerto por asfixia. No podía concebirse una muerte accidental al caerse la almohada sobre su rostro. ¿Por qué no había levantado las manos para apartarla, al sentirse sofocado? La sábana, además, tendida prolijamente sobre su cuerpo (ahora lo advertía), no revelaba el menor desorden. Lo siguiente fue conseguir un médico. Había pensado en ello al salir de mi casa, y había enviado un mensajero al Dr. Abell; me informaron que no se hallaba en su domicilio y llamamos entonces al médico más cercano, el cual, sin embargo, nada pudo decirnos —al menos hasta un examen detenido del cuerpo— que ya no supiéramos.

»En cuanto a la posibilidad de que alguien hubiese entrado a la habitación (lo cual era el próximo punto que debía tenerse en cuenta), era evidente que los cerrojos de la puerta habían sido arrancados de sus montantes, y éstos de la madera, mediante fuertes empujones; y había una cantidad suficiente de testigos, incluido el cerrajero, que aseguraron que esto había tenido lugar poco antes de mi llegada. La habitación estaba en el piso superior, y la ventana no era de fácil acceso ni mostraba huellas del paso de nadie, ya fueran rastros en el antepecho o en el musgo.»

La declaración del médico forma parte, por supuesto, del expediente, pero —puesto que sólo ofrece datos sobre el estado de los órganos más importantes y sobre la coagulación de la sangre en diversas partes del cuerpo— no vale la pena reproducirlo. El veredicto fue «Muerto por voluntad divina».

Junto a los otros papeles descubrí uno que al principio supuse que se había incluido entre ellos por error. Luego de un examen más detenido, creo adivinar el motivo de su presencia.

Se refería al saqueo de un mausoleo de Middlesex, que se levantaba en un parque (hoy destruido), propiedad de una familia noble cuyo nombre omitiré. No cometió el ultraje un vulgar ladrón de cadáveres, sino alguien resuelto a emprender otra clase de hurtos. El informe es espantoso y estremecedor; no he de reproducirlo. Un comerciante del norte de Londres sufrió un severo castigo al ser acusado de recibir objetos robados que tenían cierta conexión con el hecho.

EL TRATADO MIDDOTH

A fines de una tarde de otoño, un hombre anciano, de rostro delgado y canosas y pobladas patillas, empujó la puerta giratoria que conduce al vestíbulo de una famosa biblioteca y, dirigiéndose a uno de los empleados, declaró que se creía autorizado para utilizar la biblioteca y preguntó si podía retirar un libro. Sí, siempre que estuviera en la nómina de los que gozan de tal privilegio. Él extrajo su tarjeta —Mr. John Eldred— y, una vez consultado el registro, recibió una respuesta favorable.

—Ahora, otra cosa —dijo él—. Hace mucho que no vengo y temo perderme en este edificio; además, pronto será la hora de cerrar y me hace daño andar apresurándome para subir y bajar escaleras. Aquí tengo el título del libro que necesito: ¿hay alguien que esté libre para ir a buscármelo?

Después de un instante de reflexión el portero le hizo señas a un joven que pasaba.

—Mr. Garrett —le dijo—, ¿dispone usted de un minuto para atender a este caballero?

—Con sumo placer —respondió Mr. Garrett, y recibió la ficha con el título que le alcanzaban—. Creo que podré encontrarlo; casualmente está en la sección que inspeccioné hace poco, pero consultaré el catálogo por si acaso. Supongo que usted necesita esta edición en particular, ¿no es así, señor?

—Sí, por favor; ésa, y no otra —dijo Mr. Eldred—. Se lo agradezco muchísimo.

—De ningún modo, señor, —respondió Mr. Garrett, y se apresuró a ir en busca del libro.

—Ya me parecía —se dijo a sí mismo, cuando su dedo, recorriendo las páginas del catálogo, se detuvo ante determinado título—. *Talmud: Tratado Middoth, con el comentario de Nachmanides*, Amsterdam, 1707, 11.334. Sección Hebreo, por supuesto. No es una tarea muy difícil.

Mr. Eldred, arrellanado en un sillón del vestíbulo, aguardó con ansiedad el regreso de su mensajero, y no ocultó su decepción al ver que Mr. Garrett bajaba las escaleras con las manos vacías.

—Lamento desilusionarlo, señor —dijo el joven—, pero el libro no está.

—¡Oh, caramba! —exclamó Mr. Eldred—. ¿De veras? ¿Está usted seguro de no equivocarse?

—Ya lo creo, señor; pero es posible, si espera usted un minuto, que le presente al caballero que lo retiró. No debe tardar en irse de la biblioteca, *creo* haberlo visto sacar ese libro de la estantería.

—¡Pero caramba! No lo reconocería, supongo. ¿Era un profesor o un estudiante?

—No sé: estoy seguro de que no era un profesor. Lo habría reconocido; pero a esta hora no hay muy buena iluminación en ese sector de la biblioteca, y no le pude ver el rostro. Yo diría que era un anciano caballero de baja estatura, quizá un clérigo, cubierto con una capa. Si usted aguarda, no tardaré en averiguar si él necesita el libro

con mucha urgencia.

—No, no —dijo Mr. Eldred—. Yo no... no puedo esperar ahora, se lo agradezco, pero debo irme. Intentaré pasar de nuevo mañana, si puedo, y quizá usted haya averiguado quién era.

—Seguro, señor. Tendré el libro para usted si...

Pero Mr. Eldred ya se había marchado, a mayor velocidad de la que uno podía juzgar saludable para él.

Garrett disponía de un momento libre y pensó: «Volveré a ese sector para ver si puedo encontrar al viejo. Es casi seguro que pueda postergar la consulta del libro por unos pocos días. No creo que el otro lo necesite por mucho tiempo». De modo que se dirigió a la sección Hebreo. Pero cuando llegó allí no había nadie, y el volumen marcado 11.3.34 ocupaba su sitio en el anaquel. Para la autoestima de Garrett era ultrajante no haber satisfecho a un usuario sin que mediara razón alguna; le habría gustado, de no atentar así contra las normas de la biblioteca, bajar el libro al vestíbulo en ese mismo momento, para que estuviera disponible en cuanto apareciera Mr. Eldred. A la mañana siguiente, de todas maneras, éste le buscaría a él, de modo que le rogó al portero que le avisara llegado el momento. De hecho, se hallaba en el vestíbulo cuando vino Mr. Eldred, poco después de que abrieran la biblioteca, y cuando en el edificio no había casi nadie, salvo el personal.

—Lo siento mucho —le dijo—, no suelo cometer errores tan estúpidos con frecuencia, pero estaba seguro de que el anciano que vi sacaba precisamente ese libro y lo mantenía en la mano sin abrirlo, como suele hacer la gente, sabe usted, señor, que se propone retirar un libro y no meramente consultarlo. No obstante, iré arriba de inmediato y se lo traeré.

Hubo una pausa. Mr. Eldred se acercó a la entrada, leyó todos los avisos, consultó su reloj, se sentó y miró las escaleras, hizo cuanto suele hacer un hombre muy impaciente, hasta que transcurrieron unos veinte minutos. Por fin se dirigió al portero y preguntó si el sector de la biblioteca adonde había ido Mr. Garrett quedaba muy lejos.

—Bueno, precisamente eso me llamaba la atención, señor: él suele ser muy rápido; es probable que lo haya mandado llamar el bibliotecario, pero creo que en ese caso le habría dicho que usted estaba esperándole. Vamos a ver qué pasa; me comunicaré con él.

Y eso fue, en efecto, lo que hizo. A medida que recibía la respuesta su rostro se transformó, y formuló un par de preguntas suplementarias que le fueron contestadas con brevedad. Luego volvió a su mostrador y habló en voz más baja.

—Lamento informarle, señor, que algún inconveniente parece haberle ocurrido a Mr. Garrett. No estaba muy bien, parece, y el bibliotecario lo mandó a casa en un coche, por la otra salida. Algo así como un ataque, parece.

—¿De veras? ¿Quiere usted decir que alguien lo hirió?

—No, señor, ninguna violencia, sino, me parece, que ha sido un ataque, como se

dice, de enfermedad. Mr. Garrett no es una persona de constitución muy fuerte. Pero en cuanto a su libro, señor, quizás usted pueda encontrarlo por su propia cuenta. Lamento que haya tenido inconvenientes dos veces seguidas...

—Eh... bueno, pero siento muchísimo que Mr. Garrett haya enfermado tan repentinamente mientras me hacía un favor. Creo que debo dejar el libro e ir a verlo a él. Supongo que usted podrá darme la dirección... ¡Ah!, y otra pregunta. ¿Vio usted si un anciano, quizás un clérigo, con... este... una capa negra, se marchó ayer de la biblioteca después de mí? Es posible que a lo mejor fuera un... es decir, que acaso esté parando... o mejor dicho, quizá yo lo conozca.

—Con capa negra, no, señor. Sólo dos caballeros se fueron después que se retiró usted, señor, y los dos eran jóvenes. Uno era Mr. Carter, que se llevó un libro de música, y otro un profesor, que se llevó un par de novelas. Eso fue todo, señor; después salí muy satisfecho a tomar el té. Gracias, señor, muy agradecido.

Mr. Eldred, aún preso de ansiedad, partió de inmediato al domicilio de Mr. Garrett, pero el joven todavía no estaba en condiciones de recibir visitas. Se hallaba mejor, pero la casera juzgaba que sin duda había recibido una intensa conmoción, y pensaba, según las prescripciones del médico, que sólo podría verlo al día siguiente. Mr. Eldred regresó a su hotel al caer la tarde, y temo que pasó una mala noche.

Al día siguiente pudo ver a Mr. Garrett. Éste, cuando se hallaba bien, era un joven alegre y de agradable aspecto. Ahora estaba pálido y trémulo, acurrucado en un sillón junto al fuego, y demostraba cierta propensión a vigilar la puerta. Sin embargo, si bien había visitantes a quienes no estaba dispuesto a recibir, Mr. Eldred no se contaba entre ellos.

—Soy yo, en realidad, quien le debe a usted una disculpa, y ya desesperaba de poder ofrecérsela, pues ignoraba su domicilio. Me alegro mucho de que haya venido. De veras lamento causar tantos problemas, pero, sabe usted, no podría haber previsto esto... este ataque que tuve.

—Por supuesto que no; pero vea, yo algo entiendo de medicina. Discúlpeme las preguntas: doy por supuesto que ya habrá recibido muy buenos consejos. ¿Acaso tuvo una caída?

—No. Caí al suelo... pero no desde un lugar alto. En realidad padecí una conmoción.

—O sea que algo lo sorprendió. ¿Fue algo que creyó ver?

—Creo que no se trata de *creerlo*. Sí, fue algo que vi. ¿Recuerda cuándo fue a la biblioteca por primera vez?

—Sí, por supuesto. Bueno, permítame suplicarle que no intente describirlo... no creo que sea bueno para su salud recordarlo.

—Pero ocurre que para mí sería un alivio contárselo a alguien como usted: quizá pueda darme una explicación. Sucedió cuando me dirigía a la sección donde está su libro...

—Por cierto, Mr. Garrett, se lo suplico; además, mi reloj me dice que me queda muy poco tiempo para hacer el equipaje y tomar el tren. No, ni una palabra más, quizá lo agite más de lo que usted imagina. Hay otra cosa que quería decirle. Me siento indirectamente responsable por este malestar y quisiera costear los gastos que...

Pero tal oferta fue rechazada en el acto. Mr. Eldred, sin insistir, se marchó casi de inmediato, pero no sin que Mr. Garrett le hubiese urgido a tomar nota del número de fichero del *Tratado Middoth*, que, según dijo, Mr. Eldred podía obtener cómodamente por su cuenta. Pero Mr. Eldred no reapareció en la biblioteca.

William Garrett recibió ese día otra visita, un joven de su edad y colega de la biblioteca, un tal George Earle, Earle era uno de los que había hallado a Garrett cuando éste yacía sin sentido en el suelo de la «sección» o cubículo (que daba al corredor central de una vasta galería) donde estaban los libros hebreos, y Earle, naturalmente, estaba muy inquieto por el estado de su amigo. Apenas cerraron la biblioteca acudió a su alojamiento.

—Bueno —dijo, después de hablar de otros temas—, no sé qué es lo que te hizo mal, pero me da la impresión de que hay algo raro en la atmósfera de la biblioteca. Antes de encontrarte, venía por la galería con Davis, y le pregunté si no sentía un olor a moho, que no podía ser saludable. Si uno convive mucho tiempo con semejante olor, y te aseguro que era realmente insoportable, debe meterse en el organismo y perjudicarlo de algún modo, ¿no te parece?

Garrett meneó la cabeza.

—Estoy de acuerdo en lo que dices del olor... pero no se percibe siempre, aunque lo he advertido en los dos últimos días... una especie de olor a polvo, penetrante y poco natural. Pero no... no fue eso lo que me afectó. Fue algo que vi. Y quiero contártelo. Fui a la sección Hebrea para buscar un libro que me había pedido un hombre que esperaba abajo. El día anterior, con ese mismo libro, había cometido un error. Lo había ido a buscar para la misma persona, y estuve seguro de ver a un anciano sacerdote, envuelto en una capa, que lo sacaba. Le dije al hombre que habían retirado el libro, y él se fue para regresar al día siguiente. Entonces volví, por si el clérigo estaba dispuesto a dejármelo: no había ningún clérigo, y el libro se hallaba en el estante. Bueno, ayer, como te decía, fui de nuevo. Esta vez, bueno... eran las diez de la mañana, como recordarás, y ese lugar estaba más iluminado que nunca; allí estaba el clérigo otra vez, de espaldas a mí, mirando los libros del estante que yo necesitaba. Había dejado el sombrero sobre la mesa, y era calvo. Esperé un instante, mirándolo con cierta atención. Te digo que tenía una calva muy desagradable. Me parecía seca, terrosa, y las hebras de cabello que le quedaban eran similares a una telaraña. Bueno, hice un poco de ruido a propósito, tosí y moví los pies. Se volvió y me mostró el rostro, que yo jamás había visto. Te aseguro que no me equivoco. Aunque, por una u otra razón, no pude apreciar la parte inferior de la cara, vi la parte superior, y era absolutamente seca, con los ojos muy hundidos, y sobre éstos, desde

las cejas hasta los pómulos, había espesas telarañas. Como suele decirse, fue demasiado para mí, y ya no recuerdo nada más.

Las explicaciones que Earle dio de tal fenómeno no son de mayor interés; en todo caso, no lograron convencer a Garrett de que él no había visto lo que había visto.

Antes de que William Garrett regresara a su trabajo, el bibliotecario insistió en que se tomara una semana de reposo y que cambiara de ambiente. A los pocos días, por lo tanto, Garrett estaba en la estación, con su maleta, y buscaba un compartimiento para fumadores en el cual viajar hasta Burnstow-on-Sea, donde jamás había estado. Descubrió uno que le pareció el indicado. Pero al acercarse vio, frente a la puerta, una figura tan semejante a la de su ingrato recuerdo que, vencido por la náusea y casi sin saber qué hacía, abrió la puerta del compartimiento más próximo y se precipitó en él como si la muerte estuviera pisándole los talones. El tren se puso en marcha; debía haberlo dominado una extrema debilidad, pues lo que percibió a continuación fue el aroma de un frasco que le aplicaban en la nariz. Su médico era una encantadora anciana, quien, junto con su hija, era el único pasajero que había en el vagón.

A no ser por tal circunstancia, difícilmente hubiese entablado conversación con sus compañeras de viaje. Pero, dada la situación, los agradecimientos, las preguntas y los comentarios generales fueron inevitables; y Garrett, antes de que el viaje culminara, no sólo contaba con un médico, sino con alguien que lo alojara, pues Mrs. Simpson alquilaba habitaciones en Burnstow cuyas características, al parecer, las hacían harto convenientes. En esa época del año no había nadie en el lugar, de modo que Garrett compartió con frecuencia la compañía de madre e hija, que juzgaba más que aceptable. Trabajó con ellas una relación tan favorable que a la tercera noche de su estancia lo invitaron a pasar la velada en su salón privado.

La charla reveló que Garrett trabajaba en una biblioteca.

—Ah, las bibliotecas son lugares muy acogedores —comentó Mrs. Simpson, dejando su labor con un suspiro—, pero lo cierto es que a *mí los libros me* han jugado una mala pasada o, al menos, *uno* de ellos.

—Bueno, los libros son mi medio de vida, Mrs. Simpson, y lamentaría pronunciar una palabra en contra de ellos: siento enterarme de que le hayan causado algún daño.

—Quizá Mr. Garrett pueda ayudarnos a resolver nuestro enigma, madre —adujo Miss Simpson.

—No quiero comprometer a Mr. Garrett en una búsqueda que acaso lleve una vida, querida, ni incomodarlo con nuestros problemas personales.

—Pero si usted cree que existe una mínima probabilidad de que les sea útil, Mrs. Simpson, le encarezco que me diga cuál es ese enigma. Si se trata de aclarar algo con respecto a un libro, como usted comprenderá mi situación es inmejorable para el caso.

—Sí, comprendo, pero lo peor es que ignoramos el nombre del libro.

—¿Y no saben de qué se trata?

—No, tampoco.

—Sólo que creemos que no está escrito en inglés, madre... lo cual no es una pista muy valiosa.

—Bien, Mr. Garrett —dijo Mrs. Simpson que aún no había retomado su labor y contemplaba pensativamente el fuego—. Le contaré la historia. ¿Le puedo pedir, por favor, que no se la revele a nadie? Gracias. Es ésta. Yo tenía un anciano tío, un tal Dr. Rant. Es posible que usted haya oído hablar de él. No porque fuera un hombre eminente, sino por el curioso modo en que dispuso que lo sepultaran.

—Creo haber visto el nombre en alguna guía turística.

—Puede ser —dijo Miss Simpson—. ¡Qué hombre más espantoso! Dejó instrucciones según las cuales debían ponerlo, sentado ante una mesa con su ropa habitual, en un recinto de ladrillos que había construido bajo tierra en un predio vecino a su casa. La gente de la zona, por supuesto, afirma haberlo visto por allí, con su vieja capa negra.

—Bueno, querida —prosiguió Mrs. Simpson—, no sé mucho al respecto, pero el hecho es que murió hace más de veinte años. Era clérigo, aunque por cierto no imagino cómo llegó a serlo. Pero no ejerció durante los últimos años de su vida, lo que me parece bien; vivía en su propia finca, una hermosa propiedad no muy lejos de aquí. No tenía esposa ni familia; sólo una sobrina, o sea yo, y un sobrino, pero no tenía particular predilección por ninguno de los dos... y, dicho sea de paso, por nadie en general. En todo caso, mi primo le gustaba más que yo, pues John se le parecía mucho más por su temperamento y (temo que debo declararlo) por sus mezquindades. Habría sido diferente si yo hubiese sido soltera; pero era casada, lo que no era de su agrado. Muy bien: ahí estaba él con su finca y una buena suma de dinero, según supimos, a su completa disposición, y se suponía que nosotros (mi primo y yo) lo heredaríamos, a su muerte, por partes iguales. Un invierno, hace más de veinte años, según decía, enfermó, y me mandaron llamar para cuidarlo. Entonces aún vivía mi marido, pero el viejo no quería saber nada de él. Al llegar a la casa, vi que mi primo se alejaba de ella en un cabriolé y, por lo que noté, de muy buen ánimo. Entré e hice lo que pude por mi tío, pero no tardé en advertir que ésa sería su última enfermedad; también él lo sabía. El día anterior a su muerte me hizo sentar junto a él todo el tiempo, y vi que había algo, y probablemente algo desagradable, que tenía intención de revelarme y que postergaba tanto como sus fuerzas se lo permitían, temo que con el expreso propósito de mantenerme intrigada. Aunque al fin me lo confesó:

»—Mary —me dijo—, Mary, hice testamento a favor de John: él es dueño de todo, Mary.

»Bueno, por supuesto que fue una amarga sorpresa, pues nosotros (mi marido y yo) no éramos gente adinerada, y si él hubiese podido vivir más holgadamente, creo que su existencia se habría prolongado. Pero poco o nada le dije a mi tío, salvo que tenía el derecho de actuar según su voluntad: en parte porque no se me ocurría nada

que decirle, y en parte porque estaba segura de que aún había más; lo había, en efecto.

»—Pero, Mary —me dijo—, John no me gusta mucho, y redacté otro testamento a *tu* favor. Tú puedes ser dueña de todo. Sólo que debes hallar el testamento, ¿entiendes? Y no tengo ninguna intención de revelarte dónde está.

»Luego comenzó a reírse, y yo aguardé, pues una vez más estuve segura de que él no había concluido.

»—Así me gusta —dijo después de un rato—, espera, y te diré tanto como a John. Pero déjame recordarte que no podrás acudir a la ley con lo que te diga, pues no dispondrás de ninguna prueba salvo tu propia palabra y creo que John es el menos adecuado para oficiar de testigo, llegado el caso. Estupendo, pues, eso queda aclarado. Ahora bien, se me ocurrió no redactar ese testamento de un modo ordinario, de manera que lo escribí en un libro, Mary, en un libro. Y hay varios miles de libros en esta casa. Pero cálmate, no te tomes la molestia de revisarlos, pues no es uno de ellos. Está muy bien guardado en otro lugar: un lugar donde John puede ir y descubrirlo cualquier día, con sólo enterarse, y tú no. Es un buen testamento: está firmado y testificado como corresponde, aunque no creo que a los testigos los descubras muy pronto.

»Aún guardé silencio; si hubiese esbozado el mínimo movimiento, habría sido para aferrar a ese viejo miserable y sacudirlo. Él se reía para sus adentros, y al final dijo:

»—Bueno, bueno, veo que lo has tomado con calma, y como quiero que los dos empecéis en igualdad de condiciones, y John tiene cierta ventaja, pues puede ir a donde está el libro, te diré un par de cosas que a él no le dije. El testamento está en inglés, pero, si alguna vez llegas a verlo, no te darás cuenta de ello. Ésa es una, y la otra es que cuando yo muera hallarás un sobre dirigido a ti sobre mi escritorio, y en su interior algo que podría ayudarte en la búsqueda, si tienes suficiente ingenio.

»Murió pocas horas más tarde, y si bien apelé a John Eldred por ese motivo...»

—¿John Eldred? Discúlpeme, Mrs. Simpson... creo conocer a un tal John Eldred. ¿Qué aspecto tiene?

—Hará diez años que lo vi por última vez. Hoy sería un hombre delgado, algo más que maduro, y a menos que se las haya afeitado, tendría las mejillas cubiertas por pobladas...

—... patillas. Sí, ése es el hombre.

—¿Dónde lo conoció usted, Mr. Garrett?

—No creo poder recordarlo —mintió Garrett—, en algún lugar público tal vez. Pero usted no había concluido la historia.

—En realidad no tengo mucho que añadir, salvo que John Eldred, por supuesto, jamás prestó atención a mis cartas y ha gozado de la finca a partir de entonces, mientras que mi hija y yo hemos debido dedicarnos al hospedaje en esta región, el cual, debo decir, no resultó tan ingrato como yo temía.

—Pero en cuanto al sobre...

—¡Ah, es cierto! Bueno, ése es nuestro enigma. Alcánzale a Mr. Garrett el papel que hay en mi escritorio.

Tratábase de una pequeña tarjeta, que sólo tenía cinco cifras, sin ninguna separación: 11334.

Mr. Garrett reflexionó, y sus ojos se iluminaron. Súbitamente hizo una mueca y preguntó:

—¿Supone que Mr. Eldred dispone de alguna pista que no tenga usted, con respecto al título del libro?

—A veces creo que sí, y por lo siguiente: mi tío debió de hacer testamento muy poco antes de morir, creo que eso fue lo que él mismo dijo, y se deshizo del libro casi de inmediato. Pero todos sus libros estaban escrupulosamente catalogados; John tiene el catálogo, y puso especial cuidado en que ningún libro, de la especie que fuera, fuese vendido, con el objeto de que no saliera de la casa. Yo sé que él suele frecuentar librerías y bibliotecas, así que imagino que ha de haber descubierto qué libros faltan de la biblioteca de mi tío, de los que están registrados en el catálogo, y debe andar en su busca.

—Entiendo, entiendo —dijo Mr. Garrett y se sumió en sus reflexiones.

Al día siguiente recibió una carta que, según le explicó con gran aflicción a Mrs. Simpson, hacía imprescindible que interrumpiera su permanencia en Burnstow.

Aunque deploraba dejarlas (y no menos deploraban ellas su partida) presentía el comienzo de una crisis de suma importancia para Mrs. (y, ¿debemos aclararlo?, para Miss) Simpson.

Durante el viaje en tren Garrett se sentía intranquilo y excitado. Se esforzó por recordar si la signatura del libro que había solicitado Mr. Eldred tenía alguna relación con las cifras consignadas en la tarjeta de Mrs. Simpson. Pero, consternado, advirtió que la conmoción sufrida la semana anterior lo había afectado a tal punto que no podía recordar nada en cuanto al título o naturaleza del volumen, o aun del sector donde lo había buscado. Y, sin embargo, los otros sectores de la biblioteca perduraban en su memoria con toda nitidez.

Había otro detalle (y al recordarlo dio un furioso golpe en el piso): al principio había vacilado —y luego se había olvidado—, en preguntarle a Mrs. Simpson el nombre del lugar donde vivía Eldred. Eso, al menos, podría preguntárselo por carta.

Por lo menos, las cifras del papel le brindaban una pista. Si se referían a una signatura de la biblioteca, sólo cabía una cantidad restringida de interpretaciones: 1.13.34, 11.33.4 ó 11.3.34. Le bastarían unos minutos para comprobarlo, y si faltaba alguno de esos volúmenes, contaba con todos los medios para localizarlo. Empezó la tarea en el acto, aunque tuvo que dedicar algunos minutos a explicarle a la casera de su alojamiento y a sus colegas por qué había regresado tan pronto. El 1.13.34 estaba en su lugar y no contenía ningún texto extraño. Al aproximarse al Sector 11,

en la misma galería, recibió el impacto de su ingrato recuerdo. Pero *debía* proseguir. Después de inspeccionar el 11.33.4 (que fue el primero que halló, y que era un libro totalmente nuevo), recorrió con los ojos los *in-quarto* de la signatura 11.3. Halló el hueco que temía: faltaba el 34. Se aseguró de que el volumen no había sido mal colocado, y luego se dirigió al vestíbulo.

—¿Salió el 11.3.34? ¿Recuerda el número?

—¿Recordar el número? ¿Por quién me toma, Mr. Garrett? Vea, ahí tiene las tarjetas; revíselas usted mismo, ya que tiene el día libre.

—Bueno, ¿entonces volvió a venir un tal Mr. Eldred? Ese caballero que estuvo el día en que enfermé. ¡Vamos! Debería recordarlo.

—¿Qué se piensa? Por supuesto que lo recuerdo: no, no anduvo por aquí desde que usted salió con permiso. Aunque... veamos. Roberts se acordará. Roberts, ¿te acuerdas del apellido Eldred?

—Claro —dijo Roberts—. Ese que mandó un chelín como adelanto por el franqueo de su encargo, y ojalá todos hicieran así.

—¿Es decir, que le han enviado libros a Mr. Eldred? ¡Vamos, hablen! ¿Le enviaron alguno?

—Bueno, mire, Mr. Garrett: si un caballero envía su tarjeta como corresponde y el secretario dice que este libro puede salir y en la nota uno ya tiene la dirección para el encargo y le mandan una suma de dinero suficiente para cubrir los gastos de ferrocarril, ¿qué hubiera hecho *usted*, Mr. Garrett, si puedo atreverme a preguntárselo? ¿Se hubiese usted tomado o no la molestia de mandarlo o hubiese tirado el papel debajo del mostrador y...?

—Actuó usted con toda corrección, Hodgson, por supuesto... con toda corrección. Sólo quiero pedirle que por favor me facilite la tarjeta que envió Mr. Eldred, para averiguar su domicilio.

—Naturalmente, Mr. Garrett; mientras no me importunen para informarme que no conozco mi deber, estoy dispuesto a facilitar lo que sea, mientras esté dentro de mis posibilidades. La tarjeta está allí, en el archivo. J. Eldred, 11.3.34. Título de la obra: T-a-l-m... bueno, ahí la tiene, haga lo que quiera con ella... no es una novela, estoy casi seguro. Y aquí está la nota de Mr. Eldred donde pide el libro en cuestión, que, por lo que veo, él considera indispensable.

—Gracias, gracias. ¿Pero la dirección? No hay ninguna en la nota.

—Ah, cierto; a ver... espere, Mr. Garrett, la tengo. Bueno, esa nota vino dentro de la caja, que estaba preparada con mucho cuidado para evitar inconvenientes, lista para ser devuelta con el libro en su interior; y si algún error cometí en todo este asunto es el hecho de que me olvidé de registrar la dirección en mi libreta, ésta que ve usted. Seguro que tuve buenas razones para no registrarla, pero, en fin, ahora no tengo tiempo, y seguro que usted tampoco, para averiguar cuáles fueron. Y... no, Mr. Garrett, no las conservo en mi memoria, si no para qué voy a hacer anotaciones en mi libreta... usted ve, es una libreta ordinaria, nada más, donde asiento todos los

nombres y direcciones cuando me parece conveniente.

—Es una medida admirable, sin duda... pero... bueno, muchas gracias. ¿Cuándo salió el encargo?

—A las diez y media, esta mañana.

—Oh, bien; y ahora es apenas la una.

Garrett fue arriba, sumido en sus cavilaciones. ¿Cómo conseguir ese domicilio? Un telegrama a Mrs. Simpson: pero podía perder un tren si aguardaba la respuesta. Sí, había otra posibilidad. Ella había dicho que Eldred vivía en la finca de su tío. En tal caso, él podía hallar el lugar asentado en el libro de donaciones, que, como ahora conocía el título de la obra, no tardaría en verificar. No tardó, en efecto, en acudir al registro y, como sabía que el viejo había muerto hacía más de veinte años, le dio un amplio margen y retrocedió hasta 1870. Había una sola anotación posible: «1875, 14 de agosto, *Talmud: Tractatus Middoth cum comm. R. Nachmanidae*, Amstelod, 1707; donado por J. Rant, doctor en teología, de Bretfield Manor».

Una guía de localidades indicaba que Bretfield se hallaba a tres millas de una pequeña estación de la línea principal. Ahora correspondía preguntarle al portero si el nombre inscrito en el encargo era algo así como Bretfield.

—No, nada parecido. Ahora que usted lo menciona, Mr. Garrett, era algo como Bradfield o Brudfielt, pero nada parecido a ese nombre que dice usted.

Hasta allí, perfecto. Ahora, un horario. Podía tomar un tren en veinte minutos, y el viaje llevaría más de dos horas. Era la única oportunidad, pero no podía perderla. Y alcanzó el tren.

Si en su último viaje se había sentido nervioso, en este nuevo que realizaba, prácticamente se puso frenético. ¿Qué podría decirle a Eldred en caso de encontrarlo? ¿Que habían descubierto que el libro era una rareza y que debía devolverlo? Una falsedad evidente. ¿O que suponían que contenía importantes notas manuscritas? Eldred, por supuesto, le mostraría el libro, del cual ya habría arrancado la página. Acaso hallara rastros de la mutilación (un borde de la guarda desgarrada, probablemente) pero, en tal caso, ¿quién podría objetar lo que por cierto alegaría Eldred, que también él había advertido y deplorado el destrozo? Parecía una persecución sin esperanzas. La única oportunidad era ésta: el libro había salido de la biblioteca a las 10.30, era, por tanto, improbable que lo hubiesen despachado en el primer tren, a las 11.20; si contaba con esa garantía, quizá tuviera la suerte de llegar al mismo tiempo que el encargo y tramar alguna historia que indujera a Eldred a entregárselo.

Al caer la tarde, descendió en el andén de la estación que, como la mayoría de las estaciones rurales, observaba un silencio poco natural. Aguardó a que se alejara el par de pasajeros que descendió con él y luego le preguntó al jefe de estación si Mr. Eldred vivía en las inmediaciones.

—Sí, muy cerca de aquí, me parece. Creo que va a pasar por aquí para recoger un envío —y le preguntó al mozo de cordel—: ¿Hoy ya pasó una vez por ese asunto, no

es verdad, Bob?

—Sí, señor, así es. Y parecía pensar que yo tenía la culpa de que no hubiese llegado a las dos. De todos modos, aquí lo tengo —y el hombre exhibió un paquete cuadrado, al que Garrett echó una rápida mirada que le aseguró que contenía cuanto a él le interesaba en ese instante.

—¿Bretfield, señor? Sí... a unas tres millas. Si uno toma el atajo que atraviesa estos tres predios, el trayecto se reduce en media milla. Mire: ahí viene el cochecito de Mr. Eldred.

Apareció un vehículo con dos hombres; Garrett, al cruzar la parte trasera de la estación, reconoció en el acto a uno de ellos. El hecho de que condujera Eldred de algún modo lo favorecía, pues lo más probable era que no abriera el paquete en presencia de su sirviente. Por otra parte, no tardaría en llegar a su casa, y a menos que Garrett llegara unos minutos antes, todo concluiría. Debía apresurarse; su atajo lo guió por uno de los lados de un triángulo, mientras que el cochecito debía recorrer los otros dos, y además había que contar con una leve demora en la estación; Garrett recorría el tercer predio cuando oyó el cercano rechinar de las ruedas. Había avanzado cuanto le era posible, pero la velocidad del cochecito lo indujo a desesperar de su propósito: a ese ritmo, sin duda llegarían a la casa diez minutos antes que él, y diez minutos eran más que suficientes para que Mr. Eldred cumpliera su propósito.

En ese preciso instante la suerte sufrió un vuelco. En la quietud del anochecer, cada sonido se destacaba con nitidez. Jamás sonido alguno provocó tanto alivio como el que percibió Garrett: el cochecito se había detenido. Hubo un intercambio de palabras; luego el vehículo prosiguió su marcha. Garrett, presa de extrema ansiedad, pudo verlo atravesar el portillo (cerca del cual él estaba oculto) conducido por el sirviente y sin Eldred en su interior; dedujo que Eldred lo seguía a pie. Acechó desde atrás del elevado seto que había junto al portillo que conducía al camino y vio pasar esa enjuta silueta, que se apresuraba con el paquete debajo del brazo, mientras hurgaba en los bolsillos. Al cruzar el portillo, algo se le cayó sobre la hierba, pero con un sonido tan leve que Eldred no lo advirtió. Garrett aguardó un instante, cruzó el portillo, saltó al camino y lo recogió: una caja de fósforos. Eldred avanzaba y, entretanto, sus brazos hacían apresurados movimientos difíciles de interpretar a la sombra de los árboles que custodiaban el camino. Pero Garrett, al seguirlo con cautela, halló las claves de esos movimientos: un trozo de cuerda y la envoltura del paquete colgaban del seto, pero Eldred había querido arrojarlos por *encima*.

Ahora Eldred caminaba con lentitud, y era evidente que había abierto el libro y que estaba hojeándolo. Se detuvo, obviamente molesto por la falta de luz. Garrett se deslizó por una abertura y se mantuvo al acecho. Eldred, que escrutaba apresuradamente los alrededores, tomó asiento en un tronco caído junto al camino y acercó el libro a los ojos. Súbitamente lo depositó, aún abierto, sobre las rodillas y hurgó en todos sus bolsillos: la búsqueda, por cierto, fue en vano, lo cual lo enardeció. «Ahora los fósforos te vendrían bien», pensó Garrett. Eldred se había

apoderado de una hoja y la arrancaba cuidadosamente, cuando sucedieron dos cosas. Primero, algo negro pareció caer sobre la hoja blanca y cubrirla, y luego, cuando el asombrado Eldred se volvió para mirar a sus espaldas, una pequeña forma oscura pareció irrumpir en la penumbra, con dos brazos que tendieron un manto de tinieblas sobre el rostro de Eldred, cubriéndole la cabeza y el cuello. Aunque éste agitaba las piernas y los brazos con frenesí, no se oyó sonido alguno. Luego se interrumpió todo movimiento. Eldred estaba solo. Había caído detrás del tronco. El libro yacía sobre el camino. Garrett, disipadas su furia y suspicacia al presenciar una lucha tan espantosa, salió y pidió ayuda a gritos, y también lo hizo, para su enorme alivio, un labriego que surgió de un predio vecino. Ambos se inclinaron sobre Eldred y lo examinaron, pero de nada valía, pues estaba indudablemente muerto.

—¡Pobre hombre! —le dijo Garrett al labriego—. ¿Qué cree usted que le pasó?

—Yo no estaba ni a doscientas yardas —dijo el hombre—, cuando vi que Mr. Eldred se ponía a leer su libro, y me parece que tuvo algún ataque... se le ennegreció la cara.

—Exacto —dijo Garrett—. ¿No vio a nadie cerca de él? ¿No habrá sido homicidio?

—No es posible... nadie pudo huir sin que usted o yo lo viéramos.

—Eso es lo que pensé. Bueno, pidamos ayuda. Llamemos al médico y a la policía; y será mejor que les dé a ellos este libro.

Era obvio que el caso exigía una investigación, y también que Garrett debería permanecer en Bretfield para prestar declaración. La pericia médica demostró que, si bien se había hallado un poco de polvo negro en el rostro y la boca del occiso, la causa de su muerte no era la asfixia, sino un ataque a su débil corazón. Surgió el libro fatídico, un respetable *in-quarto* impreso totalmente en hebreo, y cuyo aspecto difícilmente apasionaría ni siquiera a los más entusiastas.

—Dice usted, Mr. Garrett, que el occiso, en el momento previo a su ataque, parecía querer arrancar una hoja de este libro.

—Sí; creo que una de las guardas.

—Una de ellas está parcialmente desgarrada. Está escrita en hebreo. ¿Quiere inspeccionarla, por favor?

—También hay tres nombres en inglés, señor, y una fecha. Pero lamento declarar que no sé leer los caracteres.

—Gracias. Los nombres parecen firmas. Son: John Rant, Walter Gibson y James Frost, y la fecha es 20 de julio de 1875. ¿Conoce alguien estos nombres?

El párroco, que se hallaba presente, declaró que el tío del occiso, a quien éste había heredado, se llamaba Rant.

Cuando le alcanzaron el libro, meneó la cabeza con asombro.

—Pero esto no se parece al hebreo que yo aprendí.

—¿Está usted seguro de que es hebreo?

—¿Qué? Sí... supongo... No, querido señor, tiene usted razón... es decir, su

sugerencia es muy acertada. Por supuesto... no es hebreo, de ningún modo. Es inglés, y se trata de un testamento.

Llevó pocos minutos comprobar que se trataba, para mayor precisión, del testamento del Dr. John Rant, que cedía la totalidad de sus bienes, cuyo *último* poseedor había sido John Eldred, a Mrs. Mary Simpson. Semejante documento justificaba, por cierto, la conmoción sufrida por Mr. Eldred. En cuanto a la mutilación parcial de esa hoja, el fiscal señaló que no tenía mayor sentido demorarse en especulaciones cuya exactitud jamás podría comprobarse.

El *Tratado Middoth*, naturalmente, pasó a manos del fiscal para ulteriores investigaciones, y Mr. Garrett le explicó, en forma privada, la historia y los hechos según sus propios conocimientos e inferencias.

Regresó a su trabajo al día siguiente, y mientras se dirigía a la estación pasó frente al sitio donde había muerto Mr. Eldred. No hubiera podido irse sin contemplarlo una vez más, aunque al recordar lo que había visto no pudo evitar, aun en esa mañana diáfana, un brusco estremecimiento. Caminó, no sin recelos, detrás del tronco caído. Vio algo oscuro que por un instante lo sobresaltó, pero comprobó que apenas se movía. Miró más de cerca y advirtió que se trataba de una espesa y sombría masa de telarañas; y, en cuanto la rozó cautelosamente con su bastón, varias enormes arañas surgieron y se perdieron en la hierba.

No requiere mayor imaginación conjeturar los pasos seguidos por William Garrett, desde su empleo en una gran biblioteca hasta su actual situación como futuro propietario de Bretfield Manor, hoy propiedad de su suegra, Mrs. Mary Simpson.

EL NÚMERO 13

VIBORG ocupa, entre las ciudades de Jutlandia, un lugar de merecida importancia. Es sede de un obispado, posee una hermosa catedral (aunque restaurada casi en su totalidad), un encantador parque, un lago de gran belleza y muchas cigüeñas. En sus cercanías hallan Hald, considerado uno de los lugares más atractivos de Dinamarca, y Finderup, donde Marsk Stig asesinó al rey Erik Glipping, el día de Santa Cecilia del año 1286. Cuando en el siglo XVII abrieron su tumba, la calavera de Erik ostentaba, según dicen, las huellas de cincuenta y seis mazazos. Pero no es mi intención redactar una guía turística.

En Viborg hay excelentes hoteles; el Preisler y el Fénix se cuentan entre los mejores. Pero mi primo, el protagonista de este relato, se dirigió, la primera vez que visitó Viborg, al León de Oro. Jamás volvió a alojarse en ese lugar, y acaso las siguientes páginas expliquen por qué.

El León de Oro es uno de los pocos edificios de la ciudad que subsistieron al gran incendio de 1726, que prácticamente devastó la catedral, la Sognekirke, la Raadhuus y otras construcciones diversas, tan antiguas como interesantes. Trátase de un edificio de ladrillo rojo; es decir, el frente es de ladrillo, con altos gabletes almenados y una inscripción sobre la puerta principal, pero el patio en el que entran los vehículos es de madera y estuco de matices blancos y negros.

El sol declinaba cuando mi primo llegó al León de Oro, y sus últimos rayos destacaban nítidamente cada detalle de la imponente fachada. Le encantó el aspecto anticuado del lugar, y se prometió una estancia tan satisfactoria como entretenida en esa posada que poseía todas las características de un lugar típico de la vieja Jutlandia.

No eran los negocios —no, al menos, en el sentido vulgar que se adscribe a esa palabra— los que habían llevado a Mr. Anderson a Viborg. Realizaba ciertas investigaciones sobre la historia de la Iglesia en Dinamarca, y habíase enterado de que el Rigsarkiv^[10] de Viborg conservaba algunos documentos (milagrosamente salvados del incendio) relativos a los últimos días del catolicismo romano en ese país. Proponíase, por lo tanto, dedicar un tiempo considerable —tal vez dos o tres semanas— al examen y copia de dichos documentos, y esperaba disponer, en el León de Oro, de una amplia habitación que le sirviera tanto de dormitorio como de estudio. Mr. Anderson expresó sus deseos al posadero y éste, tras meditar unos instantes, sugirió que la mejor forma de satisfacer al caballero sería, tal vez, que él mismo visitara los cuartos de mayor amplitud y escogiera el más conveniente. Mr. Anderson aprobó la idea.

El piso superior fue descartado en el acto; tantas escaleras impondrían un esfuerzo excesivo tras afrontar un día de trabajo; en el segundo piso, no había habitación de las dimensiones requeridas, pero en el primero había dos o tres cuartos que se adecuaban admirablemente, al menos en cuanto a tamaño, a las exigencias del

huésped.

El posadero recomendó con fervor el número 17, pero Mr. Anderson recalcó que sus ventanas daban únicamente al muro ciego de la casa vecina, por lo cual debía ser muy oscuro durante la tarde. Prefería, por su parte, el número 12 y el número 14; ambos daban a la calle y conjugaban, por lo tanto, las ventajas de una iluminación adecuada con las de una vista agradable, ventajas que compensaban con creces el estrépito adicional.

Eligió, por fin, el cuarto número 12. Éste tenía, al igual que los cuartos vecinos, tres ventanas —todas en la misma pared— y sus dimensiones eran poco usuales: el techo era muy alto y su longitud llamaba la atención. Carecía, por supuesto, de chimenea, pero había en su lugar una antigua estufa de hierro forjado, sobre la que podía observarse un bajorrelieve que representaba a Abraham sacrificando a Isaac, con la inscripción *1 Bog Mose, Cap. 22* (es decir, Génesis 22). No había nada más digno de mención; el único cuadro interesante era un viejo grabado en colores de la ciudad, de alrededor de 1820.

Acercábase la hora de la cena; pero cuando Anderson, ya más animado gracias a su baño habitual, descendió las escaleras, faltaban aún unos minutos para que sonara la campanilla. Los dedicó a observar la nómina de huéspedes de la posada. Según es costumbre en Dinamarca, los nombres estaban expuestos en una amplia pizarra, dividida en casilleros cuya suma era análoga a la cantidad de habitaciones, cada uno con el número correspondiente y el nombre de su ocupante. Nada halló digno de excesivo interés. Habíanse registrado un abogado (o *Sagfører*), un alemán y algunos viajeros de Copenhague. El único detalle capaz de suscitar cierto asombro era la ausencia del número 13 en la lista de habitaciones, pero esto ya lo había observado Anderson en el resto de los hoteles que había visitado en Dinamarca. Sin embargo, no pudo evitar preguntarse si la supersticiosa oposición que suele provocar este número tendría tal difusión y vigencia como para convertirse en obstáculo de que un viajero se instalara en la habitación que lo exhibiera; decidió, por consiguiente, preguntarle al posadero si él o sus colegas en verdad se habían topado con muchos huéspedes que rehusaran ocupar el cuarto número 13.

Nada interesante podía contarme (yo registro los hechos tal como me los refirió) sobre lo ocurrido durante la cena; y el resto de la velada, que consagró a ordenar ropas, libros y papeles, también careció de toda trascendencia. Alrededor de las once, decidió irse a acostar, pero, al igual que a muchas otras personas en la actualidad, le era casi imposible dormir sin haber leído unas páginas; entonces recordó que el libro que venía leyendo en el tren, el único, en ese momento, que podía satisfacerlo, estaba en el bolsillo de su abrigo, colgado a la entrada del comedor.

Sólo un momento le llevó bajar y recobrarlo y, como los corredores no estaban a oscuras, poco le costó hallar el camino de regreso a su cuarto. Al menos así lo creyó; pero cuando llegó allí e hizo girar el picaporte, la puerta se negó a abrirse y pudo escuchar, en el interior de la habitación, pasos que se dirigían hacia la entrada. Por

supuesto, se había confundido de cuarto. ¿Estaba el suyo a la derecha o a la izquierda? Miró el número: era el 13. El suyo, por lo tanto, debía hallarse a la izquierda y, en efecto, allí estaba. Ya en la cama, leyó como de costumbre un par de páginas, apagó la luz y se dispuso a dormir; sólo entonces se le ocurrió que, aunque en la pizarra del hotel no había ningún cuarto con el número 13, sí lo había, indudablemente, en el edificio. Deploró no haberlo ocupado él mismo. Quizá podría haberle hecho un favor al propietario ocupándolo y dándole a éste la oportunidad de contar que un distinguido caballero inglés había vivido en él durante tres semanas con gran complacencia. Aunque acaso lo utilizaran como habitación de servicio o algo por el estilo. Y además no era, con toda seguridad, tan amplio ni agradable como su propio cuarto. Observó entonces, con ojos a los que el sueño estaba a punto de cerrar, su habitación, sumida en la luz crepuscular que difundía el farol de la calle. Curioso efecto, sin duda, pensó; las habitaciones suelen parecer más amplias cuanto menos iluminadas están, pero ésta, por el contrario, parecía haber decrecido en longitud y aumentado proporcionalmente en altura. En fin, era más importante dormir que malgastar el tiempo en reflexiones inconsistentes; por lo tanto, se durmió.

Al día siguiente de su llegada, Anderson se dirigió al Rigsarkiv de Viborg. Lo recibieron, como es previsible en Dinamarca, con la mayor amabilidad, y pusieron a su disposición cuanto necesitaba. Le facilitaron documentos cuya cantidad e interés superaba sus expectativas. Había, además de los documentos oficiales, una carpeta con buena cantidad de cartas referentes al obispo Jørgen Friis, último obispo católico destacado en esa sede, que permitían vislumbrar muchos detalles divertidos y, por así decirlo, «íntimos», de la vida privada y el carácter de diversos personajes de la época. Abundaban las alusiones a cierta casa de la ciudad, propiedad del obispo, aunque éste no la ocupaba; su inquilino constituía, al parecer, un escándalo y un obstáculo para los partidarios de la Reforma. Era un oprobio para la ciudad —escribían sus adversarios— a causa de sus prácticas tan secretas como execrables, y había vendido su alma al diablo. ¿Qué mejor prueba de la tremenda corrupción e impiedad de la Iglesia de Babilonia que la protección que el propio obispo brindaba a esa víbora, a ese *Troldmand*^[11] que se nutría de sangre? El obispo afrontaba con valor tales acusaciones: confirmaba su repudio a cuanto se vinculara a dichas prácticas secretas y solicitaba a sus adversarios que elevaran esos cargos al tribunal competente —por supuesto, el tribunal eclesiástico— a fin de que éste lo investigara de manera exhaustiva. Nadie había más ansioso que él de castigar a Mag. Nicolás Francken, si se probaba que en verdad era culpable de los delitos que se le imputaban.

Anderson apenas tuvo tiempo, antes de que cerraran el archivo, para echar una ojeada fugaz a la carta siguiente, escrita por el jefe de los protestantes, Rasmus Nielsen, pero le bastó para darse una idea general de su contenido: los cristianos ya no se sujetaban a las decisiones de los obispos de Roma; el tribunal eclesiástico no era, por lo tanto, ni podía serlo, el más competente para dictaminar sobre una causa de tal gravedad e importancia.

Mr. Anderson abandonó el archivo acompañado por el anciano que lo dirigía, y mientras caminaban, la conversación giró, naturalmente, alrededor de los documentos previamente mencionados.

Herr Scavenius, el archivero de Viborg, si bien estaba muy informado respecto de los documentos que tenía a su cargo, no era especialista en los que abarcaban el período de la Reforma. Demostró, por esa razón, gran interés en los comentarios de Anderson. Examinaría con mucho interés, declaró, el artículo que Mr. Anderson se disponía a escribir basándose en tal documentación.

—En cuanto a esa casa del obispo Friis —agregó—, para mí resulta un gran enigma saber dónde pudo haber estado. He estudiado minuciosamente la topografía de la antigua Viborg, pero, por desgracia, en el viejo inventario de propiedades del obispo, confeccionado en 1560, y que conservamos casi en su totalidad en nuestro archivo, falta justo la parte correspondiente a los bienes que poseía en la ciudad. No importa. Tal vez algún día pueda encontrarla.

Tras un corto paseo —no recuerdo exactamente por dónde—, Anderson regresó al León de Oro, donde lo aguardaban su cena, su solitario y su cama. Ya en el corredor, recordó que había olvidado comentarle al posadero la omisión del cuarto número 13, pero decidió verificar si realmente existía una habitación con ese número antes de hacer cualquier alusión al respecto.

No tardó en hallar una respuesta. Allí estaba la puerta con su número pintado con toda claridad, y era evidente que alguien ocupaba el cuarto, pues al acercarse más pudo oír rumor de pasos y de voces —o tal vez fue una sola voz— en su interior. En cuanto se detuvo unos instantes para corroborar el número, el ruido de pasos cesó con brusquedad, al parecer muy cerca de la puerta, y Anderson, no sin asombro, creyó escuchar una respiración jadeante, propia de una persona presa de una fuerte excitación. Dirigióse a su cuarto y una vez más se sorprendió de encontrarlo mucho más pequeño de lo que le había parecido cuando lo eligió. Pero la leve decepción que esto le hacía sentir era fácil de subsanar: de así deseirlo, podía mudarse a otro en el acto. Entre tanto necesitó algo —creo que un pañuelo— que había en su maleta, que un sirviente había colocado sobre un taburete, contra la pared, en el otro extremo del cuarto. Pero le aguardaba una sorpresa: la maleta había desaparecido. Sin duda, la había guardado algún sirviente en exceso solícito, después de haber puesto su contenido en el armario. Allí, sin embargo, no había nada. Comenzaba a preocuparse. Casi de inmediato desechó cualquier sospecha de robo, pues rara vez sucede tal cosa en Dinamarca; pero era indudable que alguien había cometido un estúpido error (lo cual ya no es tan raro) y decidió increpar seriamente a la *stuepige*. De todos modos, su necesidad no era tan urgente como para impedirle esperar hasta la mañana, así que resolvió no molestar a la servidumbre. Fue hasta la ventana —la de la derecha— y observó la calle desierta. Se enfrentó con la pared ciega de un alto edificio; no había transeúntes, la noche era oscura; nada, en fin, se ofrecía a su atención.

Como la luz estaba situada a sus espaldas, pudo observar su propia sombra,

reflejada en la pared del edificio de enfrente. También veíase, a la izquierda, la sombra del ocupante del cuarto número 11, un hombre de barba, que se paseaba en mangas de camisa y al que sorprendió cepillándose el cabello, y luego poniéndose un camisón. A la derecha se distinguía la silueta del ocupante del cuarto número 13. Ésta, tal vez, fuera más interesante. Estaba, como Mr. Anderson, acodado en el alféizar de la ventana, y contemplaba la calle. Parecía un hombre alto y delgado... ¿o era quizá una mujer? De todos modos, la persona desconocida se cubría la cabeza con algo semejante a un velo antes de irse a la cama, y Anderson dedujo que debía tener en el cuarto una lámpara con pantalla roja, y que oscilaba mucho, pues el reflejo de una luz bermeja danzaba en la pared de enfrente. Asomóse para ver si podía descubrir algo, pero sólo pudo observar sobre el alféizar los pliegues de una tela clara, tal vez blanca.

Al escuchar el eco de unos pasos que se acercaban por la calle, el número 13 pareció advertir que estaba expuesto a miradas indiscretas, pues con gran prontitud y rapidez se retiró de la ventana y su luz roja se desvaneció. Anderson, que había estado fumando un cigarrillo, dejó la colilla sobre el alféizar y se fue a dormir.

A la mañana siguiente lo despertó la *stuepige*, que le traía agua caliente y demás utensilios para el aseo personal. Anderson se incorporó, y luego de meditar muy bien sus palabras, dijo en el danés más correcto que pudo articular:

—No debió tocar mi maleta. ¿Dónde está?

Como suele suceder, la doncella se echó a reír y salió del cuarto sin aclararle nada.

Anderson, bastante irritado, se sentó en la cama, ya dispuesto a volver a llamarla; súbitamente se contuvo al fijar la mirada en el extremo opuesto de la habitación. Allí estaba su maleta, sobre el taburete, en el lugar exacto en que había visto que la dejaba el sirviente, al entrar al cuarto por primera vez. Fue, por cierto, un rudo golpe para un hombre que siempre se ufanaba de su agudo poder de observación. No intentó explicarse por qué no la había visto la noche anterior; a fin de cuentas, era obvio que ahora estaba allí.

Pero la luz del día no sólo le permitió ver la maleta, sino percibir las verdaderas proporciones del cuarto con sus tres ventanas, y comprobar que, después de todo, había hecho una elección acertada. Mientras terminaba de vestirse, se dirigió a la ventana del medio para ver cómo estaba el tiempo. Y aquí se llevó una segunda sorpresa. Su distracción, la noche anterior, sin duda había llegado al colmo. Habría podido jurar que había fumado un cigarrillo asomado a la última ventana de la derecha, antes de irse a dormir, pero ahora descubría la colilla sobre el alféizar de la ventana del medio.

Salió de su habitación para ir a desayunar. Estaba retrasado, pero el número 13 lo estaba aún más: su calzado —un par de botas de hombre— todavía estaba junto a la puerta. Por lo tanto, el número 13 era un hombre, no una mujer. En ese instante miró el número de la puerta: era el 14. Sin duda había pasado junto al número 13 sin

advertirlo. Tres errores estúpidos en solo doce horas eran demasiados para un espíritu metódico y amante de la precisión, de modo que volvió sobre sus pasos para asegurarse. El cuarto vecino al número 14 era el número 12, el suyo. No existía en absoluto un cuarto número 13.

Tras consagrar unos minutos al detallado examen de cuanto había comido y bebido en las últimas veinticuatro horas, Anderson optó por olvidarse del asunto. Si empezaban a fallarle la vista o el cerebro, ya tendría muchas oportunidades para comprobarlo, si no era obvio que estaba siendo objeto de un curioso experimento. De cualquier modo, convenía estar alerta ante el desarrollo de los acontecimientos.

Durante el día, Anderson prosiguió el examen de la correspondencia episcopal que ya he mencionado. Para su decepción, descubrió que estaba incompleta. Sólo pudo hallar una carta más relacionada con el asunto de Mag. Nicolás Francken. La redactaba el obispo Jörgen Friis, quien la dirigía a Rasmus Nielsen. Decía así:

»Pese a que de ningún modo podemos aceptar vuestras declaraciones acerca de nuestro tribunal, y a que estaremos dispuestos a combatiros, si fuera necesario, hasta el último de los extremos en esa vuestra opinión, no obstante ello, dado que nuestro leal y bienamado Mag. Nicolás Francken, a quien habéis osado acusar con cargos tan falsos cuanto maliciosos, nos ha sido repentinamente arrebatado, es evidente que, por esta vez, el caso queda cerrado. Mas en cuanto a vuestras declaraciones, en las que aseveráis que el Apóstol y Evangelista San Juan, en su divino Apocalipsis, alude a la Sacra Iglesia Romana con el símbolo de la Mujer Escarlata, sabed que...», etcétera.

A pesar de sus investigaciones, Anderson no pudo encontrar ninguna respuesta a esa carta ni dato alguno sobre la forma en que fue «arrebatado» el *casus belli*. Sólo pudo suponer que Francken había padecido una muerte súbita; y, como sólo mediaban dos días entre la carta de Nielsen —redactada, evidentemente, cuando Francken aún vivía— y la del obispo, cabía sospechar que tal muerte había sido por completo inesperada.

Por la tarde, Anderson hizo una breve visita a Hald, y tomó el té en Baekkelund; aunque se hallaba algo nervioso, no advirtió el menor indicio de alteración en la vista o en el cerebro, que sus experiencias anteriores le habían hecho temer.

Durante la cena, se encontró sentado frente al posadero.

—¿Por qué razón —inquirió, después de cambiar algunas frases sin importancia— no existe, en la mayoría de los hoteles de este país, un cuarto número 13? Por lo que veo, lo mismo sucede aquí.

Al posadero pareció divertirle la pregunta.

—Es curioso que usted lo haya notado. A decir verdad, yo mismo me lo pregunté más de una vez. Un hombre instruido, me dije, no debe compartir tales supersticiones. Yo me eduqué aquí, en la escuela secundaria de Viborg, y nuestro viejo maestro siempre se oponía a esas creencias. Hace muchos años que murió; era un hombre maravilloso, tan hábil con las manos como con la cabeza. Recuerdo a mis compañeros, un día en que nevaba...

Y se sumió en evocaciones.

—Entonces, ¿cree usted que no hay ninguna razón válida para omitir el número 13? —insistió Anderson.

—Por supuesto. Bueno, fíjese usted, a mí me inició en el oficio mi pobre padre. Primero tuvo un hotel en Aarhus, y luego, cuando nacimos nosotros, se trasladó aquí, a Viborg, su ciudad natal, y dirigió el Fénix hasta su muerte. Eso fue en 1876. Entonces yo hice mis primeras armas como hotelero, en Silkeborg, y sólo hace dos años que compré esta casa.

Abundó luego en detalles sobre las condiciones del establecimiento en el momento de tomarlo a su cargo.

—Y cuando usted vino aquí, ¿había un cuarto número 13?

—No, precisamente iba a decírselo. Usted sabe, en un sitio como éste, tenemos que trabajar sobre todo con viajeros de comercio. Y no se le ocurra a usted instalarlos en una habitación con el número 13. Antes preferirían dormir en la calle. A mí me importa un comino el número de las habitaciones, y a menudo se lo he dicho, pero ellos se aferran a la idea de que les trae mala suerte. Son capaces de contar cientos de historias sobre viajeros que han dormido en una habitación número 13 y que nunca han vuelto a ser los mismos, o que han perdido los mejores clientes, o que... bueno, cosas así... —concluyó el posadero, tras buscar en vano una frase más gráfica.

—Entonces, ¿para qué usa usted el cuarto número 13? —preguntó Anderson, y sintió al decirlo una desmesurada ansiedad, que excedía a la importancia de su pregunta.

—¿El cuarto número 13? ¿Pero no acabo de decirle que no hay ningún cuarto con ese número en esta posada? Pensé que ya se había dado cuenta; además, si lo hubiera, estaría exactamente al lado del suyo.

—Sí, claro; lo que pasa es que... En realidad, anoche creí ver una puerta con el número 13 en ese pasillo, y estoy casi seguro de no haberme equivocado, pues también la había visto anteanoche.

Naturalmente, Herr Kristensen, tal como Anderson lo esperaba, se echó a reír, y repitió una y mil veces que en esta posada no había ni jamás había habido, una habitación número 13.

Anderson sintió cierto alivio ante la seguridad que le ofrecía esta respuesta, aunque sus dudas aún persistían. Entonces decidió que la única manera de resolver definitivamente el problema era invitar al posadero, esa noche, a su habitación. Algunas fotografías de ciudades inglesas que había traído consigo y un buen cigarro le proporcionaron la excusa apropiada.

Herr Kristensen, halagado por la invitación, la aceptó con entusiasmo. Acordaron reunirse a eso de las diez, pero Mr. Anderson se retiró en ese momento, porque debía escribir unas cartas. Aunque le avergonzara admitirlo, era innegable que la existencia —o la inexistencia— de ese dichoso cuarto número 13 comenzaba a inquietarlo, a tal

punto que, para volver a su habitación, lo hizo dando un rodeo, para no tener que pasar junto a la puerta —o el lugar que correspondía a la puerta— del número 13. Al entrar inspeccionó rápidamente su habitación, pero nada advirtió capaz de suscitar equívocos, salvo esa sensación, imprecisa y perentoria, de que era más pequeña que de costumbre. Ya no debía preocuparse por su maleta: él mismo la había vaciado y puesto bajo la cama. No sin esfuerzo logró olvidarse del número 13 y se puso a escribir.

Sus vecinos no le perturbaron. Sólo se escuchaba, de vez en cuando, el gemido de una puerta y el estrépito de un par de botas arrojadas al pasillo, o bien el canturreo de algún viajante que lo recorría. Afuera, de cuando en cuando, algún carro atravesaba la calle mal empedrada, o bien resonaban los pasos veloces de algún transeúnte.

Anderson concluyó sus cartas, pidió un *whisky* con soda y se dirigió hacia la ventana para observar la pared de enfrente y las sombras reflejadas sobre ella.

Si mal no recordaba, ocupaba el cuarto número 14 un abogado, persona seria y formal, que apenas hablaba durante las comidas, pues por lo general se limitaba a examinar una pila de papeles que colocaba junto a su plato. Pero, al parecer, tenía el hábito de dar libre curso a sus instintos cuando se encontraba a solas. No cabía, si no, otra explicación para la danza que ejecutaba en ese momento. Pues la sombra de la pared demostraba, con toda claridad, que estaba bailando. Una y otra vez su delgada silueta se acercaba a la ventana, agitaba los brazos y elevaba, con asombrosa agilidad, una de sus macilentas piernas. Debía estar descalzo, y sin duda el piso era de gran solidez, pues ningún ruido revelaba sus movimientos. El *Sagfører* Herr Anders Jensen, bailando a las diez de la noche en un cuarto de hotel, parecía tema adecuado para una pintura histórica de gran estilo; y Anderson, al igual que Emily en *Los misterios de Udolfo*^[12], comenzó a «ordenar sus ideas en los siguientes versos»:

*A mi hotel al regresar,
A eso de la hora diez,
Percibe en mí un malestar
El camarero esta vez.
Indiferente, la puerta
Cierro, y tiro el calzado,
Desoyendo las reyertas
Que en mis vecinos alertas
Mi feroz danza despierta.
Pues como la ley conozco,
De sus comentarios hoscos
Me río con desenfado.*

Si el posadero no hubiese llamado a la puerta, sin duda el lector tendría ahora ante sus ojos un poema hartito más extenso. A juzgar por la expresión de asombro que

reveló al entrar en la habitación, Herr Kristensen hallábase sorprendido —al igual que Anderson en anteriores ocasiones— por algo inusual en el aspecto del cuarto. Pero obvió todo comentario. Demostró vivo interés en las fotografías de Anderson, y éstas le sirvieron de excusa para múltiples digresiones autobiográficas. Habría sido improbable, tal vez, que la conversación se encauzara hacia el cuarto número 13 si el abogado, súbitamente, no se hubiese puesto a cantar, y de un modo tal que no podía dejar dudas a nadie de que estaba absolutamente borracho o completamente loco. Su voz, aguda y estridente, parecía cascada, como si no la hubiese empleado en mucho tiempo. Elevábase a increíbles alturas, para luego terminar en un ronco y desgarrado gemido, como el del viento invernal en el cañón de una chimenea, o el de un órgano al que le faltara el aire. Ante sonido tan aterrador, Anderson no dudó de que, de haber estado solo, se habría precipitado en busca de refugio y compañía al cuarto de algún viajante vecino.

El posadero, boquiabierto, se desplomó sobre la silla.

—No entiendo nada —dijo al fin, secándose el sudor de la frente—. Es aterrador. Ya lo había escuchado antes, pero creía que se trataba de un gato.

—¿Estará loco? —preguntó Anderson.

—Seguramente. ¡Pero qué pena! Es tan buen cliente, y le va tan bien con los negocios, según dicen. Y pensar que tiene mujer e hijos que mantener...

En ese momento alguien golpeó la puerta con impaciencia e irrumpió sin aguardar respuesta. Era el abogado, en bata y con el cabello en desorden; y parecía enfurecido.

—Perdón, señor —comenzó—, pero le agradecería que dejara de...

Se interrumpió, estupefacto, pues no cabía duda de que ninguno de los presentes era responsable del alboroto. Luego de una breve pausa, el salvaje alarido se repitió con redoblada estridencia.

—Pero, en nombre del Cielo, ¿qué significa esto? —exclamó el abogado—. ¿De dónde viene? ¿Qué es? ¿O me estoy volviendo loco?

—Sin duda viene de su cuarto, Herr Jensen. ¿No habrá un gato o algún otro animal atrapado en la chimenea?

No bien lo hubo dicho, Anderson comprendió lo absurdo de su explicación; pero todo era preferible a guardar un silencio que taladraría ese gemido atroz, o a contemplar el lívido rostro del posadero, que se aferraba, temblando, a los brazos del sillón.

—Imposible —repuso el abogado—. Imposible. No tengo chimenea. Si vine a este cuarto es porque estaba seguro de que el ruido salía de aquí. Provenía, sin duda, del cuarto vecino al mío.

—¿No había ninguna puerta entre su habitación y la mía? —inquirió ávidamente Anderson.

—No, señor —respondió Herr Jensen con sequedad—. Por lo menos, no la había esta mañana.

—¡Ah! —dijo Anderson—. ¿Y esta noche?

—No estoy seguro —vaciló el abogado.

De pronto, la voz que cantaba o gemía en el cuarto vecino se apagó hasta transformarse en una risa sofocada, casi un gruñido, que hizo estremecer a los tres hombres. Luego, reinó un absoluto silencio.

—Y bien, ¿qué tiene usted que decir, Herr Kristensen? —lo increpó el abogado—. ¿Qué significa todo esto?

—¡Por Dios! —respondió Kristensen—. ¿Qué quiere que le diga? Yo tampoco entiendo nada. ¡Ojalá no tenga que volver a escuchar un sonido así en toda mi vida!

—Lo mismo digo —respondió Herr Jensen, y murmuró luego ciertas palabras en las que Anderson creyó reconocer —aunque no podía asegurarlo— la última frase del Salterio, «*Omnis spiritus laudet Dominum*».

—Pero debemos hacer algo —adujo Anderson—. ¿Por qué no vamos los tres a revisar el cuarto de al lado?

—¡Pero si es el de Herr Jensen! —gimió el posadero—. ¿De qué servirá, si él acaba de venir de allí?

—Ya no estoy tan seguro —dijo Jensen—. Creo que este caballero tiene razón; tenemos que ir a ver.

Las únicas armas defensivas de que disponían eran un bastón y un paraguas; con ellas, la expedición se aventuró en el pasillo, no sin cierto temor. Imperaba en el corredor un silencio total, aunque por debajo de la puerta vecina filtrábase un hilo de luz. Anderson y el abogado se acercaron a ella. Jensen, tras hacer girar el picaporte, la acometió con violencia. Fue en vano: la puerta no cedió.

—Herr Kristensen —dijo Jensen—. Será mejor que llame a varios de sus empleados, los más fornidos que tenga. Debemos aclarar esto cuanto antes.

El posadero asintió y se alejó presuroso, muy satisfecho de abandonar el campo de operaciones. Jensen y Anderson permanecieron en el corredor, mirando la puerta.

—No hay duda, es el número 13 —dijo el segundo.

—Sí, ahí está la puerta de mi cuarto, allá la del suyo —repuso Jensen.

—Mi habitación tiene tres ventanas durante el día —comentó Anderson, ahogando con dificultad una risita nerviosa.

—¡Por Dios, también la mía! —contestó el abogado, volviéndose hacia Anderson. Al hacerlo, quedó de espaldas a la puerta. Ésta, en ese momento, se entreabrió, y de ella surgió un brazo cuya mano intentó clavársele en el hombro; harapos raídos y amarillentos lo cubrían, y la piel, lo poco que de ella se veía, estaba erizada de largos pelos grises.

Anderson apenas tuvo tiempo de apartar a Jensen a un lado, mientras profería un grito que aunaba la repulsión y el terror. La puerta volvió a cerrarse y escucharon una risa ahogada en el interior del cuarto.

Jensen nada había visto, pero cuando Anderson, apresuradamente, le refirió lo ocurrido, mostró gran agitación y sugirió que abandonaran la empresa en el acto para

encerrarse en uno de los dos cuartos.

Pero en ese momento irrumpieron el dueño de la posada y dos robustos sirvientes, los tres muy serios y consternados. Jensen los recibió con un torrente de explicaciones, las cuales, por cierto, no resultaron estimulantes.

Los hombres depusieron las barras que habían traído y anunciaron, lisa y llanamente, que no estaban dispuestos a arriesgar el pellejo en ese antro diabólico. El posadero estaba cada vez más nervioso e indeciso: no ignoraba que, de no afrontar el peligro, se arruinaría la posada, pero tampoco estaba excesivamente resuelto a afrontarlo por sí mismo.

Por suerte, Anderson halló un medio para reanimar a esa tropa desmoralizada.

—¿Dónde está el tan mentado coraje danés? El enemigo no es un alemán y, aunque lo fuera, somos cinco contra uno.

Tal exhortación instigó a ambos sirvientes y a Jensen, que juntos embistieron la puerta.

—¡Un momento! —los contuvo Anderson—. No pierdan la cabeza. Usted, Herr Kristensen, quédese aquí con la lámpara, y que uno de ustedes rompa la puerta, pero no entren cuando ceda.

Los hombres asintieron, y el más joven avanzó hacia la puerta; alzó la barra de hierro y asestó un rotundo golpe al panel superior. El resultado fue muy distinto del que esperaban. No escucharon el seco crujido de la madera, sino un ruido sordo y opaco, como el que produce el golpe contra un muro sólido. El hombre dejó caer la herramienta con un grito de dolor, y comenzó a frotarse el codo. Todos se volvieron hacia él; Anderson, luego miró nuevamente hacia la puerta. Ésta había desaparecido; allí sólo había la pared del pasillo, cuyo revoque revelaba el ostensible destrozo infligido por la barra. El número 13 había dejado de existir.

Todos, por un instante, permanecieron inmóviles ante la pared desnuda. Desde el patio trasero llegó el canto de un gallo, y cuando Anderson volvió la cabeza vislumbró, en el fondo del extenso pasillo, a través del ventanal, las primeras luces del alba.

—Tal vez —insinuó el posadero— los señores preferirán otro cuarto para esta noche... ¿uno con dos camas, quizá?

Ni Jensen ni Anderson rehusaron. Después de la reciente experiencia, preferían permanecer juntos; por la misma razón decidieron que, cuando cada uno de ellos se dirigiera a su cuarto para recoger lo que necesitaba para el resto de la noche, el otro lo acompañaría con una vela. Ambos comprobaron que los dos cuartos —el número 12 y el número 14— tenían de nuevo *tres* ventanas.

A la mañana siguiente, los expedicionarios se reunieron en el cuarto número 12. El posadero, como es natural, no deseaba la intervención de extraños, pero también tenía sumo interés en que el misterio se aclarase lo antes posible. Por lo tanto, había convencido a los dos sirvientes de que desempeñaran la función de carpinteros.

Movieron los muebles y, tras arrancar varios tablones, dejaron al descubierto la superficie del piso más cercano al número 14.

El lector, por supuesto, supondrá que descubrieron un esqueleto (digamos, por ejemplo, el de Mag. Nicolas Francken). No fue así. Sólo encontraron, entre las vigas que sostenían el piso, una pequeña caja de cobre, que contenía un pergamino cuidadosamente plegado, donde había escritas unas veinte líneas. Tanto Anderson como Jensen —quien se reveló como un discreto paleógrafo— se entusiasmaron con este descubrimiento, que prometía facilitar la clave de tan extraordinarios fenómenos.

Tengo en mi poder un ejemplar de una obra de astrología que no he leído jamás. Luce como portada una xilografía de Hans Sebald Beham, que representa un grupo de sabios reunidos en torno de una mesa. Tal vez este detalle permita que los especialistas lo reconozcan. Ahora no lo tengo al alcance de la mano, y no puedo recordar su título; pero sus guardas están cubiertas por una escritura que —pese a que hace diez años que tengo el volumen— aún no he podido descifrar; no he podido establecer en qué sentido debería leerse, y mucho menos a qué lengua pertenecen tales caracteres. Anderson y Jensen, tras someter a prolongado examen el documento hallado en la caja de cobre, no llegaron a mejores conclusiones.

Después de dos días de análisis minucioso, Jensen, que era el más audaz, arriesgó la hipótesis de que estuviera escrito en latín o en danés antiguo.

Anderson renunció a cualquier otra conjetura y se limitó a donar —de muy buen grado, por cierto— la caja y el pergamino al museo de la Sociedad Histórica de Viborg.

Escuché este relato de sus propios labios, unos meses después, en un bosque próximo a Upsala, después de una visita a la biblioteca, donde nos habíamos, o mejor dicho, donde *me* había burlado del contrato por el cual Daniel Salthenius (más tarde profesor de hebreo en Königsberg) vendía su alma al diablo. Anderson, en verdad, no parecía muy divertido.

—¡Qué muchacho más estúpido! —exclamó, refiriéndose a Salthenius, que al cometer tal imprudencia aún era estudiante—. No se debe invocar a quien no se conoce.

Y cuando yo sugerí las interpretaciones habituales, se limitó a encogerse de hombros con un gruñido. Esa misma tarde me contó el episodio que acabo de referir, pero rehusó sacar conclusiones y se negó a opinar sobre las que yo intenté extraer por mi cuenta.

LA CASA DE MUÑECAS

—SUPONGO que usted recibirá baratijas como ésta con bastante frecuencia —dijo Mr. Dillet, señalando con su bastón un objeto que más adelante describiré.

Cuando lo dijo, mintió y sabía que mentía. Era bastante improbable que Mr. Chittenden, pese a su reconocida habilidad para descubrir los tesoros más recónditos en media docena de condados, pudiera encontrar en los próximos veinte años de su vida, ni siquiera en toda su vida, un solo espécimen de semejante calidad. Se trataba de la artimaña de un coleccionista, y Mr. Chittenden lo advirtió de inmediato.

—¡Baratijas como ésta, Mr. Dillet! ¡Pero si es una pieza de museo!

—Bueno, supongo que hay museos que aceptarían cualquier cosa.

—Vi una, no tan buena como ésta, hace algunos años —dijo pensativamente Mr. Chittenden—. Pero no es probable que se ponga en venta; y me dijeron que existen algunas muy delicadas, construidas sobre el agua. No, Mr. Dillet, soy absolutamente sincero cuando le aseguro que si usted me diera plenos poderes para conseguirle algo fuera de lo común y de la mejor calidad posible, y usted sabe que yo tengo suficientes oportunidades para hacerlo, además de una reputación que mantener, bueno, sin duda, inmediatamente le mostraría esto, diciéndole: «Es exactamente lo que usted buscaba».

—¡Vaya discurso! —dijo Mr. Dillet, golpeando el piso con el bastón, a manera de irónico aplauso—. ¿Y cuánto piensa estafarle por esto al inocente cliente norteamericano?

—¡Oh, no pienso pedirle demasiado a ese cliente, sea norteamericano o no. Veamos el asunto es éste, Mr. Dillet; si yo supiera sólo un poco más sobre la antigüedad y procedencia...

—O sólo un poco menos —interrumpió Mr. Dillet.

—Veo que al señor le gustan las bromas. Pero como le decía, si supiera sólo un poco más sobre esta pieza (aunque cualquiera puede darse cuenta de que sin duda es genuina y, por otra parte, desde que la recibí, no he permitido a mis empleados ni siquiera que la toquen), indudablemente agregaría otro cero al precio establecido.

—Y cuál es: ¿veinticinco?

—Sí, siempre que lo multiplique por tres. Setenta y cinco es lo que pido.

—Y cincuenta lo que yo le ofrezco —dijo Mr. Dillet.

Por supuesto, se llegó a un acuerdo, que consistió en una suma equidistante entre las dos anteriores; no importa exactamente cuál, creo que sesenta guineas. Lo cierto es que a la media hora el objeto estaba cuidadosamente envuelto, y que una hora después Mr. Dillet ya se lo había llevado a su coche. Mr. Chittenden, con el cheque en la mano, le acompañó hasta la puerta, le despidió con amables sonrisas y regresó, sonriente aún, al salón donde su esposa servía el té. Se detuvo en la puerta...

—La vendí —dijo.

—¡Gracias a Dios! —dijo Mrs. Chittenden, dejando la tetera—. ¿A Mr. Dillet, no?

—Sí, a Mr. Dillet.

—Bueno, prefiero que haya sido a él y no a otro.

—¡Oh!, no sé, querida. No es mala persona, después de todo.

—Tal vez no, pero no creo que empeore demasiado por llevarse una pequeña sorpresa.

—Bueno, si así lo crees, supongo que está en vísperas de recibir una. De todos modos *nosotros* no la seguiremos padeciendo, y eso ya es algo.

Y Mr. y Mrs. Chittenden se dispusieron a tomar el té.

Ocupémonos ahora de Mr. Dillet y de su reciente adquisición. Ya habrán imaginado —gracias al título de este relato— de qué se trataba. Por mi parte, intentaré describirla lo mejor que pueda.

Apenas entraba en el coche, de modo que Mr. Dillet tuvo que sentarse con el conductor; además, debieron atravesar las calles con suma lentitud, pues, aunque se había tomado la precaución de rellenar con algodón todas las habitaciones de la casa de muñecas, era conveniente evitar las sacudidas para que no sufrieran daños los centenares de objetos minúsculos que las ocupaban; pese a las precauciones adoptadas, Mr. Dillet no veía el momento de dejarla en lugar seguro. Llegó, por fin, a su casa, y Collins, el mayordomo, acudió a recibirlo.

—Venga, Collins, y ayúdeme, pero con mucho cuidado. No hay que inclinarla. Está llena de objetos pequeños y debemos tratar de moverlos lo menos posible. Veamos, ¿dónde la pondremos? —y después de pensarlo un momento—: Por ahora lo mejor es llevarla a mi habitación. Sobre el escritorio; sí, será lo mejor.

La trasladaron —entre múltiples indicaciones y cuidados— al vasto dormitorio de Mr. Dillet, que daba a la calle. Tras desenvolverla, quitaron por completo la fachada y Mr. Dillet consagró una o dos horas a sacar el algodón y poner en orden el contenido de las habitaciones.

Cuando concluyó su aplicada y agradable tarea, fue evidente que habría sido difícil descubrir un ejemplar más perfecto y seductor de casa de muñecas construida según principios góticos de Strawberry Hill^[13] que ese que ahora descansaba sobre el amplio escritorio de Mr. Dillet, iluminado por el sol de la tarde que penetraba oblicuamente por tres altos ventanales.

Tenía seis pies de largo, que incluían la capilla u oratorio y el establo, que se levantaban, respectivamente, a izquierda y derecha del cuerpo principal. Éste estaba construido, según dije, en estilo gótico: es decir, las ventanas tenían arcos apuntados y las coronaban lo que denominan bóvedas de ojiva, con ornamentos y pináculos como los que se ven en los doseles de las tumbas erigidas dentro de las iglesias. Absurdas torrecillas, cubiertas por cúpulas artesonadas, custodiaban los ángulos. La capilla tenía pináculos y contrafuertes, una campana en la torre y vitrales. Al quitar la fachada de la casa quedaban al descubierto cuatro amplias habitaciones —dormitorio,

comedor, sala de estar y cocina— provistas con el mobiliario más completo y apropiado.

El establo de la derecha tenía dos pisos, con su correspondiente complemento de caballos, carruajes y palafreneros, y lo coronaba una cúpula *gótica* con su campana y su reloj.

La descripción de los objetos que poblaban la mansión —sartenes, sillas doradas, cuadros, alfombras, candelabros, camas, ropa blanca, vajilla, cristales y cubertería de plata— llevaría, naturalmente, páginas enteras, pero dejaré que la imaginación del lector se ocupe de ellos. Sólo diré que la base o plana que sustentaba la casa —que dejaba espacio suficiente para un tramo de escalones que conducían a la puerta principal y a una terraza parcialmente cercada por una baranda— poseía varios cajones de escasa profundidad, donde se apilaban con esmero juegos de cortinas bordadas, mudas de ropa para los pequeños habitantes y, en una palabra, todo lo necesario para realizar una infinita gama de variaciones tan deliciosas como absorbentes.

—Es la quintaesencia de Horace Walpole; sin duda tuvo algo que ver en su confección —murmuró Mr. Dillet mientras se arrodillaba frente a la casa con éxtasis reverente—. ¡Es simplemente maravilloso! Éste es, sin duda, mi día de suerte. Por la mañana, consigo vender por quinientas libras esa vitrina que nunca me importó, y después me apropio de esta belleza por una décima parte, a lo sumo, de lo que costaría en el centro de Londres. ¡Vaya, vaya! Casi temo que ocurra algo que contrarreste tanta buena suerte. De todos modos, echemos un vistazo a los ocupantes.

Y se dedicó, en efecto, a ponerlos en fila delante de él. Nuevamente se me presenta una buena oportunidad —que muchos sin duda aprovecharían— para realizar un inventario de las diversas indumentarias; yo soy incapaz de hacerlo.

Alineados frente a Mr. Dillet quedaron un caballero y una dama, con atuendos de raso azul y brocado respectivamente, dos niños (varón y hembra), la cocinera, la niñera, un lacayo y los sirvientes de las caballerizas (dos postillones, un cochero y dos palafreneros).

¿Alguien más? Sí, posiblemente.

Una de las camas del dormitorio tenía las cortinas completamente cerradas; a través de ellas Mr. Dillet tanteó con el dedo. Lo retiró en el acto, pues tuvo la sensación de haber palpado algo que se movía o, tal vez más exactamente, que poseía cierta elasticidad provista de un extraño hálito vital. Descorrió entonces las cortinas, que se deslizaron suavemente sobre sus varillas, y sacó de la cama a un anciano de cabellos blancos, vestido con un largo camisón de lino y un gorro de dormir, para ponerlo junto a los demás. Con él completó la fila.

Se acercaba la hora de la cena, de modo que Mr. Dillet colocó apresuradamente a la dama y a los niños en la sala de estar, al caballero en el comedor, a los sirvientes en la cocina y los establos y al anciano en su cama. Luego se retiró a su vestidor; nada sabremos de él hasta eso de las once de la noche.

Tenía la excéntrica costumbre de dormir rodeado por algunos de los tesoros de su colección. El amplio cuarto, donde ya lo hemos visto, era su dormitorio —el baño, el armario y todos los adminículos de tocador estaban en un espacioso cuarto contiguo—, pero su cama de dosel, también una valiosa pieza de colección, se alzaba en la amplia habitación donde solía escribir, leer e incluso recibir visitas. Esa noche se acostó en ella, plenamente satisfecho.

No había ningún reloj de péndulo en las cercanías, ni en las escaleras, ni en el establo, ni siquiera en la lejana torre de la iglesia, y sin embargo es indudable que Mr. Dillet fue arrancado de su placentero sueño por el sonido de una campana que daba la una.

Recibió tal sorpresa que le obligó a permanecer, estupefacto y jadeante, unos minutos en la cama, y luego a sentarse.

No se le ocurrió preguntarse, hasta que llegó la mañana, por qué la casa de muñecas —pese a que no había ninguna luz en la habitación— se destacaba sobre el escritorio con nítida claridad. La evidencia le superó. Creyó hallarse frente a una gran mansión de piedra blanca, iluminada de pleno por la luna estival; tal vez lo separara de ella un cuarto de milla, pero podía distinguir cada detalle con la precisión de una fotografía; la rodeaban árboles que se erguían entre la capilla y la casa. Creyó percibir el fresco aroma de las noches de septiembre. Escuchó, desde los establos, estrépito de pisadas y entrechocar de arneses. Comprobó, con un último sobresalto, que sobre la casa no se extendía el techo dorado de su propio dormitorio, sino el profundo azul de un cielo nocturno.

Había luces, y más de una, en las ventanas; de inmediato advirtió que no se hallaba ante una casa de cuatro habitaciones cuya fachada podía sacarse, sino junto a una mansión con múltiples cuartos y escaleras, ante una auténtica casa, aunque parecía verla por el extremo opuesto de un telescopio. «Quieres mostrarme algo», murmuró, y se dispuso a observar con atención las ventanas iluminadas. Deberían haber estado cerradas, o con las cortinas corridas, pensó, por lo menos así suele suceder en situaciones normales; pero en ese caso particular, nada le impedía ver lo que ocurría dentro de las habitaciones.

Había dos cuartos iluminados; uno en la planta baja, a la derecha de la puerta principal; el otro en el primer piso, hacia la izquierda. Una luz diáfana surgía del primero, el otro permanecía casi en penumbra. El del piso bajo era el comedor: la mesa estaba puesta, pero la cena parecía haber concluido, sólo quedaban el vino y algunas copas. Sólo estaban allí el hombre de raso azul y la mujer con traje de brocado; hablaban animadamente, sentados muy juntos frente a la mesa, acodados sobre ella; a cada momento se interrumpían, al parecer, para escuchar. Una vez él se levantó, llegó hasta la ventana y, después de abrirla, se asomó con actitud atenta. Sobre el aparador, junto a un candelabro de plata, había una palmatoria encendida. El hombre se alejó de la ventana y, al parecer, también del comedor; la mujer permaneció allí, con la palmatoria en la mano, sin dejar de escuchar. Tenía la

expresión de quien lucha con todas sus fuerzas para ocultar el pánico que amenaza invadirla. Acuña base tal expresión en un rostro maligno cuyos inexpresivos rasgos sólo revelaban astucia. El hombre regresó y le dio un objeto pequeño: luego de recibirlo, ella salió apresuradamente de la habitación. También él desapareció, pero sólo por unos minutos. Se abrió la puerta principal; él salió y se detuvo en lo alto de la escalinata, mientras observaba a uno y otro lado; luego alzó la mirada hacia la habitación del primer piso, todavía iluminada, y elevó el puño con un gesto de amenaza.

Ya iba siendo hora de mirar por esa segunda ventana. Mr. Dillet entrevió una cama con dosel, una enfermera o sirvienta recostada en su sillón —profundamente dormida, sin duda— y un anciano acostado en la cama; éste estaba despierto, y tanto sus gestos convulsivos como el golpeteo de sus dedos denunciaban su ansiedad. Se abrió una puerta y el reflejo de una luz hirió el techo; inmediatamente entró la muerte. Puso la palmatoria sobre una mesa, y acercándose al fuego, despertó a la enfermera. Traía una botella de vino de formas delicadas y antiguas, ya destapada. La enfermera la tomó y vertió un poco del contenido en un pequeño recipiente de plata, le agregó especias y azúcar de unos tarros que había sobre la mesa, y lo puso a calentar. El anciano, mientras tanto, llamó con débiles señas a la mujer; ésta se acercó con una sonrisa, le aferró la muñeca como para tomarle el pulso y esbozó una mueca de consternación. Él la miró con avidez, y luego, señalando la puerta, le dijo algo. La mujer asintió e hizo lo mismo que antes había hecho el hombre: abrió las persianas y escuchó, con ademán tal vez exagerado; a continuación, dirigiéndose al anciano, meneó la cabeza, y éste pareció suspirar.

Del recipiente, mientras tanto, brotaba vapor; la enfermera lo vertió en una pequeña taza de plata con dos asas y lo llevó a la cama. El anciano quiso rechazarlo, pero la mujer y la enfermera, inclinándose sobre él, intentaron obligarlo a beber. Al fin pareció ceder, pues ambas mujeres, ayudándolo a erguirse, acercaron el brebaje a sus labios. Sorbió la mayor parte, y lo volvieron a acostar. La mujer le deseó buenas noches y abandonó el cuarto, llevándose la taza, la botella y el recipiente de plata. La enfermera volvió a su sillón y se produjo un intervalo de profundo silencio.

El anciano, de pronto, se incorporó y acaso profirió un grito, pues la enfermera saltó de inmediato del sillón y avanzó hacia la cama. El aspecto del anciano era lamentable y atroz: la cara enrojecida, con tintes violáceos, los ojos fulgurantes, con una mirada fija y ausente, ambas manos agarrotadas sobre el corazón, los labios cubiertos de espuma.

La enfermera lo dejó solo un momento; corrió hacia la puerta, la abrió de par en par y, al parecer, pidió ayuda a gritos; de inmediato regresó junto a él y, febrilmente intentó calmarlo, recostarlo, en fin, hacer algo. Pero cuando la mujer, su marido y varios sirvientes irrumpieron en la habitación, con rostros aterrados, el anciano se desprendió de las manos de la enfermera y se desplomó sobre la cama; su rostro, antes convulso por estertores de ira y agonía, se distendió y reposó en calma.

Minutos más tarde, las luces de desplazaron hacia la izquierda de la casa, para mostrar un carruaje con hachones encendidos que se detenía frente a la puerta. Un hombre con peluca blanca, vestido de negro, descendió de él con agilidad, y subió rápidamente los escalones, llevando un pequeño cofre de cuero. Lo recibieron el hombre y su esposa; ella estrujaba un pañuelo entre las manos, él parecía esforzarse por conservar la serenidad. Acompañaron al recién llegado hasta el comedor, donde éste, dejando el cofre con papeles sobre una mesa, escuchó, con la contrariedad pintada en el rostro, cuanto tenían que decirle. Asintió varias veces mientras escuchaba, agitó ligeramente las manos, rechazando al parecer la invitación a quedarse a cenar y dormir esa noche y, en pocos minutos, descendió con lentitud las escaleras para introducirse en el carruaje y alejarse por donde había venido. El hombre vestido de azul lo observaba desde lo alto de las escaleras; su ancho y pálido rostro se dilató gradualmente en una repulsiva sonrisa. La oscuridad cubrió la escena al desaparecer las, luces del carruaje.

Pero Mr. Dillet siguió acostado en su cama; suponía —y no estaba equivocado— que algo más habría de suceder. Al poco tiempo se iluminó la fachada de la casa aunque de diferente forma. Había luces en otras ventanas: una provenía de lo alto de la casa y la otra de la hilera de vitrales que adornaban la capilla. No es fácil explicar cómo hizo Mr. Dillet para mirar a través de estas últimas, pero lo cierto es que lo hizo. El interior de la capilla estaba tan minuciosamente amueblado como el resto de la casa, con diminutos almohadones rojos sobre los bancos, un sitial para el coro en estilo gótico, su galería oeste y su órgano con pináculos tallados y tubos de oro. En el centro del piso, embaldosado en blanco y negro, se erguía una tarima; altos candelabros ardían sobre sus ángulos. Sobre la tarima había un féretro cubierto con un paño de terciopelo negro.

De pronto los pliegues del paño mortuorio parecieron moverse, uno de sus bordes se elevó y comenzó a deslizarse hacia atrás; por fin el paño cayó y dejó al descubierto el féretro negro, con sus asas de plata y su inscripción. Uno de los altos candelabros se inclinó y terminó por caerse. Mejor apartarnos e imitar a Mr. Dillet, quien rápidamente se volvió para mirar por la ventana iluminada del primer piso, donde se encontraban un niño y una niña en sus cunas; cerca de ellas se alzaba una cama con dosel para la niñera. Ésta no estaba en ese momento, pero sí los padres, vestidos de luto, aunque su proceder no revelaba síntoma alguno de desdicha. Se reían, por el contrario, y hablaban animadamente, ya entre sí o con alguno de los niños, y volvían a reír cuando éstos contestaban. El padre salió de puntillas llevándose una túnica blanca que colgaba de un perchero cercano a la puerta. Cerró la puerta a sus espaldas.

A los pocos minutos ésta se abrió con lentitud, para dar paso a una cabeza embozada. Una figura encorvada y siniestra se dirigió hacia las cunas; de pronto se detuvo, alzó los brazos y surgió, por supuesto, el padre, que reía a carcajadas. Los niños temblaban aterrorizados; el chico se había tapado por completo con las sábanas y la niña había saltado de la cama para refugiarse en brazos de su madre. Al instante

los padres procuraron consolarlos; los alzaron y acariciaron, levantaron la túnica blanca para mostrarles que no encerraba peligro alguno, y otras cosas por el estilo; por último, acostaron a los niños y se retiraron del cuarto, despidiéndose con gestos amables y tranquilizadores. En ese momento entró la niñera y la luz no tardó en apagarse.

Impermutable, Mr. Dillet siguió observando.

Una luz distinta de las anteriores —no era la de una lámpara ni la de una vela—, una luz pálida e imprecisa, comenzó a filtrarse por el marco de la puerta, en el fondo de la habitación. A Mr. Dillet no le agradaba recordar lo que vio entrar en el cuarto; cree que podría describirlo como algo semejante a una rana, pero del tamaño de un hombre y con escasos cabellos blancos sobre la cabeza, que permaneció junto a las cunas, aunque sólo por unos minutos. Alcanzaron a escucharse, casi en el acto —débiles, como si llegaran de muy lejos, y sin embargo, infinitamente aterradores— una serie de gritos.

Hubo señales de gran agitación en el interior de la casa: luces que se encendían y apagaban, puertas que se abrían y cerraban con violencia, siluetas que desfilaban apresuradamente detrás de las ventanas. El reloj de la torre del establo dio la una, y nuevamente reinó la oscuridad.

Sólo una vez más volvió a disiparse, para mostrar la fachada de la casa. Al pie de las escalinatas, veíanse dos filas formadas por figuras de negro que sostenían antorchas encendidas. A continuación, más figuras, también de negro, descendieron con un pequeño féretro, y después con otro. Ambas filas avanzaron en silencio hacia la izquierda, escoltando los féretros con sus antorchas.

Las horas de la noche siguieron transcurriendo aunque, le pareció a Mr. Dillet, jamás habían sido tan largas. Cambió lentamente de posición hasta volver a acostarse, pero no pudo conciliar el sueño. En las primeras horas de la mañana mandó llamar al médico.

El médico diagnosticó una perturbación nerviosa y recomendó como paliativo el aire del mar. Así, el obediente Mr. Dillet emprendió un sereno viaje a la costa oriental.

Una de las primeras personas que encontró frente al mar fue Mr. Chittenden; al parecer, también a su esposa le habían recomendado un cambio de aire.

Mr. Chittenden, al verlo, le observó con recelo y, por cierto, no sin razones.

—Bueno, no me asombra verlo un poco alterado, Mr. Dillet. ¿Cómo? Está bien, sí, sin duda sería más exacto decir terriblemente alterado, más aún si tengo en cuenta lo que mi esposa y yo llegamos a sentir. Pero, a su entender, ¿qué debía hacer yo? Una de las dos cosas: o bien tirar a la basura una pieza de colección tan perfecta, o bien decirles a mis dientes: «Bueno, señor, voy a venderle la puesta en escena de un antiguo drama palaciego, con vida propia y real, cuya función empieza regularmente a la una de la mañana». En tal caso, ¿qué me habría contestado usted? Sabe muy bien lo que hubiese ocurrido: dos jueces de paz en la trastienda, los pobres Mr. y Mrs.

Chittenden en marcha hacia el Asilo del Condado y todos los vecinos en la calle comentando: «¡Ah!, ya decía yo que eso tenía que terminar así. ¡También, con lo que bebía ese hombre!», y yo a un paso, o digamos a dos, de ser el más sobrio de los mortales, como bien sabe usted. Apreciará que era una situación realmente difícil. ¿Qué? ¿Me la quiere devolver? ¿Y piensa usted que voy a aceptarla? No, tengo otra solución. Le devolveré su dinero, salvo las diez libras que me costó, y después arrégleselas como pueda.

Más tarde, en lo que despectivamente se llama la «sala de fumadores» del hotel, prosiguió este diálogo, con la más absoluta reserva.

—¿Qué sabe usted de ella, en realidad? ¿De dónde vino?

—Francamente, Mr. Dillet, no lo sé. Por supuesto, salió de la buhardilla de una casa de campo, pero de cuál, que lo adivine otro. Lo único que puede agregar es esto; creo que no ha de estar muy lejos de aquí. No tengo la menor idea de a qué distancia o en qué dirección, sólo me baso en suposiciones. El hombre al que se la compré no era uno de mis proveedores habituales y jamás volví a verlo, pero creo que ésta era su zona de trabajo y eso es todo lo que puedo decirle. Pero hay algo que le quiero preguntar, algo que casi literalmente me enferma. Me pregunto si ese hombre (supongo que también usted lo vio llegar en su carruaje) será el médico. ¿A usted qué le parece? Mi esposa cree que sí, pero yo estoy convencido de que era un abogado, porque traía papeles, y uno, ése que sacó del cofre, estaba lacrado.

—Estoy de acuerdo —dijo Mr. Dillet—. Pensándolo bien, creo que debía ser el testamento del anciano, ya preparado para que lo firmaran.

—¡Es justamente lo que pensaba! —dijo Mr. Chittenden—. Y sin duda ese testamento no mencionaba para nada a la pareja, ¿no es cierto? ¡Bueno, bueno! He recibido una muy buena lección, eso sí. Nunca compraré otra casa de muñecas, ni siquiera desperdiciaré dinero en cuadros. En cuanto a eso de andar envenenando al abuelo... bueno, yo me conozco, nunca me tentó demasiado. Vive y deja vivir: ése ha sido el lema de toda mi vida, y todavía lo encuentro muy apropiado.

Satisfecho con estos elevados sentimientos, Mr. Chittenden se retiró a sus habitaciones. Al día siguiente, Mr. Dillet se dirigió a una institución local, donde esperaba hallar alguna clave del enigma que lo absorbía. Ansiosamente examinó un amplio archivo de las publicaciones de la Sociedad de Canterbury y York sobre los Registros Parroquiales del distrito. Ninguno de los grabados que colgaban junto a las escaleras o en los pasillos se parecía en nada a la casa que había protagonizado su pesadilla. Desconsolado, se encontró al fin en una habitación secundaria, contemplando una polvorienta reproducción de una iglesia encerrada en una caja de cristal, también polvorienta. *Reproducción de la iglesia de San Esteban, Coxham. Gentileza de J. Merewether, de Ilbridge House, 1877 Obra de su antepasado James Merewether, muerto en 1786.* Algo en el estilo le recordó con nitidez su noche de horror. Se dirigió hacia un mapa que ya había observado y averiguó que Ilbridge House se hallaba en el distrito de Coxham. Coxham era una de las parroquias cuyo

nombre había retenido al echar una mirada al archivo de registros impresos, y no le tomó mucho tiempo descubrir, entre éstos, el acta de inhumación de Roger Milford, de 76 años, fechada el 11 de septiembre de 1757, y las de Roger y Elizabeth Merewether, de 9 y 7 años, del 19 del mismo mes. Valía la pena seguir esta pista, aunque fuera tan frágil, y por la tarde se encaminó a Coxham. En el extremo este de la nave norte de la iglesia, se alzaba la capilla de los Milford, y en el muro norte se hallaban las lápidas conmemorativas de los miembros de esa familia; a Roger, el mayor, le atribuían todas las cualidades que adornan «al Padre, al Magistrado y al Hombre»; la lápida recordatoria había sido erigida por su devota hija Elizabeth, «quien no sobrevivió mucho a la muerte de su padre, tan preocupado por su felicidad, y a la de sus dos gentiles niños». Esta última frase era obviamente un añadido a la inscripción original.

Una lápida posterior recordaba a James Merewether, esposo de Elizabeth, «quien en los albores de su vida había practicado, no sin éxito, aquellas artes que, de haber preservado en su ejercicio, le hubiesen procurado, según la opinión de los jueces más competentes, el título de Vitruvio británico; pero quien, abrumado por la decisión divina que le privó de su amante esposa y de su encantadora descendencia, pasó su juventud y vejez en un sitio retirado aunque digno. Su agradecido sobrino y heredero consiente que su piadosa aflicción se manifieste en esta breve síntesis de tan excelsas virtudes».

Más lacónicamente se recordaba a los niños, ambos muertos en la noche del 12 de septiembre.

Mr. Dillet tuvo la seguridad de que en Ilbridge House había descubierto el escenario de su drama. Tal vez en alguna antigua carpeta de bocetos, acaso en algún viejo grabado, pueda hallar más apropiadas evidencias. Pero la Ilbridge House actual no es la que él buscaba; es una construcción isabelina de la década de los cuarenta, ladrillo rojo, ángulos y ornamentos de piedra. A un cuarto de milla, en una depresión del parque, cercadas por viejos árboles estrangulados por la hiedra y cuyas ramas semejan la cornamenta de un ciervo, sofocadas por la maleza, se yerguen las ruinas de una terraza. Aún perduran ocasionales balaustres de piedra y, cubiertas de hierbas y ortigas, se elevan varias piedras en las que subsisten las huellas de toscos bajorrelieves. Allí se habría levantado —según alguien le informó a Mr. Dillet— una casa mucho más antigua.

Mientras Mr. Dillet se alejaba del lugar, el reloj de la mansión dejó oír las cuatro; Mr. Dillet se detuvo, tapándose los oídos. No era la primera vez que escuchaba el tañido de esa campana.

A la espera de una oferta desde la otra orilla del Atlántico, la casa de muñecas aún permanece, cuidadosamente envuelta, en un desván, sobre las caballerizas de Mr. Dillet, en el mismo lugar donde Collins la colocó el día en que Mr. Dillet partió en busca del aire del mar^[14].

EL MALEFICIO DE LAS RUNAS

15 de abril de 190...

ESTIMADO señor:

El Consejo de la Asociación... me solicita que le devuelva a usted el borrador de una comunicación sobre *La verdad de la alquimia*, que usted ha tenido la bondad de ofrecernos para que sea leída en nuestra próxima reunión, y que le informe que al Consejo le es imposible incluirla en el programa.

Salúdalo atentamente

..., *secretario*.

18 de abril.

Estimado señor:

Lamento informarle que mis compromisos me impiden concederle una entrevista sobre la comunicación propuesta por usted. Nuestras normas no nos permiten, por lo demás, que usted examine el asunto con una Comisión de nuestro Consejo, según usted sugiere. Permítame asegurarle que el texto que usted nos envió fue sometido a una minuciosa consideración, y que sólo fue rechazado tras confiarlo al juicio de una autoridad sumamente competente. Creo innecesario añadir que ninguna cuestión personal puede haber ejercido la más mínima influencia en la decisión del Consejo.

Le suplico que crea en mi palabra (*ut supra*).

20 de abril.

El secretario de la Asociación... ruega que con todo respeto se informe a Mr. Karswell que le es en absoluto imposible comunicarle el nombre de la persona o personas a quienes fue sometido el borrador de la comunicación del citado Mr. Karswell; él mismo declara, por lo demás, su imposibilidad de responder a nuevas cartas sobre el particular.

—¿Y quién es ese Mr. Karswell? —preguntó la esposa del secretario. Había entrado en su oficina y (de modo acaso injustificable) había recogido la última de esas tres cartas, que la mecanógrafa acababa de traer.

—Mira, querida mía, en este preciso instante Mr. Karswell es un individuo muy encolerizado. Pero no sé mucho más sobre él, salvo que es hombre de dinero, que vive en Lufford Abbey, Warwickshire, y que es alquimista, al parecer, y quiere contarnos todo lo que sabe del asunto; creo que eso es todo... excepto que no me gustaría encontrármelo hasta que pasen unas dos semanas. Ahora, si estás dispuesta a irte de aquí, yo también lo estoy.

—¿Y qué hiciste para enfurecerlo de ese modo? —preguntó la esposa del secretario.

—Lo habitual, querida, lo habitual: mandó el borrador de una comunicación que

quería leer en la próxima reunión, y se lo pasamos a Edward Dunning, casi la única persona en Inglaterra que sabe algo sobre el tema, quien decidió que el texto era absolutamente inadmisible, de modo que lo rechazamos. Desde entonces, Karswell me bombardea con cartas. Lo último que pidió fue el nombre de la persona a quien le dimos a leer sus disparates; ya viste cuál fue mi respuesta. Pero no lo comentes, por favor.

—Por supuesto que no. ¿Acaso alguna vez hice algo semejante? Espero, de todos modos, que él no se entere de que fue el pobre Mr. Dunning.

—¿El pobre Mr. Dunning? No sé por qué lo llamas así; si existe un hombre feliz, ése es Dunning. Es aficionado a un montón de cosas, es dueño de una cómoda casa y tiene todo su tiempo a su disposición.

—Sólo quise decir que lamentaría que ese individuo supiera que fue él y empezara a molestarlo.

—¡Oh! ¡Ah, sí! En ese caso, creo que sí sería el pobre Mr. Dunning.

El secretario y su esposa habían sido invitados a almorzar en casa de unos amigos. Como éstos vivían en Warwickshire, la esposa del secretario ya había decidido interrogarlos discretamente sobre Mr. Karswell. Pero se ahorró la molestia de sacar el tema, pues no había transcurrido mucho tiempo cuando la dueña de la casa le comentó a su marido:

—Esta mañana vi al abad de Lufford.

El marido silbó.

—¿*De veras?* ¿Y qué diablos le trae a la ciudad?

—Quién sabe; lo vi salir por la puerta del Museo Británico cuando yo pasaba por allí.

Resultó muy natural que la mujer del secretario preguntara si hablaban de un auténtico abad.

—No, de ningún modo: sólo se trata de un vecino de nuestra región, que hace unos años compró la abadía de Lufford. En realidad se llama Karswell.

—¿Es amigo de ustedes? —preguntó el secretario, guiñándole el ojo a su esposa. La pregunta provocó una torrencial declamación. En realidad, poco podía decirse de Mr. Karswell. Nadie sabía a qué se dedicaba: sus sirvientes eran gente horripilante; él se había inventado una nueva religión y practicaba quién sabe qué ritos atroces; era hombre fácil de ofender, y jamás perdonaba a nadie: su rostro era espantoso (así lo proclamó la señora, aunque su marido fue más mesurado); jamás realizaba una buena acción, y cualquier influencia que ejerciera era maléfica.

—Hazle justicia al pobre hombre, querida —interrumpió el marido—. No te olvides de la fiesta que les ofreció a los chicos de la escuela.

—¡Como para olvidarla! Me alegro de que lo hayas mencionado, porque lo retrata de cuerpo entero. Escucha esto, Florence. El primer invierno que estuvo en Lufford, este vecino encantador le escribió al clérigo de su parroquia (no es el de la nuestra,

pero lo conocemos muy bien) y se ofreció para darles a los niños de la escuela una sesión de linterna mágica. Dijo que disponía de ciertas novedades que podían interesarles. El párroco se sorprendió bastante, porque el tal Mr. Karswell no se había mostrado muy afectuoso con los niños... siempre se quejaba porque entraban en su propiedad sin autorización o algo por el estilo; pero, por supuesto, aceptó; fijaron una tarde, y nuestro amigo asistió en persona, para cerciorarse de que todo andaba bien.

Según nos comentó más tarde, si algo agradecía era que sus hijos no hubiesen ido: en realidad, festejaban algo en nuestra propia casa, con otros chicos. Porque ese Mr. Karswell, evidentemente, tenía toda la intención de aterrorizar a esos pobres aldeanitos hasta enloquecerlos, y creo que lo habría conseguido si se lo hubiesen tolerado. Comenzó por escenas relativamente mesuradas. Caperucita Roja, por ejemplo, y aun entonces, dijo Mr. Farrer, el lobo era tan pavoroso que hubo que llevarse a varios de los niños más pequeños; y agregó que Mr. Karswell inició su relato emitiendo un ruido semejante al aullido de un lobo a lo lejos, y que él jamás había oído nada tan horrible. Mr. Farrer dijo que todas las placas que exhibió eran muy hábiles; eran minuciosamente realistas, y él no tenía ni idea de dónde las había conseguido o de cómo las había preparado. Bueno, el espectáculo continuó, y las historias fueron cada vez más horripilantes. Los niños, paralizados, estaban totalmente mudos. Al final les mostró una serie que representaba a un pequeño que paseaba por su propio parque (por Lufford, quiero decir) al caer la tarde. Todos los niños reconocieron el lugar. Y al pobre chico lo acechaba, y al fin lo perseguía y lo atrapaba, para destruirlo o matarlo de algún modo, una horrenda criatura vestida de blanco, que primero se escurría entre los árboles y gradualmente aparecía con mayor nitidez. Mr. Farrer declaró que le produjo una de las peores pesadillas de que tuviera memoria, y más vale no pensar en el efecto que haya tenido sobre los chicos. Esto, por supuesto, era demasiado. Increpó duramente a Mr. Karswell, y le dijo que no podía continuar. Éste se *limitó* a decirle:

«—¿Oh, cree usted que es hora de que terminemos nuestra pequeña función y los mandemos a la cama? ¡Muy bien!

»Entonces, perdónenme por la descripción, proyectó otra imagen, donde bullía un amasijo de serpientes, ciempiés y repugnantes criaturas aladas, y de algún modo provocó el efecto de que salían de la pantalla para abatirse sobre la audiencia, mientras se oía un seco susurro que poco a poco enloquecía a los niños, quienes, por supuesto, salieron corriendo precipitadamente. Algunos se lastimaron al huir del recinto, y no creo que ninguno pegara un ojo en toda la noche. Después se planteó un problema muy grave en la aldea. Las madres, evidentemente, le echaban buena parte de la culpa al pobre Mr. Farrer y, si hubiesen podido atravesar los portones, creo que los padres habrían destrozado todas las ventanas de la abadía. Pues bien, ése es Mr. Karswell: ése es el abad de Lufford, querida mía, y puedes imaginarte cuánto nos interesa *su amistad*.»

—Sí, creo que si alguien tiene todas las características de un delincuente nato, ése

es Karswell —declaró el anfitrión—. No me gustaría que nadie se enredara con sus pésimos libracos.

—¿Ése es el hombre, o lo confundo con otro? —preguntó el secretario, que hacía varios minutos fruncía el ceño como si intentara recordar algo—. ¿Ése es el hombre que publicó una *Historia de la brujería* hace cosa de diez años?

—Ése es. ¿Recuerdas las reseñas del libro?

—Sin duda. Más aún, conocí al autor de la más incisiva de todas. Y tú también lo conociste: ¿te acuerdas de John Harrington? Fue compañero de estudios nuestro.

—Sí, por supuesto. Pero creo que no supe nada de él a partir de entonces, hasta que leí la noticia acerca de la investigación relacionada con su caso.

—¿Investigación? —exclamó una de las damas—. ¿Qué le pasó?

—Bueno, lo que le pasó fue que se cayó de un árbol y se rompió la nuca. Pero el problema consistía en averiguar qué lo había inducido a subir ahí. Diré que algo raro había en ese asunto. Resulta que el hombre (que no era individuo aficionado al atletismo y tampoco parecía un excéntrico) vuelve una noche a casa por un camino en el campo (sin vagabundos, y muy frecuentado por la gente del lugar), y súbitamente echa a correr como loco, pierde el sombrero y el bastón, y al fin trepa a un árbol (y a un árbol difícil de trepar) que había en la hilera junto al seto; cede una rama seca, él se cae y se rompe el cuello, y a la mañana siguiente lo descubren exhibiendo en su rostro la expresión más aterrada que sea posible imaginar. Era obvio que había sufrido una persecución. La gente habló de perros salvajes, de fieras escapadas de algún zoológico; pero esas conclusiones fueron inconducentes. Eso pasó en 1889, y creo que su hermano Henry (a él también lo recuerdo de Cambridge, aunque *tú* quizá no) intentó, desde entonces, hallar una pista para explicar lo sucedido. Él, por supuesto, insiste en que hubo premeditación, pero no sé. Es difícil darse cuenta de cómo ocurrió.

El curso de la conversación los condujo una vez más a la *Historia de la brujería*.

—¿La hojeaste alguna vez? —preguntó el anfitrión.

—Sí —respondió el secretario—. Hasta la leí.

—¿Era tan mala como decían?

—Oh, en cuanto a forma y estilo, era detestable. Merecía los palos que recibió. Pero, además de eso, era un libro maligno. El individuo creía en cada palabra que decía, y no me extrañaría que hubiera puesto en práctica casi todas sus fórmulas.

—Bueno, yo lo único que recuerdo es la reseña de Harrington, y te diré que, de haber sido el autor, habría aplacado para siempre mis ambiciones literarias. Jamás habría vuelto a asomar la cabeza.

—Esta vez no produjo ese efecto. ¡Ah!, pero ya son las tres y media; tengo que irme.

Camino de casa, la esposa del secretario comentó:

—Espero que ese hombre espantoso no se entere de que Mr. Dunning tuvo algo

que ver con el rechazo de su comunicación.

—No creo que haya oportunidad de que se entere —dijo el secretario—. Dunning no va a mencionar el caso, pues estos asuntos son confidenciales, y ninguno de nosotros tampoco, por la misma razón. Karswell no puede conocer su nombre, pues Dunning no publicó aún nada sobre el tema. El único modo en que Karswell podría descubrirlo es preguntando a los empleados del Museo Británico quiénes suelen consultar habitualmente manuscritos alquímicos: no puedo ir a decirle a cada uno de ellos que no mencione a Dunning, ¿verdad? En seguida empezarían a comentarlo. Esperemos que a Karswell no se le ocurra ese medio.

Pero Mr. Karswell no carecía de astucia.

Hasta aquí, baste como prólogo. Un anochecer, esa misma semana, Mr. Edward Dunning regresaba del Museo Británico —donde se había consagrado a una investigación— a la cómoda residencia suburbana donde vivía solo, atendido por dos excelentes mujeres que hacía tiempo que trabajaban para él. Para describirlo, es innecesario añadir ningún dato a los que ya conocemos. Sigámoslo en su pacífico regreso al hogar.

El tren lo dejaba a una o dos millas de su domicilio, al que luego lo acercaba un tranvía eléctrico, cuya terminal distaba unas trescientas yardas de la puerta de su casa. Al subir al tranvía ya estaba cansado de leer, y la exigua iluminación, por lo demás, no le permitía examinar sino los anuncios que había frente a él, en las ventanillas. Era natural que los anuncios de esa línea de tranvías fueran objeto de su frecuente contemplación y, quizá con la única salvedad del enfático y convincente diálogo en que dos caballeros proclamaban las bondades de las sales de fruta, ninguno de ellos inspiraba a la imaginación para ejercitarse. Me equivoco: en el rincón más distante del vehículo había uno que no le pareció familiar. Tenía letras azules sobre fondo amarillo, y cuanto pudo leer en él fue un nombre —John Harrington— y algo así como una fecha. Poco interés podría tener para él averiguar algo más, pese a lo cual, cuando el tranvía quedó vacío, su curiosidad lo incitó a correrse en el asiento para leerlo mejor. Hasta cierto punto se sintió recompensado por su molestia, pues el anuncio *difería* de los habituales.

Decía así: «En memoria de John Harrington, F. S. A.^[15], de The Laurels, Ashbrooke. Fallecido el 18 de septiembre de 1889. Se le concedieron tres meses».

El vehículo se detuvo. Mr. Dunning, aún absorto en las letras azules sobre fondo amarillo, sólo se incorporó ante el aviso del cobrador.

—Discúlpeme —dijo—. Estaba mirando este anuncio; es muy raro, ¿verdad?

El cobrador lo leyó con lentitud.

—Mire usted. Palabra que no lo había visto. ¿Qué curioso, no? Alguno que andaba con ganas de bromear.

Sacó un trapo y lo aplicó, no sin saliva, al cristal y luego a la parte exterior de la ventanilla.

—No —dijo al volver—. No se puede. Parece que estuviera metido en el cristal,

como si formara parte de él, quiero decir. ¿No le parece, señor?

Mr. Dunning lo examinó, lo frotó con el guante, y asintió.

—¿Quién se encarga de estos anuncios y otorga el permiso para colocarlos? Le agradeceré que lo averigüe. Mientras tanto tomaré nota de lo que dice.

Se oyó un grito del conductor:

—Apúrate, George, tenemos que irnos.

—Está bien, está bien. Aquí tenemos algo muy curioso. ¿Por qué no vienes a mirar este cristal?

—¿Qué tiene el cristal? —dijo el conductor, acercándose—. A ver, ¿y quién es ese Harrington? ¿De qué se trata?

—Hace un momento pregunté quién es el encargado de colocar estos anuncios en los tranvías, y decía que correspondería averiguar algo acerca de éste.

—Bueno, señor, eso lo hacen en la oficina de la Compañía, eso es, y creo que es nuestro Mr. Timms el que se encarga. Le podemos avisar esta noche, al dejar el servicio, y a lo mejor mañana, si usted hace este mismo trayecto, le puedo decir algo.

Eso fue lo que ocurrió esa noche. Mr. Dunning se tomó la molestia de averiguar dónde estaba Ashbrooke, y descubrió que en Warwickshire.

Al día siguiente volvió a ir a la ciudad. El tranvía (era el mismo) se hallaba demasiado repleto por la mañana como para hablar con el cobrador: advirtió, no obstante, que el extraño anuncio ya no estaba. El fin del día añadió al asunto otro toque de misterio. Mr. Dunning, ya porque perdiera el tranvía, ya porque hubiese preferido caminar, llegó muy tarde a casa, y trabajaba en su estudio cuando una de las doncellas lo interrumpió para anunciarle que dos empleados de la línea de tranvías tenían sumo interés en hablar con él. Eso le hizo recordar el anuncio, del cual, según dijo, casi se había olvidado. Los hizo entrar —eran el cobrador y el conductor— y en cuanto todos contaron con algo para beber, Dunning preguntó qué les había dicho Mr. Timms con respecto al anuncio.

—Bueno, señor, por eso mismo nos tomamos el atrevimiento de molestarlo —dijo el cobrador—. Mr. Timms le dijo de todo aquí al amigo William: según él no había ningún anuncio de ese tipo, nadie lo había ordenado, pagado, y menos colocado, ni nada, y dijo que nosotros le tomábamos el pelo y le hacíamos perder el tiempo. Bueno, le digo yo, si usted piensa eso, Mr. Timms, venga a verlo usted mismo, le digo. Claro que si no está, le digo, usted puede decir de mí lo que quiera. Bueno, me dice, vamos a verlo. Ahora vea, señor, ese anuncio estaba allí bien clarito, y con el nombre Harrington tan claro como lo más claro que uno puede ver alguna vez, letras azules sobre fondo amarillo, y, como dije yo en su momento, y usted me escuchó, parecía metido *en* el cristal, porque usted se acordará de que lo quise borrar con el trapo.

—Por cierto que sí, lo recuerdo perfectamente. ¿Y bien?

—Usted dirá y bien, señor, pero a mí me parece que mal, porque cuando Mr. Timms llegó al tranvía con una luz... no, le dijo a William que sostuviera la luz

afuera. Bueno, nos dice, ¿y dónde está el famoso anuncio del que tanto hablan? Aquí, Mr. Timms, le digo yo, señalándole con la mano.

El cobrador hizo una pausa.

—Y bien —dijo Mr. Dunning—, supongo que no estaba. ¿Se rompió?

—¡Romperse! No, qué va... no había, créame, no había ni rastro de las letras, de esas letras azules, en el cristal... en fin, qué quiere que yo le diga. Nunca vi una cosa así. Yo le pregunto aquí a William si... pero, al fin y al cabo, ¿de qué sirve revolver el asunto?

—¿Y qué dijo Mr. Timms?

—Lo que yo le había dado motivo para que dijera: dijo de nosotros todo lo que quiso, y la verdad es que no puedo culparlo. Pero pensamos, William y yo, que como usted había tomado nota de... bueno... de esas letras...

—Por cierto que lo hice, y aún conservo la nota. ¿Desean ustedes que yo mismo vea a Mr. Timms para mostrársela? ¿Para eso han venido?

—¿Qué te dije? —dijo William—. Hay que tratar con un caballero, si es que uno pesca alguno, eso es lo que yo digo. ¿Viste, George, que tenía razón cuando te dije que viniéramos?

—Muy bien, William, muy bien; no hace falta que hables como si me hubieras arrastrado hasta aquí. Te hice caso, ¿no? Nosotros no deberíamos robarle el tiempo de este modo, señor, pero si usted pudiera tener un rato libre para ir a la oficina de la Compañía por la mañana y decirle a Mr. Timms lo que usted vio, le estaríamos muy agradecidos. Usted verá, no es porque a uno lo llamen... bueno, una cosa o la otra, pero, digo yo, si en la oficina se les mete en la cabeza que vimos cosas que no existían, en fin, una cosa lleva a la otra, y en cualquier momento... bueno, usted ya me entiende.

No sin ulteriores elucidaciones de la propuesta, George, llevado por William, abandonó la habitación.

La incredulidad de Mr. Timms (que conocía de vista a Mr. Dunning) fue plenamente modificada al día siguiente por el testimonio que éste ofreció; ningún estigma que maculara los nombres de William y George fue asentado en los libros de la Compañía; pero tampoco se logró ninguna explicación.

El interés de Mr. Dunning acerca del asunto subsistió a causa de un singular incidente; al siguiente atardecer, se dirigía al tren desde su club cuando vio a un hombre con un puñado de folletos de propaganda, semejantes a los que los agentes de ciertas empresas muy activas distribuyen entre los peatones. La calle escogida por este repartidor no era muy propicia para sus actividades: no había nadie y, de hecho, Mr. Dunning no le vio entregar un solo folleto hasta que él mismo pasó por el lugar y recibió uno en la mano; la mano que se lo dio rozó la suya, provocándole una especie de sensación desagradable, pues su ardor y aspereza le parecieron poco naturales. Observó al hombre al pasar, pero obtuvo una impresión tan confusa que por mucho que luego intentó recordarla fue en vano. Caminó con rapidez, y entretanto le echó

una ojeada al papel. Era un papel azul, en el que lo atrajo, impreso en mayúsculas de gran tamaño, el nombre de Harrington. Asombrado, se detuvo y buscó sus gafas. En el acto alguien pasó corriendo y le arrebató el papel que ya no pudo ser recuperado. Mr. Dunning retrocedió a toda prisa unos pasos, pero no pudo ver ni al que se lo había dado ni al que se lo quitó.

Al día siguiente, nada distraía de sus cavilaciones a Mr. Dunning cuando llegó a la Sala de Manuscritos Escogidos del Museo Británico y llenó las tarjetas para consultar Harley 3586 y algunos otros volúmenes. Se los trajeron en unos minutos, y cuando depositaba el que necesitaba en primer término sobre el pupitre, le pareció oír que detrás de él susurraban su propio nombre. Se volvió bruscamente, y al hacerlo tiró al suelo la carpeta donde guardaba papeles sueltos. No vio a ningún conocido (salvo el encargado de la sala, que lo saludó con un gesto) y procedió a recoger los papeles. Creía que ya tenía todos en su poder y se disponía a iniciar su tarea, cuando un corpulento caballero, sentado ante la mesa que estaba detrás de Mr. Dunning, y que se disponía a marcharse después de haber recogido sus pertenencias, le tocó el hombro, diciéndole:

—Permítame. Creo que esto es suyo —y le alcanzó unos papeles que faltaban.

—Es mío, gracias —dijo Mr. Dunning.

El hombre no tardó en dejar la sala. Al culminar su tarea de esa tarde, Mr. Dunning entabló conversación con el encargado y aprovechó la oportunidad para preguntarle quién era ese corpulento caballero.

—¡Ah!, es un hombre llamado Karswell —fue la respuesta—; hace una semana me preguntó quiénes eran las máximas autoridades en alquimia y, por supuesto, le dije que usted era la única en el país. Veré si un día se lo presento: estoy seguro de que a él le complacerá conocerlo.

—¡En nombre del cielo, ni lo sueñe! —exclamó Mr. Dunning—. Tengo particular interés en eludirlo.

—¡Oh, muy bien! —dijo el empleado—. No suele venir a menudo; no creo que usted se encuentre con él.

Ese día, mientras regresaba a casa, Mr. Dunning más de una vez se confesó a sí mismo que no aguardaba su velada solitaria con su habitual jovialidad. Le parecía que una presencia borrosa e imperceptible se había interpuesto entre él y sus semejantes... que se había adueñado de él, por así decirlo. Anhelaba sentarse muy cerca de sus compañeros de viaje, pero la suerte decidió que tanto el tren como el tranvía estuvieran notoriamente desiertos. El cobrador George estaba pensativo, y parecía absorto en cálculos relativos a la cantidad de pasajeros. Al llegar a su casa halló al Dr. Watson, su médico, en el umbral.

—Dunning, lamento haber alterado el orden de su casa. Sus dos sirvientas están *hors de combat*. De hecho, tuve que mandarlas al hospital.

—¡Dios mío! ¿Pero qué pasó?

—Una intoxicación con ptomaína, al parecer. Usted no la sufrió, por lo que veo,

de otro modo no andaría paseando por ahí. Creo que las dos se repondrán perfectamente.

—¡Qué extraño! ¿Tiene idea de cómo sucedió?

—Bueno, me dijeron que le compraron a un vendedor ambulante unos mariscos que comieron en su cena. Es curioso, anduve averiguando, pero ningún vendedor llamó a otras casas del barrio. No pude avisarle a usted; todavía no volverán a casa. Venga y cene conmigo esta noche, de todos modos, y haremos los arreglos necesarios para que usted no tenga problemas. A las ocho. Tómelo con calma.

Así pudo obviar una velada solitaria, aunque por cierto a costa de algunos inconvenientes. Mr. Dunning pasó un rato agradable con el médico (que era relativamente nuevo en la zona) y regresó a su solitario hogar a eso de las 11.30. La noche que pasó no es una que recuerde precisamente con satisfacción.

Ya se había acostado y estaba a oscuras. Pensaba si a la mañana siguiente la mujer encargada de la limpieza llegaría lo bastante temprano como para proveerlo de agua caliente; en ese instante escuchó el ruido inconfundible que la puerta de su estudio emitía al abrirse. No oyó pasos en el corredor, pero ese ruido nada bueno podía augurar, puesto que él sabía que esa noche, después de guardar sus papeles en el escritorio, había cerrado la puerta. Fue la vergüenza, más que el valor, lo que lo indujo a salir en bata e inclinarse sobre la barandilla para prestar atención. No vio luz ni oyó ningún otro ruido; sólo sintió una ráfaga de aire cálido, o aun tórrido, en las pantorrillas. Retrocedió y decidió encerrarse en su cuarto. Le aguardaban, sin embargo, más inconvenientes. O bien una ahorrativa compañía suburbana había decidido que la luz no era necesaria a horas tardías y había cortado la corriente, o bien el interruptor no funcionaba; el caso es que no había luz eléctrica. Como es natural, decidió encender un fósforo, y además consultar su reloj: al menos quería saber cuántas horas de incomodidad debía soportar. Hurgó debajo de la almohada, donde solía guardarlos: en rigor, no llegó a tanto. Lo que tocó fue, de acuerdo con su testimonio, una boca, con dientes y cubierta de pelo y, según su declaración, no era la boca de un ser humano. No creo que valga la pena detallar sus reacciones; lo cierto es que antes de que pudiese siquiera advertirlo ya estaba en otro cuarto, con el cerrojo echado a la puerta y el oído atento. Así pasó el resto de esa noche lamentable, a la espera de que un sonido ajeno lo importunara: pero nada ocurrió.

Sólo después de muchas precauciones y estremecimientos logró aventurarse a regresar a su habitación por la mañana. Afortunadamente, la puerta estaba abierta y las persianas levantadas (las sirvientas habían dejado la casa antes de la hora de bajarlas); en una palabra, no había rastros de nadie. También el reloj estaba en su sitio habitual; todo estaba en su lugar; sólo la puerta del armario estaba abierta, como siempre. Una llamada en la puerta de servicio anunció a una mujer para la limpieza que habían pedido la noche anterior, cuya entrada en la casa animó a Mr. Dunning a proseguir sus indagaciones en otros sectores del domicilio. Estas incursiones resultaron igualmente infructuosas.

El comienzo del día era poco propicio. No se atrevió a ir al Museo: pese a la afirmación del empleado, Karswell podía aparecer y Dunning no se sentía con ánimo para enfrentarse a un extraño que acaso le fuera hostil. Su casa le resultaba aborrecible y odiaba tener que recurrir al médico. Un rato lo dedicó a visitar el hospital, donde lo animó un poco un informe favorable sobre su ama de llaves y su doncella. A la hora del almuerzo se dirigió al club, donde experimentó cierta alegría al encontrarse con el secretario de la Asociación. Dunning, mientras almorzaban, le confesó a su amigo sus preocupaciones, pero sin revelar las que más lo abrumaban.

—¡Mi pobre amigo! —comentó el secretario—. ¡Qué inconveniente! Escúchame: nosotros estamos totalmente solos en casa. Ven con nosotros. ¡Sí! No pongas excusas: manda tus cosas esta tarde.

Dunning apenas pudo poner objeciones: lo dominaba, en efecto, una profunda ansiedad, que se agudizó con el transcurso de las horas, con respecto a lo que pudiera aguardarlo esa noche. Casi feliz, se apresuró a ir a su casa a hacer las maletas.

Sus amigos, cuando pudieron prestarle atención, se asombraron ante su aspecto enfermizo, e hicieron todo lo posible por animarlo. No fracasaron del todo, pero más tarde, cuando los hombres se retiraron a fumar, Dunning fue presa de su consternación una vez más.

—Gayton —dijo súbitamente—, creo que ese alquimista sabe que fui yo quien rechazó su comunicación.

Gayton silbó.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó.

Dunning le refirió la conversación con el encargado del Museo y Gayton no pudo sino inferir que la conjetura parecía correcta.

—No es que me importe mucho —prosiguió Dunning—, sólo que si me encuentro con él puede plantearse algún problema. Supongo que tiene mal carácter.

La conversación volvió a decaer; Gayton, cada vez más impresionado por la desolada expresión de Dunning, optó al fin —aunque no sin esfuerzos— por preguntarle sin rodeos si no lo acosaba alguna preocupación seria.

—Me moría por contárselo a alguien —exclamó Dunning con alivio—. ¿Sabes algo de un hombre llamado John Harrington?

Gayton, harto asombrado, se limitó a preguntarle por qué. Entonces Dunning le reveló todas sus experiencias: en el tranvía, en la calle, en su propia casa, la perturbación que aún ahora agobiaba su espíritu; culminó con su pregunta inicial. Gayton no supo qué responderle. Acaso lo mejor fuera contarle la historia de qué le sucedió a Harrington, sólo que Dunning estaba muy alterado, la historia era más bien siniestra y él no podía evitar preguntarse si la persona de Karswell no entrañaba una conexión entre ambos casos. Era una concesión difícil para un científico, pero podía mitigarla mediante la expresión «sugestión hipnótica». Por fin decidió ser cauto en sus respuestas por esa noche; lo consideraría con su mujer. Declaró que había conocido a Harrington en Cambridge, que creía que había muerto repentinamente en

1889, y añadió ciertos detalles sobre el hombre y su obra publicada. Luego discutió el asunto, en efecto, con Mrs. Gayton y ésta, tal como él lo había previsto, suscribió en el acto la conclusión que a él lo había asediado. Fue ella quien le recordó a Henry, el hermano sobreviviente de John Harrington, y quien sugirió que podrían localizarlo mediante sus anfitriones del día anterior.

—A lo mejor está loco de remate —objetó Gayton—. Los Bennett, que lo conocieron, nos lo confirmarán.

Mrs. Gayton no cedió y se comprometió a ver a los Bennett el día siguiente.

Es innecesario detallar las circunstancias que condujeron a Henry Harrington y a Dunning a entablar relaciones.

Pasemos ahora a un diálogo que tuvo lugar entre ambos. Dunning le había referido a Harrington el extraño modo en que se había cruzado con el nombre del difunto y además había revelado algunas de sus ulteriores experiencias. Luego había preguntado si Harrington, a su vez, estaba dispuesto a enumerar algunas de las circunstancias a la muerte de su hermano. Es posible imaginar la sorpresa de Harrington; pero su respuesta no se hizo esperar.

—John —explicó— sin lugar a dudas, de vez en cuando, se hallaba en un estado de ánimo muy extraño en las varias semanas que precedieron a la catástrofe, aunque no inmediatamente antes de ella. Había varios problemas, el principal es que él pensaba que lo seguían. Sin duda era un hombre impresionable, pero jamás había sido víctima de tales fantasías. No puedo quitarme de la cabeza que hubo alevosía de por medio, y lo que usted me cuenta de su caso me recuerda mucho el de mi hermano. ¿Cree que existe alguna conexión?

—Vagamente se me ocurre una. Me dijeron que su hermano reseñó un libro con mucha severidad poco antes de morir, y últimamente me crucé con el autor de ese libro, en circunstancias que a él no le resultarán gratas.

—No me diga que el hombre se llamaba Karswell.

—¿Por qué no? Ése es el nombre, exactamente.

Henri Harrington se reclinó en su asiento.

—Esto, a mi juicio, es definitivo. Me voy a explicar. Por algo que dijo, estoy seguro de que mi hermano John comenzaba a creer (aun en contra de su propia voluntad) que Karswell estaba en la raíz de su problema. Quiero referirle un hecho que me parece significativo. Mi hermano era melómano y solía asistir a conciertos en la ciudad. Tres meses antes de su muerte, volvió de uno de ellos y me dio el programa para que lo viera. Era un programa analítico: él siempre los guardaba.

»—Éste casi lo pierdo —me comentó—. Supongo que se me debe haber caído. De todos modos, mientras lo buscaba debajo de mi asiento y en mis bolsillos, alguien que estaba cerca de mí me ofreció éste y me dijo que “podía dármelo, pues él no los guardaba”. Después se retiró. No sé quién era... un hombre corpulento, bien afeitado.

Lamentaría haberlo perdido; podía comprar otro, por supuesto, pero éste no me costó nada.

»En otra ocasión me dijo que, tanto durante su regreso al hotel como durante la noche, se había sentido muy mal. Ahora asocio ambos hechos, al recordarlos. Poco después, mientras él revisaba esos programas, poniéndolos en orden para encuadernarlos, descubrió en éste (que yo, por mi parte, apenas había mirado) una tira de papel con una inscripción muy curiosa (realizada con suma prolijidad) en rojo y negro, que parecía escrita en caracteres rúnicos.

»Caramba —dijo—. Esto ha de pertenecerle a mi vecino corpulento. Creo que debería devolvérselo; parece la copia de algo que, por lo visto, le interesaba. ¿Cómo podré hallar su dirección?

»Conversamos al respecto y llegamos a la conclusión de que no valía la pena poner un anuncio; lo mejor que podía hacer mi hermano era buscar al hombre en el próximo concierto, que sería pronto. El papel yacía sobre el libro y ambos estábamos junto al fuego; era un atardecer de verano, fresco y ventoso. Supongo que el viento abrió la puerta, aunque yo no lo advertí: el caso es que una ráfaga (una ráfaga cálida) sopló súbitamente, arrastró el papel y lo arrojó al fuego. Era un papel fino y liviano, que ardió en pocos segundos.

»—Bueno —dije yo—, ahora no podrás devolverlo.

»Él no respondió al principio, aunque luego dijo de mal humor:

»—Me doy cuenta, pero no veo por qué debes insistir en ello.

»Observé que sólo lo había dicho una vez.

»—Sólo cuatro veces, querrás decir —fue su respuesta.

»Recuerdo todo esto con mucha claridad, aunque ignoro el motivo; y ahora vayamos al grano. No sé si usted vio el libro de Karswell que reseñó mi infortunado hermano. No es probable que usted lo haya hecho, pero yo sí, tanto antes como después de su muerte. La primera vez, ambos nos burlamos de él. Carecía de todo estilo, había incorrecciones en los verbos y cuanto hace que cualquier universitario ponga el grito en el cielo. El hombre no había digerido nada; mezclaba mitos clásicos con historias de la *Leyenda áurea* y con informes sobre costumbres salvajes contemporáneas; todo muy interesante, sin duda, si uno sabe manejarlo, pero él no sabía. Parecía poner la *Leyenda áurea* y la *Rama dorada* en el mismo nivel, y creer en ambas: en definitiva, una exhibición lamentable. Bueno, después de la desgracia, volví a hojear el libro. No era mejor que antes, pero esta vez me dejó otra impresión. Yo sospechaba, según le conté, que Karswell le guardaba rencor a mi hermano, e inclusive que en cierto modo era responsable por lo ocurrido; y este libro, ahora, me parecía una obra siniestra. Ante todo me llamó la atención un capítulo en que hablaba de “arrojarle las runas” a la gente, ya con el propósito de ganar su afecto, ya para deshacerse de ella... quizás especialmente con el segundo: hablaba del asunto con cierta autoridad que delataba, según me pareció, un conocimiento real. No perderé tiempo en detalles, pero el hecho es que estoy seguro, de acuerdo con mi

información, de que el hombre del concierto era Karswell: sospecho (lo afirmo, en realidad) que el papel sí tenía importancia; creo que si mi hermano hubiese podido devolverlo, hoy podría estar vivo. Quiero, por lo tanto, preguntarle si tiene usted algo que añadir a cuanto le conté.»

A modo de respuesta, Dunning relató el episodio de la Sala de Manuscritos del Museo Británico.

—Entonces él le pasó algunos papeles. ¿Usted los examinó? ¿No? Pues, si usted lo permite, debemos hacerlo de inmediato, y minuciosamente.

Fueron a la casa, aún desierta, pues las sirvientas todavía no habían vuelto a trabajar. La carpeta de Dunning acumulaba polvo sobre el escritorio. En su interior estaban los fajos de papel rayado que él empleaba para sus notas; y de uno de ellos, en cuanto lo tomó, se deslizó una tira de papel fino y liviano que circuló por el cuarto con inquietante celeridad. La ventana estaba abierta, pero Harrington la cerró justo a tiempo para interceptar el papel, que aferró en el acto.

—Podría ser idéntico al que recibió mi hermano —dijo—. Cuidado, Dunning; aquí hay un enigma y usted quizá corra peligro.

Siguió una larga deliberación. El papel fue examinado escrupulosamente. Los caracteres, tal como había dicho Harrington, parecían runas, pero ninguno de los dos podía descifrarlas, y ambos temían transcribirlas por miedo, según confesaron, a perpetuar el maleficio que acaso entrañaran. Anticiparé, pues, que ha sido imposible discernir el contenido de ese curioso mensaje. Tanto Dunning como Harrington están firmemente convencidos de que su efecto consistía en procurarle al portador una compañía harto indeseable. Estuvieron de acuerdo en que había que devolverlo a su fuente originaria y, por otra parte, en que lo único seguro era hacerlo personalmente; debían, pues, apelar al ingenio, ya que Karswell conocía a Dunning de vista. Podía, en todo caso, alterar su aspecto afeitándose la barba. ¿Pero Karswell no anticiparía el golpe? Harrington pensaba que podían prever la fecha. Sabía la fecha del concierto en que su hermano había sido «estigmatizado»: 18 de junio. Había muerto un 18 de septiembre. Dunning le recordó que la inscripción de la ventanilla del tranvía mencionaba un lapso de tres meses.

—Quizá —añadió, riéndose de alegría—, mi emplazamiento también sea de tres meses. Creo que puedo deducirlo por mi diario. Sí, lo del Museo fue el 23 de abril; la fecha, entonces, será el 23 de julio. Ahora bien, le confieso que cuanto pueda contarme con respecto al progreso de las perturbaciones que sufrió su hermano es de extrema importancia para mí, si no le molesta hablar de ello.

—Por supuesto. Bueno, lo que más lo consternaba era la sensación de estar vigilado siempre que se hallaba solo. Al fin decidí dormir en su cuarto, lo cual le hizo bien. De todos modos, hablaba mucho en sueños. ¿Acerca de qué? ¿Le parece prudente comentarlo, sin esperar a que todo se haya resuelto? No lo creo, pero le diré esto: en esas semanas recibió dos envíos por correo, ambos con sello de Londres, y con la dirección escrita en caligrafía comercial. Uno era un grabado en madera de

Bewick, torpemente arrancado de la página: mostraba un sendero a la luz de la luna y un hombre que caminaba seguido por una criatura diabólica y atroz. Debajo, había unos versos del *Viejo marinero* de Coleridge (supongo que el grabado servía para ilustrarlos) sobre alguien que, luego de mirar atrás

*prosigue,
Y no vuelve la cabeza,
Pues sabe que un espantoso demonio
Lo sigue paso a paso*^[16].

El otro era un calendario, como los que suelen enviar los comerciantes. Mi hermano no le prestó atención alguna, pero yo lo revisé luego de su muerte y descubrí que, después del 18 de septiembre, habían arrancado todas las fechas. Acaso a usted le sorprenda saber que él salió solo la noche en que resultó muerto, pero el caso es que durante los últimos diez días de su vida esa sensación de que lo perseguían o vigilaban se había disipado.

Así concluyeron sus deliberaciones. Harrington, que conocía a un vecino de Karswell, creía que le sería posible vigilar sus movimientos. Correspondía a Dunning estar listo para interceptar a Karswell en cualquier momento y mantener el papel seguro y en lugar accesible.

Se despidieron. Las semanas siguientes fueron sin duda una difícil prueba para los nervios de Dunning: la barrera imperceptible que parecía erigirse alrededor de él el día en que recibió esa inscripción creció hasta convertirse en una hosca penumbra que lo apartaba de cuantos medios podían estar a su alcance para escapar. No tenía a nadie cerca para sugerírselos, y parecía desprovisto de toda iniciativa. Aguardó, con inexpresable ansiedad, mientras transcurrían mayo, junio y principios de julio, una orden de Harrington. Pero en todo ese lapso Karswell permaneció recluso en Lufford.

Por fin, menos de una semana antes de la fecha que él juzgaba como término de sus actividades terrenales, llegó un telegrama: «Parte de estación Victoria, tren, hacia Dover, jueves noche. No falte. Voy esta noche. Harrington».

Esa noche llegó Harrington según lo anunciado e hicieron sus planes. El tren partía de la estación Victoria a las nueve; su última parada antes de Dover era Croydon-West. Harrington localizaría a Karswell en la estación Victoria, y buscaría a Dunning en Croydon, llamándolo, en caso necesario, por un nombre previamente acordado. Dunning, disfrazado en la medida de lo posible, no llevaría etiquetas ni iniciales en sus maletas, y a toda costa debía conservar consigo el papel.

No intentaré describir la ansiedad padecida por Dunning mientras esperaba en el andén de Croydon. Durante los últimos días, su sentido del peligro se había agudizado al notar que la nube que lo cercaba era menos densa; pero el alivio era un síntoma ominoso, y si Karswell lograba eludirlo, no le quedaba ninguna esperanza, y

había muchas posibilidades de que Karswell lo eludiera. Inclusive el rumor del viaje podía ser un ardid. Los veinte minutos en que, mientras recorría el andén con impaciencia, asediaba a cada empleado para interrogarlo sobre la llegada del tren, fueron los más amargos de su vida. El tren, no obstante, llegó, y Harrington estaba en la ventanilla. Era importante, sin embargo, que aparentaran no conocerse. Dunning, por lo tanto, se instaló en el otro extremo del vagón, y sólo gradualmente se dirigió al compartimiento que ocupaban Harrington y Karswell. Lo satisfizo, dentro de todo, que el tren estuviera vacío.

Karswell estaba alerta, pero no demostró reconocerlo. Dunning ocupó el asiento diagonalmente enfrente al suyo e intentó, en vano al principio, y luego con creciente dominio de sus facultades, calcular sus probabilidades de realizar el cambio deseado. Frente a Karswell, y junto a Dunning, había en el asiento una pila de abrigos de Karswell. De nada servía deslizar el papel entre ellos: no estaría seguro, o no se sentiría seguro, si de algún modo no mediaban su oferta y la aceptación del otro. Había una valija abierta, llena de papeles. ¿Podría ocultarla (de manera que Karswell dejara el vagón sin ella) y luego hallarla y devolverla? Concibió que éste era un plan practicable. Le habría gustado consultarlo con Harrington, pero era imposible. Transcurrieron los minutos. Más de una vez Karswell se incorporó y salió al corredor. La segunda vez, Dunning estuvo a punto de hacer caer la valija del asiento, pero en los ojos de Harrington leyó una advertencia que lo contuvo. Karswell observaba desde el corredor, acaso para comprobar si ambos hombres se reconocían. Regresó, pero con evidente inquietud y, cuando se incorporó por tercera vez, despuntó la esperanza, pues algo resbaló de su asiento y cayó al suelo sin hacer ruido. Karswell salió una vez más y se alejó de la ventanilla del corredor. Dunning recogió lo que se había caído y comprobó que tenía la salvación en sus manos, en forma de un talonario con bonos de viaje de la agencia Cook. Tales talonarios tienen un compartimiento en la cubierta; el de éste no tardó en albergar el papel que ya conoce el lector. Para que la operación fuera más segura, Harrington permaneció en la puerta del compartimiento, jugueteando con la persiana. Lo hicieron, y lo hicieron justo a tiempo, pues el tren ya entraba en Dover.

En un momento Karswell volvió al compartimiento. Dunning, que jamás supo cómo logró dominar el temblor de su voz, le alcanzó el talonario.

—Disculpe, señor —le dijo—. Creo que es suyo.

Karswell observó fugazmente el billete que había adentro y al fin ofreció la esperada respuesta, mientras lo guardaba en su bolsillo delantero:

—Sí, es mío, señor; se lo agradezco mucho.

Aun en lo pocos momentos que quedaban —momentos de tensa inquietud, pues ambos ignoraban en qué podía desembocar un prematuro hallazgo del papel— los dos notaron que una cálida oscuridad parecía invadir el vagón; que Karswell padecía una extrema crispación; que tomaba la pila de abrigos que había frente a él y la volvía a arrojar como si le repugnara; y que se sentaba muy erguido y los observaba con

ansiedad. Con inexpresable angustia, ambos se apresuraron a recoger sus pertenencias, pues creyeron que Karswell estaba a punto de hablar cuando llegaban a Dover. Era natural que en el corto trayecto que mediaba entre la ciudad y el muelle ambos salieran al pasillo.

Descendieron en el muelle, pero tan vacío iba el tren que se vieron obligados a demorarse en el andén hasta que Karswell pasó frente a ellos, acompañado por el mozo, en dirección al barco, y sólo entonces pudieron, libres de todo riesgo, estrecharse la mano y felicitarse. Dunning estaba a punto de desvanecerse. Harrington lo hizo apoyar contra el muro, mientras él avanzaba unos pasos hasta avistar la pasarela que conducía a la nave, por donde ahora ascendía Karswell. A la entrada, alguien le revisó el billete y Karswell, luego, cargado con sus abrigo, entró en el barco. Súbitamente el empleado lo llamó:

—Discúlpeme, señor, ¿el otro caballero mostró su billete?

—¿Qué diablo es eso del otro caballero? —vociferó Karswell desde la cubierta.

El hombre se irguió para observarlo.

—¿Qué diablo? Por cierto que no lo sé —le oyó Harrington decirse a sí mismo, y luego en voz alta—: Un error mío, señor; me habré confundido con su equipaje. Le ruego que me disculpe.

Luego le comentó a su subordinado:

—No sé si tendría un perro o qué; pero, cosa curiosa, hubiera jurado que no estaba solo. Bueno, sea lo que fuere, tendrán que verlo a bordo. Ya parte. La semana que viene tendremos a los pasajeros que salen de vacaciones.

A los cinco minutos, sólo se veían las luces del barco a la distancia y la larga fila de faroles que iluminaban Dover; soplabla la brisa y había luna.

Durante largo rato, ambos permanecieron sentados en su habitación del *Lord Warden*. Pese a que su mayor ansiedad se había disipado, les quedaba una duda, y ésta no era menor. ¿Se justificaba que hubiesen enviado un hombre a la muerte, como creían haberlo hecho? ¿No debían, al menos, haberle avisado?

—No —dijo Harrington—. Si él es el asesino que yo creo que es, no hemos hecho sino lo que es justo. Aunque, si le parece mejor... ¿pero cómo y dónde avisarle?

—Se dirigía a Abbeville —dijo Dunning—, por lo que pude observar. Si le telegrafiara a los hoteles que figuran en la Guía Joanne, «Examine su talonario. Dunning», me sentiría mejor. Hoy es 21: aún tiene un día. Pero me temo que ya se ha internado en la penumbra.

Dejaron los telegramas en la oficina del hotel. Nadie sabe si éstos llegaron a destino o, en tal caso, si fueron comprendidos. Sólo se sabe que en el atardecer del día 23, un viajero inglés, mientras contemplaba la fachada de la iglesia de St. Wulfram, en Abbeville, que estaba en reparaciones, fue muerto en el acto por una piedra que le dio en la cabeza y que cayó del andamio que rodeaba la torre noroeste, aunque, según se comprobó, en ese momento no había ningún obrero en el andamio.

Sus documentos lo identificaron como Mr. Karswell.

Sólo cabe añadir un detalle. Al subastarse los bienes de Karswell, Harrington adquirió un volumen con reproducciones de Bewick. La página con el grabado del viajero y el demonio, tal como lo esperaba, estaba mutilada. Algún tiempo después, Harrington trató de repetir a Dunning algunas de las palabras que su hermano decía en sueños: pero Dunning no tardó en interrumpirlo.

EL CERCADO DE MARTIN

HACE algunos años, estaba alojado yo en casa del rector de una parroquia del oeste, en la que posee propiedades una sociedad a la que pertenezco. Mi cometido era el de inspeccionar una parte de esas tierras, y en la primera mañana de mi visita, inmediatamente después del desayuno, nos fue anunciado que el carpintero del lugar y encargado general, John Hill, estaba dispuesto a acompañarnos. El rector preguntó qué parte de la parroquia visitaríamos en esa ocasión. Apareció el mapa de la comarca y, una vez señalado nuestro itinerario, puso él su dedo sobre un punto concreto.

—No olvides preguntar a John Hill —dijo el rector— acerca de este cercado cuando lleguen allí. Me gustaría saber qué les dice.

—¿Qué debe decirnos? —inquirí.

—No tengo la menor idea —dijo el rector—; en fin, no es que sea exactamente así, pero eso llenará nuestro tiempo hasta la hora de la comida. Y en ese momento le requirieron sus ocupaciones.

Nos pusimos en marcha; John Hill no es un hombre que vaya a guardarse cualquier tipo de información que posea, y es posible saber a través de él muchas cosas interesantes sobre la gente de la zona y su modo de hablar. Una palabra poco corriente, o alguna de la que piense que ha de resultar poco corriente para su interlocutor, la deletreará, por lo común, diciendo a-d-o-b-e, adobe, y cosas parecidas. Sin embargo, no es de interés para mi objetivo registrar la conversación previa a nuestra llegada al cercado de Martin. Ese trozo de tierra llama la atención, porque es una de las parcelas más pequeñas que alguien pueda llegar a ver: unas pocas yardas cuadradas, rodeadas por todos lados de seto vivo, y sin puerta ni acceso alguno. Se lo tomaría por el pequeño jardín de una casa de campo, abandonado hace tiempo, pero no está cerca del pueblo, y no tiene trazas de haber sido cultivado. En cambio, no está lejos de la carretera y forma parte de lo que allí se llama brezal, en otras palabras, un lugar alto donde pasta el ganado, recortado por prados más amplios.

—¿Por qué ha sido vallada así esta pequeña parcela? —pregunté, y John Hill (cuya respuesta no puedo transcribir con la exactitud con que querría hacerlo) contestó con soltura:

—Eso *é* lo que *llamamo* el *cercao* de Martin, señor; hay algo raro en este pedazo de tierra, señor; le dicen el *cercao* de Martin, señor, M-a-r-t-i-n, Martin. *Usté* perdone, pero, ¿le dijo el rector que me preguntara eso, señor?

—Sí, así es.

—Ah, ya decía yo, señor. Le estuve contando el caso la semana pasada y se mostró muy *interesao*. A lo que parece, allí está *enterraao* un asesino, señor, que se llamaba Martin. El viejo Samuel Saunders, que de joven vivió aquí, en lo que *llamamo* el Pueblo Sur, señor, contaba una historia muy larga de este asunto, del

asesinato tremendo de una chica joven, señor. Le cortaron el pescuezo y la tiraron al agua aquí.

—¿Fue ahorcado por eso?

—Sí, señor, fue *colgao* aquí mismo, en la carretera, por lo que me han *contao*, el día de los Santos Inocentes, hace cientos de años, por sentencia del hombre al que le dicen el juez sanguinario: terriblemente cruel y sanguinario, me han dicho.

—¿Se llamaba Jeffreys? ¿No lo recuerda?

—Pudiese ser que fuera... Jeffreys... J-e-f... Jeffreys. Me parece que era, y lo que me ha *contao* muchas veces Mr. Saunders era acerca de cómo ese joven Martin, George Martin, fue *atormentao* por el *espírito* de la chica, antes de que se supiera su cruel acción.

—¿Cómo fue eso, lo sabe usted?

—No, señor, no sé exactamente cómo fue, pero por lo que he oído fue bien *atormentao* y también con justicia. El viejo Saunders contaba una historia de un aparador de aquí, de la *Posada Nueva*. Por lo que él decía, el *espírito* de la chica salió de ese aparador, pero no recuerdo cómo pasó.

Éste fue el conjunto de datos brindados por John Hill. Continuamos la inspección y, en su momento, referí lo oído al rector. Pudo mostrarme, en los libros de cuentas de la parroquia, que en 1684 se había pagado una horca y se había abierto una tumba al año siguiente, ambas destinadas a George Martin, pero fue incapaz de señalarme a alguien de la parroquia —ya Saunders había muerto— que estuviese en condiciones de arrojar luz sobre la historia.

Naturalmente, a mi regreso al mundo de las bibliotecas llevé a cabo una búsqueda en los lugares más evidentes. Parecía que no había informes sobre el juicio. Sin embargo, un periódico de la época, y uno o más boletines de noticias tenían alguna breve nota, por las que supe que, a causa de un prejuicio local contra el acusado (era descrito como un joven caballero de buena condición), la causa había sido vista en Londres y no en Exeter; que Jeffreys había sido el juez del caso y a muerte la sentencia, y que había habido ciertos «pasajes singulares» en las declaraciones testificales. Ninguna otra cosa surgió hasta septiembre de este año. Entonces, un amigo que me sabía interesado en Jeffreys me envió una página sacada del catálogo de una librería de viejo, donde se leía la siguiente entrada: Jeffreys, Juez: *Interesante manuscrito antiguo de juicio por asesinato*, y varios otros títulos, de lo que, para mi deleite, inferí que por muy pocos chelines llegaría a mi poder lo que parecía ser una transcripción taquigráfica literal del juicio de Martin. Telegrafíé pidiendo el manuscrito y me lo enviaron. Era un volumen precariamente encuadernado, provisto de una portada escrita a mano con caligrafía del siglo XVIII, la misma que se había utilizado para agregar esta aclaración. «Mi padre, que tomara estas notas en la corte, me dijo que los amigos del acusado se habían interesado ante el juez Jeffreys para que no se publicara informe alguno; se había propuesto, pues, publicarlo él mismo, cuando llegaran tiempos mejores, y lo mostró al reverendo Mr. Glanvil, quien le

alentó en su propósito con ahínco, pero la muerte sorprendió a ambos antes que logaran llevarlo a término.»

Añadidas, aparecen las iniciales W. G., y se me advertía que la transcripción original pudo haber sido hecha por T. Gurney, quien figura citado con esas funciones en más de un juicio oficial de la época.

Eso fue todo lo que pude leer por mí mismo. Al cabo de poco tiempo supe de alguien capaz de descifrar la taquigrafía del siglo XVIII y, no hace mucho, una copia mecanografiada de todo el manuscrito llegó a mí. Los pasajes que aquí daré a conocer contribuyen a completar el esquema muy imperfecto que subsiste en los recuerdos de John Hill y, supongo, de una o dos personas más que viven en el escenario de los acontecimientos.

El informe comienza con una especie de prefacio, cuyo objetivo general es el de dar cuenta de que la versión no es la que fuera tomada en la corte, aun cuando se trata de un copia fidedigna, comparada con las notas de lo que se dijo; pero se afirma que el escribiente ha incluido algunas «circunstancias notables» que se habían dado a conocer durante el juicio, y ha elaborado esta versión fiel del conjunto a la espera de un momento favorable para publicarla; no obstante, no la había puesto en escritura corriente para evitar que pudiese caer en manos de personas no autorizadas, y que él, o su familia, se vieses privados del beneficio de ese trabajo.

A continuación comienza el informe:

Llegó a juicio el jueves 19 de noviembre este caso de Nuestro Soberano y Señor, el Rey, contra George Martin Esquire, de (me tomo la licencia de omitir los nombres de ciertos lugares), al Tribunal Superior de Jurisdicción Criminal y Traslados, en el Old Bailey^[17], y el prisionero, que se hallaba en Newgate^[18], fue llevado al banquillo.

Oficial de la Corona. George Martin, levantad vuestra mano —cosa que él hizo.

De inmediato fue leída la acusación, donde se establecía que el prisionero «sin temor de Dios ante los ojos, sino qué movido y seducido por el demonio, hacia el día 15 de mayo del trigésimo sexto año de Nuestro Soberano Señor, el Rey Carlos II, por la fuerza y con armas, en la parroquia antes mencionada, en la persona de Ann Clark, y contra ella, soltera, natural de ese mismo lugar, en la paz de Dios y de nuestro citado Soberano Señor Rey, que entonces y allí reinaban, con felonía y deliberación, y por la malicia antes aludida, cometió un ataque, con cierto cuchillo valuado en un penique, con el que cortó allí y entonces el cuello de la susodicha Ann Clark, de la cual herida la susodicha Ann Clark allí y entonces murió, y arrojó el cuerpo de la susodicha Ann Clark en cierta poza situada en la misma parroquia (y más cosas que no se relacionan con nuestro interés), contra la paz de Nuestro Soberano Señor el Rey, su corona y su dignidad.»

Entonces, el prisionero solicitó una copia de la acusación.

Presidente del Tribunal (Sir George Jeffreys). ¿Qué decís? Sin duda vos sabéis que eso no se permite nunca. Además, aquí tenemos la más clara acusación que yo haya oído jamás; no tenéis más que defenderos.

Acusado. Señoría, estimo que hay elementos de juicio que surgen de la acusación, y humildemente rogaría a la Corte que me asignara asistencia legal para considerarlos. Además, Señoría, creo que así se hizo en otro caso: fue autorizado el uso de una copia de la acusación.

P. del T. ¿Qué caso fue ése?

Acusado. En verdad, Señoría, he estado en prisión desde que llegué del Castillo de Exeter, y no me ha sido permitida comunicación con nadie, ni a nadie se autorizó para que me brindara asistencia.

P. del T. Pero, pregunto: ¿cuál ha sido el caso que habéis invocado?

Acusado. Mi señor, no puedo decir a su Señoría con exactitud el nombre del caso, pero tengo en mente que lo ha habido y con humildad quiero...

P. del T. Esto está fuera de lugar. Decid de qué caso se trata y os diremos si en él hay algo útil para vos. Que Dios os perdone, pero habréis de tener todo lo que la ley os concede; no obstante, esto está en contra de la legalidad y debemos continuar con el procedimiento de la corte.

Fiscal general (Sir Robert Sawyer). Señoría, rogamos en nombre del Rey que se le pida que haga declaraciones de culpabilidad o inocencia.

Oficial de la corona. ¿Sois culpable o inocente del asesinato del que habéis sido acusado?

Acusado. Señoría, humildemente pongo lo siguiente a consideración de la corte: si ahora me declaro inocente o culpable, ¿tendré después una oportunidad de recusar la acusación?

P. del T. Sí, sí, eso viene después del veredicto, os está reservado y también lo está que se os brinde asistencia legal, si es cuestión de derecho, pero lo que tenéis que hacer ahora es declararos inocente o culpable.

Después de algún breve intercambio de palabras con la corte (cosa extraña en el caso de una acusación tan clara), el reo se declaró *inocente*.

Oficial de la corona. Acusación establecida. ¿Cómo seréis juzgado?

Acusado. Por Dios y por mi pueblo.

Oficial de la corona. Dios os conceda un veredicto justo.

P. del T. Vaya, ¿cómo es esto? Aquí ha habido mucho alboroto acerca de si debíais o no ser juzgado en Exeter por vuestro pueblo, o ser traído aquí, a Londres, y ahora pedís ser juzgado por vuestro pueblo. ¿Hemos de enviaros de regreso a Exeter?

Acusado. Señoría, creía que ésa era la fórmula.

P. del T. Y lo es, hombre. He hablado así sólo por hacer una broma. Bien, que se tome juramento a los miembros del tribunal.

Se tomó el juramento. Omito los nombres. No hubo oposición por parte del acusado porque, como él dijo, no conocía a ninguna de las personas convocadas. A continuación el reo pidió que se le concediera el uso de pluma, tinta y papel, a lo que el presidente del tribunal replicó: «Bien, bien, en nombre de Dios, que se le facilite todo eso.» De inmediato se entregó al jurado el alegato habitual y el caso fue abierto por el consejero adjunto del Rey, Mr. Dolben.

Tras esto, habló el fiscal general.

—Con la venia de Vuestra Señoría y la de los señores del jurado, estoy a cargo del caso del Rey contra el reo que comparece en el banquillo. Habéis oído que está acusado de asesinato cometido en la persona de una joven. De crímenes como éste quizá podéis pensar que no son poco comunes y, por cierto, siento decirlo, en estos tiempos, casi no existe hecho tan bárbaro o antinatural del que no tengamos ejemplos cotidianos. Pero debo confesar que, en este asesinato que se imputa al acusado, hay rasgos particulares que lo caracterizan como lo que espero que pocas veces, si alguno lo ha sido, se haya perpetrado en tierras inglesas. Pues, como hemos de demostrarlo, la persona asesinada era una pobre muchacha campesina (en tanto que el prisionero es persona de posición acomodada) y, además de ello, era una joven a quien la Providencia no había otorgado el uso pleno de su *intelecto*, sino que se trataba de un ser de esos a los que por lo común se llama inocentes o simples; por tanto, un alma a la que se supondría que un caballero de la calidad del acusado más bien tendría que ignorar o, de haber advertido su existencia, ser movido a compadecer su condición desgraciada, antes que alzar la mano contra ella de la forma tan horrenda y bárbara en que os demostraremos que lo hizo.

»Ahora, comenzaremos por el principio, y os haremos conocer el asunto por su orden: hacia Navidad del año pasado, o sea el de 1683, cuando este caballero, Mr. Martin, acababa de llegar desde la Universidad de Cambridge de regreso a su pueblo natal, algunos de sus vecinos —a fin de brindarle muestras de la gentileza de que eran capaces (dado que su familia es una de las que gozan de buena posición en la comarca)—, le llevaron aquí y allí para que presenciase sus celebraciones navideñas, de modo que estuvo él cabalgando de un lado a otro, de una casa a otra, y en ocasiones, cuando el punto de destino estaba alejado, o por alguna otra razón (como la de la inseguridad de los caminos), se veía obligado a pasar la noche en una posada. Así fue que, un día o dos después de Navidad, había llegado él a la aldea en que esa joven vivía con sus padres, y se había alojado en el albergue del lugar, llamado Posada Nueva que es, según me he informado, una casa de buena reputación. Habían organizado allí un baile entre las gentes de la aldea, y Ann Clark fue llevada a la fiesta por su hermana mayor, al parecer para que se entretuviera mirando; pero dado que, como he dicho, era de entendimiento débil y, además de ello, poco agraciada de aspecto, no resultaba fácil que tomase parte activa en el baile; de modo que no había

más que estarse de pie en un rincón. El prisionero que comparece en el banquillo, al verla, hemos de suponer que por vía de broma, le pidió que bailara con él. Y a pesar de lo que su hermana y otras personas pudieran decirle para advertirle y disuadir a la joven...

P. del T. Por favor, señor fiscal, no hemos venido aquí a escuchar cuentos de fiestas navideñas que se celebran en las tabernas. No querría interrumpiros, pero sin duda tendréis para exponer asuntos de más peso que éste. Casi me atrevo a asegurar que a continuación nos diréis hasta el título de la pieza que bailaron allí.

Fiscal. Señoría, no tenemos intención de distraer a la corte con lo que no es pertinente, pero consideramos que corresponde dar a conocer cómo comenzó esta relación inadecuada; en cuanto a la pieza en cuestión, creo, por cierto, que a través de nuestras pruebas se verá que aun eso tiene una incidencia en este asunto.

P. del T. Proseguid, proseguid, en nombre de Dios, pero dispensadnos de todo lo que no sea pertinente.

Fiscal. Sin duda, Señoría, me atenderé al caso. Pero, caballeros, tras haberos dado, como me lo parece, noticia suficiente acerca de ese primer contacto entre la víctima y el prisionero, abreviaré el relato diciendo que desde ese *momento en adelante* hubo frecuentes encuentros entre ambos, porque llenaba de ilusión a la joven el hecho de haber entrado en relación (así se lo figuraba) con un pretendiente tan envidiable y, dado que él tenía la costumbre de pasar al menos una vez a la semana por la calle en que ella vivía, la joven estaba siempre aguardándole; y parece ser que habían establecido una señal: él silbaba la melodía que habían bailado en la taberna; según me han informado, se trata de una pieza muy popular en esa región, que tiene un estribillo: «*Señora, ¿querríais pasear, querríais conversar conmigo?*».

P. del T. Oh, sí, la recuerdo, era conocida en mi pueblo, en Shropshire. ¿Verdad que es algo así? (aquí su señoría silbó una parte del tema, cosa muy poco propia y que se podía considerar contraria a la dignidad de la corte, Y así, al parecer, lo advirtió él mismo, porque dijo): —Pero esto está fuera de lugar, y creo que es la primera vez que hemos tenido piezas de baile en esta corte. La mayor parte de los bailes a los que hemos dado ocasión se han celebrado en Tyburn^[19]. (Mirando al reo, que parecía muy alterado.) Decíais que la pieza era importante para vuestro caso, señor fiscal y, por mi vida, que creo que Mr. Martin concuerda en eso con vos. ¿Qué os sucede hombre? ¡Miráis como el actor que ve un fantasma!

Acusado. Señoría, me sorprende oír los datos triviales, las tonterías que se aportan contra mí.

P. del T. Bien, bien, al señor fiscal compete demostrar si son o no triviales. Pero debo deciros que, si él no aduce nada peor que lo expuesto, no tenéis mucho motivo de asombro. ¿No será que hay algo más en el fondo? Pero proseguid, señor fiscal.

Fiscal. Señoría, caballeros del jurado, todo lo que hemos sometido a vuestra consideración hasta ahora podréis muy razonablemente verlo como cosa que tiene apariencia de trivialidad. Y, sin duda alguna, si el asunto no hubiese ido más allá de la

burla hecha por un joven caballero de buena familia a una pobrecita simple, todo habría estado bien. Pero prosigamos. Podremos afirmar que después de tres o cuatro semanas, el acusado estableció relación con una joven señorita de ese pueblo, una dama que, en todo sentido, correspondía a su posición, y parecía haber surgido un entendimiento tal, que las apariencias prometían a este hombre una vida feliz y honesta. Sin embargo, al cabo de no mucho tiempo se supone que esa joven señorita, sabedora de la broma que se comentaba en la comarca acerca del prisionero y de Ann Clark, consideró que no sólo había comportamiento impropio por parte del pretendiente, sino desmedro para ella misma en que él tolerase que su nombre fuera motivo de hablillas entre los parroquianos de las tabernas; y así, sin dilaciones, con el consentimiento de sus padres, la distinguida joven hizo saber al reo que el compromiso entre ambos había llegado a un punto final. Os demostraremos que al tener conocimiento de esta noticia, el acusado se llenó de honda ira contra Ann Clark, por considerar que era ella la causa de su desventura (aunque bien se veía que nadie sino él mismo debía responder por ello), y que hizo uso de muchas expresiones ultrajantes y profirió amenazas contra la inocente y que, más tarde, en un encuentro con la muchacha, abusó de ella y también le propinó algunos latigazos, pero ella, que no era más que una pobrecita niña, no pudo ser apartada de su apego hacia él, sino que iba a su encuentro a menudo, dando testimonio, con gestos y palabras entrecortadas, del afecto que le tenía, hasta el punto de convertirse —como él lo dijo— en un verdadero azote de su vida. Con todo, como las actividades que por entonces desarrollaba le obligaran a frecuentar las cercanías de la casa en que la víctima vivía, no le era posible (y de buen grado creeríamos que lo hubiera hecho en caso contrario) evitar el cruzarse con ella de cuando en cuando. También demostraremos que éste era el estado de las cosas hasta el 15 de mayo del presente año. En ese día, mientras según era su costumbre atravesaba a caballo la aldea y veía a la muchacha, el acusado, en lugar de pasar de largo a su lado, como lo había hecho en los últimos tiempos, se detuvo, le dijo algunas palabras, ante las cuales ella pareció extraordinariamente complacida, y se marchó. Tras aquel día, no se pudo hallar a Ann Clark en sitio alguno, a pesar de la búsqueda estricta que de ella se hizo. En la siguiente ocasión en que el acusado pasó por el lugar, los familiares de la joven le preguntaron si sabía algo del paradero de ella, cosa a la que respondió con una negativa absoluta. La familia le expresó su temor de que, perdidos sus pocos sentidos por las atenciones que él le había dispensado, pudiera la joven haber incurrido en algún acto temerario contra su propia vida, recordándole cuántas y frecuentes veces ellos le habían suplicado que desistiera de poner sus ojos en la muchacha, temerosos de las desdichas que de eso pudieran derivarse, aunque también de aquello se había reído él. A pesar de ese comportamiento frívolo, fue visible en el reo, por esos días, un cambio en el aspecto y actitud, y se dijo de él que parecía un hombre preocupado. Y he aquí que hemos llegado al pasaje que no osaríamos recomendar a vuestra atención, pero que se nos revela como algo fundado en la verdad, y apoyado por

testimonios dignos de crédito. A nuestro juicio, caballeros, brinda esto un buen ejemplo de la venganza que Dios toma del asesino, y de como Él pide cuentas por la sangre del inocente.

(Aquí hizo una pausa el señor fiscal, y revolvió sus papeles: y fue tal cosa digna de atención, para mí y para otros muchos, porque no era hombre que se confundiera con facilidad.)

P. del T. Pues bien, señor fiscal, ¿cuál es vuestro caso?

Fiscal. Señoría, es bien extraño y, en verdad, de todos los casos en que he intervenido, no puedo traer a mi mente uno similar a éste. Pero para ser breves, caballeros, os presentaremos el testimonio de que Ann Clark fue vista después de ese 15 de mayo y de que, en el momento en que así fue vista, no era posible que se tratara de un ser viviente.

(Aquí hubo comentarios y risas del público y la corte pidió silencio; cuando por fin éste se hizo):

P. del T. Bien, señor fiscal, podríais guardaros este cuento hasta dentro de una semana; para entonces será Navidad y os resultaría posible aterrar a vuestras cocineras con el (a estas palabras el público volvió a reír, y también lo hizo el reo, al parecer). Por Dios, hombre, ¡qué parloteo es el que estáis soltando: fantasmas, bailes de Navidad y amigos de taberna, y aquí está en juego la vida de una persona! (Al reo): —Y a vos, señor, debo haceros saber que no hay mucho motivo para que os mostréis tan ufano. No os han traído aquí para eso y, si conozco al señor fiscal, tiene él más cosas en su legajo de las que haya mostrado hasta ahora. Proseguid, señor fiscal. Tal vez no tendría que haber hablado con tanta rudeza, aunque debéis reconocer que vuestra exposición es un tanto peregrina.

Fiscal. Nadie lo sabe mejor que yo, Señoría; pero le daré fin cambiando de frente. Os demostraré, caballeros, que el cuerpo de Ann Clark fue hallado en el mes de junio, en una poza, y que ella había sido degollada; que un cuchillo perteneciente al prisionero fue hallado en esa misma poza; que él hizo esfuerzos para recuperar del agua dicho cuchillo; que la investigación del juez pesquisidor dio lugar a un veredicto contra el acusado que comparece en el banquillo y que, por tanto, él tendría que haber sido sometido a juicio en Exeter, pero que, presentada una súplica a su favor, en vista de que no se podía hallar un jurado imparcial para él en su propio pueblo, se le concedió esta singular merced de un juicio aquí, en Londres. Y ahora continuaremos, haciendo comparecer a nuestro testigo.

Se probó así la existencia de la relación entre el reo y Ann Clark, y

también la de la investigación del juez pesquisidor. Paso por alto esta parte del juicio, ya que no presenta nada de especial interés.

El siguiente testigo fue Sara Arscott.

Fiscal. ¿Cuál es vuestra ocupación?

S. Sirvo en la Posada Nueva de...

Fiscal. ¿Conocéis al prisionero que está en el banquillo?

S. Sí; a menudo iba a nuestra casa después de la primera vez que estuvo allí para las Navidades del año pasado.

Fiscal. ¿Conocíais a Ann Clark?

S. Sí, muy bien.

Fiscal. Servíos decirnos qué aspecto tenía ella.

S. Era una muchacha muy baja y gruesa: no sé qué otra cosa os podría decir.

Fiscal. ¿Era bien parecida?

S. No, no lo era en lo más mínimo: era poco agraciada, ¡pobrecilla! Tenía una carota gorda, una gran papada colgante, y un color tan feo como el de un escuerzo.

P. del T. ¿Qué es eso, señora? ¿A qué decís que se parecía?

S. Señoría, os pido disculpas; cierta vez oí al señorito Martin diciendo que ella tenía la cara de un escuerzo; y así era.

P. del T. ¿Es eso lo que habéis dicho? ¿Podéis traducirme eso, señor fiscal?

Fiscal. Señoría, infiero que esa palabra es la que se usa en las zonas rurales para referirse a los batracios.

P. del T. ¡Oh, un sapo! Bien, adelante.

Fiscal. ¿Podéis relatar al tribunal lo que entre vos y el acusado que está en el banquillo sucedió en el pasado mes de mayo?

S. Fue así, señor. Serían sobre la nueve de la noche después de aquella en que Ann ya no volvió a casa, y me ocupaba de mis labores en la posada; el único parroquiano era Thomas Snell, y hacía un tiempo horrible. El señorito Martin entró, pidió una copa y yo, por hacer una broma, le dije: «Señorito, ¿venís en busca de vuestra novia?»; él se arrojó contra mí, que ya deseaba no haber dicho esas palabras. Me quedé muy asombrada, porque estábamos acostumbrados a bromear con él acerca de ella.

P. del T. ¿Quién es ella?

S. Ann Clark, Señoría. Aún no habíamos sabido las nuevas del compromiso del señorito con una joven señorita de otro pueblo, porque en tal caso yo habría tenido mejores modales. De modo que no le dije más, pero como estaba un poco enfadada, me puse a cantar, para mí misma por decir así, la canción que ellos bailaron cuando se conocieron, porque pensé que eso iba a picarle. Era la misma que silbaba él cuanto venía calle abajo; la he oído muchas veces: «Señora, ¿querríais pasear, querríais conversar conmigo?». Y entonces caí en la cuenta de que tenía que ir a buscar algo a la cocina. Así que fui por eso que necesitaba, y todo el tiempo seguí cantando, ya un

poco más alto y con algún descaro. Y cuando estaba allí, me pareció de pronto que oía a alguien respondiendo desde fuera de la casa, pero no estaba segura, porque el ruido del viento era muy fuerte. Así que dejó de cantar, y entonces lo oigo con toda claridad: «*Sí, señor, pasearé, conversaré con vos*», y reconocí en esa voz la de Ann Clark.

Fiscal. ¿Cómo sabéis que era la voz de esa joven?

S. No podía equivocarme. Ann tenía una voz horrible, una especie de graznido, sobre todo cuando trataba de cantar. Y nadie en el pueblo era capaz de imitarla, aunque muchos habían procurado hacerlo. Así que al oírla, me alegré, porque todos estábamos deseosos de saber qué le había pasado, porque, aunque ella era una tonta, tenía muy buena disposición y un trato dulce; y dije para mí, «¡qué niña ésta! ¿O sea que estás de vuelta, pues?» y corrí a la taberna y le dije al señorito Martin, al pasar, «señorito, ya está de vuelta vuestra novia, ¿la hago entrar?» y sin más fui a abrir la puerta; pero el señorito Martin me cogió del brazo, y me pareció que estaba fuera de juicio, o poco menos. «¡Detente mujer, en el nombre de Dios!», me dice, y no sé cuántas cosas más, que era un puro temblor. Yo me enfadé y le dije: «¡Qué! ¿No os alegráis de que esa pobrecilla haya aparecido?», y llamé a Tilomas Snell y le dije: «Si el señorito no me suelta, abre la puerta tú y hazla pasar». De modo que Thomas Snell fue y abrió la puerta, con lo que el viento se metió adentro y apagó las dos velas que daban toda la luz que teníamos. El señorito Martin dejó de sujetarme, creo que se cayó al suelo, pero estábamos enteramente a oscuras, y pasaron uno o dos minutos antes que yo encendiese una luz otra vez; mientras buscaba las cerillas, no estoy muy segura, pero oí pasos que sonaban sobre el suelo, y de lo que estoy segura es de que oí que la puerta del aparador grande de la taberna se abría y se cerraba. Entonces, al encender otra vez la vela, vi al señorito Martin sentado en un banco, todo pálido y sudoroso, como si se hubiese desmayado, con los brazos caídos a los costados; yo iba a acudir en su ayuda, pero justo entonces me pasó bajo los ojos algo que parecía un trozo de vestido cogido en la puerta del aparador, y me volvió a la cabeza eso de que había oído cómo se cerraba esa puerta. Así que pensé que tal vez alguien hubiese entrado al apagarse la luz y se hubiese escondido en el aparador. De modo que me acerqué y eché una mirada; allí había un trozo de capa de lana negra y, justo por debajo, otro pedazo de tela marrón de un vestido: los dos en la parte de abajo, como si la persona que llevaba esa ropa estuviese acurrucada dentro.

Fiscal. ¿Qué pensasteis que era aquello?

S. Lo tomé por un vestido de mujer.

Fiscal. ¿Podéis sugerir a quién pertenecía? ¿Conocíais a alguien que llevara un vestido como ése?

S. Era una tela ordinaria, por lo que pude ver. He visto a muchas mujeres que llevan ese tipo de ropa en nuestra parroquia.

Fiscal. ¿Se parecía al vestido de Ann Clark?

S. Ella solía llevar un vestido como ése; pero yo no podría decir bajo juramento

que era el vestido de Ann.

Fiscal. ¿Hicisteis alguna otra observación al respecto?

S. Me fijé en que parecía estar muy mojado: pero es que hacía muy malo afuera.

P. del T. ¿Lo tocasteis, señora?

S. No, Señoría, me daba repelús tocarlo.

P. del T. ¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Sois tan aprensiva que os desagrada tocar un vestido mojado?

S. Por cierto, Señoría, que no puedo deciros con exactitud por qué; sólo que había algo repugnante y amenazador en esa tela.

P. del T. Bien, proseguid.

S. Entonces volví a llamar a Thomas Snell, y le pedí que se acercara y cogiese a la persona que fuese a salir cuando yo abriera la puerta del aparador, y le digo: «porque hay una mujer escondida dentro, y quiero saber qué busca». Y en eso, el señorito Martin soltó un sollozo o un grito, y salió corriendo de la taberna, hacia la oscuridad, y yo sentí que la puerta del armario se abría desde dentro, mientras yo la sujetaba por fuera, y Thomas Snell me echó una mano, pero aunque procuramos mantenerla cerrada con todas nuestras fuerzas, se abrió con violencia hacia nosotros y nos caímos al suelo.

P. del T. Y, decid, ¿qué salió de allí? ¿Un ratón?

S. No, Señoría, era más grande que un ratón, pero no pude ver qué era; se deslizó muy rápidamente por el suelo y salió por la puerta.

P. del T. Veamos, veamos, ¿qué aspecto tenía? ¿Se trataba de una persona?

S. Señoría, no puedo decir lo que era, pero corría muy cerca del suelo y tenía un color oscuro. Los dos estábamos asustados, Thomas Snell y yo, pero nos dimos toda la prisa que pudimos para correr hasta la puerta, que había quedado de par en par. Y miramos hacia afuera, pero estaba oscuro y no pudimos ver nada.

P. del T. ¿No había huellas sobre el suelo? ¿Qué clase de suelo tenéis allí?

S. Son losas cubiertas de arena, Señoría, y había un rastro de pisadas húmedas, pero no pudimos aclararnos, ni Thomas Snell ni yo; como ya os he dicho, hacía una noche horrible.

P. del T. Bien, por mi parte —aunque es bien extraño lo que la testigo cuenta—, no veo qué podéis hacer con este testimonio.

Fiscal. Señoría, hemos citado a la testigo para ilustraros acerca del comportamiento sospechoso del prisionero tras la desaparición de la víctima; y pedimos al jurado que tome esto en consideración, como así también lo de la voz que se oyó fuera de la taberna.

Después el prisionero hizo algunas preguntas no muy importantes, y se citó al siguiente testigo, Thomas Snell, que prestó declaraciones en el mismo sentido que Mrs. Arscott y agregó lo siguiente:

Fiscal. ¿Pasó algo entre vos y el acusado durante el tiempo en que Mrs. Arscott se hallaba fuera de la taberna?

Th. Yo tenía unas hojas en mi bolsillo.

Fiscal. ¿Hojas de qué?

Th. Hojas de tabaco, señor, y me sentía con ganas de fumar una pipa. De modo que busqué una pipa sobre la repisa de la chimenea, y como ahí estaban las hojas, y en vista de que por un descuido me había dejado mi cuchillo en casa, y además no me quedan muchos dientes para morderlas, como su Señoría o cualquier otro bien pueden observar con sus propios ojos...

P. del T. ¿Pero qué dice este hombre? ¡Al grano, amigo! ¿Creéis que estamos sentados aquí para observar vuestros dientes?

Th. No, Señoría, ni yo lo quiero ni vos debéis hacerlo. ¡Dios no lo permita! Sé que Sus Señorías tienen mejores ocupaciones y mejores dientes, no lo pondría yo en duda.

P. del T. ¡Santo Dios, qué hombre éste! Sí, yo *tengo* mejores dientes, y así lo comprobaréis si no os atenéis al caso.

Th. Pido perdón humildemente, Señoría, pero así estaba la cosa. Y sin segundas, me tomé el atrevimiento de pedir al señorito Martin que me prestara su cuchillo para cortar mi tabaco. Él lo buscó primero en un bolsillo y después en otro, y no lo podía encontrar. Y yo digo: «¿Qué? ¿Habéis perdido vuestro cuchillo, señorito?» Él se pone de pie y busca otra vez, y se sienta, y qué gemido soltó entonces. «¡Dios mío!», dice, «si lo habré dejado allí». Y le digo: «Pero señorito, parece que *no* está allí. Si le hubieseis puesto precio», le digo, «podríais haberlo reclamado». Pero estaba sentado ahí, se cogió la cabeza con las manos y parecía que no escuchaba lo que yo le decía. Y entonces fue que Mrs. Arscott volvió de la cocina.

Preguntado sobre si había oído una voz cantando fuera de la casa, respondió «no», pero la puerta que daba a la cocina estaba cerrada y el viento soplaba con mucha fuerza; no obstante, afirma que nadie podía confundir la voz de Ann Clark.

Entonces, fue llamado a declarar un niño, William Reddaway, de unos trece años de edad; tras las preguntas habituales, hechas por el Presidente del Tribunal, quedó claro que conocía el alcance de un juramento. De modo que lo prestó. Su declaración se refería a lo sucedido más o menos una semana después.

Fiscal. Bien, pequeño, no tengas ningún temor: nada te ocurrirá, si dices la verdad.

P. del T. Sí, si dices la verdad. Pero recuerda, niño, que estás en presencia del gran Dios de los cielos y de la tierra, que posee las llaves del infierno, y de nosotros, que somos representantes del rey y tenemos las llaves de Newgate; y recuerda también que está en juego la vida de un hombre; y que si dices una mentira, y por esa causa él

tiene un mal fin, no has de ser nada más que su asesino. De modo que di la verdad.

Fiscal. Di al jurado lo que sabes, explícalo. ¿Dónde estabas la noche del 23 de mayo pasado?

P. del T. ¡Vaya! ¿Qué sabe un niño como éste de fechas? ¿Sabes de que día se trata, muchacho?

W. Sí, Señoría, era el día antes de nuestra fiesta, y yo iba a gastarme seis peniques en ella, y ese día cae un mes antes del Día de la Mitad del Verano.

Miembro del jurado. Señoría, no podemos oír lo que dice.

P. del T. Dice que recuerda el día porque es la víspera de la fiesta del pueblo y que tenía medio chelín para gastarse. Subidlo a esa mesa. Bien, niño, ¿y dónde estabas tú ese día?

W. Guardando las vacas en el brezal, Señoría.

Pero, dado que el niño se expresaba en un lenguaje rústico, su Señoría no era capaz de comprenderle por completo, de modo que preguntó si había alguien que pudiese servir como intérprete, y se le dijo que se hallaba presente en la sala el pastor de la parroquia, a quien se tomó juramento, y así continuó la declaración del testigo. El muchacho dijo:

—Yo estaba en el brezal sobre las seis, sentado detrás de unas matas de retama, cerca de una poza; y llegó el acusado con muchas precauciones, mirando a su alrededor, con algo así como una pértiga larga en la mano, y se estuvo quieto un buen rato, como si quisiera escuchar algo, y después empezó a remover el agua con la pértiga. Como yo estaba muy cerca del agua —a cinco yardas o menos—, oí como si la pértiga diera contra algo que hizo el ruido de una cosa que se revuelve en el fango, y el acusado dejó caer el palo y él mismo se arrojó al suelo, y rodó de un modo muy raro, tapándose las orejas con las manos, y después de un rato se enderezó y se marchó a rastras.

Preguntado sobre si había mantenido alguna comunicación con el acusado, respondió.

—Sí; un día o dos antes, el prisionero, que había oído decir que yo iba al brezal a menudo, me preguntó si había visto un cuchillo por allí y me dijo que me daría seis peniques si lo encontraba. Y le dije que no había visto nada de eso, pero que preguntaría. Entonces me dijo que me daría seis peniques para que no dijera nada, y así lo hizo.

P. del T. ¿Y fueron esos seis peniques los que tenías para gastarte en la fiesta del pueblo?

W. Así es, Señoría, si no disponéis otra cosa.

Preguntado sobre si había observado algo particular con respecto a la poza, dijo:

—No, como no fuese que había empezado a tener muy mal olor y las vacas no

querían beber allí desde varios días antes.

Preguntado sobre si alguna vez había visto juntos al reo y a Ann Clark, comenzó a llorar con fuerza, y pasó un largo rato antes que pudieran hacerle hablar en forma inteligible. Por fin, el pastor de la parroquia, Mr. Matthews, logró calmarle y, formulada otra vez la pregunta, dijo que había visto a Ann Clark esperando en el brezal a que el acusado pasara a cierta distancia, varias veces desde las últimas Navidades.

Fiscal. ¿La has visto de cerca, puedes asegurar que era ella?

W. Sí, estoy seguro.

N. del T. ¿Por qué estás tan seguro, hijo?

W. Porque estaba allí brincando y batiendo los brazos como un ganso (al que denominó con un vocablo típico de los campesinos, pero el pastor explicó que se trataba de un ganso). Y, además, ella tenía una figura que no podía confundirse con la de ninguna otra persona.

Fiscal. ¿Cuándo la viste por última vez?

El testigo comenzó a llorar de nuevo y se abrazó a Mr. Matthews, quien le rogó que no se asustara. Por último, el niño continuó con su relato: un día antes de la fiesta del pueblo (que era la misma tarde de la que había hablado al principio), cuando el reo se marchó, en momentos en que caía la noche y él estaba muy ansioso de volver a casa, pero temeroso de moverse —no fuera cosa que el acusado le viese— se quedó durante unos minutos detrás de las matas, mirando la poza; vio que algo negro se alzaba del agua, salía por el borde de la poza más alejado del sitio en que estaba él, y subía por la orilla. Cuando la figura llegó arriba, donde podía verla dibujada contra el cielo, advirtió que se detenía, batía los brazos de arriba abajo, y después corría a toda velocidad en la misma dirección que había tomado el prisionero. A la severa y estricta pregunta sobre quién pensaba que podía ser esa figura, respondió bajo juramento que tenía que tratarse de Ann Clark.

A continuación fue llamado a prestar declaración el amo del niño, quien dijo que el chico había regresado muy tarde aquella noche, que había recibido un buen regaño por ello, y que lo había visto muy alterado, pero no pudo explicar el motivo.

Fiscal. Señoría, hemos presentado nuestras pruebas en nombre del Rey.

De inmediato su Señoría, el Presidente del Tribunal, instó al reo a defenderse, cosa que él hizo, aunque no muy prolongadamente y con unas maneras vacilantes, diciendo que esperaba que el jurado no le condenara a muerte por las declaraciones de un grupo de campesinos y niños que eran capaces de creer cualquier cuento tonto; que ese juicio le había producido muchos contratiempos; aquí le interrumpió el

Presidente del Tribunal, diciéndole que había gozado de un favor muy especial cuando no se había celebrado el juicio en Exeter, a lo que el prisionero asintió y corrigió sus palabras, explicando que, desde que fuera llevado a Londres, no se habían tomado precauciones para que él no se viese interrumpido o perturbado. Ante lo cual el Presidente del Tribunal ordenó que se citara al alguacil y le interrogó acerca de la salvaguarda del prisionero, pero sin hallar nada de particular, excepto que el alguacil declaró que un guardia le había comunicado que habían visto una persona junto a la puerta, o subiendo las escaleras hacía allí, si bien no había posibilidad de que esa persona se introdujese en la cárcel. Y al posterior interrogatorio acerca de la clase de persona de que podía tratarse, el alguacil respondió que no se hallaba en condiciones de hablar sino por lo que le habían contado, algo que no estaba permitido hacer. Al preguntar al reo si se refería a eso, contestó que no, que nada sabía él de ese hecho, pero que era muy duro que a un hombre no se le permitiera estar en paz cuando se hallaba en juego su vida. Sin embargo, se observó con cuánta prisa había dado una respuesta negativa. De modo que el reo ya no dijo más y no aportó otros testimonios. A continuación el Fiscal general habló al jurado. [De lo que él dijo hay transcripción completa y, si el espacio lo permite, extrastraré los pasajes en que alude a la alegada aparición de la víctima: cita algunas autoridades de tiempos antiguos, como *De cura pro mortuis gerenda*, de san Agustín (un libro de referencia acerca de fenómenos sobrenaturales, favorito de los autores de otras épocas), y también cita algunos casos que pueden ser consultados en las obras de Glanvil, aunque estén mejor tratados en las de Lang. Sin embargo, no nos dice acerca de esos casos mucho más de lo que se pueda hallar ya impreso.]

El Presidente del Tribunal resumió entonces las pruebas para el jurado. Su discurso, una vez más, no contiene nada que me parezca digno de cita; pero, naturalmente, se mostró impresionado por el carácter singular de las declaraciones, y aseguró que nunca había oído cosas tales en todos sus años de experiencia; pero que en la ley no había nada que dejara de lado esa clase de cosas, y que los miembros del jurado debían considerar si creían o no en aquellos testimonios.

Tras una breve deliberación, el jurado declaró culpable al prisionero.

De inmediato, se preguntó a éste si tenía algo que decir que pudiese demorar la sentencia, y adujo que su nombre estaba mal escrito en la acusación, ya que lo estaba con *i*, cuando debía serlo con *y*. Pero la alegación fue desechada por improcedente, y el Fiscal, además, afirmó que podía aportar pruebas para demostrar que el reo mismo, algunas veces, había escrito su apellido tal como figuraba en la acusación. Como el prisionero no tuviese nada más que aducir, se le leyó la sentencia de muerte: una vez encadenado, se le colgaría de una horca cerca del sitio en que fuera cometido el crimen, y la ejecución tendría lugar el día 28 de diciembre próximo, es decir, el Día de Inocentes.

A todo esto, en visible estado de desesperación, el prisionero cambió de actitud

para suplicar a su Señoría que se permitiera a sus familiares verle durante el breve tiempo de vida que le restaba.

P. del T. Accedo de todo corazón, siempre que sea en presencia del guardia. También Ann Clark está autorizada a visitaros, en lo que a mí respecta.

Ante esas palabras, el prisionero estalló y dijo a su Señoría que no usara tales palabras con él, y su Señoría, muy airado, le respondió que no abrigaba consideración para las manos de cualquier hombre que fuese un cobarde y sangriento asesino sin los redaños necesarios para hacerse cargo de las consecuencias de sus actos. «Y espero en Dios», dijo, «que ella esté con vos noche y día, hasta que llegue vuestro fin». El prisionero fue llevado fuera de la sala y, mientras pude verle, iba como desvanecido. La corte se disolvió.

No puedo por menos de observar que el prisionero; en todo el transcurso del juicio parecía estar más incómodo de lo que es corriente aun en casos de pena capital; que, por ejemplo, miraba con atención hacia el público y a menudo se volvía en un movimiento brusco; como si alguien le hubiese hablado al oído. También era muy notable en este juicio el silencio que guardaban los asistentes, y además (aunque ello pudiera ser tan sólo un hecho natural, dada la época del año), también lo eran la penumbra y oscuridad que había en la sala, a la que hubieron de llevar luces no mucho después de las dos de la tarde, a pesar de que no había niebla en la ciudad.

No carecía de interés lo que oí tiempo más tarde de labios de unos jóvenes músicos que habían hecho una presentación en la aldea de la que hablo: una acogida muy fría fue la que se dispensó a la canción mencionada en este relato, «*Señora, ¿queréis pasear?*» En una conversación que sostuvieron a la mañana siguiente con algunas personas del lugar se vino a advertir que esa canción era mirada con una repugnancia invencible; no era así, según creían, en la zona norte del pueblo, pero ellos consideraban que traía mala suerte. Sin embargo, nadie tenía ni siquiera la sombra de una idea de por qué se pensaba aquello.

CORAZONES PERDIDOS

FUE, según creo, en septiembre de 1811 cuando una silla de posta llegó a las puertas de Aswarby Hall, en el corazón de Lincolnshire. En cuanto el carruaje se detuvo descendió su único pasajero, un niño, que manifestó una intensa curiosidad durante los breves instantes que transcurrieron entre el sonar de la campanilla y el abrirse de la puerta principal. Erguía-se ante él una casa de ladrillo rojo, alta y cuadrada, construida en la época de la reina Ana, a la que habían añadido un pórtico de pilares de piedra, en el más puro estilo clásico de 1790. Tenía muchas ventanas, altas y estrechas, con pequeños paneles de cristal y gruesos marcos de madera blanca. Coronaba el frente un tímpano con una ventana circular, y galerías con curiosos ventanales, sostenidas por columnatas, comunicaban las alas del edificio con el cuerpo principal. Dichas alas estaban destinadas a los establos y dependencias de servicio, y cada una de ellas culminaba en una cúpula ornamental con una veleta dorada.

La luz del atardecer hería la fachada y convertía cada ventana en una hoguera. Un vasto parque extendíase frente a la residencia cubierto de robles y orlado de abetos que se destacaban contra el cielo. A lo lejos, los árboles casi ocultaban el capitel de una iglesia, en cuya veleta dorada reverberaba la luz del sol, y cuyo reloj daba las seis, mientras el viento difundía el dulce tañido de las campanas. El niño, mientras esperaba que le abrieran la puerta, gozaba de la sensación placentera —aunque no desprovista de cierta melancolía, típica de una tarde otoñal— que transmitía el conjunto.

La silla de posta lo había traído desde Warwickshire, donde, hacía unos seis meses, había quedado huérfano, para que se estableciera en Aswarby, gracias a la generosa invitación de su anciano primo, Mr. Abney. Nadie esperaba esta invitación, puesto que cuantos conocían a Mr. Abney lo consideraban algo así como un austero eremita, en cuya metódica vida la llegada de un niño introduciría un elemento nuevo y al parecer incongruente. Nadie, en realidad, sabía mucho sobre las ocupaciones o el carácter de Mr. Abney. Alguien había escuchado un comentario del profesor de griego de Cambridge, según el cual nadie poseía mayor información sobre las creencias religiosas de los últimos paganos que el propietario de Aswarby. Su biblioteca, por cierto, congregaba cuanto volumen existente en aquella hubiera sobre los Misterios, los poemas órficos, el culto de Mitra y los neoplatónicos. En el hall, embaldosado en mármol, se levantaba una delicada escultura de Mitra matando a un toro, importada del Levante a elevado precio. Mr. Abney había enviado una descripción de la misma al *Gentleman's Magazine*, y había escrito una serie de interesantes artículos sobre las supersticiones de los romanos del Bajo Imperio para el *Critical Museum*. Juzgábase, en fin, un hombre consagrado a sus libros, y más sorprendía a sus vecinos el que hubiera sabido algo sobre su primo huérfano, Stephen

Elliott, que su oferta de alojarlo en Aswarby Hall.

Pero, al margen de lo que esperaban sus vecinos, lo cierto es que Mr. Abney —el alto, delgado, austero Mr. Abney— parecía dispuesto a ofrecer a su joven primo una amable recepción. En cuanto se abrió la puerta principal, el anfitrión se apresuró a abandonar su estudio, frotándose las manos con deleite.

—¿Cómo estás, muchacho? ¿Cómo estás? ¿Qué edad tienes? —dijo—. Espero que el viaje no te haya cansado tanto como para hacerte perder el apetito.

—No, gracias señor —respondió el joven Elliott—. Estoy muy bien.

—¡Eres un buen muchacho! —dijo Mr. Abney—. ¿Y cuántos años tienes?

Parecía un poco raro, en verdad, que repitiera dos veces la misma pregunta en los primeros dos minutos del encuentro.

—Pronto cumpliré los doce años, señor —dijo Stephen.

—¿Y cuándo es tu cumpleaños, querido? El once de septiembre, ¿verdad? Muy bien, muy bien. ¿Dentro de casi un año, entonces? Me gusta, bueno, me gusta asentar esos datos en mi libro. ¿Seguro que doce años? ¿Seguro?

—Sí, señor, completamente seguro.

—¡Bueno, bueno! Llévelo a la habitación de Mrs. Bunch, Parkes, y que tome su té, su cena, lo que sea...

—Sí, señor —asintió el grave Mr. Parkes, y condujo a Stephen a un sector más subalterno de la casa.

Mrs. Bunch era la persona más cálida y humana que Stephen había conocido hasta entonces en Aswarby. Lo hizo sentir como en su casa; al cuarto de hora ya eran grandes amigos, y continuaron siéndolo siempre. Mrs. Bunch había nacido en las inmediaciones, unos cincuenta y cinco años antes de la llegada de Stephen, y hacía unos veinte años que vivía en esa casa. Por lo tanto, si alguien podía estar al tanto de cuanto sucedía en la residencia o en el distrito, ese alguien era ella, que de ningún modo se negaba a transmitir su información.

Había, por cierto, cantidad de cosas sobre Aswarby Hall y sus parques que Stephen, de carácter aventurero e inquisitivo, deseaba que le explicaran.

—¿Quién construyó el templo que está al final de la avenida de laureles? ¿Quién era el anciano cuyo retrato cuelga sobre la escalera, sentado ante una mesa y apoyando la mano en una calavera?

Tales preguntas, y otras similares, hallaban minuciosa aclaración gracias a la prodigiosa capacidad de Mrs. Bunch. Las había, no obstante, que encontraban respuestas menos satisfactorias.

Una tarde de noviembre, Stephen estaba sentado junto al fuego en la habitación del ama de llaves y reflexionaba sobre cuanto le rodeaba.

—¿Mr. Abney es un hombre bueno? ¿Irás al paraíso? —preguntó de pronto, con esa peculiar confianza que los niños depositan en sus mayores para que solucionen ciertos problemas cuyo arbitrio, se supone, incumbe a otros tribunales.

—¿Si es bueno? ¡Que Dios lo bendiga! —exclamó Mrs. Bunch—. ¡El señor es la

mejor persona que conozco! ¿Nunca le hablé del pequeño que recogió en la calle, como quien dice, hace siete años? ¿Ni de la niña, dos años después de que yo entrara a su servicio?

—No, cuénteme, por favor, Mrs. Bunch, y ahora mismo.

—Bueno —repuso Mrs. Bunch—, de la pequeña no me acuerdo mucho. Sé que el señor la trajo consigo al volver de uno de sus paseos y le ordenó a Mrs. Ellis, que por aquel entonces era el ama de llaves, que le diese todo lo que necesitara. La pobrecita no tenía a nadie en el mundo (así me lo dijo ella misma) y vivió aquí unas tres semanas. Luego, a lo mejor porque tenía en las venas algo de sangre gitana, o vaya uno a saber por qué, desapareció una mañana antes de que nos despertáramos, y desde entonces nadie encontró el menor rastro de ella. El señor se preocupó muchísimo e hizo dragar todas las lagunas, pero para mí que se fue con los gitanos porque la noche que desapareció oímos canciones cerca de la casa, durante casi una hora, y Parkes afirma que los escuchó gritar toda esa tarde en el bosque. Pobrecita; era una niña muy rara, tan callada y arisca; pero yo me llevaba muy bien con ella. Parecía tan dócil... es sorprendente.

—¿Y qué pasó con el muchacho? —preguntó Stephen.

—¡Ah, pobrecito! —contestó Mrs. Bunch—. Era extranjero. Jevanny, se llamaba. Llegó un día de invierno, tocando un organillo. El señor lo llamó y le hizo muchas preguntas: que de dónde venía, que cuál era su edad, que cómo había viajado, que dónde estaban sus parientes; todo con la mayor de las ternuras. Pero pasó lo mismo que con la niña. Son gente un poco huraña, estos extranjeros, creo yo... Desapareció una mañana, igual que la pequeña. Por qué se fue y qué se hizo de él fue lo que nos preguntamos durante más de un año. Además, ni siquiera se llevó su organillo. Allí está, sobre ese estante.

Stephen dedicó el resto de la tarde a interrogar a Mrs. Bunch sobre otras cosas y a tratar de arrancar algún sonido al organillo.

Esa noche tuvo un sueño muy curioso. Al final del corredor del piso alto, donde se encontraba su dormitorio, había un viejo cuarto de baño en desuso. Se lo mantenía cerrado, pero la parte superior de la puerta tenía un panel de cristal y, puesto que las cortinas de muselina que solían taparlo ya habían desaparecido, se podía distinguir, al mirar a través del cristal, una bañera de plomo fijada a la pared de la derecha, con la cabecera hacia esa ventana.

La noche a que aludo, Stephen Elliott creyó encontrarse ante el panel de cristal. La luna iluminaba el cuarto de baño y él pudo ver una imagen en la bañera.

Vio algo cuya descripción me recuerda lo que yo mismo tuve ocasión de observar en las famosas criptas de la iglesia de Saint Michan, en Dublín, que poseen la atroz característica de preservar los cadáveres de la descomposición durante siglos. Una figura increíblemente delgada y patética, de un color entre terroso y plomizo, envuelta en algo similar a una mortaja, en cuyo lívido rostro los labios se curvaban en una sonrisa débil y espantosa; convulsivamente, apretaba las manos sobre el corazón.

De sus labios, mientras Stephen la miraba, pareció brotar un gemido distante y casi inaudible, y sus brazos comenzaron a agitarse. El terror hizo retroceder a Stephen, que despertó para comprobar que, en efecto, estaba de pie sobre el helado piso de madera del pasillo, bajo la luz de la luna. Con una audacia poco común en un niño de su edad, se acercó a la puerta del baño para verificar si la figura de su sueño realmente estaba allí. Nada vio, y regresó luego a su cama.

Su relato, a la mañana siguiente, impresionó tanto a Mrs. Bunch que volvió a colocar de inmediato la cortina de muselina sobre la puerta del baño. Mr. Abney, por su parte, demostró vivo interés cuando Stephen le confió sus experiencias durante el desayuno, e hizo anotaciones en lo que él llamaba «su libro».

Se acercaba el equinoccio de primavera y Mr. Abney, que no cesaba de recordárselo a su primo, añadía que los antiguos siempre habían juzgado esa época muy crítica para los jóvenes; le recomendaba, por lo tanto, que se cuidara mucho y cerrara la ventana de su dormitorio por las noches; Censorinus, decía, proporcionaba valiosos datos sobre ese tema. En esos días, tuvieron lugar dos incidentes que preocuparon a Stephen.

El primero ocurrió después de una noche harto inquieta y opresiva, aunque él no pudo recordar, al día siguiente, ningún sueño en particular.

Esa tarde Mrs. Bunch arreglaba la camisa de dormir de Stephen.

—¡Por Dios, señorito Stephen! —estalló de pronto más bien irritada—. ¿Cómo puede destrozar así su camisa? ¿No ve el trabajo que tiene que tomarse esta pobre sirvienta, cosiendo y remendando por su culpa?

La prenda, en efecto, presentaba desgarrones y roturas al parecer injustificables, que sin duda requerirían, para ser reparados, una aguja muy hábil. Sólo se encontraban en el lado izquierdo del pecho; se trataba de estrías paralelas, de unas seis pulgadas de longitud, y algunas habían perforado la tela. Stephen ignoraba por completo su origen; estaba seguro, dijo, de que no se encontraban allí la noche anterior.

—Pero, Mrs. Bunch —agregó—, son exactamente iguales a los arañazos que tiene la puerta de mi dormitorio, en la parte de afuera. ¡Y estoy seguro de que nunca tuve nada que ver con ellos!

Mrs. Bunch le miró sorprendida; luego tomó una vela, abandonó la habitación y subió las escaleras. Regresó a los pocos minutos.

—Bueno, señorito Stephen —dijo—. No puedo explicarme quién pudo hacer esas marcas y arañazos. Están demasiado altas para un perro o un gato, y mucho más para una rata; parecen hechas por las uñas de un chino, como solía contarnos mi tío, el traficante de té, cuando éramos niñas. Si yo fuera usted, mi querido señorito Stephen, no le diría nada al amo; me limitaría a echar la llave a la puerta al irme a la cama.

—Siempre lo hago, Mrs. Bunch, en cuanto rezo mis oraciones.

—¡Así me gusta, muchacho! Reza tus oraciones y nadie podrá hacerte daño.

Nada más dijo Mrs. Bunch y, hasta la hora de acostarse, se dedicó a arreglar la

camisa destrozada, tarea que sólo interrumpía para sumirse en hondas reflexiones. Esto sucedió la noche de un viernes, en marzo de 1812.

La tarde siguiente, la habitual pareja formada por Stephen y Mrs. Bunch se amplió con la súbita presencia de Mr. Parkes, el mayordomo, que normalmente se mantenía aparte en sus propios dominios. No vio a Stephen; demostraba desconcierto y fue más locuaz que de costumbre.

—¡El amo debería subirse su propio vino si quiere tomarlo por la noche! —fue lo primero que dijo—. No pienso hacerlo más que a la luz del día, Mrs. Bunch. No sé qué sucede; quizá sean ratas o el viento que se filtra en la bodega, pero ya no soy joven y no puedo soportarlo como antes.

—Bueno, Mr. Parkes, usted sabe que es muy sorprendente que haya ratas aquí nada menos, en Aswarby.

—No lo niego, Mrs. Bunch; y para serle franco, varias veces escuché a los hombres del astillero contar historias sobre una rata que podía hablar. Nunca las creí antes, pero esta noche, si me hubiese rebajado a apoyar la oreja sobre la puerta de la celda más distante, estoy seguro de que habría oído lo que decían.

—¡Oh, Mr. Parkes, qué son esas fantasías! ¡Nada menos que ratas... y conversando en nuestra bodega!

—Está bien, Mrs. Bunch, no quiero discutir con usted; pero igual le diré que si usted se decide a ir hasta la celda más distante y a apoyar la oreja sobre la puerta, comprobará que tengo razón.

—¡Pero qué tonterías, Mr. Parkes! ¡Y para colmo las dice delante de un chico! ¿No ve que va a asustar tanto al señorito Stephen que le va a enloquecer?

—¡Qué! ¿El señorito Stephen? —exclamó Parkes, que de pronto reparó en la presencia del niño—. El señorito Stephen sabe muy bien cuándo bromeo con usted, Mrs. Bunch.

En efecto, el señorito Stephen lo sabía demasiado bien como para creer que Mr. Parkes hubiese tenido intenciones de gastar una broma. Se sentía interesado, no muy placenteramente, en el asunto; pero en vano interrogó al mayordomo para que le detallara sus experiencias en la bodega.

Así llegamos al 24 de marzo de 1812. Fue un día de extrañas experiencias para Stephen: un día ventoso y turbulento, que colmaba la casa y los parques con una vaga impresión de desasosiego. Mientras, desde el seto, contemplaba el parque, le pareció que un infatigable cortejo de seres invisibles se deslizaba junto a él, arrastrados por el viento hacia un paraje desconocido, debatiéndose en vano por aferrarse a algo que impidiera su vuelo y los reintegrara al mundo de los vivos, del que habían formado parte. Después del almuerzo, Mr. Abney le dijo:

—Stephen, hijo mío, ¿podrás arreglártelas para venir esta noche a mi estudio, alrededor de las once? Hasta entonces estaré ocupado, y quisiera mostrarte algo relacionado con tu futuro, algo que es muy importante que conozcas. No debes

mencionarle nada a Mrs. Bunch ni a ninguna persona de la casa; y será mejor que te retires a tu cuarto a la hora de costumbre.

Una nueva emoción se agregaba a la vida de Stephen: estar levantado hasta las once, oportunidad que él de ningún modo dejaría escapar. Esa noche, al subir las escaleras, miró por la puerta de la biblioteca y vio un brasero —que, según recordaba, siempre estaba en un rincón de la habitación— colocado junto al fuego; había sobre la mesa un copón de plata, lleno de vino y cerca de él unas hojas escritas. Mr. Abney arrojaba en el brasero incienso que extraía de una caja de plata, redonda, y no pareció notar la presencia de Stephen.

El viento se había calmado; era una apacible noche de plenilunio. Alrededor de las diez, Stephen miraba por la ventana abierta de su dormitorio. Pese a la serenidad de la noche, los enigmáticos pobladores de esos bosques distantes, bañados por la luna, aún no se habían sosegado. De vez en cuando extraños chillidos, como de criaturas errantes y desesperadas, perforaban la atmósfera circundante. Tal vez fueran los gritos de lechuzas o aves acuáticas, aunque no guardaban semejanza con ningún sonido. ¿Acaso se acercaban? Pronto resonaron en la orilla más próxima a la laguna, y pocos minutos después parecían conmover los arbustos. Luego cesaron; pero, cuando Stephen iba a cerrar la ventana y proseguir la lectura de *Robinson Crusoe*, vio de pronto, en el sendero de grava que se extendía entre la casa y los parques, dos figuras: al parecer, un muchacho y una niña. Permanecían juntos, con los ojos elevados hacia las ventanas. Algo en el aspecto de la niña le recordó irresistiblemente su sueño de la figura en el baño. El muchacho le inspiraba un profundo terror.

La niña permaneció quieta, casi sonriente, con los brazos cruzados sobre el pecho; el muchacho —delgado, cabellos negros, las ropas desgarradas— alzó las manos con un gesto amenazador, como si lo dominara un ansia voraz e implacable. La luna iluminó sus manos, casi transparentes, y Stephen advirtió que las uñas, que la luz atravesaba, eran espantosamente largas. Al elevar los brazos, puso al descubierto un espectáculo terrorífico; mostró una negra y profunda herida que le partía el costado izquierdo del pecho; y Stephen percibió —en su cerebro más que en sus oídos— uno de esos ávidos y desolados alaridos que durante el atardecer habían resonado en los bosques de Aswarby. La terrible pareja se deslizó de inmediato, sobre la grava, suave y silenciosamente, mientras él la observaba. Presa de un indecible terror, decidió tomar la vela y descender hasta el estudio de Mr. Abney, pues ya casi era la hora acordada para el encuentro. El estudio o biblioteca comunicaba con el hall de entrada, y Stephen, urgido por el temor, no tardó en llegar. Pero entrar no fue tan fácil como suponía. La puerta no estaba cerrada; de ello estaba seguro, pues la llave se encontraba en la parte de afuera, como de costumbre; pero sus insistentes golpes no obtuvieron respuesta. Mr. Abney estaba ocupado: se escuchaba su voz. Pero, ¿por qué intentaba gritar?, ¿y por qué el grito se estrangulaba en su garganta? ¿Acaso también él había visto a los misteriosos niños? Prevaleció al fin un profundo silencio y la puerta cedió ante los frenéticos y aterrados golpes de Stephen.

Sobre el escritorio de Mr. Abney se hallaron ciertos papeles gracias a los cuales Stephen Elliott pudo aclarar —cuando tuvo edad suficiente para entenderlos— todo lo ocurrido. Transcribo los párrafos más importantes:

«Los antiguos (acerca de cuya sabiduría en estos asuntos tengo suficiente experiencia como para confiar plenamente en sus afirmaciones) creían con firmeza que, mediante la realización de ciertas operaciones —de naturaleza harto bestial, desde el punto de vista de nosotros, los hombres modernos—, se puede alcanzar una extraordinaria expansión de las facultades del espíritu. Por ejemplo: mediante la absorción de las personalidades de cierto número de semejantes, un individuo puede obtener un ascendiente total sobre aquellas categorías de seres espirituales que dominan las fuerzas primordiales del universo.

»Regístrase que Simón el Mago era capaz de volar, de volverse invisible o de asumir la forma que escogiera, gracias a la mediación del alma de un muchacho al cual —para apelar a la injuriosa expresión adoptada por el autor de las *Clementine Recognitions*— él había “asesinado”. Además, los escritos de Hermes Trismegisto explican con minucioso detalle que los mismos felices resultados pueden obtenerse mediante la absorción de los corazones de por lo menos tres seres humanos, todos ellos menores de veintiún años. Dediqué la mayor parte de los últimos veinte años a comprobar la veracidad de esta fórmula; elegí como *corpora vilia* de mis experimentos a personas que pudiesen desaparecer sin que su ausencia llamara la atención. Di el primer paso eliminando a una tal Phoebe Stanley, una niña de origen gitano, el 24 de marzo de 1792. El siguiente, suprimiendo a un muchacho vagabundo, un italiano llamado Giovanni Paoli, la noche del 23 de marzo de 1805. La última “víctima” —para recurrir a un vocablo que repugna en alto grado a mis sentimientos — será mi primo, Stephen Elliott, hoy, 24 de marzo de 1812.

»La mejor forma de conseguir una absorción adecuada es extraer el corazón del sujeto *aún con vida*, reducirlo a cenizas y mezclar dichas cenizas con cerca de una pinta de vino rojo, preferiblemente oporto. Será conveniente ocultar muy bien los restos de por lo menos los dos primeros sujetos: un cuarto de baño en desuso o una bodega se prestan perfectamente para tal propósito. Acaso se experimenten ciertas molestias, suscitadas por la parte psíquica de dichos sujetos, a la que el habla popular dignifica con el nombre de fantasmas. Pero el hombre de temperamento filosófico (el único adecuado para llevar a cabo el experimento) dará escasa importancia a los débiles esfuerzos que esas criaturas hagan por vengarse. Contemplo con viva satisfacción la existencia libre y prolongada que el experimento, de tener éxito, ha de conferirme; no sólo me colocará más allá de la así llamada justicia de los hombres, sino que eliminará casi por completo hasta la perspectiva de la muerte misma.»

Encontraron a Mr. Abney en su silla, con la cabeza hacia atrás y una expresión de furia, miedo e intolerable dolor pintada en el rostro. Un profundo tajo le laceraba el pecho, dejando el corazón al descubierto. No había sangre en sus manos, y el largo

cuchillo que yacía sobre la mesa estaba perfectamente limpio. Acaso un gato montés, enfurecido, había causado las heridas. La ventana del estudio estaba abierta y, en opinión del funcionario judicial, Mr. Abney habría hallado la muerte por obra de algún animal salvaje. Pero el examen de los papeles que acabo de citar condujo a Stephen a una conclusión hartamente diversa.

CUENTO NOCTURNO

EN los libros antiguos, nada es más común que la descripción de las reuniones invernales, junto al fuego del hogar, en las que la anciana abuela narra a un corro de niños, suspendido en sus labios, cuento tras cuento de fantasmas y hadas, y llena a sus oyentes de un terror placentero. Pero nunca se nos hace saber qué relatos son esos. Por cierto que oímos hablar de espectros envueltos en sábanas, con ojos prominentes, y —más intrigante aún— de «Cabezas calvas y Huesos Sangrientos», (una expresión que el Diccionario Oxford testimonia por primera vez en 1550), pero el contexto de estas imágenes estremecedoras escapa a nuestro conocimiento.

Aquí hay, pues, un problema que desde hace tiempo atrás me obsesiona; pero no veo medios de darle una solución final. Las abuelas ancianas han desaparecido y, en Inglaterra, los recopiladores de folclore comenzaron su tarea demasiado tarde para conservar la mayoría de los relatos de aquellas viejecitas. Sin embargo, ese tipo de cosas no muere con facilidad, y la imaginación, trabajando sobre datos dispersos, puede reproducir el cuadro de una charla nocturna, tal como el de *Conversaciones nocturnas*, de Mrs. Marcet, o *Diálogos sobre química* de Joyce, y *La filosofía de andar por casa hace una ciencia seria* de algún otro escritor, obra destinada a desaparecer, ya que pretendía que el Error y la Superstición fuesen sustituto de la luz de la Utilidad y de la Verdad. Y los términos en que se pinte ese cuadro podrían ser éstos:

Charles: Papá, creo que ahora comprendo las propiedades de la palanca, después de tu gentil explicación del sábado; pero desde entonces estoy muy perplejo pensando en el péndulo, y me he preguntado por qué, cuando lo paras, el reloj no marcha ya más.

Padre: (¡Revoltoso, tú has estado tocando el reloj del salón! ¡Ahora verás! *No, esto tiene que ser un comentario fuera de lugar, que alguien ha colado en el texto.*) Bien, hijo mío, aunque no apruebo por completo tu idea de hacer, sin mi supervisión, experimentos que quizá perjudiquen la integridad de un instrumento científico valioso, trataré de explicarte lo mejor que pueda los principios del péndulo. Tráeme un trozo de cordel fuerte del cajón de mi escritorio, y dile a la cocinera que sea tan amable de facilitarte una de esas pesas que usa en la cocina.

Y hasta aquí hemos llegado.

¡Qué distinta será la escena en un hogar en el que no hayan penetrado todavía los rayos de la Ciencia! El dueño de la casa, un caballero, fatigado por una larga jornada de caza de codornices, repleto de comida y bebida, ronca a un lado de la chimenea. Su anciana madre está sentada frente a él, haciendo punto, y los niños (Charles y Fanny, no Harry y Lucy, quienes jamás lo hubiesen soportado) se apoyan en las rodillas de su abuela.

Abuela: Ahora, niños, tenéis que portaros muy bien y estaros callados, para que

no despierte vuestro padre, que ya sabéis qué pasa cuando eso ocurre.

Charles: Sí, lo sé: se pondrá negro como un demonio y nos mandará a la cama.

Abuela: (*deja la labor de punto y habla con severidad*): ¿Qué es eso? ¿No te da vergüenza, Charles? Ésa no es forma de hablar. *Iba* a contaros un cuento, pero si dices esas cosas, no lo haré. (*Gritos contenidos*: «¡Oh, abuela!») ¡A callar, a callar! ¡Ahora sí que *habéis despertado* a vuestro padre!

El Caballero (*la lengua pastosa*): Oye, madre, si no puedes mantener callados a los críos...

Abuela: ¡Sí, John, sí! Es terrible. Acabo de decirles que si vuelven a alborotar, se irán a dormir.

El Caballero vuelve a dormirse.

Abuela: Bien, niños, ¿qué os había dicho yo? *Tenéis* que ser buenos y estaros tranquilos. Y os diré qué vamos a hacer: mañana iréis a coger grosellas, y si traéis a casa una buena cesta, os prepararé mermelada.

Charles: ¡Sí, abuela, haznos mermelada! Yo sé dónde están las mejores grosellas: hoy las he visto.

Abuela: ¿Dónde las has visto, Charles?

Charles: En ese sendero que sube hasta detrás de la cabaña de Collins.

Abuela (*deja caer la labor*): ¡Charles! Sea como sea, no te atrevas a coger ni una sola grosella en ese camino. ¿No sabes...? Pero, ¿cómo ibas a saber? Mira en lo que estoy pensando. En fin, recuerda lo que te he dicho.

Charles y Fanny: Pero ¿por qué, abuela? ¿Por qué no podemos coger grosellas allí?

Abuela: ¡Basta! ¡Basta! Está bien, os lo contaré, pero no debéis interrumpirme. Vamos a ver. Cuando yo era muy pequeña, ese sendero tenía mala fama, aunque ahora la gente no parece acordarse. Un día —vaya, por Dios, si lo recuerdo como si fuese hoy— le dije a mi pobrecita madre, a la hora de la cena —era una noche de verano—, le dije que había salido a pasear, y que había regresado bajando por ese camino, y le pregunté por qué había tantas matas de grosellas y de zarzas en un rincón de ese sendero. ¡Ah! ¡Cómo se puso! Me zamarreó y me dio una bofetada, y me dice: «Niña tonta, niña tonta, ¿no te he prohibido veinte veces que pusieras un pie en ese sendero? Y allá te vas, a pasearte por la noche». Siguió así un rato, y al final yo estaba demasiado asustada, de modo que no dije ni una palabra. Pero hice que comprendiera que ésa había sido la primera vez que le oía decir eso, y que no era más que la verdad. Entonces, por supuesto, sintió mucho haber sido tan brusca conmigo, y para remediarlo me contó toda la historia después de la cena. Desde entonces he vuelto a oírla a menudo, de labios de los viejos del pueblo, y tengo mis razones, además, para pensar que hay algo de cierto en ella.

»Bien, en el extremo más alejado de ese sendero —dejadme pensar, ¿está a la derecha o a la izquierda según se sube? A la izquierda—, veréis algunos pequeños arbustos y un suelo pedregoso, algo así como una vieja tapia derruida alrededor, y

también veréis que por allí crecen unas matas de zarzamoras y grosellas, o al menos crecían antes, porque hace años que no voy por allí. Eso significa que en ese sitio hubo una cabaña, desde luego, y en esa cabaña, mucho antes de que naciera yo, vivía un hombre llamado Davis. He oído decir que no era vecino de esta parroquia, y es verdad que nadie de ese nombre ha vivido por aquí desde que yo recuerdo el lugar. Pero, sea como sea, aquel Mr. Davis vivía muy apartado, y rara vez iba a la taberna; tampoco trabajaba para ninguno de los granjeros, porque, al parecer, tenía bastante dinero propio para su sustento. Sin embargo, bajaba al pueblo los días de mercado, y recogía las cartas que para él hubiera en la estafeta, donde las dejaba el correo. Y un día regresó del mercado llevando consigo a un joven; él y ese joven vivieron juntos durante un tiempo largo; iban y venían juntos, y nadie sabía si el joven hacía las labores de la casa para Mr. Davis, o, si Mr. Davis era su maestro de algo. Me han dicho que se trataba de un joven pálido, feo, que tenía un aspecto insignificante. Pues bien, ¿qué pasaba con esos dos hombres? Desde luego que no puedo deciros ni la mitad de las tonterías que la gente se había metido en la cabeza al respecto, y nosotros sabemos, ¿verdad?, que no hay que hablar mal, cuando no estamos seguros de que todo eso sea cierto, ni aun en el caso de que esas personas hayan muerto, o se hayan marchado. Pero, como ya he dicho, estos dos siempre andaban juntos, mañana y tarde, arriba, por los prados, y abajo, por el bosque: en especial hacían regularmente, una vez al mes, un paseo hasta el lugar en el que habéis visto esa antigua figura esculpida en la ladera de la colina; y también se supo que en verano, cuando hacían esas salidas, acampaban allí toda la noche, en ese mismo sitio o en algún otro cercano. Recuerdo que una vez mi padre —es decir vuestro bisabuelo— me dijo que había hablado sobre aquello con Mr. Davis (porque vivía en tierras del bisabuelo), y le había preguntado por qué le gustaba tanto ir a ese lugar, pero la respuesta fue sólo: “Oh, es un sitio magnífico, señor, y siempre me han atraído las antigüedades, y cuando él (se refería a su compañero) y yo estamos juntos allí, parece como si volvieran los tiempos idos”. Y mi padre respondió: “Vaya”, le dijo, “puede que eso le guste *a usted*, pero *a mí* no me gustaría nada encontrarme en un lugar como ése a medianoche”. Y Mr. Davis sonrió, y el joven, que había estado escuchando, dijo: “Nosotros no queremos compañía en esas ocasiones”, y mi padre contaba que no pudo por menos de pensar que Mr. Davis le había hecho una señal; el joven, como si quisiera corregir sus palabras, se apresuró a añadir: “Quiero decir que Mr. Davis y yo somos bastante compañía el uno para el otro, ¿no es verdad, señor? Y allí estamos, en el aire suave de la noche de verano, y se divisa toda la campiña de alrededor, bajo la luna, y se ve todo muy distinto de como es a la luz del día. Además, todos esos túmulos en la ladera...”»

Entonces Mr. Davis interrumpió al muchacho, como si estuviese enfadado, y dijo: «Sí, son emplazamientos antiguos, ¿verdad, señor? ¿Para qué cree usted que servirían?» Y mi padre respondió (vaya, pobre de mí, parece ridículo estar contando todo esto, pero en esa época se había disparado mi fantasía, y aunque quizá ahora

resulte aburrido para vosotros, no lo puedo evitar: he de contároslo todo), en fin, que le dijo: «Ah, Mr. Davis, he oído decir que son tumbas y, como he tenido ocasión de cavar en alguna, sé que siempre ha habido huesos y cacharros tirados por allí. Pero de quiénes eran esas tumbas, eso no lo sé; la gente dice que los antiguos romanos estuvieron en estas tierras en otros tiempos, pero ignoro si enterraban de esa forma a sus muertos»: Mr. Davis sacudió la cabeza, pensativo, y respondió: «Vaya, a mí me parecen muy anteriores a los antiguos romanos, y se vestían de otra manera; al menos, según las pinturas, los romanos llevaban armaduras, pero, por lo que usted ha dicho, nunca ha encontrado una armadura, ¿verdad, señor?» Mi padre, bastante sorprendido, respondió: «No creo haber mencionado ninguna armadura, pero es verdad, no recuerdo haberlas encontrado jamás. Pero usted habla como si las hubiese visto, Mr. Davis». Entonces se echaron a reír los dos, Mr. Davis y el joven, y Mr. Davis dijo: «¿Verlas, señor? Sería muy difícil, después de todos estos años. No, no he visto armaduras, pero me gustaría muchísimo saber más cosas acerca de esas gentes, de los tiempos remotos, de lo que adoraban, y de todo eso». Mi padre dijo: «¿Lo que adoraban? Vaya, me atrevería a asegurar que adoraban al anciano de la colina». «¡Ah, seguro!», respondió Mr. Davis, «no tengo ninguna duda al respecto». Mi padre continuó hablando y les dijo lo que había oído y leído sobre los paganos y sus sacrificios, algo que tú aprenderás, Charles, cuando vayas al colegio y empieces tus latines. Ellos parecían, ambos, muy interesados; pero mi padre contaba que lo primero que le vino a la cabeza fue que la mayor parte de lo que les decía no era novedad para esos hombres. Resultó ser aquélla la única vez que habló tan largo rato con Mr. Davis, y en especial se le quedó grabado la frase del joven: *nosotros no queremos compañía*, porque en esos tiempos se hablaba mucho en las aldeas cercanas de que..., en fin, mi padre había deducido que la gente de por aquí evitaba a una vieja, a la que consideraban bruja.

Charles: ¿Qué quiere decir eso de evitar a una vieja a la que consideraban bruja, abuela? ¿Existen ahora las brujas?

Abuela: ¡No, no, cariño! Vaya, ¿por qué me habré desviado tanto del tema? No, no, eso es otra cosa. Lo que iba a decir es que la gente de las aldeas vecinas creía que se celebraban ciertas reuniones nocturnas en esa colina, donde está esculpido el viejo, y que los que asistían a ellas no hacían nada bueno. Pero no me interrumpáis ahora, que ya es tarde. Pues bien, creo que fue durante unos tres años que Mr. Davis y su joven compañero vivieron juntos; después, un buen día, ocurrió algo horrible. No sé si está bien que os lo cuente (*Exclamaciones de «¡Sí, abuela, cuéntanos, cuéntanos!», etcétera*). Pero tenéis que prometerme que no os vais a asustar y que no gritaréis a estas horas de la noche. («¡No, no vamos a gritar, no!»). Una mañana, muy temprano, hacia la segunda mitad del año, me parece que fue en septiembre, uno de los leñadores tuvo que ir a trabajar al refugio del bosque, justo cuando empezaba a amanecer; y en el lugar en que crecían unos robles grandes y aislados, en una especie de claro, en medio del bosque, vio a cierta distancia, entre la niebla, algo blanco que

parecía ser un hombre; pensó en seguir o no adelante, pero se decidió a continuar el camino, y al acercarse comprobó que *era* un hombre, y más aún, que era el joven acompañante de Mr. Davis: vestido estaba con una especie de túnica blanca, y colgado por el cuello de una rama del mayor de los robles, muerto, y bien muerto; bajo sus pies, en tierra, había un hacha en medio de un charco de sangre. ¡Qué espectáculo terrible para el que llegase a ese lugar tan apartado! Aquel pobre hombre estuvo a punto de perder la razón: dejó caer las cosas que llevaba consigo, y corrió sin parar hasta la vicaría, donde despertó a todos y les contó lo que había visto. El anciano Mr. White, que era vicario por entonces, le envió en busca de dos o tres de los hombres más destacados, el herrero y los guardianes de la iglesia, y otros más, mientras se vestía, y todos juntos subieron hasta aquel horrendo lugar con un caballo, para recoger el cadáver y llevarlo a la cabaña. Cuando llegaron allí, las cosas estaban tal como el leñador había dicho, pero para todos fue una sorpresa terrible ver la vestimenta del cadáver, y en especial para Mr. White, que pensó que lo que llevaba aquel joven era una especie de remedo de las sobrepellices de la iglesia, sólo que, según dijo a mi padre, parecía de otra época. Y cuando se acercaron para bajar el cuerpo del roble, vieron que tenía alrededor del cuello una cadena de metal y, colgado, un adorno similar a una rueda; era una pieza muy antigua, dijeron.

En tanto, habían enviado a un muchacho a casa de Mr. Davis, para ver si él estaba allí; porque, desde luego, no dejaban de tener alguna sospecha. Mr. White dijo que debían mandar a llamar al alguacil de la parroquia vecina, y enviar recado a otro juez (él mismo era juez, también), de modo que todos corrieran de aquí para allá. Pero mi padre, como solía ocurrir, estaba fuera de casa esa noche: de lo contrario hubiesen acudido a él, antes que a los demás. O sea que acomodaron el cadáver sobre el lomo del caballo, y se decía que tuvieron que hacer toda clase de esfuerzos para impedir que la bestia huyera, desde el momento mismo en que se hallaron a la vista del árbol, porque parecía haber enloquecido de terror. Sin embargo, lograron vendarle los ojos y conducir al caballo a través del bosque y hasta la calle del pueblo; allí, junto al gran árbol donde se amarran los caballos, encontraron a un grupo de mujeres, y en el medio, blanco como el papel, estaba el muchacho al que habían enviado a casa de Mr. Davis; ni una palabra pudieron sacarle, ni buena ni mala. Es decir que comprendieron que todavía faltaba lo peor, y subieron por el sendero en dirección a la cabaña de Mr. Davis. Cuando llegaron a las cercanías, el caballo pareció enloquecer otra vez de pánico, quería retroceder, relinchaba y daba coces; el hombre que lo conducía estuvo a punto de perder la vida y el cadáver cayó del lomo del animal. Entonces Mr. White les encomendó que se lo llevaran de allí tan pronto como fuese posible, y entre varios transportaron el cuerpo a la sala de la cabaña, porque la puerta estaba abierta. Al instante vieron lo que había aterrado tanto al pobre chico, y comprendieron por qué el animal se había encabritado, pues ya se sabe que los caballos no soportan el olor de la sangre de un muerto.

Había una larga mesa en la sala, de longitud mayor que la talla de un hombre, y

sobre ella yacía el cuerpo de Mr. Davis. Sus ojos estaban vendados con un trozo de tela de lino, tenía las manos atadas a la espalda, y los pies también estaban sujetos con otra tira de tela. Pero lo horrible era que el pecho descubierto mostraba el esternón partido de arriba abajo de un hachazo. ¡Oh, era espantoso aquello! Todos estuvieron a punto de desmayarse, de ponerse malos, y se vieron obligados a ir a tomar el aire fresco. Incluso Mr. White, que era lo que se podría llamar un hombre duro, estaba abatido y tuvo que fortalecerse diciendo una oración en el jardín.

Por fin, acomodaron el otro cadáver en el salón, lo mejor que les fue posible, y revisaron la casa para ver si podían descubrir de qué manera se había producido semejante desgracia. En los armarios hallaron una cantidad de hierbas y frascos llenos de licores y, cuando personas entendidas en la materia los estudiaron, se supo que algunos de esos licores eran pócimas para dormir a la gente. Pocas dudas les quedaban acerca de que el joven perverso había puesto alguno de esos líquidos en la bebida de Mr. Davis, y que luego le había atacado con los resultados vistos y que, tras todo eso, el dolor por su acción abominable había hecho presa en él y le había llevado a eliminarse.

»No sé si podríais comprender todos los asuntos legales que deben solucionar el juez pesquisador y los magistrados; pero hubo mucho movimiento de gente por uno o dos días, y después los vecinos de la parroquia se reunieron y acordaron que no podían consentir que esos dos fuesen enterrados en el cementerio de la iglesia, junto a personas cristianas; porque he de deciros que en los cajones y en los armarios de la cabaña se encontraron papeles que Mr. White y otras personas letradas leyeron; y todos ellos firmaron un documento, que decía que aquellos hombres eran culpables de haber incurrido a sabiendas en un espantoso pecado de idolatría; y temían que en las cercanías hubiese quienes no estuvieran libres de semejante perversión, y les instaban a arrepentirse, a fin de que no cayese sobre ellos también ese mismo destino horrendo que había tocado a estos hombres. Después quemaron aquellos papeles. De modo que Mr. White coincidió con sus feligreses y una noche, a hora tardía, doce hombres escogidos fueron con él a aquella casa maldita, llevaron consigo dos ataúdes bastos, hechos para la ocasión, y dos trozos de tela negra; abajo, en el cruce de camino, donde se gira para ir a Bascombe y Wilcombe, había otros hombres aguardando con antorchas, junto a una fosa que habían cavado; llegada de los contornos, una muchedumbre se había congregado allí.

Los hombres que entraron en la cabaña lo hicieron sin quitarse el sombrero; cuatro de ellos cogieron los dos cadáveres, los depositaron en los ataúdes y los cubrieron con las telas negras; nadie dijo ni una sola palabra, sino que marcharon camino abajo y arrojaron la carga en la fosa, que cubrieron con piedras y tierra. Entonces Mr. White habló a la gente que se había reunido. Mi padre estuvo allí, porque había regresado al conocer las noticias; dijo que jamás olvidaría el clima extraño de ese espectáculo, iluminado por la luz de las antorchas y con esos dos bultos negros amontonados en el fondo del hoyo, sin un sonido humano, como no

fuera el gemido de algún niño o el sollozo de miedo de alguna mujer. Cuando Mr. White dejó de hablar, todos se alejaron; quedaban atrás aquellas dos cosas negras.

Cuentan que todavía hoy los caballos no gustan de ese sitio, y he oído que hubo una especie de niebla o una luz suspendida sobre el lugar durante mucho tiempo, pero no sé si es cierto. Lo que sí sé es que, al día siguiente, los negocios llevaron a mi padre a cruzar por el nacimiento del sendero, y vio tres o cuatro pequeños grupos de gente detenida en distintos puntos del camino, al parecer preocupados todos por algo; cabalgó hacia ellos y preguntó qué ocurría. Algunos se le acercaron para decirle: «¡Oh, señor, es la sangre! ¡Vea la sangre!», y no paraban de repetirlo. De modo que bajó del caballo y se lo mostraron: en cuatro lugares, me parece que era, vio grandes manchas en la senda, pero apenas pudo advertir que allí hubiese sangre, porque las manchas estaban cubiertas casi por completo de moscas negras, que no volaban ni se movían en tierra. Esa sangre era la que había caído del cuerpo de Mr. Davis mientras le conducían sendero abajo. Mi padre no soportaba la idea de no hacer más que cerciorarse de la presencia de las repugnantes manchas, y le dijo a uno de los hombres que estaban allí: «De prisa, coge una cesta o una carretilla llena de tierra limpia del patio de la iglesia y tráela para echarla encima; te esperaré aquí hasta que regreses». El hombre volvió prontamente, y le acompañaba el sacristán, con una pala y la tierra en una carretilla; la dejaron junto a la primera mancha y se aprestaron a tirar tierra por encima; tan pronto como lo hicieron, ¿qué creéis que sucedió?: las moscas posadas sobre la sangre se elevaron por el aire como una especie de nube sólida y volaron por el sendero hasta la cabaña, y el sacristán (que también era uno de los secretarios de la parroquia) se quedó estupefacto, miró las moscas y comentó a mi padre: «Señor de las moscas», y ya no habló más. Otro tanto ocurrió en los otros sitios, en todos y cada uno.

Charles: ¿Pero qué quiso decir, abuela?

Abuela: Mira, cariño, acuérdate de preguntárselo a Mr. Lucas, cuando vayas a tu clase de mañana. Ahora no puedo explicártelo: ya hace rato que tendríais que estar en la cama. De inmediato mi padre decidió que nadie iba a vivir en aquella cabaña, ni usar las cosas que en ella había; de modo que, aunque era una de sus propiedades más bonitas, hizo saber en el pueblo que la iba a echar abajo, y que quien quisiese podía llevar una tea para quemarla; y eso fue lo que se hizo. Prepararon un montón de leña en la sala y abrieron la paja del techo, para que cogiera bien el fuego; después la encendieron. Como no había ladrillos, aparte de la chimenea y el horno, en instantes el fuego acabó con todo. Me parece recordar haber visto la chimenea, cuando yo era niña, pero terminó por caer a tierra.

»Lo que me queda por contar es la parte final. Por supuesto que durante mucho tiempo la gente afirmaba que se podía ver a Mr. Davis y al joven merodeando por aquellos lugares, uno solo por el bosque, y los dos por donde había estado la cabaña, o paseando juntos por el sendero, sobre todo en la primavera y en el otoño. Yo no digo nada de eso, aunque si estuviésemos seguros de que existen los fantasmas,

tendríamos que pensar que personas como esos dos hombres no pueden descansar en paz. Lo que sí puedo decir es que una tarde del mes de marzo, poco antes de que vuestro abuelo y yo nos casáramos, habíamos salido juntos para dar un largo paseo por los bosques; cogimos flores y charlamos, como suelen hacerlo los jóvenes durante su noviazgo; y tan embobados íbamos el uno en el otro, que no advertimos por dónde andábamos. De pronto yo solté un grito, y vuestro abuelo me preguntó qué ocurría. Lo ocurrido era que había sentido una punzada aguda en el dorso de mi mano; la levanté, vi una cosa negra en ella, le di con la otra mano y la maté. Cuando se la hice ver, él, que era hombre muy observador de esas cosas, me dijo: “Vaya, nunca antes había visto una mosca como ésta”. Aunque a mí no me pareció demasiado fuera de lo corriente, no tuve dudas de que él llevaba razón.

»Después reparamos en el lugar y, mira por dónde, estábamos en el mismo sendero, justo frente al sitio en que se había alzado la cabaña; como llegué a saber más tarde, allí exactamente los hombres habían apoyado los ataúdes por un instante, mientras los sacaban por la verja del jardín. Estad bien seguros de que nos alejamos a toda prisa; al menos, y porque me llevé un susto tremendo al darme cuenta de que estaba en ese lugar, obligué a vuestro abuelo a que se apresurara, aunque de ser por él, se habría quedado rondando, por curiosidad, si yo se lo hubiese consentido. Nunca sabré si en ese sitio había algo más de lo que se veía: quizá en parte me afectara el veneno de la picadura de esa mosca horrible, y es que me encontraba muy rara, porque, ¡ay, cómo se me habían hinchado el brazo y la mano! ¡Tendríais que haberlo visto! ¡Me da miedo deciros cómo se me habían puesto! ¡Y qué dolor! Nada de lo que mi madre me aplicó tuvo ningún efecto y, hasta que nuestra vieja criada logró persuadirla de que llamase al anciano curandero de Bascombe para que me viniese a ver, no tuve ningún alivio. Pero ese hombre parecía saberlo todo al respecto, y aseguró que no era yo la primera que hubiese sido atacada. “Cuando el sol esté recuperando sus fuerzas”, dijo, “cuando se halle en la cúspide de ellas, cuando comience a perder la energía, y cuando esté en su punto más débil, el que marche por ese sendero hará mejor en cuidar de sí mismo”. Pero no quiso explicarnos qué era lo que había atado a mi brazo, ni qué palabras había dicho sobre él. Poco después estuve curada, pero desde entonces he sabido muchas veces de personas que padecían tanto como yo había sufrido. En estos últimos años ya no ocurre sino muy de cuando en cuando; puede que esas cosas vayan desapareciendo con el curso de los años.

»Por esta razón, Charles, te he dicho que no quiero que cojas grosellas, ni que las comas si son de ese sendero; así que ya lo sabéis: me figuro que no querréis pasar por nada de eso. ¡Vamos! A la cama ahora mismo. ¿Qué tienes Fanny? ¿Una luz en tu cuarto? ¡Pero cómo se te ocurre semejante cosa! A desvestirse de inmediato y a rezar. Si vuestro padre no me necesita cuando despierte, puede que suba a darte las buenas noches. Y tú, Charles, ten presente que si oigo cualquier cosa que hagas para asustar a tu hermana pequeña mientras subís a vuestros cuartos, se lo diré a tu padre sin más, y ya sabes lo que te ocurrió la vez pasada.

La puerta se cierra; la abuela, tras escuchar con atención durante un minuto o dos, retoma su labor de punto. El caballero continúa adormilado.

LÍMITES DE PROPIEDAD

Los que pasan la mayor parte de su tiempo leyendo o escribiendo están, por supuesto, en situación de tomar nota especial de las acumulaciones de libros cuando se encuentran con ellas. No pasarán junto a un estante, una tienda, o incluso el anaquel de un dormitorio, sin leer algún título y, si se hallan en una biblioteca desconocida, ningún huésped debe inquietarse por entretenerles. El ordenar los tomos que no lo están, o acomodar como corresponde los que, al quitar el polvo, la criada ha dejado en una situación caótica, les atrae como si se tratara de hacer una obra menor de caridad. Feliz en estos menesteres, y al abrir ocasionalmente algún ejemplar *in octavo* del siglo XVIII, para ver «de qué se trata», y para concluir cinco minutos después que se merecía el olvido de que estaba gozando, había llegado yo a la mitad de una tarde lluviosa de agosto en Betton Court...

—Ha comenzado usted de forma profundamente victoriana —dije—, ¿va a continuar así?

—Recuerde, por favor —respondió mi amigo, mirándome por encima de las gafas—, que soy un Victoriano por nacimiento y educación, y que no es poco razonable esperar que el árbol Victoriano dé frutos tales. Además, recuerde que se escribe ahora una inmensa cantidad de comentarios inteligentes y reflexivos acerca de la época victoriana. Pues bien —prosiguió, dejando sus papeles sobre las rodillas—, este artículo, «Los años locos», del suplemento literario del *The Times* del otro día... ¿interesante? Por supuesto que es interesante; pero ¡oh!, por mi cuerpo y mi alma, alcáncemelo, por favor, está sobre la mesa, junto a usted.

—Pensé que iba a leerme algo escrito por usted —dije sin moverme—, pero, desde luego...

—Sí, lo sé —respondió—. Bien, entonces haré eso primero. Pero después *quiero* explicarle de qué estoy hablando. Sin embargo... —cogió las cuartillas y se caló las gafas.

... en Betton Court, donde hace varias generaciones habían sido reunidas las bibliotecas de dos fincas, y ningún descendiente de ninguna de las dos casas había emprendido nunca la tarea de seleccionar los libros o de deshacerse de los ejemplares repetidos. No me dispongo a hablar de las rarezas que pueda haber descubierto, de los Shakespeare *in quarto* encuadrados dentro de volúmenes de opúsculos políticos, ni de cualquier cosa de esa clase, sino de una experiencia que se me presentó en el transcurso de mi búsqueda... Una experiencia que no puedo explicar ni hacer que cuadre en el esquema de mi vida habitual.

Era, como he dicho, una tarde lluviosa de agosto, soplabla un viento fuerte y hacía no poco calor. Por la ventana se veían los grandes árboles, agitados por las ráfagas y chorreando agua. Entre ellos surgían trozos de campo verde y amarillento (porque Betton Court se alza sobre la ladera de una colina), y a lo lejos montes azulados,

envueltos en la lluvia. Arriba, en las cimas, se movían sin descanso ni esperanza las nubes bajas que pasaban de norte a oeste. Había suspendido mi trabajo —si es que así se le puede llamar— durante algunos minutos para detenerme junto a la ventana y mirar aquellas cosas, y el techo del invernadero, a la derecha, por el que resbalaba el agua, y la torre de la iglesia, que se alzaba detrás. Todo favorecía mi propósito de continuar la tarea sin pausa; no había miras de que escampara en las horas siguientes. Por tanto, me volví hacia los anaqueles, cogí un conjunto de ocho o nueve volúmenes, clasificados como «Opúsculos», y los llevé a la mesa para examinarlos con atención.

En su mayor parte provenían del reinado de Ana. Había una buena cantidad de cosas como *El último tratado de paz*, *La última guerra*, *La conducta de los aliados*, y también había *Cartas a un asambleísta*. *Sermones dichos en la iglesia de St. Michael, Queenhithe*, *Estudios sobre las últimas instrucciones del Muy Reverendo Señor Obispo de Winchester* (o más probablemente Winton) *a su clero*; temas todos muy vivos por entonces y, sin duda, aún depositarios de tan antiguo aroma, que ya me sentía tentado de instalarme en un sillón junto a la ventana, y entregar a esos libros más tiempo del que había previsto. Además, estaba un poco fatigado aquel día. El reloj de la iglesia dio las cuatro, y eran de verdad las cuatro, porque en 1889 no se economizaba la luz diurna.

De modo que me instalé. En primer lugar eché una mirada a algunos de los panfletos sobre las guerras, para complacerme en tratar de localizar a Swift, por su estilo, entre la informidad del resto. Pero los panfletos de guerra necesitaban más conocimiento de la geografía de los Países Bajos que el que yo tenía. Volví a la iglesia y leí varias páginas de lo que el deán de Canterbury decía a la Sociedad para la promoción del Conocimiento Cristiano con motivo de la reunión realizada en su aniversario de 1711. Cuando llegué a una «Carta de un Prebendado rural al Obispo de C...r», ya me invadía cierta languidez, de modo que por unos instantes miré sin sorpresa las siguientes frases:

«Este abuso (porque me considero justificado al llamarlo de esta forma) es uno de los que estoy seguro que Su Eminencia (de serle conocidos) se esforzaría plenamente por evitar. Pero también estoy persuadido de que no sabéis de su existencia (para usar las palabras de la canción rústica) más que

*“El que anda por el bosque de Betton
sabe por qué camina eso o por qué llora.”»*

Entonces fue cuando me erguí en mi asiento y seguí las líneas con el dedo para asegurarme de que las estaba leyendo bien. No cabía error. Ninguna otra cosa se podía obtener del resto del escrito. El siguiente párrafo decididamente cambiaba de tema: «Pero ya he dicho bastante acerca de este “Tópiko”» eran las palabras iniciales. También era así de discreto el anonimato del Prebendado, que ni siquiera había

puesto sus iniciales, y que había hecho imprimir su carta en Londres.

El enigma era de tal índole que apenas interesaría a nadie; para mí, que me había sumergido en una buena cantidad de trabajos sobre folclore, resultaba excitante de verdad. Era cuestión de resolverlo, o sea de averiguar la historia que hubiese detrás de ello; y, por fin, me sentí contento de algo: en lugar de haberme topado con ese párrafo en alguna biblioteca universitaria lejana, me había cruzado con él en Betton, en la escena misma de los hechos.

El reloj de la iglesia dio las cinco, y le siguió el tañido único de un gong. Eso señalaba, como yo sabía, la hora del té. Me levanté del cómodo sillón y obedecí la convocatoria.

Mi huésped y yo estábamos solos en Betton Court. Llegó pronto, empapado, después de haber hecho los recados propios de un terrateniente, y con algunas noticias locales que hubieron de ser comentadas antes de que yo tuviera la oportunidad de preguntar si en la parroquia existía un lugar concreto que se conociese todavía como Bosque de Betton.

—El Bosque de Betton —respondió— estaba a menos de una milla, justo sobre la cima de la colina, y mi padre taló los últimos árboles del lugar cuando se vio que plantar trigo salía más a cuenta que mantener limpio un robledal. ¿Por qué está interesado en el Bosque de Betton?

—Porque en un panfleto antiguo que ahora mismo estaba leyendo —le respondí—, hay dos versos de una canción popular que lo menciona, y suenan como si hubiera alguna historia detrás de ellos. Alguien dice que alguien sabe de cierto tema no más que

*«El que anda por el bosque de Betton
sabe por qué camina eso o por qué llora.»*

—Dios mío —dijo Philipson—, me pregunto si habrá sido por eso que... Debo preguntárselo al viejo Mitchell —murmuró algo más para sí mismo y tomó un sorbo de té, pensativo.

—¿Si habrá sido por eso que...? —dije.

—Sí, estaba por decir si habrá sido por eso por lo que mi padre ordenó talar el bosque. Acabo de decirle que lo hizo para obtener más tierras de labranza, pero no sé en verdad si fue así. No creo que jamás hayan arado esa parcela; en este momento es lugar de pastura. Sin embargo, hay un anciano que tal vez recuerde algo de eso, el viejo Mitchell —miró su reloj—. ¡Bendita sea si no iré allí a preguntárselo! No le llevaré a usted conmigo —prosiguió—, porque él no es de los que cuenten cosas raras si hay algún extraño presente.

—Bien, sólo le pido que recuerde todos los detalles que él le refiera. Por mi parte, saldré si aclara, y de lo contrario seguiré con los libros.

Aclaró, al menos lo suficiente como para hacerme pensar que merecía la pena ir

andando hasta la colina más cercana y echar una mirada al campo. Las características de la comarca no me eran conocidas; se trataba de mi primera visita a Philipson, y era el primer día de ésta. De modo que bajé al jardín, anduve entre los arbustos mojados con una actitud muy contemplativa, y no me resistí al impulso confuso —aunque, ¿era de veras tan confuso?— que me compelió a seguir por la izquierda cada vez que había una bifurcación en el sendero. El resultado fue que después de diez minutos o más de marchar por la penumbra de hileras goteantes de bojés, de laureles y de aligustres, me hallé ante un arco de piedra de estilo gótico, abierto en el muro de piedra que circundaba toda la propiedad. La puerta estaba asegurada con una cerradura de golpe, que tuve la precaución de dejar abierta al salir al camino. Atravesé ese camino y me interné en una senda que subía bordeada por una valla; seguí por esa senda a paso tranquilo por espacio de media milla, y proseguí la marcha por el campo al que la senda iba a dar. Así llegué a un buen punto de observación que permitía apreciar el emplazamiento de Betton Court, la aldea y su entorno: me asomé por una abertura de la valla para mirar hacia el oeste y hacia abajo.

Creo que todos debemos conocer los paisajes —¿son de Birket Foster, o algo anteriores?— que, como grabados, decoran los volúmenes de poesía que reposaban sobre las mesas de nuestros padres y abuelos, aquellos volúmenes «encuadernados artísticamente en cuero repujado»: creo que esta frase es la correcta. Me declaro un admirador de ellos, en especial de los que muestran al paseante que se asoma por una abertura de una valla y observa, al pie de una ladera, la aguja de la iglesia de la aldea, arrebujada entre árboles venerables, y una llanura feraz, dividida por líneas de cercados y limitada por colinas lejanas, detrás de las cuales se hunde (o está saliendo) el astro del día entre las nubes del horizonte, iluminadas por sus rayos ponientes (o nacientes). Las expresiones que aquí apunto son las que parecen adecuadas para las obras que tengo en mente; y, de haber ocasión, me apetecería describir el Valle, la Arboleda, la Cabaña, y el Torrente. Lo cierto es que me parecen bonitos esos paisajes, y era uno de ellos el que en ese momento estaba observando. Podía haber salido directamente de las «Joyas de la Canción Sagrada, seleccionadas por una Dama» y haber sido un regalo de cumpleaños para Eleanor Philipson en 1852, de su íntima amiga Millicent Graves.

De pronto me volví como si me hubiesen clavado un aguijón. Resonaba en mi oído derecho, y me horadaba la cabeza, una nota increíblemente aguda, como el chillido de un murciélago, sólo que diez veces más potente: ese tipo de fenómeno que nos hace preguntarnos si no andará mal algo en nuestro cerebro. Contuve la respiración, me tapé la oreja y me estremecí. Algo en la circulación: dentro de un minuto o dos, me dije, regresaré a la casa, pero antes tengo que dejar bien grabado este cuadro en mi cabeza. Sin embargo, cuando me volví hacia el paisaje, había desaparecido su encanto. El sol, oculto ya tras la colina, no volcaba su luz sobre el campo; al oír las siete en el reloj de la torre de la iglesia, no pensé en las horas nocturnas de blando descanso, en el aroma de las flores y de los bosques en el aire de

la noche, ni en que alguien, a una o dos millas de distancia, podría estar diciendo «¡Qué claro suena esta noche el tañido de la campana de Betton, después de la lluvia!» En cambio, me asaltaron imágenes de rayos con partículas de polvo en suspensión, de arañas que se deslizaban, de búhos salvajes refugiados en la torre, de tumbas olvidadas con su horrible contenido, del Tiempo fugaz y de todo lo que se había llevado de mi vida. Justamente entonces, en mi oído izquierdo —y tan cercano como si hubiesen puesto los labios a una pulgada de mi cabeza—, aquel chillido aterrador volvió a vibrar.

Ya no había equivocación posible. *Venía* de fuera. «No hay palabras, es sólo un grito» fue la idea que atravesó mi mente. Era más horrible que todo lo que hubiese oído antes o haya oído después, pero no advertí ninguna emoción en él, y dudo que advirtiese algún matiz de inteligencia. Todo su efecto consistía en llevarse cualquier vestigio, cualquier posibilidad de disfrute, y convertir ése en un lugar donde no se podía permanecer ni un solo instante más. Desde luego, no había nada visible: pero estaba convencido de que, si aguardaba, volvería a ocurrirme esa cosa con su latido errátil, interminable, y no podía tolerar la idea de una tercera repetición. Me di prisa para volver a la senda y bajar la colina. Pero cuando llegué al arco del muro me detuve. ¿Encontraría el camino a través de esos senderos húmedos, que ahora estaban más mojados y más oscuros que antes? No, me confesé a mí mismo que tenía miedo: tan tensos estaban mis nervios por aquel grito de la colina que de veras me sentí incapaz de afrontar ni siquiera la sorpresa de un pájaro saliendo de entre los arbustos, ni la de un conejo. Caminé por la carretera que bordeaba el muro, y no lo lamenté al llegar a la puerta y a la casa del jardinero, al ver a Philipson que subía hacia allí, desde el poblado.

—¿Dónde ha estado? —me preguntó.

—Anduve por la senda que sube a la colina, frente al arco de piedra del muro.

—¡Oh! ¿Sí? Entonces habrá llegado hasta muy cerca de donde estaba el Bosque de Betton, al menos si siguió la senda hasta arriba y hacia el campo.

Y aunque el lector no lo crea, sólo en ese momento sumé dos más dos. ¿Le comuniqué a Philipson de inmediato lo que me había ocurrido? No lo hice. No había tenido otras experiencias del tipo de las llamadas sobrenaturales o paranormales o parafísicas pero, aun cuando sabía muy bien que debería hablar de ello al cabo de poco tiempo, no me sentía ansioso por hacerlo; y creo haber leído que así ocurre en la mayoría de los casos. O sea que no dije más que:

—¿Ha visto al hombre que quería ver?

—¿El viejo Mitchell? Sí, le vi, y le he sacado una historia. Se la contaré después de la cena. Es bastante extraña.

Cuando estuvimos bien instalados, después de cenar, comenzó a relatar, fielmente, según dijo, el diálogo que se había producido. Mitchell, que casi tenía ochenta años, estaba sentado en su sillón. La hija casada con la que vivía iba y venía, ocupada preparando el té.

Tras los saludos habituales, le pidió:

—Mitchell, quiero que me diga algo sobre el Bosque.

—¿Qué bosque, señor Reginald?

—El Bosque de Betton. ¿Lo recuerda?

Mitchell alzó lentamente su mano y le apuntó con un índice acusador.

—Fue su padre el que destruyó el Bosque de Betton, señor Reginald, y eso es todo lo que puedo decirle.

—Sí, Mitchell, ya sabía eso. No tiene por qué mirarme como si fuese culpa mía.

—¿Culpa suya? No, digo que lo hizo su padre, antes de que usted naciese.

—Sí, y si es verdad lo que se dice, me atrevería a afirmar que fue su padre quien le aconsejó que lo hiciese, y quiero saber por qué.

Mitchell parecía un tanto divertido.

—Vaya —dijo—, mi padre era guardabosques de su padre, y antes lo fue de su abuelo, y si él no sabía su oficio, no tendría que haberlo ejercido. Y si él aconsejó que así se hiciese, supongo que bien pudo haber tenido sus motivos, ¿o no pudo tenerlos?

—Sin duda pudo tener sus motivos, y quiero que usted me diga cuáles eran.

—Verá usted, señor Reginald, ¿qué le hace pensar que yo pueda saber cuáles eran sus motivos hace no sé cuántos años atrás?

—Ah, sí, seguro que ha pasado mucho tiempo y ya podría haberse olvidado, si lo supo alguna vez. Supongo que lo único que me queda es ir a preguntar al viejo Ellis qué recuerda él del asunto.

Eso tuvo el efecto que yo esperaba.

—¡El viejo Ellis! —gruñó—. Es la primera vez en la vida que le oigo decir a alguien que el viejo Ellis sea útil para algo. Hubiese creído que usted era mucho más listo que eso, señor Reginald. Lo que piense usted que el viejo Ellis sea capaz de decirle sobre el Bosque de Betton mejor que yo, ni qué títulos tiene él para que lo pongan por delante de mí, es algo que me gustaría saber. Su padre no era guardabosques de estos lugares; era el labriego..., eso es lo que era, y cualquiera sabe lo que él sabía; cualquiera puede decirle lo mismo que él, eso digo yo.

—Claro que sí, Mitchell, pero si usted lo sabe todo sobre el Bosque de Betton y no quiere decírmelo, vaya, tengo que hacerlo lo mejor posible, y procurar averiguarlo de alguna otra persona; y el viejo Ellis ha vivido en este lugar casi tanto como usted.

—¡No, señor, le llevo dieciocho meses de ventaja! ¿Quién dice que no voy a decirle nada sobre el Bosque? No digo que no; sólo que es un tipo de historia rara, y me parece que no sería bueno que se divulgara por toda la parroquia. Tú, Lizzie, quédate un rato en la cocina. Yo y el señor Reginald queremos hablar dos palabras en privado. Pero hay algo que me gustaría saber, señor Reginald: ¿por qué se le ha ocurrido preguntarme eso hoy?

—¡Oh, vaya! Pues porque me han hablado de un dicho antiguo, sobre algo que anda por el Bosque de Betton. Y me preguntaba si eso tendrá relación con que haya sido talado: eso es todo.

—Sí que tiene que ver, señor Reginald, sea como sea que usted haya sabido de eso, y creo que yo puedo decirle lo motivos mejor que cualquier otro de esta parroquia; y ni hablar del viejo Ellis. Mire, la cosa fue así: el camino más corto hasta la granja de Alien pasaba por el Bosque y, cuando éramos pequeños, mi pobre madre acostumbraba a ir varias veces a la semana a la granja, para pedir un cuartillo de leche, porque Mr. Alien, que llevaba la granja en tiempos de su padre, era un buen hombre, y a cualquiera que tuviese niños en la familia le daba todo lo que podía cada semana. Pero ya sé que eso a usted no le interesa ahora. A mi pobre madre nunca le gustó lo de atravesar el Bosque, porque se contaban muchas cosas en el pueblo, y había dichos, como ese del que usted me ha hablado ahora mismo. Pero a menudo, cuando se le hacía tarde por el trabajo, tenía que coger el camino más corto, que cruzaba el Bosque, y tan seguro como que lo hacía, que regresaba a casa en un estado raro. Recuerdo que ella y mi padre hablaban del tema, y que él decía: «Venga, Emma, eso no puede hacerte ningún daño», y ella respondía: «¡Oh, pero tú no te figuras lo que es aquello, George! Ay, se me mete en la cabeza», decía, «y me llevo un susto de muerte, y me encuentro como si no supiese dónde estoy. Mira, George», le dice, «no es igual cuando vas allí al atardecer. Tú siempre vas de día, ¿verdad?» Y él le dice: «Claro que sí, voy de día, ¿o me tomas por tonto?» Y así seguían. Y pasó el tiempo. Yo creo que eso la destrozó porque, sabe usted, no se podía ir por leche hasta la tarde, y ella no nos mandaba a los niños, de miedo a que nos lleváramos un susto. Tampoco quería hablarnos del asunto. «No», dice «ya es bastante malo para mí. No quiero que nadie más pase por esto, ni que lo oiga mencionar siquiera». Pero una vez recuerdo que dijo: «Pues primero es como si algo se rozara entre las matas, y se acerca muy rápido, desde adelante o desde atrás, según la hora, y entonces se oye ese grito que parece que te pasa de un oído al otro, y cuando más tarde vuelva, más probable es que lo oiga dos veces; pero gracias sean dadas, porque todavía nunca lo he oído tres veces». Y entonces yo le pregunto, le digo: «Oye, es como si alguien fuera caminando de aquí para allá, ¿verdad?», y ella dice: «Sí, así es, y sea lo que sea lo que ella quiere, no me entero». Y yo le digo: «¿Es una mujer, madre?» Y ella me dice: «Sí, he oído que es una mujer».

»En una palabra, que por fin mi padre le habló a su padre y le dijo que el Bosque era un bosque hechizado. “Nunca ha habido caza allí, ni un nido tampoco”, dice mi padre, “o sea que no le da ninguna utilidad a usted”. Y después de mucho comentar el asunto, su padre vino a hablar con mi madre sobre esto, y comprendió que ella no era una de esas mujeres tontas que se ponen nerviosas por nada, y se hizo la idea de que algo habría allí; después preguntó en la comarca, y me figuro que algo averiguó, porque lo escribió en un papel, que seguramente lo tendrá usted en Betton Court, señor Reginald. Después dio la orden y el Bosque fue talado. Todo el trabajo lo hicieron en un día, según recuerdo, y no quedaba nadie por allí después de las tres.

—¿No encontraron alguna explicación del caso, Mitchell? ¿Ni huesos, ni nada por el estilo?

—Nada, señor Reginald, sólo la marca de una valla y de una acequia en el medio, más o menos por donde ahora cae el seto vivo; y con todo el trabajo que hicieron, si hubiese habido alguien enterrado por allí, le hubiesen encontrado. Pero no sé de qué ha valido, después de todo. A la gente del pueblo no parece que le guste el lugar ahora más que antes.

—Eso es lo que pude sacarle a Mitchell —dijo Philipson—, y como suele ocurrir con casi todas las explicaciones, nos deja en el mismo lugar en que estábamos. Tengo que ver si puedo encontrar ese escrito.

—¿Por qué su padre no le contó nada sobre este asunto?

—Murió antes de que yo fuese al colegio, ya sabe usted, y me figuro que no quería asustarnos con tal historia, siendo como éramos tan pequeños. Recuerdo que mi niñera me zamarreaba y me dio algún cachete por venir por esa senda del Bosque una tarde de invierno, en que volvíamos con bastante retraso: pero de día nadie nos impedía que fuésemos al Bosque, si queríamos... Aunque nunca nos apetecía ir.

—¡Ya! —dije, y agregué—: ¿Cree que podrá encontrar el papel que escribió su padre?

—Sí —respondió—, puedo. Espero que no habrá que buscar más allá del armario que está a su espalda. Hay un paquete o dos de cosas apartadas especialmente, la mayoría de las cuales he revisado varias veces, y sé que hay un sobre que dice Bosque de Betton, pero como no existía ya el Bosque de Betton, nunca pensé que mereciera la pena abrirlo y nunca lo hice. Pero lo haremos ahora.

—Antes de que lo haga —le dije (todavía me sentía poco propenso a hablar, pero creía que era el momento oportuno para referírselo)—, será mejor que le confíe que creo que Mitchell tenía razón al dudar que la tala del Bosque haya puesto las cosas en su sitio —y le relaté lo que usted ya ha oído: ni que decir tiene que Philipson estaba interesado.

—¿Todavía está allí? —comentó—. Es asombroso. Mire, ¿por qué no viene conmigo ahora hasta allí, para ver qué pasa?

—No haré semejante cosa —respondí—, y si usted conociera esa sensación estaría muy dispuesto a caminar diez millas en dirección contraria. Ni hablar de eso. Abra su sobre y veamos qué sacó en limpio su padre.

Así lo hizo y me leyó las tres o cuatro cuartillas de anotaciones que en el sobre había. Al comienzo, un epígrafe tomado de *Glenfinlas* de Scott, me pareció muy bien elegido:

«Por donde anda, dicen, el fantasma que estremece con sus gritos».

A continuación estaban las notas de su charla con la madre de Mitchell, de la que sólo extraigo lo siguiente: «Le pregunté si le parecía haber visto, alguna vez, algo que explicara los sonidos que había oído. La mujer me respondió que no más de una vez, durante la más negra de las noches en que hubo de atravesar el Bosque; en tal

ocasión, se obligó a mirar hacia atrás, ya que de los arbustos surgía un ruido de roces y pensó que veía a alguien, cubierto de andrajos, con los brazos tendidos hacia adelante, acercándose a toda prisa, y al verlo se echó a correr a lo largo de la valla, y la ropa se le hizo hilas al pasar por encima de ella.»

Después había ido a ver a otras dos personas a las que encontró muy remisas a hablar. Entre otras cosas, parecían pensar que aquello proyectaba cierto descrédito sobre la parroquia. Sin embargo, logró convencer a una de esas personas, Mrs. Emma Frost, para que relatará lo que su madre le había contado. «Se dice que era una dama noble, casada dos veces, y su primer marido era conocido como Brown, o quizá fuese Bryan (“Sí, había unos Bryan en Betton Court antes de que llegara a posesión de mi familia”, apuntó Philipson), y ella movió los mojones que limitaban el campo: lo menos grave que hizo fue apoderarse de una buena parte de los mejores pastaderos de la parroquia de Betton, que por derecho pertenecían a dos niños que no tenían quien velara por ellos, y dicen que con los años esa señora fue de mal en peor, hizo papeles falsos para ganar miles de libras en Londres, y se probó ante la justicia que eran falsos, y tendría que haber sido juzgada, y condenada a muerte quizá, sólo que huyó en ese momento. Pero nadie puede evitar la maldición que cae sobre quien quita de su sitio los mojones que marcan una propiedad, o sea que nos figuramos que no puede marcharse de Betton, si antes alguien no los coge y los pone otra vez en su sitio».

Al final del escrito había una nota al respecto. «Siento mucho no haber hallado ninguna noticia acerca de los antiguos propietarios de los campos limítrofes con el Bosque. No dudo en decir que si pudiera descubrir a sus herederos, haría todo lo que estuviese en mi mano para indemnizarles por el perjuicio que se les causara en años ya lejanos; porque es innegable que el Bosque se encuentra extrañamente perturbado tal como cuentan las personas del lugar. En mi actual ignorancia tanto de la superficie de las tierras apropiadas de modo avieso, como de los propietarios legales, estoy reducido a mantener nota aparte de los beneficios derivados de esa parte de la finca, y mi práctica ha sido la de entregar la suma que representaría el rendimiento anual de unos cinco acres al beneficio común de la parroquia y a fines caritativos; y espero que los que se hagan cargo después de mí continúen con esta práctica».

Hasta aquí las notas de Mr. Philipson padre. Para los que, como yo mismo, son lectores de Juicios Oficiales habrá bastado para aclarar la situación. Recordarán que entre los años 1678 y 1684, Lady Ivy, antes Theodosia Bryan, fue alternativamente Demandante y Demandada en una serie de juicios, en los que trataba de hacer reconocer el carácter legal de sus denuncias contra el deán y el capítulo de St. Paul, motivadas por la posesión de una parcela muy valiosa de Shadwell; que en el último de esos juicios, presidido por el juez Jeffreys, se probó en forma fehaciente que las pruebas en que ella basaba su pretensión eran falsas y habían sido producto de maniobras ordenadas por ella; que, después de que se la hubiese acusado públicamente de perjurio y falsedad, esta mujer desapareció por completo, y tan por completo, por cierto, que ningún experto ha sido capaz de decirme jamás qué fue de

ella.

¿No sugiere este relato que todavía se la oye en la escena de una de sus hazañas más antiguas y de mayor éxito?

* *

—Esto —dijo mi amigo, mientras doblaba sus papeles— es una relación fidedigna de mi única experiencia extraordinaria. Y ahora...

Pero yo tenía tantas preguntas que hacerle, como por ejemplo si su amigo había logrado descubrir al verdadero propietario de las tierras, si había hecho algo con respecto a la valla, si los sonidos seguían oyéndose todavía hoy, cuáles eran el título y fecha exactos del opúsculo, etcétera, que la hora de ir a acostarnos llegó y pasó, sin que él tuviese ocasión de volver a las páginas del suplemento literario de *The Times*.

[Gracias a las investigaciones de Sir John Fox, en su libro *El juicio de Lady Ivie* (Oxford, 1929), ahora tenemos la certeza de que mi heroína murió en su cama en 1695, tras haber sido absuelta —sabe el cielo por qué— de la acusación de falsedad, de la que sin duda era culpable.]



MONTAGUE RHODES JAMES (Goodnestone, 1 de agosto de 1862 - Eton, 12 de junio de 1936), anticuario, medievalista y escritor británico de cuentos de terror, especializado en la ficción fantasmal.

Se educó en el elitista “Eton College”, pasando posteriormente a Cambridge, al “King’s College”, siendo con el tiempo director y vice-director de ambos.

Fue medievalista de prestigio contrastado, lingüista y estudioso bíblico. Tradujo el Apocryphal New Testament (Nuevo Testamento Apócrifo) en 1924. Sigue siendo uno de los maestros del relato corto de fantasmas.

Notas

[1] Una historia de la abadía premonstratense de Steinfeld, en Eifel, con vidas de los abades, publicada en Colonia en 1712 por Christian Albert Erhard, radicado en el distrito. El epíteto *Norbertinum* alude a San Norberto, fundador de la orden. (N. del A.) <<

[2] Hay un lugar donde se oculta el oro. (*N. del A.*) <<

[3] Lucen en su vestimenta una escritura que ningún varón conoce. (*N. del A.*) <<

[4] Sobre una piedra hay siete ojos. (*N. del A.*) <<

[5] Custodia lo que se te ha encomendado. (*N. del A.*) <<

[6] Tela estampada de algodón muy fina, procedente de Asia (*N. del T.*) <<

[7] Christian es el protagonista de *Pilgrim's Progress*, la narración alegórica de John Bunyan (1628-1688). La frase alude al pasaje en que Christian atraviesa el atribulado Valle de las Sombras de la Muerte. (N. del T.) <<

[8] «Filcher» significa literalmente «ratero». (*N. del T.*) <<

[9] Millions of spiritual creatures walk the earth / Unseen, both when we wake and when we sleep. <<

[10] Archivo municipal. (*N. del T.*) <<

[11] Monsturo, demonio. (*N. del T.*) <<

[12] Alusión a *The Mysteries of Udolpho* (1794), novela «gótica» de Mrs. Ann Radcliffe, en cuyo Libro 1, cap. VII, se halla el texto entrecomillado, al que sigue un extenso poema (*The First Hour of Morning*) que expresa el estado anímico de uno de los personajes; tal recurso abunda en la novela, y James lo parodia en los versos que siguen a continuación. (N. del T.) <<

[13] En Strawberry Hill, Horace Walpole, el autor de *The Castle of Otranto*, hizo construir, a mediados del siglo XVIII, una famosa mansión gótica. (N. del T.) <<

[14] Tal vez se dirá, y no sin razón, que este cuento no es sino una variación de otro que escribí anteriormente y que titulé *The Mezzotint*. Sólo espero que la variación sea tan justificable como para consentir la repetición del tema. (N. del A.) <<

[15] F. S. A.: *Fellow of the Society of Antiquaries*, «Miembro de la Sociedad de Anticuarios». (N. del T.) <<

[16] *walks on, / And turns no more bis head, / Because he knows a frightful fiend /
Doth close behind him tread.* <<

[17] Tribunal de lo criminal en Londres. (*N. del T.*) <<

[18] Prisión londinense en la que aguardaban juicio los encausados. <<

[19] Nombre del lugar en que se llevaron a cabo los ahorcamientos hasta mediados del siglo XVIII. (*N. del T.*) <<